

SUN MYUNG
MOON
su autobiografia
UNA VIDA
CONSAGRADA
A LA PAZ



SUN MYUNG
MOON
su autobiografia

UNA VIDA
CONSAGRADA
A LA PAZ

Primera edición en español, enero de 2011
Iglesia de Unificación de España

© Sun Myung Moon, 2009, 2010, 2011, 2012
www.unificacion.org
administrador@unificacion.org

© Fotografías cortesía de la HSA-UWC Photo Archives y de la Iglesia de
Unificación de España

© The Washington Times Foundation, 2010

© Gimm-Young Publishers, In., 2009

ÍNDICE

Prefacio	11
I. LA COMIDA ES AMOR	15
Aprendí lo que era la paz mientras mi padre me llevaba a cuestras.	17
La alegría de alimentar a otros.	22
Ser amigo de todos	26
Una buena brújula para orientar mi vida.	30
Un niño testarudo que jamás se daba por vencido.	37
Amar la naturaleza y aprender de ella	42
Hablar del universo con los insectos.	49
Un estudiante apasionado	52
II. MI CORAZÓN ES COMO UN RÍO DE LÁGRIMAS.	55
Entre el miedo y la inspiración	57
Cuanto más te duela, más debes amar	62
Un cuchillo que no se afile no cortará	66
La llave para descubrir un gran secreto	70
Como una bola de fuego ardiente	74
Me hice amigo de los trabajadores compartiendo sus sufrimientos.	77
El tranquilo mar del corazón	82
«No te mueras, por favor»	85
Una orden que debe ser obedecida	90
Un grano de arroz es mayor que la Tierra	98
El campo de concentración de Heungnam nevado	103
Las tropas de la ONU abren las puertas del campo de concentración	108

III. ENRIQUECIMIENTO INTERIOR GANADO	
CON ESFUERZO Y SUFRIMIENTO	113
«Tú eres mi maestro espiritual»	115
El apuesto loco que vive junto al pozo.	120
Una iglesia aconfesional	124
Dos universidades expulsan a estudiantes y profesores	129
De las ramas chamuscadas crecen nuevos brotes	133
Aprendemos de nuestras heridas.	137
Lo más importante es la sinceridad de corazón.	140
IV. INICIANDO NUESTRA MISIÓN MUNDIAL.....	147
Sigo la senda de Dios sin pensar en mi propia vida.	149
Dinero ganado honradamente, y usado piadosamente.	152
El poder de la danza mueve el mundo	155
Ángeles que abren paso por un bosque oscuro	158
Gira mundial.	162
Último avión a los Estados Unidos	165
Nuestro futuro reside en el mar	170
Mi esperanza es que haya una nueva revolución en EE.UU. .	175
La manifestación frente al Monumento a Washington, en 1976 .	179
«No lloréis por mí, llorad por el mundo»	184
«¿Por qué mi padre tiene que ir a prisión?»	187
FOTOS DE MI VIDA	191
V. LAS FAMILIAS QUE AMAN PUEDEN CAMBIAR	
EL MUNDO	225
Mi esposa, Hak Ja Han.	227
Una belleza interior incomparable.	232
Promesas que nunca deben romperse.	238
Amar es dar y olvidar.	243
La familia pacífica es la piedra angular del Cielo.	246
Diez años de lágrimas derriten el corazón de un suegro	249

El auténtico significado del matrimonio	253
El verdadero amor reside en una verdadera familia	257
Dejando un legado de amor	260
VI. EL AMOR TRAERÁ LA UNIFICACIÓN	265
El poder de la religión para hacer mejor a la gente	267
El río no rechaza las aguas que confluyen en él	274
«Permita la libertad religiosa en la Unión Soviética»	278
La unificación de Corea traerá consigo la unificación mundial .	285
Mi encuentro con el presidente Kim Il Sung	289
Se puede dividir la tierra, pero no a su gente	295
Ni con pistolas ni con espadas, sino con amor verdadero . . .	301
VII. EL FUTURO DE COREA ES EL FUTURO DEL MUNDO	305
La armonía mundial empieza en la península coreana	307
De tierra de sufrimiento y lágrimas, a tierra de paz y amor . .	313
El objetivo de la religión del siglo XXI	317
La cultura expresa la creatividad divina	322
El señor de los mares y el futuro del mundo	327
Grandes oportunidades en la era oceánica	330
Un simple diente de león es más valioso que el oro	335
La solución a la pobreza y el hambre	340
Algo más que caridad para acabar con el hambre	345
VIII. UN NUEVO SUEÑO PARA LA JUVENTUD	349
Descubrir vuestra meta cambiará vuestra vida	351
Abarcad el mundo entero	355
Todo lo que tenemos nos lo ha prestado el Cielo	359
La felicidad está en vivir por los demás	363
Soñemos con un mundo en paz	366

LA PENÍNSULA COREANA

..... Ruta de Sun Myung Moon
Viaje a Pusan 1950-51



Prefacio



Una lluvia persistente de primavera cayó durante toda la noche, poniendo fin a la sequía invernal. Me alegró tanto ver la lluvia que estuve toda la mañana paseando por el jardín. Del suelo venía ese fragante olor a tierra húmeda que había extrañado todo el invierno, y en los sauces llorones y en los cerezos aparecían claros signos de nuevos brotes primaverales. Podía escuchar los sonidos de esa nueva vida, que brotaba aquí y allá por todo el jardín. Mi esposa, que había salido detrás mío sin que yo lo notara, recogía pequeños brotes de artemisa¹ que habían logrado asomar sobre la hierba seca. La lluvia de la noche anterior había convertido el mundo en un fragante jardín primaveral.

Por mucha confusión que haya en el mundo, cuando llega marzo la primavera está a la vuelta de la esquina. Cuanto más mayor me hago, más valoro que en la naturaleza la primavera siga al invierno y traiga consigo flores en todo su esplendor. ¿Quién soy yo para que Dios haga nacer flores y caer la nieve cada año, para hacerme sentir feliz por estar vivo? Un desbordante amor surge desde lo más recóndito de mi corazón y la emoción me invade. No puedo contener las lágrimas al pensar que todo lo que es verdaderamente valioso me ha sido dado gratuitamente.

A lo largo de toda mi vida, he dado varias veces la vuelta al mundo, esforzándome por lograr un mundo de paz, pero es aquí, en este jardín primaveral, donde puedo saborear la verdadera paz. Una paz que también nos fue otorgada por Dios, pero que hemos perdido en alguna parte, y que ahora nos pasamos la vida buscando en los lugares equivocados.

Para lograr la paz en el mundo he pasado mi vida yendo a los lugares más humildes y retirados. Conocí a madres africanas que sólo podían contemplar con impotencia cómo sus hijos morían de hambre, y me encontré con padres sudamericanos que vivían junto a ríos repletos de peces, pero que no podían sustentar a sus familias con la pesca. Al principio, lo único que hice fue compartir con ellos mi comida, pero a cambio ellos me brindaron su amor.

Embriagado por la fuerza del amor, empecé a plantar semillas y a cultivar bosques. Juntos pescamos para alimentar a aquellos niños hambrientos y usamos los árboles para construir escuelas. Era feliz pescando toda la noche, aunque los mosquitos me picaran en todo el cuerpo. Era feliz aún con mis rodillas hundidas en el lodo, porque veía desaparecer la sombra de la desesperación del rostro de mi prójimo.

Buscando el camino más corto a un mundo de paz, me he consagrado a inspirar cambios en la política y en la forma de pensar de la gente. Me reuní con el entonces presidente Gorbachov, de la ex Unión Soviética, como parte de mis esfuerzos por lograr la reconciliación entre el comunismo y la democracia, y me entrevisté también con el entonces presidente Kim Il Sung, de Corea del Norte, para discutir a fondo la manera de poner paz en la península coreana.

Fui a unos Estados Unidos sumidos en plena decadencia moral, y actué como bombero en una emergencia, intentando revivir el espíritu puritano. Me consagré a resolver numerosos conflictos en el mundo. En mi trabajo por la paz entre musulmanes y judíos, no me detuvo el terrorismo reinante en la zona. Como fruto de esos esfuerzos, miles de judíos, musulmanes y cristianos se unieron en manifestaciones y marchas por la paz.

Por desgracia, los conflictos aún continúan. Sin embargo, veo con esperanza que está a punto de empezar una era de paz en Corea, mi patria. La península coreana ha soportado sufrimientos interminables y una trágica división, pero ahora siento en todo mi ser que aquí hay una poderosa energía almacenada a punto de estallar. Igual que nadie puede impedir que llegue de nuevo la primavera, ningún poder humano impedirá que la fortuna celestial llegue a la península de Corea y se extienda por el mundo. La humanidad ha de estar preparada para alzarse con la marea de la fortuna celestial cuando llegue.

Soy una persona polémica. La sola mención de mi nombre genera revuelo en el mundo. Nunca he buscado dinero ni fama, me he pasado la vida hablando únicamente de paz. Sin embargo, he sido etiquetado con insultos, rechazado y apedreado. Muchos no están interesados en saber lo que digo ni lo que hago, sólo buscan oponerse.

He sido encarcelado injustamente seis veces en mi vida, bajo el colonialismo del imperio japonés, por el régimen comunista norcoreano de Kim Il Sung, durante el gobierno de Syngman Rhee en Corea del Sur e incluso en los Estados Unidos; a veces fui golpeado con tanta saña que mi carne se desgarró. Hoy, sin embargo, no guardo ni la más pequeña herida en mi corazón. Las heridas antiguas desaparecen fácilmente en presencia del verdadero amor. Hasta los enemigos desaparecen sin dejar rastro cuando hay amor verdadero. El verdadero amor es el impulso del corazón de dar, dar y querer seguir dando. El verdadero amor se olvida incluso de lo que ya dio, y vuelve a dar.

He vivido toda mi vida embriagado de ese amor. No he deseado nada que no fuese amor, y he dado todo mi ser para compartirlo con mi prójimo empobrecido. A veces, la senda del amor ha sido tan difícil que mis rodillas no me sostenían, pero incluso entonces me sentía feliz amando a la humanidad.

Todavía hoy me siento lleno de un amor que aún no he podido dar. Al compartir esta biografía con el mundo, oro para que ese amor se convierta en un río de paz que riegue la tierra castigada por la sequía, y fluya a todos los confines de la tierra.

Recientemente, un número creciente de gente se ha interesado por saber más de mí. Para satisfacer su curiosidad, he mirado retrospectivamente mi vida y he anotado sinceramente mis recuerdos en este libro. Espero tener otras oportunidades de transmitir las historias que no se han podido incluir en este primer volumen.

Quiero enviar un amor infinito a todos los que han creído en mí, que han permanecido a mi lado y compartido sus vidas conmigo, superando muchos momentos difíciles, y especialmente a mi esposa, Hak Ja Han, a quien estoy profundamente agradecido por haber luchado a mi lado para escalar las más altas cumbres.

Por último, quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a la Señora Eun Ju Park, presidenta de la Editorial GimmYoung, quien ha volcado todo su interés y dedicación en conseguir publicar este libro, así como a todo su equipo, que trabajó en editar mis palabras para hacer más comprensibles al lector los contenidos a menudo complejos de mi relato.

Sun Myung Moon

Cheongpyeong, Corea del Sur

1º de marzo de 2009

CAPÍTULO I

LA COMIDA ES AMOR

Aprendí lo que era la paz mientras mi padre me llevaba a cuestras



Mi único pensamiento desde que era pequeño ha sido siempre lograr un mundo de paz, un mundo sin guerras ni disputas, un mundo en el que todos conviviéramos en amor. Hay quien dirá, «¿cómo es posible que ya de niño pensaras en la paz?» Pero ... ¿resulta tan asombroso que un niño sueñe con un mundo en paz?

En 1920, cuando nací, Japón ocupaba Corea militarmente. Después de la liberación, en Corea sufrimos la guerra civil, la crisis financiera asiática y otras muchas y difíciles crisis. Durante muchos años, la península coreana no ha sido asociada a la idea de paz. Pero esos tiempos de dolor y de caos no eran sólo asuntos internos coreanos. Las dos guerras mundiales, la guerra de Vietnam y las guerras en Oriente Próximo demuestran la enemistad con la que la gente en el mundo se trata permanentemente unos a otros, amenazándose con armas y con bombas. Quizás para quienes experimentan el horror de ver cuerpos ensangrentados y destrozados, la paz ha sido algo solamente imaginable en sueños. Sin embargo, lograr la paz no es tan difícil. Para empezar, podemos sentirla en el aire que respiramos, en la naturaleza y en la gente que nos rodea.

Cuando era niño, sentía que los prados del campo eran mi hogar. Tragaba en segundos el tazón de arroz de mi desayuno y salía corriendo de casa para pasar el día entero entre colinas y

arroyos. Podía estar todo el día en el bosque, donde vivían una enorme variedad de aves y animales, comiendo hierbas y frutos silvestres, y nunca pasaba hambre. Ya de niño, sabía que mi mente y mi cuerpo siempre estarían en paz en el bosque.

Muchas veces me quedaba dormido en las colinas, después de jugar allí. Cuando eso sucedía, mi padre tenía que venir a buscarme. Al oír su voz llamándome en la distancia, «¡Yong Myung!, ¡Yong Myung!», aún dormido sonreía complacido. De niño, mi nombre era Yong Myung. Si bien el sonido de su voz me despertaba, yo fingía dormir. Entonces me llevaba a cuestras a casa. Esa sensación mientras me llevaba colina abajo, sintiéndome totalmente seguro y libre en mi corazón de toda preocupación, eso era la paz. Así conocí por primera vez la paz, mientras mi padre me llevaba a cuestras.

También amaba el bosque, porque todo lo que allí habita está en paz. Las criaturas que moran en él no se pelean. Por supuesto, se comen unas a otras, pero porque tienen hambre y necesidad de sustentarse. No luchan por enemistad. Los pájaros no odian a otros pájaros. Los animales no odian a otros animales. Los árboles no odian a otros árboles. Para que haya paz no debe existir enemistad alguna. El odio entre seres de la misma especie solamente se da en la raza humana. La gente odia a otros porque su país, su religión o su manera de pensar son diferentes.

A día de hoy he visitado cerca de doscientos países, pero al aterrizar en sus aeropuertos en pocos lugares pensé, «este sitio es tranquilo y acogedor». Había muchos sitios donde, por conflictos civiles armados, soldados con sus fusiles en alto vigilaban las terminales aéreas y bloqueaban las calles. Día y noche se escuchaba el sonido de los disparos. Más de una vez estuve a punto de perder la vida en lugares donde fui a hablar de paz. En el mundo en que vivimos, grandes o pequeños, no cesan los conflictos ni los enfrentamientos. Mil millones de personas sufren hambre, pero se gastan miles de millones de dólares en armamento. Ese dinero empleado en armas y bombas bastaría para acabar con el hambre en el mundo.

He dedicado mi vida a tender puentes de paz entre países que se odian como enemigos por causas ideológicas y religiosas. He creado foros para aglutinar a musulmanes, cristianos y judíos. He trabajado para conciliar las posturas antagónicas de los Estados Unidos y la Unión Soviética sobre Irak. He ayudado en el proceso de reconciliación entre Corea del Norte y Corea del Sur. Nada de eso lo hice por dinero ni por la fama. Desde que tuve edad suficiente para saber lo que sucedía en el mundo, no he tenido más que un objetivo en mi vida, un mundo unido y en paz. Nunca quise nada más. No ha sido fácil vivir día y noche por la paz, pero esa es la tarea que me hace más feliz.

Durante la guerra fría experimentamos el dolor de ver a nuestro mundo dividido ideológicamente en dos. Parecía entonces que si el comunismo desaparecía bastaría para que hubiera paz. Sin embargo, ahora que esa contienda terminó, tenemos incluso más conflictos que antes.

Como si no fuera suficiente con las hostilidades fronterizas, en algunos países se producen divisiones internas por causas raciales, religiosas y nacionalistas. Las personas, así separadas y enemistadas unas con otras, se resisten a abrir sus corazones.

Cuando observamos la historia humana vemos que las guerras más brutales y crueles no han sido entre naciones, sino entre grupos étnicos. De éstas, las peores han sido aquellas donde la religión se usó como pretexto. En la guerra civil de Bosnia, uno de los peores conflictos étnicos del siglo XX, miles de personas, incluyendo muchos niños, fueron masacrados brutalmente. El once de setiembre de 2001, se perdieron miles de vidas inocentes cuando las dos torres del World Trade Center de Nueva York quedaron destruidas al estrellarse contra ellas dos aviones de pasajeros. También recientemente, en la franja de Gaza palestina y en el sur de Israel, cientos de seres humanos perdieron sus vidas por culpa de ese intenso conflicto. Se han destruido hogares y la gente está viviendo al borde de la muerte. Es el trágico resultado de conflictos entre grupos étnicos y entre religiones.

¿Qué hace a la gente odiarse y matarse unos a otros de esta manera? Naturalmente que hay muchas causas, pero las diferencias

religiosas están presentes casi siempre. Ese fue el caso de la guerra del Golfo, y también del conflicto árabe-israelí por el control de Jerusalén. Cuando el racismo utiliza a la religión como pretexto, el problema se vuelve extremadamente complejo. Los diabólicos fantasmas de las guerras religiosas, que creíamos desaparecidos en la Edad Media, siguen acechándonos en el siglo XXI.

Las guerras religiosas siguen estallando porque muchos políticos utilizan la rivalidad entre religiones para satisfacer sus egoístas ambiciones. Enfrentadas con el poder político, las religiones pierden a menudo su norte y vacilan. Olvidan su propósito original, vivir por la paz. La responsabilidad de todas las religiones es alentar la causa de la paz mundial. Pero lo que vemos, en realidad, es que se convierten en causa de conflicto.

Detrás de estos males descubrimos maquinaciones políticas, poder y dinero. La responsabilidad principal de los gobernantes, ante todo, es mantener la paz. Y sin embargo, muy a menudo hacen todo lo contrario, conduciendo al mundo a la confrontación y a la violencia.

Muchos dirigentes utilizan el lenguaje de la religión y el nacionalismo para esconder su egoísta codicia. Si no cambian su actitud, los países y las naciones seguirán perdidos en la confusión. Ni la religión ni el amor a la nación son intrínsecamente malos. Y resultan valiosos cuando contribuyen a construir una comunidad humana universal. Pero cuando alguien reivindica que solamente su propia religión o su etnia son los justos, y desprecia y ataca a otras religiones y etnias, esa religión y ese amor a la nación pierden todo su valor. Cuando al profesar una religión se atropella a las demás y se las menosprecia, se pierde cualquier atisbo de bondad. Y de igual manera sucede cuando el amor a la nación se utiliza para justificar al propio país, descalificando a los demás.

La verdad más universal es que hemos de vivir aceptándonos y ayudándonos unos a otros. Hasta el animal más insignificante lo sabe. Perros y gatos se llevan mal, pero si los criáis bajo el mismo techo, uno cuidará de los cachorros del otro y convivirán en paz. Y lo mismo ocurre entre las plantas. Hay enredaderas

que crecen en el tronco de los árboles, pero el árbol no les dice: «¡Eh!, ¿qué crees que haces subiendo por mi tronco?» Convivir cuidándose unos a otros es el principio universal. Quien se desvíe de este principio se enfrentará irremediablemente al desastre. Si las diferentes etnias y religiones continúan acusándose y atacándose con malevolencia, la humanidad no tiene futuro. El ciclo interminable de terror y guerras se perpetuará, hasta que un día nos habremos extinguido. Pero eso no significa que no haya esperanza, la hay, tan seguro como que hay Dios.

En mi vida no he renunciado nunca a esa esperanza y he mantenido vivo dentro de mí el sueño de la paz. Lo que más anhele es derribar de una vez por todas los muros y fronteras que nos dividen de mil maneras distintas, y levantar un mundo unido. Quiero derrumbar las barreras entre religiones y entre etnias, equilibrar la brecha entre ricos y pobres, y restablecer así el escenario de paz que Dios creó originalmente. Hablo de un mundo donde nadie pase hambre ni nadie llore. Para curar un mundo sin esperanza y sin amor necesitamos el corazón puro que tuvimos de niños. Para despojarnos de la ambición de poseer más y más riquezas materiales, y recuperar nuestra hermosa esencia humana, hemos de revivir los principios de paz y el aliento del amor que conocimos cuando nuestros padres nos llevaban a cuestas.

La alegría de alimentar a otros



Mis ojos son muy pequeños. Dicen que cuando nació, mi madre exclamó: «¡Mi bebé no tiene ojos!» Y con sus dedos procuró abrírmelos. Cuando parpadeé, dijo contenta, «¡oh, sí, tiene, tiene ojos!». Por tener ojos tan pequeños, me pusieron de apodo «el ojitos pequeños de Osan», porque mi madre era de allí.

Aun así, nunca oí a nadie decir que mis pequeños ojos me hicieran menos atractivo. De hecho, quienes saben algo de fisonomía (el conocimiento del carácter y la fortuna de una persona por el estudio de sus características faciales), dicen que mis pequeños ojos me predisponen a ser un líder religioso. Creo que es como el diafragma de una cámara fotográfica, que cuando se reduce su apertura, puede enfocar mejor los objetos más alejados. Un líder religioso debe ver más lejos en el futuro que otra gente, y quizás tener ojos pequeños sea señal de poseer esta cualidad. Mi nariz también es bastante fuera de lo corriente. A primera vista se nota que es la nariz de un hombre testarudo y resuelto. Algo de cierto debe haber en la fisonomía, porque cuando miro mi vida pasada, veo que estos rasgos faciales se corresponden con la manera en que he vivido.

Nací en el número 2.221 de Sangsa Ri (mi pueblo), que pertenece al distrito de Deokeon de la ciudad de Jeongju, en la provincia de Pyongan. Fui el segundo hijo de Kyung Yu Moon, del clan Moon de Nampyung, y de Kyung Gye Kim, del clan Kim de

Yeonan. Vi la luz en el sexto día del primer mes del calendario lunar, en 1920, un año después del movimiento de independencia de Japón en 1919.

Dicen que nuestra familia se estableció en la localidad de Sangsa Ri en tiempos de mi bisabuelo paterno, quien produjo en su granja miles de arrobas de arroz, y levantó la fortuna familiar con sus propias manos. Nunca probó el tabaco ni el alcohol, sino que prefirió comprar con ese dinero alimentos para los necesitados. Cuando murió, sus últimas palabras fueron: «Si alimentáis a gente de todas las regiones de Corea, recibiréis bendiciones de todas ellas». Por eso, nuestra habitación de huéspedes estaba siempre llena. Incluso vecinos de otros pueblos sabían que si pasaban por nuestra casa, podían contar con una buena comida. Mi madre asumió la responsabilidad de preparar comida para todo el mundo sin quejarse nunca.

Mi bisabuelo era muy activo y nunca quería descansar. Aprovechaba los ratos libres para fabricar alpargatas de esparto que luego vendía en el mercado. De muy mayor, sintiéndose lleno de compasión, compró unos gansos y los soltó por el campo, orando que ellos y su descendencia estuvieran siempre bien. También contrató a un maestro en caligrafía china para que enseñara gratuitamente a los jóvenes del pueblo a escribir en la habitación de huéspedes de su casa.

Por eso los vecinos le dieron el título honorífico de «*Sun Ok*» (joya de bondad) y se referían a nuestro hogar como «el hogar que será bendecido».

Sin embargo, para cuando nací y mientras crecía, gran parte de la riqueza que mi bisabuelo había acumulado se había ya esfumado, y nuestra familia tenía lo justo para vivir. A pesar de todo, la tradición familiar de dar de comer a otros se mantenía viva, y siempre alimentábamos primero a los demás aunque no quedase suficiente para nosotros. Lo primero que aprendí, después de a caminar, fue a servir comida a otros.

Durante la ocupación japonesa, muchos coreanos vieron confiscados sus hogares y sus tierras. En su huida hacia Manchuria, buscando comenzar una nueva vida, pasaban por delante de

nuestra casa en la carretera principal que iba a Seoncheon, en la provincia de Pyongan norte. Mi madre siempre daba de comer a estos transeúntes procedentes de todos los rincones de Corea. Si un mendigo venía a pedir comida y mi madre no reaccionaba con la suficiente rapidez, mi abuelo cogía su plato y salía a dárselo. Tal vez sea porque nací en una familia así, yo también he pasado mi vida alimentando gente. Para mí, dar alimento a otros es una tarea muy preciada. Si estoy ante mi plato y veo que alguien no tiene nada para comer, me duele mucho y no puedo seguir comiendo.

Os contaré algo que sucedió cuando tenía unos once años. Se acercaba el fin de año y todos en el pueblo estaban ocupados preparando pasteles de arroz para las fiestas de año nuevo. Pero había una familia vecina tan pobre que no tenían nada que comer. No podía apartar de mí sus caras. Estaba tan preocupado y tan inquieto que daba vueltas y vueltas a la casa sin saber qué hacer, hasta que finalmente cogí un saco de ocho kilos de arroz y salí corriendo. Tenía tanta prisa por sacar el arroz de casa que ni siquiera lo até con cuerda para cerrarlo. Cargué el saco al hombro y me fui corriendo cuesta arriba por un camino empinado durante unos ocho kilómetros, hasta la casa de los vecinos. Me sentía emocionado de pensar lo bueno que sería darles suficiente comida para que comieran hasta hartarse.

El molino del pueblo estaba al lado de nuestra casa. Sus cuatro paredes estaban muy bien construidas, de manera que el arroz triturado no se saliese por ninguna grieta. Eso lo hacía ser un buen lugar en invierno para refugiarse del viento y mantenerse caliente. Si alguien llevaba un poco de leña del horno de casa, y encendía un pequeño fuego, el molino era más cálido que una habitación con calefacción *ondol* (se trata de un sistema coreano para calentar toda la casa mediante tuberías bajo el suelo que dispersan el calor). Algunos mendigos que viajaban por todo el país pasaban el invierno en este molino. Me fascinaban tanto las historias que contaban del mundo exterior, que siempre que podía me iba a echar el rato allí con ellos. Mi madre me llevaba la comida y también traía lo suficiente para que comiesen mis

amigos los mendigos. Comíamos del mismo plato y compartíamos las mismas mantas al caer la noche, y así pasaba el invierno. Al llegar la primavera, ellos partían hacia lejanos lugares, y yo me quedaba esperando el próximo invierno, ansioso por que volvieran. Que fueran pobremente vestidos por fuera, no significaba que también sus corazones fuesen andrajosos. Se podía percibir que tenían un amor profundo y cálido. Yo les daba alimento y ellos compartían conmigo su amor. Para mí, la profunda amistad y el cálido afecto que me transmitieron entonces sigue siendo una fuente de fortaleza hoy.

Cuando viajo por el mundo y veo niños que padecen hambre, me viene a la memoria mi bisabuelo, que nunca vaciló en compartir su comida con otros.

Ser amigo de todos



Si decido hacer algo, tengo que ponerlo en práctica de inmediato, de lo contrario, no puedo dormir. Cuando era niño, a veces se me ocurría una idea durante la noche, pero me veía obligado a esperar hasta la mañana siguiente para ponerla en práctica. Entonces pasaba la noche en vela, escarbando en la pared para pasar el rato. Me pasaba tan a menudo que casi acabé agujereando la pared, mientras el polvo que caía se amontonaba en el suelo. Tampoco podía dormir si había sido tratado injustamente durante el día. En esos casos me levantaba en medio de la noche, iba a casa del culpable, lo llamaba y lo desafiaba a pelear. Estoy seguro de que para mis padres debe haber sido muy difícil criar a un hijo como yo.

No soportaba que se tratase a nadie injustamente. Cuando había pelea entre los chicos del pueblo, yo intervenía como si fuera el responsable de que se hiciera siempre justicia.

Decidía qué chico había obrado mal, y le reprendía enérgicamente. Una vez fui a ver al abuelo de un chico que era el fanfarrón del barrio y le dije, «abuelo, su nieto ha obrado mal haciendo esto y lo otro. Por favor, tome medidas».

Podía parecer tosco en mi conducta, sin embargo era un niño con mucho corazón. A veces visitaba a mi hermana mayor la casada, en casa de la familia de su marido, y les pedía pastelitos de arroz con pollo para comer. A los adultos nunca les desagradaba, porque sabían que les tenía mucho afecto.

También se me daba muy bien cuidar animales. Hice un charco para que bebiesen los pájaros que anidaban en el árbol frente a nuestra casa. Traía mijo de la despensa y lo desparrahaba en el patio para que comiesen. Los pájaros, que al principio huían cuando alguien se acercaba, pronto se dieron cuenta de que la persona que les daba de comer los amaba y dejaron de huir cuando me aproximaba.

En una ocasión, se me ocurrió criar peces. Atrapé algunos, los puse en un estanque y les eché comida para peces, pero al levantarme a la mañana siguiente me encontré con que habían muerto todos durante la noche. ¡Tenía tantas ganas de criarlos bien! Me quedé anonadado viéndolos flotar inertes sobre el agua. Recuerdo que lloré todo el día.

Mi padre tenía muchas colmenas. Él solía coger una gran colmena de madera y le acoplaba los marcos de los panales en la base. Entonces las abejas depositaban su cera allí para anidar y almacenar su miel. Era tan curioso que una vez fui a ver cómo construían su casa las abejas y metí la cara dentro de la colmena. Me picaron un montón de veces, y la cara se me hinchó muchísimo.

Otra vez saqué los marcos de las colmenas y recibí una fuerte regañina. Cuando las abejas terminaban de construir sus colmenas, mi padre juntaba los marcos y los apilaba. Esos marcos estaban recubiertos de cera, que se usaba en vez de aceite para encender las lámparas. Yo cogí esos valiosos marcos, los deshice y los llevé a los hogares que no podían permitirse comprar aceite para sus lámparas. Lo hice por generosidad, pero sin el permiso de mi padre, así que fui severamente reprendido.

Cuando tenía doce años había muy poco con que jugar. Las opciones eran el «*yut*» (parecido al parchís), el «*janggi*» (similar al ajedrez) y los juegos de naipes coreanos. Yo siempre disfrutaba cuando había mucha gente jugando. Durante el día me gustaba jugar al «*yut*» o hacer volar mi cometa y, al atardecer, recorría todas las timbas de naipes del pueblo. Eran juegos donde el ganador podía obtener 120 *wones* (el *won* es la moneda coreana) en una mano, y solía ganar mínimo una mano de cada tres.

En vísperas de Año Nuevo y en la primera luna llena de enero era cuando más se jugaba. En esos días la policía hacía la vista gorda y no detenía a nadie. Iba donde jugaban los mayores, dormía un rato y me metía en las últimas tres partidas de la madrugada, justo antes de que se fueran. Con el dinero que ganaba compraba comida, juguetes, dulces y regalos para mis amigos y niños de los pueblos vecinos. Jamás usé ese dinero para mí, ni para hacer nada malo. Cuando nos visitaban mis cuñados les pedía permiso para coger dinero de sus carteras, y compraba caramelos y sirope para niños de familias pobres.

En cualquier pueblo lo normal es que haya gente que vive bien y gente que no. Cuando veía algún niño en la escuela que sólo había traído mijo cocido para almorzar, no podía comer mi almuerzo con arroz, que era mejor. Así que solía cambiarle mi arroz por su mijo. Me sentía más cercano a los niños de familias pobres que a los de familias ricas, y quería asegurarme de que no pasaran hambre; era como mi pasatiempo favorito. Aunque era todavía un niño, quería ser amigo de todo el mundo. De hecho, quería ser más que amigo, deseaba compartir con ellos hasta lo más profundo de mi corazón.

Uno de mis tíos lejanos era muy tacaño. Casi en mitad del pueblo su familia poseía un melonar, y en verano la dulce fragancia de sus frutos maduros hacía que los niños que pasaban cerca le suplicaran que les dejara comer alguno. Pero mi tío se sentaba al lado del camino, en una especie de tienda, para vigilar su huerta y no compartía ni un solo melón con nadie.

Un día le pregunté, «tío, ¿te importaría si un día voy a tu melonar a comerme todos los melones que quiera?» «Claro, por supuesto», respondió él con franqueza.

Entonces avisé a todos los niños que quien deseara comer melón viniese frente a mi casa a medianoche con un saco. A esa hora nos fuimos a la huerta y les dije, «quiero que todos recojáis un surco de melones; no os preocupéis por nada». Los niños chillaron de alegría, corrieron al melonar y en pocos minutos vaciaron varias hileras. Esa noche esos niños hambrientos del

pueblo se sentaron en un campo de tréboles y comieron melón hasta que sus estómagos casi reventaron.

Al día siguiente vino el problema. Cuando llegué a la casa de mi tío había un gran revuelo, como una colmena agitada. Mi tío gritó, «¡bandido!, ¿es cosa tuya?», ¿fuiste tú quien arruinó todo mi esfuerzo de un año?».

Pero por mucho que él dijera, no pensaba echarme atrás. «Tío, ¿no se acuerda? Usted me dijo que podía comer todos los melones que deseara. El deseo de esos niños era comer melón, y su deseo era mi deseo. ¿No era lo justo darles un melón a cada uno?, ¿o es que no tenía que haberles dado absolutamente nada?». Al oírlo me dijo, «vale, tienes razón». Y ahí se acabó su enfado.

Una buena brújula para orientar mi vida



El clan Moon se originó en Nampyung, cerca de Naju, en la provincia de Cholla, una población a unos trescientos veinte kilómetros al sur de Seúl, en la región suroeste del país. Mi bisabuelo Jung Heul Moon era el menor de los tres hijos de mi tatarabuelo Sung Hak Moon, y él, a su vez, tuvo también tres hijos: Chi Guk, Shin Guk y Yoon Guk. Mi abuelo, Chi Guk Moon, era el primogénito.

Mi abuelo no tenía estudios. Nunca asistió a una escuela primaria ni a la escuela tradicional del pueblo, pero tenía tanta capacidad de concentración que, con sólo escucharla, memorizó prácticamente la traducción coreana del *Sam Kuk Zhi* (una novela popular sobre los tres reinos de la historia clásica china). Y no fue únicamente el *Sam Kuk Zhi*. Si alguien contaba una historia interesante, la recordaba íntegramente y la recitaba tal cual. Lo que fuese, lo recordaba con sólo escucharlo una vez. Mi padre heredó esta capacidad y, por ejemplo, cantaba de memoria un cancionero entero de himnos cristianos de más de cuatrocientas páginas.

El abuelo siguió fielmente las últimas palabras del bisabuelo: vivir brindándose a otros incondicionalmente. Pero fue incapaz de mantener la fortuna familiar, ya que su hermano menor, el tío abuelo Yoon Guk, pidió un préstamo que hipotecó las propiedades de la familia, y acabó perdiéndolo todo. A partir de

entonces la familia pasó muchas dificultades, pero ni mi abuelo ni mi padre le guardaron rencor, ya que sabían muy bien que mi tío abuelo Yoon Guk no había derrochado el dinero en el juego, ni nada parecido. Todo lo que pidió prestado se lo envió al gobierno provisional coreano en el exilio, que tenía su sede en Shanghai. En aquellos días setenta mil *wones* eran mucho dinero, y mi tío abuelo lo había donado al movimiento por la independencia.

Graduado del seminario de Pyongyang y ministro cristiano, Yoon Guk era un intelectual. Hablaba inglés con fluidez y era muy versado en estudios chinos. Sirvió como pastor principal de tres iglesias, incluyendo la Iglesia de Deok Heung en Deok Eon Myeon. Junto al Maestro Nam Seon Choe, participó en la redacción de la Declaración de Independencia de 1919.

Sin embargo, cuando se descubrió que tres de los dieciséis dirigentes cristianos firmantes de la Declaración de Independencia tenían conexión con la Iglesia de Deok Heung, mi tío abuelo retiró voluntariamente su nombre de la lista. Seung Heung Lee, otro de los signatarios, que había trabajado junto con mi tío abuelo para fundar la escuela de Osan, le pidió que se hiciera cargo de todos sus asuntos si el movimiento independentista fracasaba y él fallecía a manos de las autoridades coloniales japonesas.

De regreso a nuestra ciudad natal, el tío abuelo Yoon Guk imprimió miles de banderas de Corea y las repartió entre la multitud que se volcaba en las calles para proclamar su apoyo a la independencia de Corea. El ocho de marzo de ese año fue detenido mientras encabezaba una manifestación en la colina situada detrás de la delegación del gobierno en Aipo Myeon. En la manifestación en apoyo a la independencia participaron el director, el claustro de profesores y cerca de tres mil estudiantes de la escuela de Osan, además de unos tres mil cristianos y otros cuatro mil residentes de la zona. Lo sentenciaron a dos años y fue encarcelado en la prisión de Euiju, de la que fue liberado al año siguiente como parte de un indulto especial.

Aun así, era tanta la persecución que recibía de la policía japonesa que no podía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Siempre andaba huyendo de un lado para otro. Tenía una enorme cicatriz de cuando la policía japonesa le torturó clavándole una lanza de bambú, y le desgarró las piernas y los costados. Sin embargo, él nunca claudicó. Cuando los japoneses se dieron cuenta de que no podían quebrarlo, trataron de sobornarle ofreciéndole un cargo como dirigente regional si prometía no participar en el movimiento de independencia. Su respuesta a los japoneses fue, en tono de reprimenda y gritando: «¿Creéis que aceptaría un cargo y que trabajaría para vosotros, ladrones?»

En una ocasión, cuando tenía unos siete u ocho años, estando el tío abuelo Yoon Guk de paso en nuestra casa, vinieron a verle algunos miembros del ejército independentista coreano. Estaban faltos de fondos y habían caminado de noche bajo una fuerte nevada para llegar a nuestra casa. Mi padre nos tapó a todos los niños con mantas, para que no nos despertásemos. Pero yo estaba muy despierto, y me quedé allí, bajo la manta, con los ojos bien abiertos, escuchando lo mejor que podía la conversación de los adultos. Aunque era tarde, mi madre mató un pollo y lo preparó con fideos para servírselo a los combatientes.

Todavía ahora recuerdo las palabras que escuché del tío abuelo Yoon Guk, mientras bajo la manta contenía la respiración, emocionado: «Aunque muráis, si lo hacéis por el bien de nuestro país, seréis bendecidos». Y a continuación les dijo: «Lo único que hay ahora ante nosotros es oscuridad, pero la mañana radiante llegará con toda certeza». A consecuencia de las torturas recibidas, su cuerpo estaba parcialmente impedido, pero su voz resonó con firmeza.

También recuerdo que solía preguntarme: «¿Por qué alguien tan maravilloso como el tío abuelo ha tenido que ir a la cárcel? Si fuésemos más fuertes que Japón, esto no habría sucedido».

El tío abuelo Yoon Guk continuó vagando por el país, eludiendo la persecución de la policía japonesa. No volví a oír de él hasta 1966, estando en Seúl. El tío abuelo se le apareció en sueños a uno de mis primos pequeños y le dijo, «estoy enterrado en

Jeongseon, en la provincia de Kangwon». Fuimos a la dirección del sueño y descubrimos que había fallecido hacía nueve años. Sólo encontramos el montículo de la tumba cubierto de maleza. Entonces, arreglé el traslado de sus restos a Paju, en la provincia de Kyeounggi, cerca de Seúl.

En los años siguientes a la liberación de Corea del colonialismo japonés en 1945, los comunistas de Corea del Norte asesinaron indiscriminadamente a ministros cristianos y a combatientes independentistas. El tío abuelo Yoon Guk, temiendo que su presencia pudiese causar daño a la familia, escapó de los comunistas hacia el sur cruzando el paralelo treinta y ocho², y se estableció en Jeongseon sin que nadie en la familia lo supiera. Allí, en el lejano valle entre montañas de Jeongseon sobrevivió vendiendo pinceles de caligrafía. Más tarde, supimos que después abrió una escuela tradicional en el pueblo, donde enseñó los clásicos chinos.

Según algunos de sus antiguos alumnos, a menudo le gustaba componer espontáneamente poemas en caracteres chinos. Sus discípulos transcribieron y conservaron unos ciento treinta de ellos, incluyendo el siguiente:

LA PAZ ENTRE EL NORTE Y EL SUR

*Diez años han pasado desde que salí de casa para ir al Sur,
El paso del tiempo hace más canosos mis cabellos.
Quisiera regresar al Norte, pero... ¿cómo?
Lo que pretendía ser una breve estadía
se ha prolongado.*

*Vistiendo el atuendo veraniego de cáñamo con mangas largas
Me doy aire con un abanico de seda
y pienso lo que el otoño traerá.
La paz entre Norte y Sur se acerca
Niños que esperáis bajo el alero,
No tenéis que preocuparos tanto.*

2 Desde 1948, el paralelo 38° determina la frontera entre Corea del Sur y Corea del Norte, comunista.

Aunque estaba separado de su familia y vivía en Jeong-Seon, una tierra desconocida para él en todos los sentidos, el corazón del tío abuelo Yoon Guk estaba lleno de preocupación por su país. También dejó este breve poema:

*Una vez fijas tu meta al empezar
prométete mantener el estándar más alto.
No te permitas
el más mínimo deseo personal.*

En 1977, la contribución de mi tío abuelo al movimiento de independencia fue reconocida póstumamente por el gobierno de la República de Corea con el Premio Presidencial, y en 1990 con la Orden del mérito de la Fundación nacional. Aún hoy, recito a veces sus poéticos versos. Están embebidos de su constante amor por su país, aun en medio de adversidades extremas.

Últimamente, ahora que ya soy anciano, pienso en el tío abuelo Yoon Guk más a menudo. Cada verso de sus poemas, que expresan su corazón preocupado por su país, penetra en mi alma. He enseñado a los miembros de nuestra iglesia la canción «Daehan Jiri Ga» (Canción de la geografía coreana), con letra escrita por él. Me gusta cantarla con ellos. Cuando la canto, desde el Monte Baekdu (el más alto de Corea) hasta el Monte Halla³, me siento aliviado de mis cargas.

3 Situado en el extremo norte del país, el Monte Baekdu es el más alto de la península coreana. El Monte Halla está situado en la isla de Jeju, en el extremo sur.

CANCIÓN DE LA GEOGRAFÍA COREANA

*La península de Corea emerge en Oriente,
 en medio de tres países.
 Al norte, las extensas llanuras de Manchuria,
 Al este, el profundo y azul mar Oriental,
 Al sur, un mar de islas,
 Al oeste, el profundo Mar Amarillo.
 Alimentos de los mares en sus tres lados,
 Nuestro tesoro es la variedad de sus peces.
 El imponente Monte Baekdu se erige al norte,
 Suministrando aguas a los ríos Amrok y Tuman,
 Que fluyen a los mares del este y del oeste,
 Delineando una clara frontera con los soviéticos.
 El Monte Kumgang brilla en el centro,
 Una reserva para el mundo, orgullo de Corea.
 El Monte Halla se eleva sobre el azul del Mar del Sur,
 Un punto prominente para los pescadores en el mar.*

*Las cuatro llanuras de Daedong, Hangang, Geumgang, y Jeonju
 alimentan y visten a nuestro pueblo.
 Las cuatro minas de Woonsan, Soonan, Gaecheon, y Jaeryung
 nos dan los tesoros de la tierra.
 Las cuatro ciudades de Kyungsung, Pyongyang, Daegu y Kaesung
 brillan en el paisaje.
 Los cuatro puertos de Busan, Wonsan, Mokpo e Incheon
 acogen a los navíos extranjeros.
 Los ferrocarriles parten desde Kyungsung,
 Conectando las dos líneas principales de Kyung-Eui y Kyung-Bu,
 Los ramales de Kyung-Won y Honam van de norte a sur,
 cubriendo la península.*

*Nuestras ciudades nos cuentan nuestra historia.
 Pyongyang, ciudad cuna de Dangun⁴, de dos mil años.*

4 Es el semidiós, que en 2.333 A.D. habría creado el primer reino de la tierra, y que llegó a ser Corea.

*Kaesung, capital del reino de Koryo⁵,
Kyungsung⁶, durante quinientos años capital del reino de Chosun⁷,
Kyungju, donde brillan los dos mil años de
cultura del reino de Shilla⁸, cuna de Pak Hyukkosai⁹,
Chungchong tiene a Buyo, la histórica capital del reino de Paekje¹⁰.
Hijos de Corea, pioneros del futuro,
Las olas de la civilización rompen contra nuestras costas.
¡Salid de las colinas,
y avanzad con ímpetu
hacia el mundo del futuro!*

5 La dinastía Koryo reinó en Corea desde principios del siglo X, hasta finales del siglo XVI. Su capital, Kaesung, está ahora en Corea del Norte.

6 Es el nombre antiguo de la ciudad de Seúl.

7 La dinastía Chosun, también llamada dinastía Yi, estuvo en el trono de 1.392 a 1.910 d.C.

8 La dinastía Shilla, reinó durante casi un milenio (del 57 A.D. hasta 935 d.C.)

9 Pak Hyukkosai es el antepasado del clan de los Pak, nombre de familia muy común en Corea, y el rey que fundó el reino de Shilla (57 A.D.)

10 Paekje es un reino que se desarrolló en el sur oeste de Corea durante el periodo de los 3 reinados (desde el siglo I A.D. hasta el siglo VII d.C.

Un niño testarudo que nunca se daba por vencido



Mi padre no era bueno cobrando deudas, pero si pedía dinero prestado cumplía su promesa de devolverlo, incluso si significaba vender la vaca de la familia, o aún quitar uno de los pilares de nuestra casa para venderlo en el mercado. Siempre decía: «No se puede cambiar la verdad por engaños. Algo verdadero no puede ser dominado con pequeños engaños. Lo que se ha conseguido con engaños, tarde o temprano saldrá a la luz».

Mi padre era alto, y tan fuerte que no tenía dificultad alguna para subir la escaleras con un saco de arroz al hombro. Si a los noventa años todavía soy capaz de viajar por el mundo y seguir con mi tarea es por la fuerza física que heredé de mi padre.

Mi madre, cuyo himno cristiano favorito era «*Una tierra más elevada*», también era una mujer muy fuerte. Yo me parezco a ella, no sólo por su amplia frente y su cara redonda, sino por su carácter directo y animado. También tengo un toque testarudo, y sin duda alguna soy el hijo de mi madre. De niño me apodaban «el que llora todo el día». Me lo pusieron porque cuando empezaba a llorar, ya no paraba en todo el día. Cuando lloraba, lo hacía tan alto que la gente pensaba que había ocurrido algo grave. Los que dormían salían a ver lo que pasaba. Además, no me quedaba sentado llorando, sino que brincaba por la habitación, y a veces me hería accidentalmente e incluso sangraba,

armando un gran alboroto. Ya desde pequeño mostré una personalidad muy intensa.

Una vez que tomaba una decisión, nunca daba marcha atrás, aunque terminase con algún hueso roto. Por supuesto, todo eso pasó antes de que madurase. Cuando mi madre me regañaba por haber hecho algo malo, le respondía: «¡No, por supuesto que no!» Todo lo que debía hacer era decir que me había equivocado, pero antes prefería morir.

De todas formas, mi madre también tenía un carácter muy fuerte. Me daba un bofetón y decía: «¿crees que te puedes salir con la tuya y responder a tu madre?» Una vez me dio tan fuerte que me tiró al suelo. Y aún después de levantarme no le dí la razón. Se quedó ante mí, llorando y gritando. Pero aun así, no acepté haberme equivocado.

Mi espíritu competitivo era tan fuerte como mi obstinación. No soportaba perder nunca. Los adultos de la aldea decían: «Cuando el ojitos pequeños de Osan decide hacer algo, lo hace».

No recuerdo qué edad tenía cuando un muchacho me golpeó en la nariz y me hizo sangrar, para luego salir corriendo. Durante el mes siguiente, cada día me iba frente a su casa y me plantaba allí esperando a que saliera. Los adultos del pueblo se sorprendían de verme persistir tanto. Finalmente, sus padres se disculparon e incluso me dieron una bolsa llena de pastelitos de arroz. Pero eso no significa que siempre tratara de ganar por cabezonería. Físicamente era mucho más grande y más fuerte que los niños de mi edad. No había ninguno que pudiera ganarme echando un pulso. Una vez perdí un pulso con un chico tres años mayor que yo, y me enfadé tanto que no pude parar quieto. Fui a una montaña cercana, le quité un poco de corteza a una acacia, y durante seis meses fui a entrenarme con el árbol cada tarde, para ponerme lo suficientemente fuerte como para derrotar a ese niño. Después de seis meses, le desafié a la revancha y pude vencerle.

En nuestra familia cada generación ha tenido muchos hijos. Yo tenía un hermano mayor, tres hermanas mayores y tres hermanas pequeñas. En realidad, nacieron otros cuatro hermanos

después de Hyo Seon, mi hermana más pequeña, pero murieron a una edad temprana. En total, mi madre dio a luz trece hijos, pero cinco no sobrevivieron, lo que debió atormentar profundamente su corazón. Nuestra madre sufrió mucho para criar tantos hijos en circunstancias que distaban de la abundancia. De niño conviví con muchos hermanos y hermanas. Si nos reuníamos con todos nuestros primos hermanos y primos segundos, entonces podíamos hacer cualquier cosa. Pero ahora, después de todo el tiempo que ha pasado, me siento como si fuera el único que queda.

En 1991 visité Corea del Norte por poco tiempo. Regresé a mi pueblo natal por primera vez en cuarenta y ocho años, y me enteré de que mi madre y la mayoría de mis parientes habían fallecido. Sólo quedaban una hermana mayor y una hermana más pequeña. Mi hermana mayor, que había sido como una madre para mí cuando era niño, se había convertido en una abuela de más de setenta años. Mi hermana menor tenía más de sesenta años y su rostro estaba cubierto de arrugas.

Cuando éramos niños, me burlaba mucho de mi hermana pequeña y le gritaba: «¡Eh, Hyo Seon, te vas a casar con un hombre de un solo ojo!» Ella me respondía: «¿Qué has dicho? ¿Qué te hace pensar que lo sabes, hermano?» Entonces corría detrás de mí y me golpeaba la espalda con sus diminutos puños.

El año en que Hyo Seon cumplió los dieciocho, tuvo una cita con vistas al matrimonio, arreglada por una de nuestras tías. Esa mañana se levantó temprano, se arregló cuidadosamente el pelo y se maquilló la cara. Luego limpió con esmero la casa por dentro y por fuera y esperó a que llegara su pretendiente. «Hyo Seon», le bromeé, «¿tantas ganas tienes de casarte?» Eso le hizo sonrojarse, y todavía recuerdo lo hermosa que estaba con el rubor que dejaba entrever su blanco maquillaje.

Han pasado casi veinte años desde mi visita a Corea del Norte. Mi hermana mayor, que lloraba tan tristemente al verme, ya falleció, dejando sola a mi hermana pequeña. Todo eso me llena de tanta tristeza, que siento como si mi corazón se fuera a romper en mil pedazos.

Con las manos era bastante hábil y solía confeccionarme mi propia ropa. Cuando llegaba el frío enseguida me hacía una gorra. Lo hacía mejor que las mujeres y hasta daba consejos de costura a mis hermanas mayores. Una vez tejí una bufanda para Hyo Seon.

Mis manos eran grandes y gruesas como las garras de un oso, pero me gustaba coser y hacerme la ropa interior. A veces tomaba un trozo de tela, lo doblaba por la mitad, hacía los cortes según el diseño adecuado, le hacía un dobladillo, lo cosía, y me lo ponía. Una vez hice un par de calcetines tradicionales coreanos para mi madre y para expresar lo mucho que le habían gustado dijo: «Bueno, bueno... ¡y yo que creía que mi segundo hijo sólo estaba jugando; me quedan perfectos!»

En aquellos días había que tejer prendas de algodón, como parte de los preparativos para la boda de un hijo o de una hija. Mi madre tomaba el algodón en rama, lo colocaba en la rueca e hilaba cada hebra. Eso se llamaba *toggaengi* en el dialecto de la provincia de Pyongan. Después ajustaba el ancho en el telar a veinte hilos y hacía doce piezas de tela de algodón, luego trece piezas, y así sucesivamente. Cada vez que un hijo se casaba, las ásperas manos de mi madre tejían una tela de algodón tan suave y bella como el satén. Sus dedos trabajaban increíblemente deprisa; mientras otras tejían apenas tres o cuatro piezas de esta tela *toggaengi* en un día, mi madre podía tejer hasta veinte. En una ocasión que estaba muy apurada completando los preparativos para la boda de una de mis hermanas mayores, fue capaz de tejer un rollo entero de tela en un día. Tenía un carácter muy impaciente, cuando se decidía a hacer algo trabajaba con rapidez para terminarlo cuanto antes. En eso me parezco a ella.

Desde mi infancia siempre he disfrutado comiendo una gran variedad de alimentos. Cuando era niño me gustaba comer las cosas crudas, maíz, pepino, patata y judías. En una ocasión que visitamos a la familia de mi madre, que vivía a unos ocho kilómetros de nuestra casa, noté que crecía algo redondo en el campo. Pregunté qué era y me dijeron que era *jigwa*, es decir, boniato. Alguien desenterró uno, lo cocinó al vapor para mí y me lo comí. Tenía un sabor tan delicioso que llené una cesta y

me los comí todos. A partir del año siguiente, no podía alejarme de la casa de mi familia materna más de tres días. Entonces, gritaba: «Mamá, voy a salir un rato,» y corría hasta donde vivían para comer boniatos.

En mi pueblo, en mayo teníamos lo que llamábamos «la cuesta de la patata». Mayo era un período crítico, porque si nuestro almacén de patatas se agotaba antes de cosechar la cebada, la gente comenzaba a pasar hambre. Sobrevivir a esa época era como subir una montaña empinada, por eso la llamábamos la cuesta de la patata.

La cebada que comíamos en aquel tiempo no era la de grano laminado y sabroso que conocemos hoy. Los granos eran duros y más cilíndricos, pero no nos importaba. Para poder cocinar la cebada teníamos que dejarla dos días en remojo. Cuando nos sentábamos a comer, aplastaba la cebada, tratando de hacer una masa con los granos. Pero no servía de nada, porque se dispersaban como si fueran de arena. Los mezclaba con *gochujang* (pasta de guindilla roja) y me los comía. Al masticar, los granos de cebada se escurrían entre los dientes, así que debía mantener la boca bien cerrada.

También solíamos atrapar ranas de árbol y comérmolas. En aquellos días, en las zonas rurales se les daban de comer estas ranas a los niños con sarampión, de caras enflaquecidas por la pérdida de peso. Solíamos atrapar tres o cuatro ranas bien grandes y con bastante carne en las patas. Las asábamos envueltas en hojas de calabacín y quedaban muy tiernas y sabrosas, como si hubieran sido cocidas al vapor en una arrocería. Hablando de cosas sabrosas, tampoco puedo olvidar la carne de gorrión ni la de faisán. Nos gustaba cocinar los huevos de hermosos colores que ponían los pájaros de la montaña, y las aves acuáticas que sobrevolaban los campos dando fuertes graznidos. Mientras recorría las colinas y los campos me dí cuenta de la gran abundancia de alimentos que hay en el medio natural que Dios nos ha dado.

Amar la naturaleza y aprender de ella



Yo tenía un carácter que me exigía conocer todo lo que encontraba. No podía pasar nada por alto de forma superficial. Me ponía a pensar: «Me pregunto cómo se llamará aquella montaña. ¿Qué habrá allá arriba?». Y tenía que ir y verlo yo mismo. Cuando todavía era un niño subí a lo alto de todas las montañas en un radio de ocho kilómetros de distancia de nuestra casa. Fui por todas partes, incluso más allá de las montañas. De esa manera, cuando veía una montaña brillar con la luz de la mañana, podía imaginar lo que había allí, contemplarlo y sentirme a gusto. Detestaba el simple hecho de ver lugares que no conocía. Tenía que conocer todo lo que había hasta donde alcanzaba la vista e incluso lo que había más allá. De lo contrario, mi mente estaba tan intranquila que no podía soportarlo.

Cuando iba a las montañas me gustaba tocar las flores y los árboles. No estaba satisfecho sólo viendo lo que había. Tenía que tocar las flores, olerlas e incluso ponérmelas en la boca y masticarlas. Disfrutaba tanto de las fragancias, del tacto y de los sabores que no me habría importado si me hubieran dicho que metiera la nariz en los matorrales y la dejara allí todo el día. Amaba tanto la naturaleza que cada vez que salía me pasaba el día entre praderas y campos, y me olvidaba que tenía que regresar a casa. Cuando mis hermanas mayores iban al monte a coger verduras silvestres, las guiaba colina arriba y escogía las plantas.

Gracias a esa experiencia conozco muchos tipos de verduras silvestres que saben bien y tienen un alto valor nutritivo.

Entre ellas me gusta el *sseumbagwi*¹¹, que cuando lo añades al *gochujang bibimbap*¹² sabe delicioso. Cuando se come *sseumbagwi* hay que ponérselo en la boca y contener la respiración unos segundos. Entonces, el sabor amargo desaparece y se hace dulce. Así hay que comerlo para disfrutar de su excelente sabor.

También me gustaba subirme a los árboles. Sobre todo me subía a un enorme castaño de doscientos años que estaba en nuestro patio. Me gustaba la vista que se divisaba desde las ramas más altas. Desde allí podía ver incluso más allá del límite de la aldea. Cuando me había encaramado ya no quería bajarme. En ocasiones me quedaba subido en el árbol hasta bien entrada la noche, y la más joven de mis hermanas mayores salía de casa y armaba un escándalo sobre lo peligroso que era lo que hacía e intentaba persuadirme para que bajara.

«Yong Myung, por favor, baja ya», decía. «Es tarde y tienes que entrar en casa y acostarte».

«Si me entra sueño, puedo dormir aquí arriba», respondía yo.

Dijera lo que dijese ella, yo no me movía de mi rama del castaño. Al final, ella perdía la paciencia y me gritaba: «¡Oye, mono! ¡Bájate ahora mismo!»

Quizás me gustaba tanto trepar a los árboles por haber nacido en el año del mono. Cuando las castañas en erizos colgaban en racimos, cogía una rama rota y saltaba una y otra vez golpeándolas para que cayeran. Recuerdo que era muy divertido. Me da lástima que los niños hoy día no crezcan en el campo ni experimenten esta clase de diversiones.

Las aves que volaban libres también eran objeto de mi curiosidad. De vez en cuando pasaban por allí pájaros especialmente hermosos y trataba de aprender todo lo que podía de ellos, como

11 Cerraja salvaje, una especie de diente de león que gusta a los coreanos por sus raíces y sus hojas.

12 El bibimbap es un plato muy famoso en Corea, generalmente hecho de una mezcla de arroz, carne, verduras salteadas y un huevo frito.

por ejemplo, cómo era el macho y cómo era la hembra. En aquel tiempo no había libros con información de los diferentes tipos de árboles, arbustos ni aves, de manera que tenía que examinarlos yo mismo uno por uno. A menudo me saltaba las comidas para ir a explorar las montañas en busca de los lugares adonde iban las aves migratorias.

En cierta ocasión me subí a un árbol varios días, por la mañana y por la tarde, para observar un nido de urraca. Quería ver cómo ponía sus huevos. Finalmente llegué a presenciarlo y al mismo tiempo me hice su amigo. Las primeras veces que me vio emitió un fuerte graznido y al notar que me acercaba, armó un gran alboroto. Más adelante, sin embargo, pude acercarme y ella se quedó tranquila.

Los insectos de la zona eran también mis amigos. Cada año, a finales del verano, una cigarra de sonido claro cantaba en las ramas altas de un árbol de caqui que estaba justo al lado de mi habitación. Al terminar cada verano agradecía que los intensos e irritantes sonidos de los otros tipos de cigarra, que hacían ruido durante todo el verano, repentinamente cesaran y fueran reemplazados por el canto de la cigarra de sonido claro. Su canción me hacía saber que la temporada del verano húmedo pronto acabaría para dar paso al fresco otoño.

Su sonido era algo así como «¡sulu sulululululu!». Siempre que oía cantar así a la cigarra de sonido claro, miraba hacia la parte alta del árbol de caqui y pensaba: «Por supuesto: siempre que vaya a cantar, tiene que hacerlo desde un lugar alto, para que todos en el pueblo puedan oírla y alegrarse. ¿Quién la oiría si se pusiera a cantar en un agujero?

Pronto me di cuenta de que tanto las cigarras de verano como las de sonido claro producían esos sonidos por amor. Ya fuera que cantaran, «mem mem mem» o «sulu sulu», hacían sonidos con el fin de atraer a su pareja. Una vez me di cuenta, no podía contener la risa cada vez que escuchaba cantar a un insecto. «Oh, ¿te gusta el amor, verdad? Adelante, canta y búscate una buena pareja». Poco a poco aprendí a entablar amistad con todos los seres en la naturaleza, y a compartir así mi corazón con ellos.

La costa del Mar Amarillo estaba apenas a cuatro kilómetros de nuestra casa, lo suficientemente cerca como para otearla fácilmente desde cualquier altura cercana a casa. Había una serie de charcas en el camino hacia el mar, y un arroyo que fluía uniéndolas. A menudo excavaba alrededor de alguna charca con olor a agua estancada, para coger anguilas y cangrejos de agua dulce. Solía escarbar en muchos lugares para atrapar diferentes tipos de animales acuáticos, y así llegué a conocer dónde vivía cada uno. A las anguilas, por naturaleza, no les gusta estar visibles, por lo que esconden sus largos cuerpos en los agujeros de los cangrejos y lugares similares. Sin embargo, a veces el cuerpo entero no les cabe dentro del agujero y tienen que dejar sobresalir el final de la cola. Entonces, me resultaba muy fácil atraparlas; me bastaba con agarrarlas de la cola y tirar de ellas hasta sacarlas del agujero. Cuando teníamos visita en casa y querían comer anguila al vapor, a mí no me costaba nada recorrer los cinco kilómetros hasta las charcas y traer unos cinco ejemplares. Durante las vacaciones de verano, solía coger más de cuarenta anguilas en un día.

Pero había una tarea que no me gustaba hacer, dar de comer a la vaca. A menudo, cuando mi padre me pedía hacerlo, la llevaba al prado de la aldea vecina, la ataba y salía corriendo. Después de un rato empezaba a preocuparme por ella. Entonces miraba atrás y veía que aún seguía justo donde la había atado. Se quedaba allí medio día, mugiendo y esperando que alguien viniera a darle de comer. Cuando escuchaba su mugido desde lejos, me daba pena y pensaba «¡Caramba, esta vaca! ¿Qué voy a hacer con ella?» Podréis imaginaros cómo me sentía intentando ignorar sus mugidos. Pese a todo, al final de la tarde, cuando regresaba con ella, no estaba enfadada ni trataba de cornearme; al contrario, parecía feliz de verme. Eso me hacía entender que la perspectiva con que una persona contempla un objetivo importante en su vida debería ser como la de una vaca: aguardar con paciencia hasta que algo bueno ocurra.

En casa teníamos un perro al que quería mucho. Era tan inteligente que cuando volvía a casa de la escuela, corría a recibirme

cuando aún estaba muy lejos. Siempre que me veía se alegraba. Siempre le acariciaba con la mano derecha, de modo que aunque estuviera a mi izquierda, se daba la vuelta hacia mi lado derecho y frotaba su cara contra mí, pidiendo ser acariciado. Entonces, con mi mano derecha le acariciaba la cabeza y el lomo. Si no lo hacía, gemía y corría en círculos a mi alrededor mientras bajábamos por el camino. «Granuja», le decía. «Tú sabes lo que es el amor, ¿verdad? ¿Te gusta el amor?».

Los animales entienden de amor. ¿Habéis visto alguna vez a una gallina clueca, empollando sus huevos hasta que nacen? La gallina mantiene sus ojos bien abiertos y pateo contra el suelo para que nadie se le acerque. Yo entraba y salía del gallinero sabiendo que eso la haría enojar. Al verme entrar en el gallinero, estiraba el cuello como amenaza, y yo, en lugar de retroceder, también adoptaba una postura de confrontación. Después de haber entrado en el gallinero unas cuantas veces, la gallina fingía no verme, pero se mantenía en tensión, con las uñas largas y afiladas. Parecía querer abalanzarse sobre mí y atacarme, pero no podía apartarse de los huevos. Así que se quedaba sentada allí, angustiada. Me acercaba y le tocaba las plumas, pero no se movía.

Parecía que estaba decidida a no moverse de allí hasta que sus polluelos hubieran nacido, incluso si eso significaba dejarse arrancar todas las plumas de su pecho. Al estar tan firmemente unida a sus huevos por amor, la gallina tiene una autoridad que incluso le impide al gallo hacer lo que quiera. Ejerce una autoridad total sobre todo lo que se mueve, como diciendo: «¡No me importa quién seas. Es mejor que no molestes a mis huevos!».

También es una demostración de amor cuando una cerda da a luz a sus cochinitos.

Seguí a una para poder presenciar cuando daba a luz a sus crías. En el momento del parto, la cerda empuja emitiendo un fuerte gruñido y un cerdito sale, deslizándose. Seguidamente, emite otro gruñido fuerte y un segundo cochinito sale. Lo mismo ocurre con los gatos y los perros. Me sentía muy feliz observando cómo venían al mundo esos pequeños animalitos,

que ni siquiera habían abierto todavía los ojos. No podía parar de reírme, de contento que estaba.

Por otro lado, me sentía muy triste presenciando la muerte de un animal. Había un matadero cerca de la aldea. Una vez la vaca estaba dentro, aparecía un carnicero de la nada y la golpeaba con un martillo de hierro, aproximadamente del tamaño de un antebrazo. La vaca caía, y seguidamente la desollaban y le cortaban las patas. Se aferraba tan desesperadamente a la vida que sus muñones continuaban temblando después de haberle cortado las patas. Al verlo, se me saltaban las lágrimas y rompía a llorar.

Desde mi niñez he tenido una cualidad especial, podía saber cosas que otros desconocían, como si tuviera alguna capacidad paranormal. Si decía que iba a llover, entonces llovía. Podía estar sentado en casa y decir: «El señor tal y tal de la aldea vecina hoy no se siente bien». Y siempre acertaba. Desde que tenía ocho años era conocido como un casamentero de primera. Con solo ver las fotografías de los futuros novios podía saberlo todo de ellos. Si decía: «Este matrimonio no es bueno», y aún así se casaban, inevitablemente el matrimonio se rompía al cabo de un tiempo. Aún continuó haciéndolo a los noventa años, y puedo saber mucho de una persona con sólo ver la manera cómo se sienta o se ríe.

Si concentraba mis pensamientos podía saber lo que mis hermanas mayores estaban haciendo en un momento dado. Por eso, aunque ellas me querían, también me temían. Les parecía que conocía todos sus secretos.

Quizás parezca que tengo un poder paranormal increíble, pero en realidad no hay nada de que sorprenderse. Hasta las hormigas, a las que consideramos criaturas insignificantes, saben cuándo se acerca la temporada de lluvias, y se marchan a otro lugar donde mantenerse en seco. La gente que esté en armonía con la naturaleza también sabrá lo que se avecina, no es tan difícil.

Podéis saber hacia dónde soplará el viento si observáis cuidadosamente el nido de una urraca. La urraca pondrá la entrada de su nido en el lado opuesto a la dirección en la que va a soplar

el viento. Cogará ramitas con el pico y, con gran habilidad, construirá con ellas un complejo entramado, luego traerá barro y lo aplicará de arriba abajo en el nido para que no penetre la lluvia. Colocará los extremos de las ramas de forma que todas tengan la misma dirección. Eso hará que, como el canal de un tejado, la lluvia fluya en una sola dirección. Hasta las urracas tienen la sabiduría necesaria para sobrevivir. Entonces, ¿no sería lo normal que la gente tuviera también esa capacidad?

Cuando iba a un mercado de ganado con mi padre, le decía: «Padre, no compres esa vaca. Una buena vaca debe tener una buena nuca, las pezuñas delanteras fuertes, y las nalgas y la espalda firmes. Esta vaca no es así». Y, al final, siempre resultaba que esa vaca no se vendía. Mi padre me preguntaba entonces: «¿Cómo sabes tú todo eso?» y yo respondía: «Lo he sabido desde que estaba en el vientre de mi madre». Por supuesto, no hablaba en serio. Si te gustan las vacas, puedes saber mucho de ellas.

La fuerza más poderosa del mundo es el amor. Y la más temible es una mente y un cuerpo unidos. Si te relajas y concentras tu mente, existe un lugar profundo donde la mente puede descansar. Tienes que dejar que tu mente llegue hasta allí. Cuando estés así y te vayas a dormir, entonces al despertar estarás muy sensible. En ese momento debes apartar todos los pensamientos irrelevantes y centrar tu consciencia. Entonces podrás comunicarte con todo lo que existe.

Si no me crees, pruébalo ahora mismo. Todo ser vivo en el mundo trata de conectarse con lo que le da más amor. De modo que si tienes algo y no lo amas verdaderamente, entonces tu posesión o dominio son falsos y te verás obligado a renunciar a ello.

Hablar del universo con los insectos



Pasar tiempo en el bosque purifica la mente. El sonido de las hojas que crujen con el viento, el ulular del viento soplando entre los juncos, el croar de las ranas en los estanques: lo único que escuchas son los sonidos de la naturaleza, ningún pensamiento superfluo invade tu espíritu. Cuando vacías la mente y recibes a la naturaleza con todo tu ser, no hay separación entre tú y ella. En el momento en que la frontera entre ambos desaparece, sientes una profunda sensación de alegría. Entonces, la naturaleza eres tú y tú eres la naturaleza.

Siempre he atesorado ese tipo de experiencias en mi vida. Aún ahora, cierro los ojos y entro en un estado de unidad con la naturaleza. Algunos llaman a esta experiencia *anātman*, o «no-ser-uno-mismo», pero para mí es mucho más, porque la naturaleza entra y se instala donde se ha producido un vacío. Mientras estoy en ese estado, escucho los sonidos que la naturaleza me da - los sonidos de los pinos, los sonidos de los insectos -, y nos hacemos amigos. Podía ir a un pueblo y saber, sin encontrarme con nadie, la disposición mental de quienes vivían allí. Iba a los campos del poblado y pasaba allí la noche. Entonces escuchaba lo que me contaban las cosechas de los campos. Podía ver si estaban tristes o contentas, y eso me decía como era la gente que vivía allí.

Si estando en la cárcel en Corea del Sur, en los Estados Unidos e incluso en Corea del Norte no me sentí solo ni aislado es por-

que, aun recluido allí, podía escuchar el sonido del viento al soplar y hablar con los insectos que allí había conmigo.

Os preguntaréis: «¿De qué hablas con los insectos?» Incluso en el más pequeño grano de arena están los principios universales, y hasta una mota de polvo flotando en el aire contiene la armonía del cosmos. Todo lo que nos rodea nació gracias a la combinación de fuerzas tan complejas que ni siquiera podemos imaginarlas. Esas fuerzas están estrechamente relacionadas entre sí. Nada en el universo fue concebido fuera del corazón de Dios. El movimiento de una sola hoja lleva en sí mismo el aliento universal.

Desde la niñez he tenido el don de empatizar con los sonidos de la naturaleza, mientras paseaba entre colinas y prados. La naturaleza crea una armonía única y produce un sonido magnífico y hermoso. Nadie trata de exhibirse y nadie es ignorado, hay una armonía suprema. Siempre que me encontré en dificultades la naturaleza me consoló; cuando caí en la desesperación, siempre me ayudó a ponerme en pie.

Los niños de hoy en día crecen en zonas urbanas y no tienen oportunidad de familiarizarse con la naturaleza. Pero desarrollar sensibilidad hacia la naturaleza es, en realidad, más importante que desarrollar nuestro conocimiento. ¿De qué sirve proporcionar educación universitaria a un joven que no puede sentir la naturaleza como algo íntimo y cuya sensibilidad está muerta? Una persona separada de la naturaleza puede reunir conocimientos de los libros aquí y allá, y luego ser un individualista que idolatra las cosas materiales.

Necesitamos sentir la diferencia entre el sonido de la lluvia de primavera, que cae como un suave susurro, y la lluvia de otoño, que cae crepitando y con estrépito.

Sólo de quien disfruta de su empatía con la naturaleza puede decirse que tiene un carácter verdadero. Un diente de león que florece al lado del sendero es más valioso que todo el oro del mundo.

En nuestro corazón hemos de saber amar a la naturaleza y amar a la gente. Quien no puede amar a la naturaleza o a la gente no puede amar a Dios. Todo en la creación encarna a Dios simbólicamente.

mente, y los seres humanos son seres sustanciales creados a imagen de Dios. Sólo quien ama a la naturaleza puede amar a Dios.

No me pasaba todo el tiempo paseando por las colinas y las praderas, ni jugando. También trabajaba con ahínco para ayudar a mi hermano mayor en la granja. En una granja hay muchas tareas que realizar cada estación. Hay que arar los arrozales y los campos. Las plantones de arroz deben ser trasplantados, y hay que quitar las malas hierbas. Cuando se está arrancando maleza, el cultivo más difícil de limpiar es el mijo. Después de plantar las semillas, los surcos deben desbrozarse al menos tres veces, y es un trabajo agotador. Cuando terminábamos, nos costaba enderezar la espalda durante un tiempo.

Los boniatos no saben muy bien si se plantan en arcilla. Hay que hacerlo mezclando un tercio de arcilla y dos tercios de arena, si se quieren obtener boniatos de sabor óptimo. Para el maíz, el mejor fertilizante era el excremento humano, así que solía romper con las manos los excrementos sólidos en trozos pequeños. Ayudando en la granja aprendí lo que se necesita para que las judías crezcan bien, el tipo de suelo más adecuado para la soja, y la mejor tierra para las judías pintas. Soy el agricultor de los agricultores.

La provincia de Pyongan fue uno de los primeros lugares de Corea que aceptó la cultura cristiana. Una de sus más notorias influencias fue organizar las tierras de cultivo en líneas rectas entre los años 1930 y 1940. Para trasplantar los plantones de arroz, usábamos un poste con doce marcas igualmente espaciadas que indicaba dónde iban las filas, y lo poníamos a lo ancho del arrozal. Luego dos personas seguían el marcador, plantando cada una seis filas de plantones.

Más adelante, cuando me trasladé al sur de Corea, vi que allí ponían una cuerda atravesando el arrozal y docenas de personas chapoteaban en él. Parecía una manera muy ineficiente de hacerlo. Yo abría las piernas el doble de la anchura de mis hombros para poner los plantones más rápidamente. Durante la temporada de siembra del arroz, pude ganar suficiente dinero para, por lo menos, pagarme los estudios.

Un estudiante apasionado



Al cumplir diez años, mi padre me mandó a una escuela tradicional en nuestro pueblo, donde un anciano enseñaba los clásicos chinos. En esta escuela lo único que teníamos que hacer era memorizar un cuadernillo cada día. Me concentraba y lo memorizaba en media hora. Si podía presentarme ante el maestro de escuela y recitar la lección del día, ese día ya no tenía que hacer nada más. Si a primera hora de la tarde el maestro se dormía, salía de la escuela y me iba a los campos. Cuanto más tiempo pasaba en el monte, más plantas comestibles encontraba. Finalmente comía tantas que podía saltarme el almuerzo, así que dejé de ir a casa para comer.

En el colegio leíamos los *Analectas* de Confucio y las obras de Mencio¹³, y nos enseñaban los caracteres chinos. Destaqué en la caligrafía y cuando cumplí doce años el maestro me hizo hacer caracteres modelo que otros estudiantes aprendían. En realidad, quería asistir a un colegio normal, no a esa escuela tradicional del pueblo. Sentía que no debería estar simplemente memorizando a Confucio y Mencio, mientras otros construían aviones. Esto era en Abril, y mi padre ya había pagado de antemano las mensualidades de todo el año¹⁴. A pesar de saberlo, decidí dejar esa escuela e intenté convencer a mi padre para que me enviara a una escuela normal. También me esforcé por disuadir a mi

13 Filósofo chino confucionista que vivió en el siglo IV A.D.

14 En Corea, el año escolar empieza en febrero.

abuelo y a mi tío. Para transferirme a la escuela primaria tenía que aprobar un examen, y para preparar ese examen tuve que asistir a una escuela preparatoria. Convencí a un primo mío más joven para que fuera conmigo y ambos entramos en Wonbong, un colegio privado donde nos ayudaban a preparar el examen de ingreso en la escuela primaria.

Al año siguiente, cuando tenía catorce años, pasé el examen y fui transferido al tercer curso en la escuela de Osan. Empecé tarde, pero estudié mucho y pude saltarme el quinto curso. El colegio quedaba a ocho kilómetros de mi casa, pero no falté ni un día, ni jamás llegué tarde. Si me subía a una colina por el camino un grupo de estudiantes me estaba ya esperando. Pero andaba tan deprisa que les costaba mucho seguir mi paso. Así es como cruzaba el camino de la montaña donde se rumoreaba que a veces aparecían tigres.

Osan era un colegio nacionalista fundado por Yi Sung Hun, un activista del movimiento de independencia. No sólo no se enseñaba el idioma japonés, sino que, de hecho, estaba prohibido hablar en japonés. Yo opinaba de otro modo. Sentía que teníamos que conocer al enemigo si queríamos vencerle. Hice un nuevo examen de ingreso y fui transferido al cuarto grado de la escuela pública de Jeongju. En los colegios públicos todas las clases eran en japonés, así que memoricé el *katakana* y el *hiragana* (dos alfabetos japoneses) la noche antes del primer día de clase. No sabía nada de japonés, pero cogí todos los libros de texto del primer al cuarto curso y los memoricé en dos semanas, lo que me permitió empezar a entender el idioma.

Cuando me gradué de la escuela primaria, hablaba japonés con fluidez. El día de mi graduación me ofrecí voluntario para dar un discurso ante diversas personalidades de Jeongju. Lo que se espera normalmente del estudiante en esa situación es que exprese su gratitud por el apoyo recibido de sus maestros y de la escuela. En vez de eso, me referí a cada profesor por su nombre y los critiqué señalando los problemas en el funcionamiento de la escuela. También hablé sobre el momento histórico y el tipo de determinación que debía tener la gente en cargos de res-

ponsabilidad. Dí este discurso más bien crítico enteramente en japonés.

«Los japoneses deben hacer cuanto antes sus maletas y volver a Japón», dije, «nuestros antepasados nos han entregado esta tierra y todas las futuras generaciones de nuestro pueblo deben vivir aquí».

Así fue como hablé frente al comisario de policía, el prefecto de la región y el alcalde de la ciudad. Hablé del espíritu del tío abuelo Yoon Guk Moon y dije cosas que nadie se atrevía a decir. La audiencia estaba perpleja. Al bajarme del estrado vi cómo las caras del público asistente habían palidecido.

Ese día no me pasó nada, pero más tarde tuve problemas. Desde entonces la policía me fichó y empezó a observarme y a incordiarme. Más adelante, cuando quise ir a Japón para continuar mis estudios, ese comisario no quiso sellar un formulario que necesitaba y eso me causó problemas. Me veía como una persona peligrosa a quien no debía permitirse viajar a Japón. Tuve una gran discusión con él y finalmente le convencí para sellarme el formulario. Sólo entonces pude ir a Japón.

CAPÍTULO II

MI CORAZÓN ES
COMO UN RÍO DE
LÁGRIMAS

Entre el miedo y la inspiración



Al crecer y madurar, empezó a preocuparme qué iba a ser de mayor. Disfrutaba observando y estudiando la naturaleza, así que pensé en ser científico. Pero ver la tragedia de la gente saqueada por las autoridades coloniales japonesas me hizo cambiar de opinión. Sufrían tanto que no podían ni alimentarse. No me parecía que convertirme en científico, aunque me llevase a ganar el Premio Nobel, fuese la manera de enjugar las lágrimas de quienes sufrían.

Quería ser alguien que secara el llanto que manaba de los ojos de la gente y quitarles el dolor de sus corazones. Cuando estaba tumbado en el bosque escuchando el canto de los pájaros, solía pensar: «El mundo debe ser cálido y tierno como esas canciones. Debo convertirme en alguien que haga que las vidas de la gente se llenen de fragancia como las flores». No sabía qué carrera debería estudiar para lograrlo, pero me convencí de que debía ser una persona que hiciera feliz a los demás.

Cuando tenía diez años nuestra familia se convirtió al cristianismo gracias al tío abuelo Yoon Guk, que era ministro cristiano y llevaba una ferviente vida de fe. A partir de ese momento asistí a la iglesia fielmente, sin faltar ni una semana. Si llegaba tarde al culto, aunque fuera sólo un poco, me sentía tan avergonzado que no podía ni tan siquiera mirar a los ojos a nadie. No sé qué entendía siendo tan joven que me inspirara a ser así, pero Dios estaba ya muy presente en mi vida. Cada día pasaba

más y más tiempo debatiéndome con interrogantes sobre la vida y la muerte, sobre el sufrimiento y los padecimientos de la existencia humana.

A los doce años fui testigo de cómo trasladaban la tumba de mi bisabuelo. Normalmente, en esas ocasiones sólo se permitía asistir a los adultos del clan, pero tanto era mi deseo de descubrir por mí mismo lo que les ocurría a las personas después de su muerte, que finalmente pude disuadir a mis padres para acompañarles. Cuando se exhumó la tumba y vi sus restos, me invadieron el sobresalto y el miedo. Mientras los mayores abrían la tumba con una solemne ceremonia, lo único que yo veía era un esqueleto consumido. No había ni rastro de las facciones de mi bisabuelo que mi padre y mi madre me habían descrito. Era sólo la espantosa visión de unos huesos blanquecinos.

Tardé bastante en superar la conmoción de haber visto los huesos de mi bisabuelo. Me dije a mí mismo: «El bisabuelo debió haber tenido la misma apariencia que nosotros. Entonces, ¿también mis padres se convertirán en un montón de huesos blancos al morir? ¿Es eso lo que me pasará cuando muera? Todo el mundo muere, pero, después de morir, ¿yacemos simplemente, sin poder pensar en nada?» No podía librarme de estas preguntas en mi cabeza.

Alrededor de ese tiempo ocurrieron una serie de acontecimientos extraños en nuestra casa. Tengo el vivo recuerdo de uno en particular. Cada vez que nuestra familia tejía ropa, tomábamos hebras de la rueca y las guardábamos en una vasija de barro hasta tener suficientes para hacer un rollo de tela. La ropa que hacíamos con esas hebras, llamadas *yejang*, se utilizaba cuando un hijo de la familia se iba a casar. Una noche, esas hebras fueron encontradas esparcidas por todas las ramas de un viejo castaño, en un pueblo vecino. Hacían que el árbol pareciera haberse vuelto blanco. No podíamos entender quién habría cogido las hebras de la vasija, llevándolas hasta el castaño -que estaba bastante lejos de nuestra casa- y luego extendiéndolas por todo el árbol. No parecía algo hecho por manos humanas, y todos en el pueblo estaban bastante asustados.

Cuando tenía dieciséis años experimentamos una gran tragedia: en un mismo año cinco de mis hermanos pequeños murieron. No hay palabras para describir la angustia y el dolor de nuestros padres por la pérdida de cinco de sus trece hijos en tan poco tiempo. La muerte parecía propagarse. Otros miembros de nuestro clan perdieron su ganado. En una ocasión, una vaca de unos parientes murió de repente, aunque gozaba de perfecta salud. En otra casa, murieron varios caballos, uno tras otro. Y en un tercer hogar de familiares nuestros murieron siete cerdos en una noche.

El sufrimiento de una familia parecía conectado al sufrimiento de la nación y del mundo. A mí me inquietaba cada vez más ver la miserable situación del pueblo coreano bajo el régimen tiránico japonés. La gente no tenía ni para comer. A veces se veían obligados a buscar hierbas, cortezas de árbol o lo que podían encontrar, y hervirlas para comer. Las guerras en todo el mundo parecían no tener fin.

Entonces, un día leí en el periódico la noticia del suicidio de un estudiante de secundaria, de mi misma edad. «¿Por qué murió?», me pregunté. «¿Qué podría haber conducido a una persona a matarse a una edad tan temprana?» La noticia me dejó destrozado, como si le hubiera ocurrido a alguien cercano a mí. Lloré desconsoladamente durante tres días y tres noches, con el periódico abierto por la página con ese artículo. Las lágrimas no dejaban de brotar y no podía detenerlas.

No comprendía la razón de tantos acontecimientos extraños, ni que los trágicos sucesos le ocurriesen a gente buena. Ver los huesos de mi bisabuelo me había inducido a empezar a cuestionarme sobre la vida y la muerte, y todos esos misteriosos sucesos en nuestra casa y en el entorno me llevaron a buscar en la religión. Pero la Palabra de Dios que escuchaba en la iglesia no era suficiente, por sí sola, para darme las respuestas claras que estaba buscando. Para aliviar la frustración de mi corazón, comencé de un modo natural a sumergirme en la oración.

«¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Qué ocurre cuando morimos? ¿Existe un mundo para el

alma eterna? ¿Existe realmente Dios? ¿Es Dios realmente todopoderoso? Si lo es, ¿por qué no hace nada y se limita a observar las penas del mundo? Si Dios creó este mundo, ¿creó también el sufrimiento que hay en él? ¿Qué acabará con la trágica ocupación japonesa de Corea? ¿Qué sentido tiene el sufrimiento del pueblo coreano? ¿Por qué los seres humanos se odian, luchan y hacen la guerra?

Mi corazón rebosaba de estas preguntas serias y fundamentales. Nadie podía responderme fácilmente, por lo que mi única opción fue rezar. La oración me ayudó a encontrar consuelo. Cuando le formulaba a Dios esos problemas inquietantes que habitaban en mi corazón, todo mi sufrimiento y mi pena se esfumaban. Empecé a pasar cada vez más tiempo en oración hasta el punto que, finalmente, empecé a rezar toda la noche. Un día, al fin, tuve una experiencia especial y valiosa en la que Dios respondió a mis plegarias. Ese día será siempre el recuerdo más valioso y memorable de mi vida, un día que nunca podré olvidar.

Era la víspera del domingo de Resurrección por la noche, del año en que cumplí los dieciséis¹⁵. Estaba en el monte Myodu, rezando toda la noche y pidiendo, con lágrimas, respuestas a Dios. ¿Por qué había creado un mundo tan lleno de dolor y desesperación? ¿Por qué el omnisciente y todopoderoso Dios había dejado al mundo en el dolor? ¿Qué debía hacer por esta patria mía sumida en la tragedia? Lloraba sin cesar mientras repetía esas preguntas. Temprano en la mañana de Pascua, después de haber pasado toda la noche en oración, se me apareció Jesucristo. Lo hizo en un instante, como una ráfaga de viento, y me dijo: «Dios está muy apenado por el dolor de la humanidad. Debes asumir una misión especial en esta Tierra y llevar a cabo la obra divina».

15 El cálculo de la edad en Corea no se hace a partir de la fecha de nacimiento, sino de la concepción. Así, un niño que nace tiene ya un año. Generalmente, cuando un coreano dice su edad, hay que quitar un año para obtener su edad "occidental".

Ese día vi claramente el rostro apenado de Jesús, escuché su voz con claridad. La experiencia de ver a Jesús manifestarse sacudió mi cuerpo violentamente, como las hojas de un álamo temblando movidas por una fuerte brisa. Me invadieron simultáneamente una sensación de miedo tan grande que me sentía morir, y una gratitud tan profunda que parecía que iba a explotar. Jesucristo me habló claramente de la obra que debería realizar. Sus extraordinarias palabras hablaban de salvar a la humanidad de su sufrimiento y llevarle alegría a Dios.

Mí primera respuesta fue: «No puedo hacerlo. ¿Cómo podría? ¿Por qué me das una misión tan importante?» Estaba realmente asustado. Quería de alguna manera evitar esta misión. Me aferré al borde de su manto y lloré desconsoladamente.

Cuanto más te duela, más deberías amar



Cuí en una gran confusión. No podía abrir mi corazón a mis padres ni compartir mi gran secreto con ellos. Pero tampoco podía guardármelo para mí mismo. No sabía qué hacer. Lo único claro era que había recibido una misión especial de Dios.

Era tan enorme y tremenda esa responsabilidad, que me estremecía de miedo al pensar que no podría manejarla solo. Me aferré a la oración, aun más que antes, intentando calmar mi corazón perdido en la confusión, pero tampoco surtió efecto. Por mucho que lo intentaba no podía librarme, ni por un momento, del recuerdo de mi encuentro con Jesucristo. Ese encuentro con él cambió por completo mi vida. La triste expresión de su rostro quedó grabada en mi corazón como un estigma, y no podía dejar de pensar en ella. A partir de ese día, me sumergí por completo en la palabra de Dios. A veces me rodeaba una oscuridad perenne y me oprimía un dolor tan grande que me era difícil respirar. En otras ocasiones mi corazón estaba lleno de alegría, como si estuviera viendo el sol amanecer en el horizonte. En un esfuerzo por calmar mi corazón y las lágrimas, compuse el siguiente poema:

CORONA DE GLORIA

*Cuando dudo de la gente, siento dolor.
Cuando juzgo a otros, se me hace insoportable.
Cuando odio a la gente, mi existencia carece de todo valor.*

*Sin embargo, si creo, soy engañado.
Si amo, soy traicionado.
Sufriendo y doliente en esta noche, con mi cabeza entre las manos,
¿Me equivoco?*

*Sí, me equivoco.
Aunque seamos engañados, aún hemos de creer,
Aunque seamos traicionados, aún hemos de perdonar.
Amar completamente, incluso a quienes te odian.*

*Seca tus lágrimas y recibe sonriendo
a quienes no conocen más que el engaño,
y a quienes traicionan sin remordimiento.*

*¡Oh, Maestro!, el dolor de amar!
Mira mis manos.
Pon tu mano sobre mi pecho.
Mi corazón estalla, tal es mi agonía.*

*Pero cuando amé a quienes actuaron contra mí,
fui victorioso.
Si también tú haces lo mismo,
Yo te daré la Corona de Gloria.*

Tuve experiencias similares varios días que me transportaron a un mundo de oración cada vez más profunda. Recibí nuevas palabras de verdad directamente de Jesús y quedé completamente cautivo de Dios. Empecé a vivir de una manera radicalmente diferente. Tenía muchas cosas en que pensar y, gradualmente, me convertí en un muchacho de pocas palabras.

Quien siga el camino de Dios debe buscar su meta con todo su corazón y dedicación. Se requiere tenacidad de propósito. Yo soy testarudo de nacimiento, por eso he sido siempre muy tenaz. Utilicé esa cualidad que Dios me dio, para superar las dificultades y seguir el camino que me había sido mostrado. Siempre que vacilaba, me recomponía al recordar: «He recibido la palabra de Dios directamente». No era fácil, sin embargo, elegir este curso, pues me exigía sacrificar el resto de mi juventud. A veces sentía que hubiera preferido evitarlo.

Una persona sabia pone su esperanza en el futuro y sigue avanzando, por muy difícil que sea. Una persona necia, en cambio, tira su futuro por la borda en aras de una felicidad inmediata.

Yo también tuve algunos pensamientos necios cuando aún era muy joven, pero al final elegí el camino de la persona sabia. Con mucho gusto ofrecí mi vida para seguir el camino que Dios deseaba. No podría haberme escapado aunque lo hubiera intentado: este era el único camino que podía haber elegido. Pero, ¿por qué Dios me llamó a mí? Aún ahora, a los noventa años, me hago la misma pregunta cada día. De entre todas las personas del mundo, ¿por qué me eligió a mí? No fue por tener una apariencia particularmente buena, ni un carácter excepcional, ni una convicción profunda. Yo era sólo un joven sin pretensiones, terco y necio. Si Dios vio algo en mí, debió ser un corazón sincero que le buscaba con lágrimas de amor. En cualquier momento o lugar, el amor es lo más importante. Dios estaba buscando a una persona que viviera con un corazón amante y que, cuando se enfrentara con el sufrimiento, pudiera derribarlo con amor. Yo era un niño de una aldea rural, sin nada que aportar. Incluso ahora insisto, sin concesiones, en sacrificar mi vida para vivir por el amor de Dios y por nada más.

No había nada que pudiera saber por mi cuenta, de manera que llevé todas mis preguntas a Dios, y le pregunté: «Dios, ¿existes realmente?» y así fue como llegué a saber que realmente existía. Le pregunté: «Dios, ¿cuáles son tus deseos más queridos? Y así fue como llegué a conocerlos. Le pregunté: «Dios, ¿me necesitas?» y descubrí que sí le era útil.

En aquellos días en que mis oraciones y dedicación se conectaban al Cielo, Jesucristo se me aparecía sin falta y me transmitía mensajes especiales. Si mi deseo por saber algo era sincero, Jesús aparecía con una expresión amable y me daba las respuestas. Sus palabras eran siempre las adecuadas y se clavaban profundamente en mí, como flechas afiladas. No eran meras frases, eran revelaciones sobre la creación del universo que abrían las puertas a un nuevo mundo. Cuando Jesús hablaba parecía una suave brisa, pero yo tomaba sus palabras muy a pecho y rezaba con un fervor tan fuerte que arrancaría un árbol. Poco a poco recibí una nueva revelación sobre el propósito de Dios al crear el universo y Sus principios de la creación.

Durante el verano de ese año peregriné por todo el país. No tenía dinero. Iba por las casas pidiendo de comer. Si tenía suerte conseguía que me llevaran en camión. Así fue como visité todos los rincones del país. Fuera donde fuera, mi patria era un valle de lágrimas. Los dolorosos gemidos de todos los que padecían hambre no tenían fin. Sus desesperados lamentos se convertían en ríos de lágrimas.

«Esta desdichada historia debe terminar cuanto antes», me dije. «Nuestro pueblo no debe ser abandonado en el dolor y la desesperación. De alguna manera tengo que encontrar el modo de ir a Japón y a Estados Unidos para que el mundo conozca la grandeza del pueblo coreano».

Gracias a esta peregrinación redoblé la determinación en mi futura obra. Al cerrar los puños, mi espíritu se centró por completo, y pude ver claramente el camino que tenía que seguir en mi vida: «Voy a salvar sin lugar a dudas a nuestro pueblo y a traer la paz de Dios a esta tierra».

Un cuchillo que no se afile no cortará



Después de terminar la educación secundaria en 1.935, me mudé a Seúl y viví solo en el barrio de Heuksok-Dong, mientras asistía al Instituto Kyeongsung de Comercio y Tecnología.

El invierno en Seúl era extremadamente frío. La temperatura solía bajar a veinte grados bajo cero, congelando el río Han. La casa donde vivía estaba en una colina y no había agua corriente. El agua se sacaba de un pozo tan profundo que se necesitaba una cuerda de más de diez brazos de longitud para que el balde llegara al agua. Como la cuerda no hacía más que romperse, hice una cadena y la amarre al cubo. Cada vez que subía el agua, mis manos se pegaban a la cadena helada y sólo soplando podía mantenerlas calientes.

Combatí el frío usando mi habilidad como tejedor. Me hice un jersey, calcetines gruesos, un gorro y guantes. El gorro era tan elegante que cuando lo usaba algunos me confundían con una mujer.

Nunca calentaba mi habitación, ni siquiera en los días más fríos de invierno, sobre todo porque no me lo podía permitir. Con todo, sentía que era un lujo tener un techo sobre mi cabeza, comparado con las personas sin techo que se veían obligadas a calentarse de cualquier manera en la calle. Un día hacía tanto frío que me fui a dormir agarrando una bombilla de luz bajo el edredón, como si fuera una bolsa de agua caliente. Esa noche

me quemé la piel con la bombilla caliente, y me despellejé. Aún hoy, cuando alguien menciona Seúl, lo primero que me viene a la mente es el frío de aquel tiempo.

Mis comidas consistían en un cuenco de arroz y nunca más de un plato, mientras que las comidas coreanas normalmente incluyen hasta doce platos pequeños. Siempre era una comida, un plato. Un plato era suficiente. Incluso hoy, debido a esa costumbre que adquirí cuando vivía solo, no necesito muchos platos de comida, prefiero tener uno solo bien elaborado. Me molesta ver una comida preparada con muchos platos. Mientras fui a la escuela en Seúl nunca almorcé. De niño me acostumbré a comer sólo dos comidas al día mientras corría por el monte. Seguí viviendo así hasta casi los treinta años.

Mi estancia en Seúl me hizo comprender bien lo que cuesta administrar un hogar.

En la década de los ochenta regresé a Heukseok-Dong y me sorprendió ver que la casa donde había vivido todavía existía. Seguían allí la habitación donde viví y el patio en que solía colgar mi ropa. Sin embargo, me entristeció ver que no estaba el pozo donde tenía que calentar las manos con el aliento, mientras sacaba cubos de agua.

Durante el tiempo que pasé en Heukseok-Dong, el lema que adopté fue: «Antes de buscar dominar el universo, perfecciona tu habilidad de dominarte a ti mismo». Es decir, que para tener fuerza para salvar a la nación y al mundo, primero debía disciplinar mi propio cuerpo. Me disciplinaba con oración, meditación, deportes y ejercicios. Así logré no ser dominado por el hambre ni ninguna otra emoción ni deseo carnal. Incluso cuando comía algo, me decía: «Arroz, quiero que te conviertas en abono para el trabajo que voy a hacer». Aprendí boxeo, fútbol y técnicas de defensa personal. Gracias a ello, aunque con el paso de los años he ganado algo de peso, todavía tengo la flexibilidad de una persona joven.

El Instituto de Comercio y Tecnología Kyeongsong tenía como norma que los estudiantes se turnasen para limpiar sus aulas. Decidí limpiar mi aula todos los días. No lo hice como

una forma de castigo, sino que brotaba de mí el deseo natural de amar la escuela más que nadie. Al principio, los demás intentaban ayudarme, pero se dieron cuenta de que no me gustaba y que prefería hacerlo solo. Finalmente, mis compañeros de clase me dijeron: «De acuerdo, hazlo tú solo». De modo que la limpieza se convirtió en mi tarea.

Era un estudiante excepcionalmente callado. A diferencia de mis compañeros de clase, no participaba en chismes y muchas veces pasaba el día entero sin decir ni una palabra. Quizás por eso, aunque nunca participé en peleas, mis compañeros me trataban con respeto y cuidaban su conducta en mi presencia. Si iba al baño y había una fila de estudiantes esperando su turno para utilizar los retretes, me dejaban de inmediato pasar primero. Si alguien tenía un problema, a mí era a quien solían acudir en busca de consejo.

En clase no paraba de preguntar. Más de un maestro se quedaba perplejo con mis preguntas. Por ejemplo, cuando estábamos aprendiendo una nueva fórmula en clase de matemáticas o de física, solía preguntar: «¿Quién descubrió esta fórmula? Por favor, explíquenoslo paso a paso para que lo entienda exactamente», y rehusaba desistir hasta tener respuestas claras. Era implacable con mis maestros, profundizando más y más. No podía aceptar ninguna ley universal hasta haberla desarmado y comprobado por mí mismo. Pensaba que ojalá hubiera sido el primero en descubrir esa maravillosa fórmula. El carácter obstinado que me había hecho llorar noches enteras de niño, también hizo su aparición en mis tiempos de estudiante. Igual que lo hice al orar, me volqué por completo en mis estudios, con toda sinceridad y dedicación.

Cualquier tarea que hagamos requiere sinceridad y entrega, y no sólo un día o dos, tiene que ser un proceso continuado. El cuchillo que sólo se usa una vez y no se afila acaba perdiendo su filo. Igual sucede con la sinceridad y la dedicación. Debemos esforzarnos a diario, pensando que estamos siempre afilando la hoja de nuestro cuchillo. Sea cual sea la tarea, si continuamos esforzándonos así, alcanzaremos eventualmente un estado más-

tico. Si coges un pincel y enfocas toda tu sinceridad y dedicación en tu mano y te dices a ti mismo: «Vendrá un gran artista y me ayudará», y te concentras, acabarás creando una obra maravillosa que inspirará al mundo entero.

Aprendí a hablar en público más rápido y con más precisión que nadie. Solía ir a una pequeña habitación donde nadie podía oírme y practicaba trabalenguas en voz alta. Ensayaba cómo expresar muy rápidamente lo que quería decir. Al final, podía decir diez palabras en el tiempo que otros empleaban para decir sólo una. Incluso ahora, a pesar mi vejez, puedo hablar muy deprisa. Algunos dicen que hablo tan deprisa que les resulta difícil entenderme, pero siento tanta urgencia que no puedo soportar hablar despacio. Mi espíritu está lleno de cosas que quiero decir. ¿Cómo podría hablar más despacio?

En ese sentido soy muy parecido a mi abuelo, que disfrutaba hablando con la gente. Podía pasar tres o cuatro horas hablando con alguien en nuestra sala de estar, explicándole su punto de vista sobre los sucesos del día. Yo soy igual, cuando estoy con gente con la que me comunico de corazón, pierdo la noción del tiempo y no sé si está atardeciendo o amaneciendo. Las palabras en mi corazón generan un flujo imparable. Cuando me siento así no quiero comer; sólo quiero hablar. A quienes me escuchan les resulta difícil, y el sudor comienza a caer por sus frentes. También por mi cara resbala el sudor mientras sigo hablando, y nadie se atreve a excusarse ni a marcharse. A menudo terminamos pasándonos toda la noche en vela.

La llave para descubrir un gran secreto



Del mismo modo que había subido a todos los picos de las montañas cerca de mi pueblo, también exploré cada rincón de Seúl. En aquellos días había una línea de tranvía que cruzaba toda la ciudad. El precio del pasaje era sólo de cinco *jeon* (cinco céntimos de *euro*), pero no quería gastarme ese dinero y caminaba todo el trayecto hasta el centro de la ciudad. En los días calurosos de verano andaba bañado en sudor y en los de invierno helado iba casi corriendo, como si mi paso perforara un amargo viento ártico. Caminaba tan rápido que podía ir de Heukseok-Dong, cruzando el río Han, hasta los almacenes Hwa Shin en Jong Ro, en sólo cuarenta y cinco minutos. A la mayoría le tomaba una hora y media, así que os podéis imaginar lo rápido que andaba.

Me ahorraba el precio del billete y daba el dinero a gente que lo necesitaban más que yo. Me daba vergüenza dar una cantidad tan pequeña, pero lo hacía sintiendo de corazón que deseaba ofrecer una fortuna. Lo daba orando que ese dinero fuese una semilla para que esa persona recibiera muchas bendiciones. Cada mes de abril mi familia me mandaba dinero para mi escolarización. Pero no podía quedarme al margen viendo a gente alrededor mío pasando penurias, de modo que el dinero no me llegaba ni a mayo. Una vez, de camino al instituto, me encontré con una persona tan enferma que parecía a punto de morir. Me sentí tan

mal al verla que no pude pasar de largo. Lo llevé a cuestas hasta un hospital distante algo más de un kilómetro. Pagué el hospital con el dinero para costear mis estudios que tenía en el bolsillo, y me quedé sin nada. En los días sucesivos en el instituto me pidieron en repetidas ocasiones que pagara la mensualidad. Mis amigos se compadecieron de mí e hicieron una colecta. Nunca olvidaré a quienes me ayudaron a superar esa situación.

El acto de dar y recibir ayuda también es una relación que viene del Cielo. Puede que no te des cuenta en ese momento, pero reflexionando más tarde es posible que comprendas, «¡ah, por eso Dios me envió allí entonces!» Así que si una persona que necesita tu ayuda aparece de repente ante ti, debes saber que el Cielo te la envía para que la ayudes y le ofrezcas lo mejor que tienes. Si el Cielo quiere darle diez unidades de tu ayuda, no bastará con que le des sólo cinco. Si el Cielo te dice que le des diez, deberías darle cien. Cuando ayudas a alguien has de estar dispuesto, si es necesario, a vaciar tu cartera.

En Seúl vi por primera vez en mi vida las galletas *baram ddok*, literalmente «galletas de arroz rellenas de aire» (infladas). Son coloridas galletas de arroz, con un bonito diseño. La primera vez que vi una, me maravilló su estupenda apariencia. Al morderla, sin embargo, descubrí que no tenía relleno sino solamente aire. Simplemente se deshizo en mi boca.

Entonces comprendí algo sobre esta ciudad. Seúl es como una galleta de arroz de aire. Entendí por qué la gente de Seúl tenía a menudo fama de tacaña entre otros coreanos. En la superficie, Seúl parecía un mundo lleno de gente rica e importante, pero en realidad estaba llena de pobres. Bajo el puente del río Han vivían muchos mendigos vestidos sólo con harapos. Yo los visitaba, les cortaba el pelo y compartía con ellos mi corazón. Los pobres acumulan muchas lágrimas. Tienen mucha tristeza reprimida en sus corazones. Bastaba con decirle unas palabras a uno de ellos para que rompiera a llorar. A veces alguno me convidaba con el arroz que le habían dado cuando mendigaba. Me lo entregaba con sus manos sucias. Nunca, sin embargo, rechacé la comida. La recibía con alegría.

En mi pueblo asistía a la iglesia cada domingo, y continué haciéndolo en Seúl. Iba sobre todo a la Iglesia de Jesús en Myungsudae, situada en Heukseok-Dong, y a la Iglesia Pentecostal Seobinggo, que celebraba el culto al otro lado del río Han. En los fríos días de invierno, al caminar por el río congelado a Seobinggo-Dong, el hielo crujía bajo mis pies.

En la iglesia era catequista de la escuela dominical. Los niños siempre se divertían con mis interesantes lecciones. Ya no soy tan hábil contando chistes como cuando era joven, pero entonces podía contar historias divertidas. Cuando lloraba, ellos lloraban conmigo y cuando reía, reían conmigo. Era tan popular entre ellos que me seguían a todas partes.

Detrás de Myungsudae está el monte Seodal, también conocido como monte Darma. Yo subía a menudo a una gran roca y pasaba la noche orando. Hiciera frío o calor, me sumía cada día, sin fallar, en mis plegarias. Cuando entraba en oración, lloraba y mi nariz moqueaba. Oraba durante horas sobre las palabras que había recibido de Dios. Eran como mensajes codificados que me hacían penetrar aún más profundamente en la oración. Pensándolo ahora me doy cuenta de que, incluso entonces, Dios puso en mis manos la llave para abrir la puerta de los secretos, pero no podía abrirla porque mis oraciones eran insuficientes. Estaba tan preocupado que, cuando comía, no sentía estar ingiriendo nada.

A la hora de dormir cerraba los ojos, pero no podía conciliar el sueño. Otros estudiantes que vivían en la misma casa no se daban cuenta de que me iba a la montaña a orar. No obstante, deben haber sentido que era diferente porque me trataban con respeto. En general, nos llevábamos bien, contándonos historias divertidas que nos hacían reír.

Puedo relacionarme bien con cualquiera, ser amigo de una anciana, o jugar con niños. Si te relacionas con amor puedes comunicarte de corazón con cualquiera.

Me hice muy amigo de la señora Gi Wan Lee, después de que ella se sintiera inspirada por mis oraciones durante los cultos matutinos en la iglesia. Mantuvimos nuestra amistad más de cincuenta años hasta que dejó este mundo a los ochenta. Su

hermana pequeña, la señora Gi Bong Lee, estaba siempre ocupada administrando la pensión, pero me trataba con cariño. Decía que sólo se sentía bien si hacía algo por mí. Trataba de servirme más platos en las comidas. Yo no era muy hablador ni muy divertido, así que no sé por qué me trataba tan bien. Al poco tiempo, cuando la policía colonial japonesa me detuvo en la estación de policía de la provincia de Kyeonggi, me trajo ropa y comida. Aún ahora, me conforta pensar en ella.

Conocí también a una señora Song, que regentaba una pequeña tienda cerca de mi pensión y que también me ayudó mucho en ese tiempo. Ella solía decir que todo aquel que vive lejos de su pueblo siempre tiene hambre, y me traía de su tienda productos que no había podido vender. Era una tienda pequeña y a duras penas sacaba dinero para mantenerse, pero siempre se ocupó de mí con mucho cariño.

Un día celebramos el culto en la orilla del río Han. Llegó la hora del almuerzo y todo el mundo se sentó a comer. Como tenía la costumbre de no almorzar, no me sentía cómodo sentado allí sin hacer nada, mientras los demás comían. Así que me alejé discretamente del grupo y me senté en unas rocas. La señora Song me vio allí y me trajo dos pedazos de pan y helado. ¡Me sentí muy agradecido! Estas cosas costaban como unos cuatro *jeon*, pero nunca he podido olvidar lo agradecido que me sentí en ese momento.

Cuando alguien me ayuda, por muy pequeño que sea el gesto, siempre lo recuerdo. Incluso ahora que tengo noventa años, puedo nombrar de memoria todas las veces que la gente me ayudó y lo que hicieron por mí. Nunca podré olvidar a las personas que no dudaron en meterse en problemas por mí y me ofrecieron generosamente sus bendiciones.

Si recibo un favor, para mí es importante corresponder. Si no puedo encontrar a la persona que me lo hizo, lo importante para mí es recordar a esa persona en mi corazón. Necesito vivir pensando sinceramente que devolveré el favor ayudando a otra persona.

Como una bola de fuego ardiente



Después de graduarme en el Instituto Kyeongsong, viajé a Japón en 1942 para continuar mis estudios. Sentía que debía tener un conocimiento exacto de ese país. En el tren a Busan no podía contener las lágrimas. Me cubrí con el abrigo y lloré con grandes sollozos. No podía dejar de llorar; tanto lloré que mi nariz chorreó y se me hinchó la cara. Me entristecía dejar atrás mi país sufriendo bajo el yugo colonial. Miré por la ventana mientras lloraba y pude ver que las colinas y los ríos lloraban con una tristeza aún mayor que la mía. Vi con mis propios ojos las lágrimas que derramaban la hierba y los árboles. Contemplando esa visión, me dije: «Prometo a los montes y a los arroyos de mi país que volveré para liberar a mi patria. Así que no lloréis, esperad mi regreso».

Me embarqué en el ferry de Busan a Shimonoseki a las dos de la madrugada del primero de abril. Había un fuerte viento esa noche, pero no podía dejar la cubierta. Me quedé allí, observando las luces de Busan alejarse más y más. Permanecí en cubierta hasta la mañana siguiente. Una vez en Tokio, me matriculé en la Waseda Koutou Kougakko, una escuela superior de ingeniería técnica afiliada a la Universidad de Waseda, para estudiar ingeniería eléctrica. Elegí esta especialidad porque sentía que no podía fundar una nueva filosofía religiosa sin conocer la tecnología moderna.

El mundo invisible de las matemáticas tiene algo en común con la religión. Para hacer algo grande, una persona debe destacar por su capacidad de razonamiento. Tal vez se deba a que tengo una cabeza grande, el caso es que se me daban bien las matemáticas que muchos encontraban difíciles, y disfrutaba estudiándolas. Mi cabeza era tan grande que me era difícil encontrar sombreros que me valieran. Tuve que ir a la fábrica dos veces para hacerme un sombrero a medida. El tamaño de mi cabeza también puede tener algo que ver con mi capacidad para concentrarme en algo y terminar relativamente deprisa lo que a otros puede llevar muchos años.

Durante mis estudios en Japón acribillaba a mis maestros a preguntas, como en Corea. Si empezaba a preguntar, no paraba nunca. Algunos maestros pretendían no verme y sencillamente me ignoraban si les pedía su opinión sobre algo. Si tenía alguna duda de algún tema no me quedaba satisfecho hasta llegar a la raíz del asunto. No estaba tratando deliberadamente de avergonzarles. Sentía que si iba a estudiar una determinada asignatura, debía hacerlo hasta el fondo.

En el escritorio de mi pensión siempre tenía tres Biblias abiertas, una al lado de otra. Una era en coreano, otra en japonés y la otra en inglés. Leía los mismos pasajes en los tres idiomas, una y otra vez, subrayando versículos y escribiendo notas en los márgenes hasta que las páginas se llenaban de manchas de tinta negra y eran difíciles de leer.

Poco después de comenzar el curso asistí a un acto de bienvenida a los nuevos estudiantes de nuestro país, organizado por la Asociación de estudiantes coreanos. Allí canté una canción patriótica coreana con gran fervor, mostrando a todos el amor a mi país. La policía japonesa estaba presente. En ese tiempo los coreanos debían integrarse en la cultura japonesa, no obstante, canté esa canción coreana con orgullo. Duk Mun Eom, que había entrado en la facultad de arquitectura ese año, se emocionó tanto al escucharme que desde ese día nos hicimos amigos de por vida.

En aquel tiempo los estudiantes coreanos inscritos en diversas facultades y escuelas del área de Tokio habían formado un movimiento clandestino de independencia, lo cual era muy natural, ya que nuestra patria gemía de agonía bajo el dominio colonial japonés.

El movimiento creció en respuesta a lo que los japoneses llamaban «la gran guerra del Asia oriental» (1937-1945). A medida que la guerra se intensificaba, Tokio empezó a reclutar alumnos coreanos como «soldados estudiantes» y los enviaba a luchar al frente. El trabajo del movimiento clandestino de independencia se vio espoleado por esas maniobras. Teníamos extensos debates sobre lo que se debía hacer con Hirohito, el emperador japonés. Yo asumí una posición destacada en el movimiento; se trataba de trabajar en estrecha relación con el Gobierno provisional de la República de Corea que se encontraba en Shanghái, liderado por Kim Gu¹⁶. Mis responsabilidades en esa posición podían haberme exigido que diera mi vida. Pero eso no me hizo dudar, porque sentía que si moría, lo haría por una causa justa.

Al lado de la Universidad de Waseda había una comisaría. La policía japonesa se enteró de mis actividades y me mantuvo bajo estrecha vigilancia. La policía siempre sabía cuando iba a regresar a Corea durante las vacaciones escolares y me seguía hasta el puerto para asegurarse de que embarcaba. No puedo ni recordar el número de veces que fui detenido por la policía, golpeado, torturado y encerrado en el calabozo. Aún sometido a la peor tortura, sin embargo, me negué a darles la información que buscaban.

Cuanto más me pegaban, más fuerte me hacía. Una vez me peleé en el puente de Yotsugawa con los policías que me perseguían. Arranqué un pedazo de reja y la usé como arma en la lucha. En aquellos días yo era como una bola de fuego ardiente.

16 Kim Gu (1.876 – 1.949) es un político coreano, famoso por resistir a la ocupación japonesa. Es uno de los pocos nacionalistas coreanos respetado tanto en Corea del Sur como en Corea del Norte.

Me hice amigo de los trabajadores compartiendo sus sufrimientos



Igual que hice en Seúl, en Tokio me propuse conocer todos sus rincones. Cuando mis amigos iban a lugares como Nikko para ver el hermoso paisaje, yo prefería quedarme y recorrer los barrios de la capital. Descubrí que era una ciudad aparentemente lujosa en lo exterior, pero en realidad estaba llena de gente empobrecida. Una vez más dí a los más desfavorecidos todo el dinero que había recibido de mi casa.

En aquel tiempo todo el mundo pasaba hambre, también en Japón. Entre los estudiantes coreanos había muchos que pasaban dificultades económicas. Cuando recibía mis vales de comida para el mes, se los daba todos a los estudiantes que no podían pagarlos y les decía: «Come, come cuanto quieras». No me preocupaba cómo ganar dinero. Podía ir a cualquier parte, trabajar como jornalero y así alimentarme. Disfrutaba obteniendo ingresos y utilizándolos para ayudar a pagar los estudios a los que no tenían dinero. Ayudar a los demás y darles de comer me llenaba de energía.

Después de haber dado todo el dinero que tenía, solía trabajar como repartidor, con un carro tirado por bicicleta. Con él iba a todos los distritos de Tokio. Una vez, en Ginza -con sus luces deslumbrantes- llevaba un poste de teléfono en mi carro, cuando volqué en mitad de un cruce. Todos salieron corriendo

para salvar sus vidas. Gracias a experiencias así todavía conozco Tokio como la palma de mi mano.

Era un trabajador entre trabajadores y un amigo de los obreros. Al igual que ellos, que olían a sudor, solía ir a la obra y trabajar hasta quedarme empapado en sudor. Eran mis hermanos y no me importaba el terrible hedor. Compartía con ellos colchas tan sucias que había piojos negros desfilando por ellas. No dudaba en estrechar manos cubiertas de suciedad. Su sudor, mezclado con la mugre, estaba lleno de una irresistible calidez emocional, y éso me atraía.

Trabajé principalmente como obrero en la fábrica de acero y astilleros de la empresa Kawasaki. En el astillero había barcas que transportaban carbón. Formábamos equipos de tres obreros cada uno y trabajábamos hasta la una de la madrugada, para cargar un barco con ciento veinte toneladas de carbón. Nosotros, los coreanos, podíamos cargar en una noche lo que los japoneses tardaban tres días.

Había gente en el trabajo que extorsionaba el sudor y la sangre de los obreros. Muchas veces eran sus propios capataces. Se quedaban con el treinta por ciento del dinero ganado por los obreros a quienes dirigían. Los trabajadores se veían impotentes. Esos capataces explotaban a los débiles, mientras adulaban a los fuertes. Llegué a enfadarme tanto con un capataz que al final fui a verle con dos amigos y le exigí que pagara a los trabajadores sus salarios completos.

«Si haces trabajar a alguien, págale exactamente lo que ha ganado», le dije.

Como se negaba, fuimos a verle un segundo y un tercer día. Estábamos decididos a seguir presionándole hasta que cediera. Al final, le di un puntapié y lo hice caer. Normalmente soy una persona tranquila y pacífica, pero cuando me enfado sale el carácter testarudo de mis años juveniles.

La fábrica de acero de la Kawasaki tenía contenedores para almacenar ácido sulfúrico. Los obreros que los limpiaban se metían dentro para desatascar la materia prima. Los vapores de ácido sulfúrico eran sumamente tóxicos: nadie debía quedarse

allí dentro más de quince minutos. Aún en esas deplorables condiciones de trabajo, los trabajadores arriesgaban sus vidas para tener algo que comer. La comida era tan valiosa como la vida.

Yo siempre tenía hambre, pero me cuidaba de no comer nunca por mi propio bien. Sentía que debía tener un motivo concreto para comer. Así que cuando me sentaba a comer me preguntaba si mi hambre estaba justificada. ¿De verdad trabajé duro? ¿Lo hice por mí o por un propósito solidario? Al arroz del cuenco le decía: «Estoy comiéndote para poder hacer trabajos más gloriosos y más solidarios que los que hice ayer». Entonces el arroz me devolvía la sonrisa con su beneplácito. En esas ocasiones el tiempo dedicado a comer era místico y alegre. Si no me sentía merecedor de hablar así, me saltaba la comida, por muy hambriento que estuviera. Como resultado, eran pocos los días en que comiera dos veces.

No limitaba mis comidas diarias a dos porque tuviera poco apetito. De hecho, una vez que empezaba a comer no había límite en la cantidad que podía ingerir. En una ocasión me comí once platos grandes de *udon* (tallarines). Otra vez comí siete tazones de arroz con carne de pollo y huevo frito. A pesar de este apetito seguí con mi costumbre de no almorzar y limitarme a dos comidas diarias, hasta que pasé de los treinta.

La sensación de hambre es como nostálgica. Yo conocía muy bien la nostalgia del hambre, pero creía que lo menos que podía hacer por el bien del mundo era sacrificar una comida al día. Tampoco me consentí nunca usar ropa nueva. Hiciera el frío que hiciera no calentaba mi habitación. Cuando hacía mucho frío me cubría con un periódico, y me parecía tan caliente como una colcha de seda. Conozco muy bien el valor de una hoja de periódico.

A veces me iba sin más a vivir por un tiempo a un barrio en Shinagawa, donde vivía la gente pobre. Dormía allí con ellos y utilizábamos harapos para cubrirnos. Los días cálidos y soleados despiojaba su pelo, y compartía con ellos el arroz. Había muchas prostitutas en las calles de Shinagawa. Ellas me contaban su vida y yo me convertía en su mejor amigo, sin probar jamás una sola

gota de alcohol. Algunas personas dicen que deben embriagarse para revelar con franqueza lo que piensan, pero es sólo un pretexto. Cuando esas mujeres se daban cuenta de que mi simpatía por ellas era sincero, aún sin beber alcohol, abrían sus corazones y me contaban sus problemas.

Tuve muchos trabajos distintos mientras estudiaba en Japón. Fui conserje en un edificio de oficinas, escribí cartas para personas analfabetas, trabajé en varias obras y fui capataz y hasta adivino. Cuando necesitaba dinero rápido, escribía caligrafía y la vendía. Con todo, nunca me retrasé en mis estudios. Pensaba que todo eso era parte de mi proceso de formación. Hice todo tipo de trabajos y conocí a muchas personas. En el proceso aprendí mucho sobre la gente. Gracias a estas experiencias ahora puedo tener una clara idea de cómo se gana la vida alguien y si es buena persona, con sólo echarle un vistazo. No tendré que sopesar varios pensamientos en mi mente, porque mi cuerpo será el primero en decírmelo.

Sigo creyendo que, para que alguien desarrolle un buen carácter, necesita experimentar muchas dificultades antes de cumplir los treinta años. Tiene que descender al crisol de la desesperación, en lo más profundo de la existencia humana, y experimentar lo que se siente allí. Ha de descubrir nuevas oportunidades en medio del infierno. Sólo si salimos de las profundidades de la desesperación y nos redeterminamos, renaceremos como pioneros de un nuevo futuro.

No debemos mirar sólo en una dirección. Debemos fijarnos tanto en los que tienen una posición elevada como en quienes están en lo más bajo. Debemos fijarnos en el este, el oeste, el sur y el norte. Tener una vida próspera dependerá de lo bien que usemos los ojos espirituales. Para ver bien con los ojos del corazón, necesitamos tener muchas experiencias diferentes y recordarlas. Incluso en las situaciones más difíciles debemos mantener nuestra compostura, ser afectuosos con los demás, estar seguros de nosotros mismos y adaptarnos bien a cualquier circunstancia.

Una persona de buen carácter debe acostumbrarse a subir a una posición alta y luego descender rápidamente a una posición

baja. La mayoría tiene miedo a caerse cuando están arriba, y hacen lo imposible por mantenerse allí. Pero si el agua no fluye, se estanca. Quien se eleva a lo alto debe ser capaz de volver a bajar y esperar a que llegue su hora de volver a subir. Cuando llegue la oportunidad, subirá aún más alto que antes. Este tipo de persona acabará distinguiéndose, se ganará la admiración de muchos, y será un gran dirigente. Todos deberían tener estas experiencias antes de llegar a los treinta.

Hoy les digo a los jóvenes que experimenten todo lo que puedan en el mundo. Necesitan experimentarlo todo directa o indirectamente, como si estuvieran devorando una enciclopedia. Sólo así pueden formar su propia identidad, su verdadera naturaleza subjetiva. Cuando alguien tiene la confianza de decir: «Podría andar por todo el país y no encontrar nunca a nadie capaz de derrotarme», está listo para asumir cualquier tarea con confianza y llevarla a cabo con éxito. Quien vive así su vida, tiene el éxito garantizado. A esta conclusión llegué mientras vivía como un mendigo en Tokio.

Compartí comida y dormí con los obreros de Tokio, pasé hambre con los mendigos, conocí la vida dura, y obtuve el doctorado en filosofía del sufrimiento. Sólo entonces pude comprender la voluntad de Dios mientras obraba para salvar a la humanidad. Es importante llegar a ser el rey del sufrimiento antes de los treinta. La forma de alcanzar la gloria del Reino de los Cielos es convertirse en rey del sufrimiento.

El tranquilo mar del corazón



La situación de Japón en la guerra se volvió cada vez más desesperada. En su urgente necesidad de reponer las constantes bajas de su ejército, comenzaron a graduar a los estudiantes con antelación para enviarlos al frente. Así pues, yo también me gradué seis meses antes.

En cuanto supe que la fecha de mi graduación se había fijado para el treinta de septiembre de 1943, envié un telegrama a mi familia diciendo: «Volveré en el *Konron Maru*», el barco que debía coger en Shimonoseki con destino a Busan. Sin embargo, el día que iba a dejar Tokio para volver a Corea tuve una experiencia extraña, mis pies se quedaron pegados al suelo y no podía moverme. Por más que lo intentaba, no podía despegarlos del suelo para ir a la estación de trenes de Tokio.

Me dije: «Debe ser que el Cielo no quiere que suba a bordo de ese barco». Así que decidí quedarme en Japón un poco más, y me fui con mis amigos a ascender al monte Fuji. Cuando regresé a Tokio unos días más tarde, encontré al país alborotado por la noticia de que el barco *Konron Maru*, en el que debía haber embarcado, se había hundido camino a Busan. Me dijeron que murieron más de quinientas personas, entre ellas muchos estudiantes universitarios. El *Konron Maru*, un barco que era el orgullo de Japón, había sido hundido por un torpedo norteamericano.

Cuando mi madre escuchó la noticia de que el barco en el que estaba previsto que su hijo volviera había sido hundido, salió corriendo de casa sin siquiera ponerse los zapatos. Corrió descalza ocho kilómetros hasta la estación de trenes y se dirigió directamente a Busan. Cuando llegó a la comisaría de Policía marítima de Busan descubrió que mi nombre no figuraba en la lista de pasajeros. En mi pensión en Tokio, sin embargo, le dijeron que había preparado las maletas y me había marchado. Esto la dejó totalmente confusa y angustiada. Siguió gritando mi nombre sin darse cuenta de que tenía clavadas grandes astillas en sus pies descalzos.

Me es fácil de imaginar cómo se puso fuera de sí, preocupada por lo que podía haberle ocurrido a su hijo. Puedo entender los sentimientos de mi madre, pero desde el día en el que elegí seguir el camino de Dios me convertí en un hijo terrible para ella. No podía permitirme el lujo de estar atado a emociones personales. Por eso, no le dije que no me había embarcado en el barco hundido, aunque sabía que iba a angustiarse profundamente.

Al regresar finalmente a Corea noté que nada había cambiado. El régimen tiránico de Japón iba de mal en peor. El país entero estaba empapado en sangre y lágrimas. Volví a Heukseok-Dong en Seúl y asistí a la Iglesia Myungsudae. Llevaba un diario detallado de lo que averiguaba cada día. Los días en que descubría muchas cosas, llenaba un diario entero. Recibía respuestas a muchas de las preguntas con las que había luchado años. Era como si mis años de oración y de búsqueda de la verdad se vieran atendidos. Sucedió en poco tiempo, como si me atravesara una bola de fuego.

En ese tiempo me di cuenta de algo: «La relación entre Dios y nosotros es como la de un padre y sus hijos. Dios está profundamente triste viendo el sufrimiento de la humanidad». En ese momento, todos los secretos del universo quedaron resueltos en mi mente. Fue como si de repente alguien hubiera encendido un proyector de cine. Todo lo que había sucedido, desde el tiempo en que la humanidad rompió el mandamiento de Dios, pasó claramente ante mis ojos. Lágrimas ardientes manaban sin

cesar de mí. Caí de rodillas, inclinando mi cabeza hasta el suelo. Durante mucho tiempo no pude levantarme. Igual que mi padre me llevaba a casa a cuestras cuando era niño, puse mi cuerpo en el regazo de Dios y dejé que mis lágrimas brotasen. Nueve años después de mi encuentro con Jesús, mis ojos se habían finalmente abierto al verdadero amor de Dios.

Dios creó a Adán y Eva, y los envió a este mundo para ser prolíferos, multiplicarse y crear un mundo de paz donde vivir. Pero no siguieron el plan de Dios. Cometieron fornicación y tuvieron dos hijos, Caín y Abel. Los hijos que nacieron de la caída no confiaron uno en el otro, y un hermano asesinó al otro. La paz de este mundo quedó hecha añicos, el pecado cubrió el mundo y Dios empezó a sufrir. Más tarde, la humanidad cometió otro pecado terrible al matar a Jesús, el Mesías. El sufrimiento que la humanidad experimenta hoy es un proceso de expiación por el que debe pasar, mientras continúe el dolor de Dios.

Jesucristo se me apareció siendo yo un joven de dieciséis años porque quería que conociera la raíz del pecado original que la humanidad había cometido, y para crear un mundo de paz donde el pecado y la caída ya no existieran. Había recibido una seria directriz de Dios, expiar los pecados de la humanidad y crear el mundo de paz que Él creó originalmente. El mundo de paz que Dios desea no es un lugar al que iremos después de morir. Dios quiere que el mundo en que vivimos ahora sea completamente pacífico y feliz, tal como Él lo hizo en el principio. Ciertamente, Dios no creó a Adán y Eva para que sufrieran. Tenía que da a conocer al mundo esta verdad increíble.

Tras descubrir los secretos de la creación del universo, sentí mi corazón como un mar en calma. Estaba lleno de la palabra de Dios, sentía como si el corazón me fuera a estallar y mi rostro relucía siempre de alegría.

«No te mueras, por favor»



Seguí orando con devoción y en un determinado momento sentí intuitivamente que había llegado el momento de casarme. Puesto que había decidido seguir la voluntad de Dios, todo en mi vida tenía que hacerse de conformidad con ella. Cuando llegaba a saber algo a través de la oración, no tenía más remedio que seguirlo. Así que fui a visitar a una de mis tías -que tenía mucha experiencia en concertar matrimonios- y le pedí que me presentara a una esposa adecuada. Así es como conocí a Seon Gil Choi, la hija de una prominente familia cristiana de Jeongju.

Era una mujer bien educada, que había crecido en el seno de una familia muy íntegra. Sólo había asistido a la escuela primaria, pero su personalidad era tan fuerte y su fe cristiana tan profunda, que había sido encarcelada a los dieciséis años por negarse a cumplir con un requerimiento colonial japonés: todos los coreanos debían adorar en santuarios sintoístas. Me dijo que yo era el vigésimo cuarto hombre en ser considerado como su posible novio; por lo tanto, estaba claro que era muy selectiva a la hora de decidir con quién se casaría.

Sin embargo, una vez que regresé a Seúl me olvidé completamente de haberla conocido. Mi plan, después de terminar mis estudios en Japón, era viajar a Hailar, China, una ciudad en la frontera entre este país, la Unión Soviética y Mongolia.

Mi facultad en Tokio había concertado un trabajo para mí con la Compañía Eléctrica de Manchuria y mi plan era trabajar

en Hailar aproximadamente tres años, mientras aprendía ruso, chino y mongol. Igual que antes había buscado una escuela que me enseñara japonés para poder superar a los japoneses, ahora quería ir a esta ciudad fronteriza y aprender varias lenguas extranjeras, como forma de prepararme para el futuro.

Era cada vez más evidente, sin embargo, que Japón iba hacia la derrota en la guerra. Decidí que sería mejor, para mí, no ir a Manchuria, de manera que me detuve en una sucursal de la Compañía Eléctrica de Manchuria en Andong (actual Dandong) y cancelé mi contrato de trabajo. Después me dirigí a mi pueblo.

Al llegar, me encontré a la tía a quien había pedido que concertara mi matrimonio en un estado de gran angustia. Al parecer, la mujer que había conocido se negaba a considerar a ningún otro como su pareja, creando un gran problema para la familia. Mi tía me cogió del brazo y me condujo a casa de la familia Choi.

Le expliqué a Seon Gil Choi, claramente, el tipo de vida que tenía la intención de seguir.

«Aunque nos casáramos ahora, deberías estar preparada para vivir sin mí por lo menos siete años», le dije. «¿Por qué habría de hacerlo?», respondió.

Yo le dije: «Porque ahora tengo una tarea más importante que la familia. De hecho, si me caso es para estar más preparado para llevar adelante la providencia de Dios. Nuestro matrimonio debe ir más allá de la familia, hasta que lleguemos a amar a la nación y a toda la humanidad. Ahora que sabes mi intención, ¿quieres de verdad casarte conmigo?».

Ella respondió con voz firme: «No me importa. Después de conocerte, soñé con un campo de flores a la luz de la luna. Estoy segura de que eres mi esposo, enviado por el Cielo. Soportaré cualquier dificultad».

Aún así, seguía preocupado y la seguí presionando. Cada vez que lo hacía, ella trataba de tranquilizarme diciendo: «Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, con tal de casarme contigo. No te preocupes por nada».

Desgraciadamente, mi futuro suegro falleció una semana antes de la fecha fijada para la boda, así que la ceremonia se retrasó, pero finalmente pudimos celebrarla el cuatro de mayo de 1944. Mayo suele ser un hermoso mes de primavera, sin embargo el día de nuestra boda llovió copiosamente. Ofició la ceremonia el reverendo Ho Bin Lee, de la Iglesia de Jesús. Más tarde, después de la liberación de Japón, el reverendo Lee fue a Corea del Sur y fundó el seminario ecuménico Jungang.

Mi esposa y yo comenzamos nuestra vida de casados en mi alojamiento en Heukseok-Dong. Yo la amaba de corazón y la cuidaba tan bien, que la dueña de la pensión decía: «¡Vaya!, realmente debes amarla, porque la tratas como quien coge un huevo».

Conseguí un trabajo en la sucursal de la compañía de construcciones Kyongsong Kashima Gumi, en Yongsan, para mantener a nuestra familia, mientras ayudaba en la iglesia. Entonces, un día de octubre la policía japonesa irrumpió repentinamente en nuestra casa.

«¿Conoce usted a fulano de tal, de la Universidad de Waseda?», inquirieron. Sin ni siquiera darme la oportunidad de responder, me sacaron de la casa y me llevaron a la comisaría de Policía provincial de Kyeonggi. Fui detenido porque uno de mis amigos, arrestado por ser comunista, había mencionado mi nombre a sus interrogadores.

Apenas hube entrado en la dependencia policial, me sometieron a tortura. «Eres un miembro del Partido Comunista, ¿no? ¿No estabas trabajando con ese granuja mientras estudiabas en Japón? Ni siquiera te molestes en tratar de negarlo. Sólo tenemos que hacer una llamada a la Jefatura de Policía de Tokio y nos lo dirán todo. ¡Danos la lista de los miembros del Partido, o muere como un perro!»

Me golpearon con una mesa y rompieron las cuatro patas sobre mi cuerpo, pero me negué a dar los nombres de las personas que habían colaborado conmigo en Japón.

Entonces la policía japonesa fue donde vivía con mi esposa, revolvió todo y descubrió mis diarios. Los trajeron y los miraron, página por página. Me exigieron que les hablara de las personas

cuyos nombres se mencionaban. Me negué a todo, aunque sabía que me matarían si guardaba silencio. La policía me pisoteó sin piedad con sus botas de púas militares, hasta que mi cuerpo quedó tan flácido como si estuviera muerto. Luego me colgaron del techo y me columpiaron haciendo vaivén. Como un trozo de carne colgando en una carnicería, siguieron balanceándome y empujándome con un palo. Pronto mi boca se llenó de sangre y comenzó a gotear sobre el suelo de cemento, debajo de mí. En cuanto perdía el conocimiento, me echaban un cubo de agua. Cuando recobraba la conciencia, volvían a torturarme.

Me taparon la nariz e introdujeron el caño de una tetera en mi boca, obligándome a tragar agua. Cuando el agua hinchó totalmente mi estómago, me pusieron boca arriba en el suelo, como una rana, y empezaron a patearme en el abdomen con sus botas, con lo que el agua subió forzosamente por mi esófago, y eso me hizo vomitar hasta que todo lo que salía era negro. Después de haber sido torturado de esta manera, sentí durante varios días como si tuviera fuego en el esófago. El dolor era tan intenso que no podía soportar tragar ni una cucharada de sopa. No tenía energía y sólo podía estar tumbado boca abajo en el suelo, completamente incapaz de moverme.

La guerra estaba llegando a su fin, y la policía japonesa estaba desesperada. Me torturaron de maneras imposibles de describir con palabras. Sin embargo, lo soporté, y nunca les revelé los nombres de ninguno de mis amigos. A pesar de que perdía la conciencia y luego la recuperaba, me aseguré de no darles lo que querían. Al final, cansados de torturarme, mandaron llamar a mi madre. Cuando ella llegó, mis piernas estaban tan hinchadas que no podía sostenerme en pie. Dos policías me cogieron a hombros, y me ayudaron a ir a pie hasta la sala de visitas.

La cara de mi madre estaba llena de lágrimas, aun antes de poner los ojos en mí.

«Aguanta un poco más», dijo. «De algún modo, conseguiré un abogado. Por favor, aguanta y no te mueras todavía».

Mi madre vio que mi cara estaba cubierta de sangre y me suplicó: «No importa el bien que estés tratando de hacer. Es más importante que sigas vivo. Pase lo que pase, no te mueras».

Me dio mucha pena. Me hubiera gustado gritarle: «¡Madre!», abrazarla y llorar con ella. Pero no podía hacerlo: sabía perfectamente por qué la policía japonesa la había llevado allí. Mi madre siguió rogándome que no muriera, pero sólo pude responderle parpadeando mis ojos gravemente hinchados y ensangrentados.

Durante los cuatro meses que estuve encarcelado en la comisaría de policía de Kyeonggi, la señora Gi Bong Lee, la dueña de la pensión, me trajo alimentos y ropa. Siempre que me visitaba, lloraba. Yo la consolaba diciéndole: «Aguante un poco más. Este tiempo está llegando a su fin. Japón será derrotado pronto, no debe llorar». No eran palabras vanas. Dios así me lo había hecho creer.

En cuanto la policía me liberó -en febrero del año siguiente- llevé a la orilla del río Han todos mis diarios, los que había guardado en la pensión. Allí los quemé, uno por uno, para que no causasen más problemas a mis amigos. Sabía que si no lo hacía la policía los utilizaría para dañar a otros. Mi cuerpo no se recuperó fácilmente de la tortura. Mis heces fueron sangrantes durante bastante tiempo. La señora Lee y su hermana me cuidaron con gran afecto y dedicación hasta que recobré la salud.

Finalmente, el quince de agosto de 1945, Corea fue liberada de Japón. Era el día que todos los coreanos habían estado esperando, un día de tremenda emoción. Los gritos de «¡*Mansei!*»¹⁷ (¡viva!) y gentes agitando la bandera *Taegukgi*, (la bandera nacional de Corea) cubrían la península entera.

Sin embargo, no podía participar de la celebración. Mi corazón estaba profundamente triste, porque anticipaba la terrible calamidad que estaba a punto de asolar la península coreana. Me fui solo a una pequeña habitación y me sumí en oración. Al poco tiempo, mis temores se hicieron realidad. Aunque liberada de la ocupación japonesa, nuestra patria fue dividida en dos por el paralelo treinta y ocho. En el norte, un régimen comunista que negaba la existencia de Dios se había hecho con el poder.

17 Se traduce literalmente como “10.000 años”. Esta palabra expresa un deseo de larga vida para una persona, o de éxito para un proyecto.

Una orden que debe ser obedecida



Inmediatamente después de la liberación, nuestro país quedó sumido en un caos indescriptible. Las necesidades básicas de la vida diaria eran difíciles de cubrir, aunque se tuviera dinero. Mi esposa y yo habíamos agotado el arroz en casa, de manera que me puse en camino a Paekcheon, provincia de Hwanghae, un pueblo al norte de Seúl y al sur del paralelo treinta y ocho, para recoger algo de arroz comprado de antemano. En mi camino, sin embargo, recibí una revelación que me decía: «¡Cruza el paralelo treinta y ocho! ¡Encuentra las gentes de Dios que están en el Norte!».

De inmediato, crucé la línea divisoria entre las dos Coreas, y me dirigí a Pyongyang. Sólo había pasado un mes desde el nacimiento de nuestro primer hijo. Yo estaba preocupado por mi esposa. Sabía que me estaría esperando ansiosamente, pero no había tiempo para regresar a casa antes de partir en dirección al Norte¹⁸. Los mandamientos de Dios son algo muy serio; deben cumplirse sin reservas ni vacilaciones. No tomé nada conmigo, a excepción de la Biblia que había leído docenas de veces, llenando sus ya gastadas páginas con subrayados y notas -dirigidas a mí mismo- con letras del tamaño de semillas de sésamo.

18 Intentó varias veces, con su bebé, reunirse con su marido en Corea del Norte, pero siempre fue retenida en la frontera, o bien por soldados soviéticos, o bien por guardas de frontera surcoreanos que pensaban que ella era comunista. Seis años pasaron antes de que se volvieran a ver.

Los refugiados ya fluían hacia el sur, escapando del régimen comunista. En especial, el rechazo del Partido Comunista a la religión hizo que muchos cristianos buscasen libertad de culto en el sur. Los comunistas etiquetaban a la religión como «el opio del pueblo» e insistían en que nadie profesara una religión. Ahí era donde me dirigía, siguiendo la llamada de Dios. Ningún pastor cristiano querría ir a un lugar así, pero yo sí lo hice y por mi propio pie.

Como el número de refugiados que iba hacia el sur aumentaba, el Norte empezó a endurecer sus medidas de seguridad fronteriza. No me fue fácil cruzar el paralelo treinta y ocho. Durante el tiempo que tardé en andar los cuarenta y ocho kilómetros hasta la frontera, y luego hasta llegar a Pyongyang, nunca me pregunté por qué tenía que asumir un compromiso tan difícil.

Llegué a Pyongyang el seis de junio. El cristianismo se había enraizado tan profundamente allí que la ciudad era conocida como «la Jerusalén de Oriente». Durante la ocupación, los japoneses habían intentado suprimir el cristianismo de diversos modos. Obligaron a sus ciudadanos a practicar el culto en santuarios sintoístas, haciéndoles incluso inclinarse en dirección al palacio imperial de Tokio, donde vivía el emperador. Después de llegar a Pyongyang, comencé mi labor evangelizadora en la casa del señor Choi Seob Rah, que vivía en el barrio de Kyeongchang Ri, cerca de la puerta oeste de Pyongyang.

Empecé atendiendo a los niños del vecindario. Les contaba historias infantiles para ilustrar versículos de la Biblia. Eran niños, pero hablaba con ellos usando la forma cortés del idioma coreano -normalmente reservada a los adultos-, y hacía lo posible por cuidarles bien. Al mismo tiempo, mantenía la esperanza de que alguien viniera con el deseo de escuchar el nuevo mensaje que debía transmitir. Había días que me los pasaba enteros observando la puerta de entrada, esperando que alguien acudiera.

Pronto, personas de fe sincera comenzaron a venir a verme. Podía hablar con ellas toda la noche, enseñándoles el nuevo mensaje. No me importaba quién viniera, podía ser un niño de tres años o una anciana ciega con la espalda encorvada. Los tra-

taba a todos con amor y respeto. Me inclinaba ante ellos y les servía como si hubieran venido del Cielo. Aunque mis invitados fueran ancianos o ancianas, departía con ellos hasta altas horas de la madrugada.

Nunca me dije: «Uf, odio que vengan estos ancianos». Todos somos valiosos. Tanto hombres como mujeres, jóvenes o viejos, todos tenemos el mismo ypreciado valor.

La gente escuchaba a un joven de veintiséis años hablarles de las Epístolas a los Romanos y del Apocalipsis. Lo que oían era diferente de lo que habían escuchado en otros lugares, de manera que gradualmente comenzó a reunirse gente hambrienta de verdad.

Había un joven que venía todos los días y me escuchaba hablar, pero luego se iba sin decir una palabra, era Won Pil Kim. Se convirtió en el primer miembro de mi familia espiritual. Se había graduado en la Escuela de Pyongyang y trabajaba como maestro. Nos turnábamos en preparar el arroz para comer, y así fue como se formó entre nosotros una relación de maestro espiritual y discípulo.

Cuando empezaba a dar conferencias sobre la Biblia no podía parar hasta que los miembros de la congregación se excusaban y se iban. Predicaba con tanta pasión que transpiraba por todo el cuerpo. A veces hacía una pausa y me iba a otra sala para estar solo, me quitaba la camisa y exprimía el sudor; era por la energía tan intensa con que enseñaba.

Para los cultos, todo el mundo se vestía con ropas limpias y blancas. Cantábamos el mismo himno docenas de veces, llenando el ambiente de fervor. Los miembros de la congregación estaban tan emocionados e inspirados que todos empezaban a llorar. La gente nos llamaba «la iglesia llorosa». Cuando terminaban las ceremonias, los fieles daban testimonio de la gracia que habían recibido. Al escuchar los testimonios, nos sentíamos todos ebrios de gracia. Era como si nuestros cuerpos flotasen en el cielo.

Muchos fieles de nuestra iglesia tenían experiencias espirituales. Algunos entraban en trance, otros profetizaban, otros

hablaban en lenguas y otros interpretaban¹⁹. En ocasiones asistían creyentes que no pertenecían a nuestra iglesia. Entonces, un miembro de la congregación se acercaba con los ojos cerrados a uno de estos invitados y le tocaba el hombro. Entonces esa persona, repentinamente, empezaba a orar con lágrimas de arrepentimiento. Era el ardiente fuego del Espíritu Santo que atravesaba nuestra asamblea. Cuando el Espíritu Santo obraba, muchos curaban de largas enfermedades, y parecía que nunca las hubieran padecido. Circuló el rumor de que alguien había comido parte de mi arroz sobrante y se había curado de una enfermedad abdominal. La gente comenzó a decir: «La comida de esa iglesia tiene efectos medicinales», y muchos esperaban a que terminara de comer, para comer las sobras.

Cuanto más se conocían estos fenómenos espirituales, más crecía nuestra congregación, y pronto tuvimos tanta gente que no podíamos ni cerrar la puerta. La abuela Seung Do Ji y la abuela Se Hyun Ok fueron a la iglesia porque tuvieron un sueño donde se les dijo: «Un joven maestro espiritual ha venido del Sur y ahora está al otro lado de Mansudae (la plaza mayor de Pyongyang). Ve a reunirse con él». Nadie las evangelizó. Simplemente fueron a la dirección que se les indicó en sueños. Cuando llegaron, se alegraron de ver que yo era la persona de la que habían oído hablar en sus sueños. Con sólo ver sus caras comprendí por qué habían venido. Cuando respondí a sus preguntas -sin haber hablado antes con ellas de lo que querían saber- quedaron fuera de sí de alegría y de sorpresa.

Enseñaba la palabra de Dios utilizando historias basadas en mis propias experiencias. Tal vez por eso muchos encontraron respuestas claras a preguntas que nunca antes les habían sido contestadas. Algunos creyentes de las grandes iglesias de la ciudad cambiaron su afiliación, para hacerse miembros de la

19 «Hablar en lenguas» es la facultad de hablar o de orar en voz alta en un idioma extranjero, totalmente desconocido para la persona que habla. Esta manifestación, que se llama también «don de lenguas», se describe en el Nuevo Testamento en Actos 2,6 y Corintios 1,14. Algunos movimientos evangélicos protestantes, como los pentecostales, y los católicos carismáticos, le dan mucha importancia a este tipo de don espiritual.

nuestra, después de oírme predicar. En una ocasión, quince de los principales feligreses de la Iglesia Jangsujae, la iglesia más importante de Pyongyang, vinieron a vernos en grupo, lo que hizo que los miembros del Consejo de ancianos de la iglesia presentaran una enérgica protesta contra nosotros.

El suegro de la señora In Ju Kim era un dignatario eclesial muy conocido de Pyongyang. La casa familiar estaba situada pared con pared con la iglesia a la que él asistía. Sin embargo, en lugar de acudir a esa iglesia, ella venía secretamente a la nuestra. Para salir de su casa sin que sus suegros lo supieran iba a la parte trasera, se subía a una gran vasija de barro y luego saltaba la verja. Eso fue estando embarazada de su hija, y la verja sobre la que saltó medía dos o tres veces la altura de una persona normal. Hacía falta valor para hacerlo. Finalmente, recibió severos castigos de su suegro por ello. Yo sabía cuándo ocurría esto. Los días en que sentía un fuerte dolor en mi corazón, enviaba a alguien a casa de la señora Kim. De pie frente a la casa, mis enviados podían oír a su suegro golpearla brutalmente. Lo hacía con tanta crueldad que ella lloraba sangre. Más tarde nos dijo, sin embargo, que saber que nuestros miembros se encontraban al otro lado de la verja aliviaba su dolor.

«Maestro, ¿cómo sabías que estaba siendo golpeada?», me preguntó más tarde. «Cuando nuestros hermanos están frente a la puerta mi dolor desaparece, y mi suegro siente que necesita mucha más energía para pegarme, ¿por qué?»

Sus suegros la golpearon e incluso la ataron a un poste. Pero ni eso le impidió venir a nuestra iglesia. Por último, sus familiares vinieron a la iglesia y comenzaron a pegarme. Me arrancaron la ropa y me hincharon la cara a golpes, pero nunca se los devolví. Sabía que eso sólo haría la situación más difícil para la señora Kim.

Cuando más fieles de las grandes iglesias de Pyongyang empezaron a asistir a nuestros cultos, sus pastores se sintieron celosos, y se quejaron de nosotros a la policía. Las autoridades comunistas consideraban que la religión era como una espina clavada en sus carnes y buscaban excusas para suprimirla. Así

que reaccionaron ante la oportunidad que les dieron estos pastores y me llevaron detenido. El once de agosto de 1946 fui acusado de venir del sur con fines de espionaje y encarcelado en los calabozos de Dae-Dong. Fui falsamente acusado de haber sido enviado por el presidente surcoreano, Syngman Rhee, como parte de su intento de apoderarse del Norte.

Incluso trajeron un interrogador soviético, pero no pudieron demostrar que hubiera cometido delito alguno. Después de tres meses me hallaron inocente y me liberaron, pero para entonces mi cuerpo había quedado en muy mal estado. Había perdido tanta sangre al ser torturado, que mi vida corría grave peligro. Los feligreses de mi iglesia me recogieron y me cuidaron. Me salvaron la vida, sin esperar nada a cambio.

Una vez me recuperé, volví a mi labor evangelizadora. Al cabo de un año, nuestra congregación se hizo bastante grande y las iglesias establecidas no nos dejaron en paz. Cada vez había más miembros de sus congregaciones que asistían a nuestros cultos. Por último, unos ochenta pastores escribieron cartas a la policía. El veintidós de febrero de 1948 fui detenido otra vez por las autoridades comunistas, acusado de ser un espía de Syngman Rhee y de alterar el orden social. Me llevaron esposado y tres días más tarde me raparon la cabeza y me encerraron en una celda. Todavía recuerdo la amarga sensación de ver mi pelo -que había crecido durante mi tiempo como ministro de la iglesia- cayendo al suelo. También recuerdo la cara de un cierto señor Lee, el que me lo cortó.

En la cárcel las autoridades me golpearon sin cesar y exigieron que confesara mi crimen, pero yo lo soporté. Aunque vomitaba sangre y parecía al borde de la muerte, nunca me permití perder la consciencia. A veces el dolor era tan grande que me doblaba por la cintura. Sin pensarlo, me encontraba rezando: «Dios mío, sálvame». Inmediatamente después, sin embargo, me reprendía a mí mismo y oraba con entereza: «Dios mío, no te preocupes por mí. Sun Myung Moon no está muerto todavía. No voy a dejarme morir de una manera tan miserable». Y tenía razón, aún no había llegado mi hora. Tenía una montaña de tareas que

cumplir antes, tenía una misión. No era tan débil como para ser sometido por algo tan trivial como la tortura.

Cada vez que la tortura me abatía, aguantaba diciéndome: «Estoy siendo golpeado por el bien del pueblo coreano. Estoy derramando lágrimas como una forma de sobrellevar el dolor de nuestro pueblo». Cuando la tortura era tan cruel que me dejaba casi inconsciente, escuchaba siempre la voz de Dios. Cuando parecía que mi vida estaba a punto de terminar, Él se me aparecía. Aún conservo cicatrices de las heridas que me infligieron entonces. La carne y la sangre que perdí han sido reemplazadas, pero el dolor de esa experiencia permanece vivo en estas heridas. A menudo las miro y me digo: «Si llevas estas cicatrices, es que debes ser victorioso».

Mi juicio debía celebrarse el tres de abril -mi cuadragésimo día de prisión- pero se demoró cuatro días, hasta el día siete. Muchos de los pastores cristianos más renombrados de Corea del Norte acudieron al juicio y me acusaron de todo tipo de crímenes. El Partido Comunista también me despreciaba, diciendo que la religión es el opio del pueblo. Los miembros de nuestra congregación estaban de pie a un lado y lloraban de tristeza. Lloraban como si su hijo o su cónyuge hubieran fallecido.

No obstante, no derramé lágrima alguna. Algunos miembros lloraban por mí con un dolor tan grande que se retorcían de dolor, así que no me sentía solo recorriendo el camino celestial. No me estaba enfrentando a una desgracia; por tanto, sentía que no debía llorar. Al salir del juzgado, después de la sentencia, levanté las manos esposadas y las sacudí, como una señal para los fieles. Los grilletes hicieron un sonido metálico que sonó como a campanas. Ese día me llevaron a la prisión de Pyongyang.

No temía la vida en la cárcel, no era la primera vez que me encarcelaban. Además, existía una jerarquía entre los presos de cada celda y pronto supe hacerme amigo del prisionero-jefe, el más arriba en la jerarquía. Todo lo que tenía que hacer era intercambiar algunas palabras y, así, cualquier preso en posición de jefe se convertía rápidamente en mi amigo. Cuando tenemos un corazón de amor, podemos abrir el de cualquiera.

Después de haber estado sentado unos días en el último rincón de la celda, el preso que era el jefe me puso en una posición mejor. Quise sentarme en un pequeño rincón junto al retrete, pero él insistió en que me trasladara a un lugar mejor de la celda. Por mucho que me negué, él no dejó de insistir.

Tras hacerme amigo del preso jefe, miré con atención a todos los de la celda. El rostro de una persona lo dice todo de ella. «¡Oh, tu cara es así, de modo que debes ser así!». «Tu rostro es de esta manera, así que tu personalidad debe ser de esta otra..».

Los presos se sorprendían al escuchar que podía decir mucho de ellos escudriñando sus características faciales. No les gustaba que una persona a la que veían por primera vez pudiera decir tantas cosas de ellos, pero tuvieron que reconocer que los estaba describiendo correctamente. Pude abrirles mi corazón y compartirlo con todos, de manera que en la cárcel también hice amigos, entre ellos un asesino. Había sido injustamente encarcelado, pero aún así fue un período de preparación muy significativo. Todo período de prueba en este mundo tiene un significado importante.

En prisión, hasta los piojos pueden ser tus amigos. En la celda hacía muchísimo frío. Los piojos desfilaban por las costuras del uniforme carcelario. Cuando los cogíamos y los juntábamos, se pegaban unos con otros y formaban una bola diminuta. Los enrollábamos igual que los escarabajos peloteros arrastran estiércol. Sabíamos que harían todo lo posible por no separarse. Los piojos siempre quieren excavar, así que unían sus cabezas, de forma que sólo sobresalían del agujero las patas traseras. Nos divertíamos mucho viéndolo.

A nadie le gustan los piojos ni las pulgas. En la cárcel, sin embargo, incluso piojos y pulgas se convierten en buenos compañeros de conversación. En cuanto te fijas en una chinche o en una pulga, puede que comprendas algo especial, y es importante no dejarlo pasar. Nunca sabemos cuándo, o por qué medios, Dios va a hablarnos. Por lo tanto, debemos ser cuidadosos al examinar con detenimiento criaturas como los chinches y las pulgas.

Un grano de arroz es mayor que la Tierra



El veinte de mayo, tres meses después de haber sido recluido en la prisión de Pyongyang, fui trasladado a la de Heungnam. Sentí indignación, pero también vergüenza ante el Cielo. Iba atado a un ladrón, para que no me escapara. Nos trasladaron en un viaje que duró diecisiete horas. Mientras miraba por la ventana, se apoderó de mí un fuerte sentimiento de tristeza. Me parecía increíble que tuviera que viajar por una sinuosa carretera a lo largo de ríos y valles en calidad de prisionero.

La cárcel de Heungnam era, en realidad, un campo de concentración de prisioneros especiales que trabajaban en la fábrica de fertilizantes de nitrógeno de Heungnam. Durante los siguientes dos años y cinco meses tuve que cumplir trabajos forzados en ese lugar. Esta práctica comenzó en la Unión Soviética. El gobierno soviético no podía limitarse a matar a miembros de la burguesía y a no comunistas. El mundo les observaba y necesitaban tomar en consideración la opinión internacional. Por eso inventaron el castigo de los trabajos forzados. Las personas sentenciadas a este castigo eran obligadas a seguir trabajando hasta morir de agotamiento. Los comunistas norcoreanos copiaron el sistema soviético y sentenciaban a todos los presos a tres años de trabajos forzados. En realidad, los condenados morían antes de llegar al término de sus penas.

Como presos, nuestro día comenzaba a las cuatro y media de la mañana. Nos hacían formar en fila en el campo. Nuestros cuerpos y prendas de vestir eran inspeccionados en busca de artículos introducidos ilegalmente en la prisión. Nos hacían quitar toda nuestra ropa y revisaban cada prenda a fondo, golpeándolas hasta que desaparecía la última mota de polvo. El proceso completo duraba al menos dos horas. Heungnam estaba en la costa. En invierno el viento era tan doloroso como si un cuchillo cortara nuestros cuerpos desnudos.

Cuando la inspección terminaba, nos daban una comida horrible. Luego teníamos que caminar cuatro kilómetros hasta la fábrica de fertilizantes. Nos conducían de cuatro en cuatro, cogidos de la mano del que iba al lado. Ni siquiera podíamos levantar la cabeza. Nos rodeaban guardias armados con fusiles y pistolas. Cualquiera que hiciera que la fila se retrasara -o que se soltara de la mano del compañero- era golpeado severamente por tratar de escapar.

En invierno, la nieve podía alcanzar una altura mayor que una persona. En las mañanas de invierno, cuando cruzábamos los campos llenos de nieve, sentía que mi cabeza daba vueltas. El camino congelado estaba muy resbaladizo y el viento frío soplaba tan ferozmente que el pelo de nuestras cabezas se erizaba. No teníamos energía, aún después de haber desayunado y nuestras rodillas siempre se doblaban. Sin embargo, teníamos que seguir andando hasta el lugar de trabajo, aunque llegáramos arrastrando nuestras agotadas piernas. Mientras hacía mi trayecto a lo largo de esta ruta -que nos dejaba casi inconscientes- seguía recordándome que yo le pertenecía a Dios.

En la fábrica había un montículo hecho de una sustancia a la que llamábamos «amoníaco». En realidad, se trataba probablemente de sulfato de amonio, un fertilizante corriente. Entraba por una cinta transportadora y parecía como una cascada blanca al caer sobre el montículo debajo. Estaba bastante caliente cuando llegaba por la cinta, hasta el punto que echaba humo incluso en pleno invierno. Pronto, sin embargo, se enfriaba y se volvía sólido como el hielo.

Nuestro trabajo consistía en recoger con palas el abono del montículo y ponerlo en sacos de paja. A este montículo, de más de veinte metros de altura, lo llamábamos «la montaña de fertilizante». De ochocientas a novecientas personas excavaban el fertilizante en una gran superficie, y parecía como si trataran de cortar la montaña en dos.

Nos organizaban en grupos de diez. Cada equipo era responsable de acarrear y cargar mil trescientos sacos por día, de manera que a cada persona le correspondían ciento treinta sacos. Si un equipo no cumplía con su cuota, se reducían sus raciones a la mitad, así que todos trabajaban como si les fuera la vida.

Para cargar las bolsas de fertilizante lo más eficientemente posible, nos habíamos hecho agujas con alambre de acero. Las utilizábamos para atar los sacos después de llenarlos. Colocábamos un pedazo del alambre en una vía férrea que cruzaba la fábrica. El alambre era aplastado por el vagón de un pequeño ferrocarril utilizado para acarrear materiales; entonces podía usarse como aguja.

Para abrir agujeros en los sacos utilizábamos fragmentos de vidrio que obteníamos rompiendo las ventanas de la fábrica. Los guardias deben haber sentido lástima al ver a los presos trabajando en esas duras condiciones, porque nunca nos impidieron romper los cristales. Una vez me rompí un diente al intentar cortar un trozo de alambre. Aún ahora se ve que uno de mis dientes delanteros está roto. Me quedó como un recuerdo indeleble de la prisión de Heungnam.

Todos adelgazaban sometidos a la presión de un trabajo tan duro, pero yo fui la excepción. Pude mantener mi peso en setenta y dos kilos, lo que era objeto de envidia por parte de otros presos. Siempre sobresalía en fuerza física. En una ocasión, sin embargo, me sentí muy mal, con síntomas similares a la tuberculosis. Así estuve casi un mes. No obstante, no falté ni un día al trabajo de la fábrica. Sabía que, si faltaba, otros presos tendrían que hacerse responsables de mi parte del trabajo.

La gente me llamaba «el hombre de acero», debido a mi entereza. Podía soportar hasta la tarea más difícil. La prisión y los

trabajos forzados no eran problema para mí. Por muy fuerte que te golpeen o lo terrible que sea tu entorno, lo puedes aguantar si tienes clara tu meta interior.

Los prisioneros también se veían expuestos al ácido sulfúrico usado para fabricar el sulfato de amonio. Cuando trabajaba en la fábrica de acero de Kawasaki, en Japón, fui testigo de varios casos en los que trabajadores que limpiaban los tanques utilizados para almacenar ese ácido murieron por intoxicación. La situación en Heungnam era mucho peor. La exposición al ácido sulfúrico era tan perjudicial que podía causar pérdida del cabello y llagas en la piel. La mayoría de quienes trabajaban en la fábrica comenzaban vomitando sangre y morían al cabo de unos seis meses. Usábamos protectores de caucho en los dedos, pero el ácido los corroía rápidamente. Los vapores del ácido también corroían nuestra ropa -dejándola inservible- y nuestra piel se cuarteaba y sangraba. En algunos casos los huesos quedaban al aire. Teníamos que seguir trabajando, sin siquiera un día de descanso, aún cuando nuestras llagas sangraban y supuraban.

Nuestras raciones consistían en menos arroz del necesario para llenar dos pequeños tazones. No había ningún otro plato, pero nos daban una sopa de rábano con agua salada. Tenía tanta sal que la garganta te ardía, pero como el arroz era tan duro que no se podía comer sin tragarlo con la sopa, nadie dejaba una sola gota. Cuando les repartían su plato de arroz, los presos se metían todos los granos en la boca, de una sola vez. Después de haber comido su propio arroz, miraban a su alrededor, estirando el cuello, para ver comer a los demás. A veces alguien metía su cuchara en el tazón de sopa de otro y empezaba una pelea.

Un pastor cristiano que estaba conmigo en Heungnam me dijo: «Dame un solo grano y te daré dos vacas cuando salgamos de aquí». La gente estaba tan desesperada que si un prisionero moría a la hora de comer, los otros escarbaban todo el arroz que tenía todavía en la boca y se lo comían.

El dolor que produce el hambre sólo puede entenderlo quien lo haya experimentado. Cuando una persona tiene hambre, un simple grano de arroz se convierte en algo muy valioso. Incluso

ahora me pongo tenso sólo de pensar en Heungnam. Es difícil creer que un solo grano de arroz pueda estimular tanto al cuerpo, pero cuando estás realmente hambriento sientes por la comida una nostalgia que te hace llorar. Cuando estás bien alimentado el mundo te parece grande, pero para un hambriento, un grano de arroz es más grande que la Tierra, su valor es enorme.

Desde mi primer día en prisión me acostumbré a tomar sólo la mitad de mi ración de arroz y dar la otra a mis compañeros. Me discipliné de esta manera durante tres semanas, y después me comí toda la ración. Así me pareció que estaba comiendo el arroz de dos personas y me fue más fácil soportar el hambre.

La vida en prisión era tan horrible que quien no la haya experimentado no puede ni imaginársela. La mitad de los presos morían en el lapso de un año. Cada día teníamos que ver cómo sacaban los cadáveres por la puerta de atrás en ataúdes de madera. Trabajábamos duramente con la única perspectiva de salir de allí como cadáveres en cajas de madera. Incluso para un régimen despiadado y cruel como aquel, lo que nos hacían superar con creces todos los límites de lo humano. Todos esos sacos de fertilizante, llenos con las lágrimas y el pesar de los prisioneros, eran cargados en barcos y llevados a la Unión Soviética.

El campo de concentración de Heungnam nevado



El bien máspreciado en la cárcel después de la comida, era tener una aguja e hilo. Nuestra ropa se desgastaba y se desgarraba durante el trabajo, pero era difícil conseguir útiles de costura. Al cabo de un tiempo los presos parecían mendigos harapientos. Era muy importante remendar los agujeros de la ropa para protegerse, aunque fuera un poco, de los gélidos vientos invernales, por lo que, un pequeño trozo de tela encontrado en la calzada era enormemente valioso. Aunque la tela estuviera llena de estiércol de vaca, los presos lucharían entre ellos para tratar de cogerla.

Una vez, mientras cargaba sacos de fertilizante, descubrí una aguja clavada en uno de ellos, que quizás quedó allí cuando lo fabricaron. A partir de ese momento, me convertí en el sastre de la cárcel de Heungnam. Fue una gran alegría encontrar esa aguja. Todos los días remendaba los pantalones y las rodilleras de los demás presos.

Dentro de la fábrica de fertilizantes hacía tanto calor que sudábamos aun en pleno invierno. Os podéis imaginar lo insoportable que era durante el verano. Sin embargo, ni una sola vez me remangué mis pantalones ni dejé mis piernas a la vista. Incluso durante la temporada más calurosa del verano seguí con mis pantalones atados a la manera tradicional coreana. Otros se los quitaban y trabajaban en ropa interior, pero yo me mantuve

correctamente vestido. Cuando terminábamos el trabajo, estábamos cubiertos de sudor y polvo de fertilizante, y la mayoría de los prisioneros se quitaban la ropa para lavarse en el agua sucia que salía de la fábrica. Sin embargo, yo nunca me lavé donde otros pudieran verme, sino que ahorraba la mitad de la única taza de agua que nos daban al día, y me levantaba temprano, mientras los demás aún dormían, para limpiarme con un pequeño trozo de paño empapado en media taza de esa agua. También utilizaba este tiempo de madrugada para centrar mi espíritu y rezar. Consideraba que mi cuerpo era valioso y no quería exponerme indebidamente ante los demás.

En la celda de la prisión cabían treinta y seis personas, y yo elegí un pequeño rincón, junto al retrete. En este espacio nadie me pisotearía, porque nadie quería ese lugar. Lo llamábamos retrete, pero en realidad era sólo una pequeña tinaja de barro sin ni siquiera tapa. En verano el fluido desbordaba el retrete, y en invierno se congelaba. No hay manera de describir el insoportable olor putrefacto que venía de allí. A menudo los prisioneros experimentaban diarrea, por culpa de la sopa salada y las bolas de arroz duro que comíamos todos los días.

Cuando estaba sentado al lado del retrete oía que alguien decía: «¡Ay, mi estómago!». La persona iba camino del retrete, dando pasos cortos y rápidos. En cuanto se bajaba los pantalones, la diarrea salía disparada. Como estaba al lado del retrete, a menudo me salpicaban. Incluso en plena noche, cuando todos dormían, a veces alguien tenía dolor de vientre. Cuando oía gente aullando de dolor al ser pisoteados, sabía que alguien venía al retrete. Yo me levantaba y me pegaba al rincón. Si hubiera estado dormido y no lo hubiera oído acercarse, habría sufrido las consecuencias. Para soportar esta situación imposible, traté incluso de pensar en estas imágenes y sonidos como una forma de arte. No obstante, durante toda mi reclusión mantuve como mío el rincón al lado del retrete.

«¿Por qué eliges quedarte ahí?» preguntaban otros presos. Y yo les respondía: «Aquí es donde me siento más cómodo». Y

no lo decía porque sí. Ese era, efectivamente, el lugar donde me sentía más cómodo.

Mi número de recluso era el quinientos noventa y seis. La gente me llamaba «número cinco-nueve-seis». En las noches que no podía dormir, me quedaba mirando al techo y me repetía este número una y otra vez (en coreano, cinco es *oh*, nueve es *guh* y seis *ryuk*). Si lo decía rápido sonaba muy parecido a «*eogul*», la palabra coreana usada para describir el sentimiento de injusticia. Verdaderamente, había sido encarcelado injustamente.

El Partido Comunista inició las «*dokbohoi*» o reuniones donde se leían en voz alta periódicos, libros y otros documentos políticos. Era una forma de estudiar la propaganda comunista. Además, debíamos escribir cartas de agradecimiento al presidente norcoreano Kim Il Sung (el dictador comunista). El Comisariado de Seguridad vigilaba muy de cerca todos nuestros movimientos. Cada día se nos ordenaba escribir lo que habíamos aprendido ese día en forma de autocrítica, pero nunca escribí ni una sola línea.

Debíamos redactar algo así: «Por el amor que nos tiene, nuestro Padre Kim Il Sung nos alimenta cada día; nos da carne para comer y nos permite llevar una vida maravillosa, le estoy muy agradecido». No podía escribir nada por el estilo. Aunque estuviera mirando a la muerte cara a cara, no podía escribir cartas así al Partido Comunista ateo. En vez de escribir eso, trabajaba diez veces más que los demás para sobrevivir en la cárcel. La única manera de librarme de escribir esas cartas era ser el mejor prisionero. Gracias a mi esfuerzo me convertí en un prisionero modélico, e incluso recibí un premio de manos de un dirigente del Partido Comunista.

Mi madre me visitó muchas veces mientras estaba en prisión. No había transporte directo de Jeongju a Heungnam. Ella tenía que coger un tren hasta Seúl, y allí cambiar a otro de la línea Seúl-Wonsan. El viaje duraba más de veinte agotadoras horas.

Antes de emprender el viaje, preparaba con gran esfuerzo *misutkaru* -arroz cocido en polvo- para que su hijo, que había sido encarcelado en la plenitud de su vida, tuviera algo que

comer. Para hacer este polvo recogía arroz entre nuestros parientes e incluso entre los parientes lejanos de mi cuñado. Cuando llegaba a la sala de visitas de la prisión y me veía de pie del otro lado del cristal, empezaba a llorar en el acto. Era una mujer fuerte, pero ver a su hijo pasando por ese sufrimiento la hacía sentirse débil.

Mi madre me llevó los pantalones de seda que había usado el día de mi boda. El uniforme de la prisión se había gastado tanto, que mi piel se dejaba ver a través de la ropa. Sin embargo, no usé los pantalones de seda, sino que se los di a otro preso. En cuanto al *misutkaru*, por el que se había endeudado para traérmelo, lo entregué allí mismo mientras ella observaba. Mi madre había puesto todo su corazón y devoción en preparar ropa y alimentos para su hijo, y cuando vio que lo daba todo, sin quedarme nada, se le rompió el corazón.

«Madre» -le dije- «no soy sólo el hijo de un hombre llamado Moon. Antes que hijo del clan de los Moon soy un hijo de la República de Corea. Y aún antes que eso, soy un hijo del mundo y un hijo del Cielo y de la Tierra. Creo que lo correcto es que los ame a todos ellos primero, y que sólo después te obedezca y te ame a ti. No soy el hijo de una persona mezquina. Por favor, compórtate de forma acorde con el hijo que tienes».

Para ella, mis palabras fueron frías como el hielo, y me dolió tanto verla llorar que sentí que mi corazón se desgarraba. La extrañaba tanto que a veces me despertaba en medio de la noche pensando en ella, pero esa era una razón de más para controlar mis emociones y no volverme débil. Yo estaba haciendo la obra de Dios. Así que era más importante para mí abrigar a una sola persona más y llenar su estómago con un poco más de comida, que preocuparme por la relación personal con mi madre.

Aun en la cárcel, disfrutaba dedicando todo el tiempo posible a hablar con todo el mundo. Siempre había a mi alrededor quienes querían escuchar lo que tenía que decir. Incluso en medio del hambre y el frío de la vida en prisión, los que nos sentíamos cercanos compartíamos cálidos lazos de amistad. De la gente que conocí en Heungnam al final quedaron doce personas que

fueron para mí, además de compatriotas, lo más cercano a una familia, y con los que hubiera pasado el resto de mi vida. Entre ellos había un famoso clérigo que había sido presidente de la Asociación de Iglesias cristianas de Corea en cinco provincias del norte. Con estas personas compartí emociones intensas en esta situación límite de nuestras vidas. Eso los hizo más cercanos a mí que mi propia carne y sangre. Haber estado a su lado dio sentido a mi experiencia en la cárcel.

Oraba tres veces al día por la gente que me había ayudado y por los fieles de mi congregación en Pyongyang, llamando a cada uno por su nombre. Al hacerlo, sentía que debía resarcir mil veces a la gente que me hacía llegar disimuladamente un puñado de comida escondido entre sus ropas.

Las tropas de la ONU abren las puertas del campo de concentración



La Guerra de Corea comenzó estando yo preso en Heungnam. En el lapso de tres días, el ejército de Corea del Sur perdió Seúl y se vio obligado a retirarse al sur. Entonces dieciséis países, con los Estados Unidos a la cabeza, formaron una fuerza de Naciones Unidas e intervinieron en la guerra. Las tropas norteamericanas desembarcaron en Incheon y avanzaron hacia Wonsan, una importante ciudad industrial de Corea del Norte.

Era lógico que la prisión y la fábrica de Heungnam fueran objetivos militares en las operaciones de bombardeo aéreo norteamericanas. Cuando comenzó el bombardeo, los guardias dejaron a los prisioneros solos y entraron en los refugios antiaéreos. No les interesaba si vivíamos o moríamos. Un día, Jesús se apareció ante mí con lágrimas en sus ojos. Fue como una fuerte premonición, así que grité: «¡Que todo el mundo permanezca a doce metros de mí!» Poco después, una enorme bomba explotó cerca de donde estábamos. Los presos que habían permanecido a mi lado sobrevivieron.

Cuando el bombardeo se intensificó, los guardias comenzaron a ejecutar prisioneros. Llamaban a los reclusos por sus números y les decían que vinieran con raciones para tres días y una pala. Los presos pensaban que iban a ser trasladados a otra prisión, pero en realidad los llevaban a las montañas y los obli-

gaban a cavar una fosa, luego los mataban y los enterraban allí. Los prisioneros eran llamados según la duración de sus condenas, los que tenían las condenas más largas pasaban en primer lugar. Me di cuenta de que mi turno llegaría al día siguiente.

Esa noche antes de mi anunciada ejecución, las bombas cayeron como la lluvia en la temporada de monzones. Era el trece de octubre de 1950 y las tropas de los Estados Unidos, tras lograr desembarcar en Incheon, habían avanzado hacia el norte de la península para tomar Pyongyang, y ahora estaban cercando Heungnam. Esa noche atacaron Heungnam con la tremenda fuerza de los bombarderos B-29 a la cabeza. El castigo era tan intenso que parecía que todo Heungnam se había convertido en un mar de fuego. Los altos muros que rodeaban la prisión comenzaron a caer y los guardias corrieron por sus vidas. Por último, la puerta de la cárcel que nos había recluido se abrió. Alrededor de las dos de la madrugada del día siguiente, con calma y dignidad, salí andando de la cárcel de Heungnam.

Había estado encarcelado durante dos años y ocho meses en Heungnam y Pyongyang, por lo que mi apariencia era horrible. Mi ropa interior y mi vestido estaban destrozados. Vestido con esos harapos me dirigí a Pyongyang con el grupo de gente que me seguía en la cárcel, en vez de dirigirme a mi pueblo. Algunos eligieron venir conmigo en lugar de ir a buscar a sus esposas y a sus hijos. Podía imaginar que mi madre estaría llorando día y noche, preocupada por mi bienestar. Pero era más importante cuidar de los fieles de mi congregación en Pyongyang.

En el camino a esta ciudad pudimos ver claramente que Corea del Norte había estado preparándose para esta guerra. Las principales ciudades habían sido conectadas por carreteras de dos carriles que se podían utilizar con fines militares en caso de emergencia. Muchos de los puentes habían sido construidos con suficiente cemento para resistir el peso de tanques de treinta toneladas. El fertilizante que los presos de Heungnam habían puesto en sacos sacrificando sus vidas, había sido enviado a la Unión Soviética a cambio de armas anticuadas pero aún así letales, que luego fueron desplegadas a lo largo del paralelo treinta y ocho.

En cuanto llegué a Pyongyang fui en busca de todos los fieles que habían estado conmigo antes de mi encarcelamiento. Necesitaba saber dónde estaban y cuál era su situación. Habían sido dispersados por la guerra, pero me sentía responsable de ubicarlos y de ayudarlos a encontrar el modo de llevar adelante sus vidas. No sabía donde podrían estar, de manera que mi única opción era buscar en cada rincón.

Después de una semana de búsqueda, sólo encontré a tres o cuatro personas. Había guardado un poco del arroz en polvo que recibí cuando estaba en prisión, así que lo mezclé con agua para hacer torta de arroz, y lo compartí con ellos. En el viaje desde Heungnam sacié el hambre con una o dos patatas congeladas. No había tocado el polvo de arroz. Me sentía feliz sólo de verlos comer con tantas ganas la torta de arroz.

Me quedé en Pyongyang cuarenta días, buscando a cualquiera de quien pudiera acordarme, fuera joven o viejo. Al final, nunca supe lo que les pasó a la mayoría de ellos, pero nunca desaparecieron de mi corazón.

En la noche del dos de diciembre salimos caminando hacia el sur. Won Pil Kim y yo seguimos a una larga procesión de refugiados que alcanzaba cerca de doce kilómetros.

También llevábamos con nosotros a un hombre que no podía caminar bien. Había sido uno de mis seguidores en Heungnam. Su nombre de familia era Pak y había sido excarcelado antes que yo. Cuando lo encontré en su casa, sus familiares habían partido todos al sur. Estaba solo y con una pierna rota. Lo puse en una bicicleta y lo llevé conmigo.

El ejército de Corea del Norte ya había recuperado las carreteras para uso militar, por lo que viajábamos por campos de arroz congelados, dirigiéndonos hacia el sur lo más rápido que podíamos. El ejército chino no estaba muy lejos detrás nuestro, pero era difícil andar ligero llevando alguien que no podía caminar. La mitad del tiempo, el camino era tan malo que lo llevaba auestas, mientras otro empujaba la bicicleta sin nadie subido en ella. El no paraba de decir que no quería ser una carga para mí y trató varias veces de quitarse la vida. Le convencí de

que siguiera, a veces regañándolo en voz alta, y nos mantuvimos juntos hasta el final.

Éramos refugiados huyendo, pero aun así teníamos que comer. Íbamos a las casas cuyos habitantes se habían ido hacia el sur antes que nosotros y buscábamos cualquier plato de arroz u otro alimento que pudiera haber quedado. Hervíamos todo lo que encontrábamos, fuera arroz, cebada o patatas. Apenas nos daba para mantenernos con vida. No había tazones para el arroz y tuvimos que utilizar trozos de madera como palillos, pero la comida nos sabía bien. La Biblia dice: «Bienaventurados los pobres», ¿no? Podíamos comer cualquier cosa mientras hiciera rugir de satisfacción a nuestros estómagos. Hasta un humilde trozo de torta de cebada sabía tan bien, que no nos hubiéramos sentido celosos de la comida de un rey. Por muy hambriento que estuviera, siempre me aseguraba de terminar de comer antes que los demás. De este modo, ellos podrían comer un poco más.

Después de caminar una largo trecho llegamos a la orilla norte del río Imjin. De alguna manera sentí que era importante cruzar el río rápidamente y que no había ni un momento que perder. Estaba convencido de que teníamos que superar ese obstáculo para poder seguir con vida. Empujé a Won Pil Kim sin piedad. Kim era joven y se quedaba dormido mientras caminábamos, pero seguí forzándolo y tirando de la bicicleta. Esa noche avanzamos treinta y dos kilómetros y llegamos a la orilla del río Imjin, que por suerte estaba congelado, y lo cruzamos junto a otros refugiados. Por detrás teníamos una larga cola de refugiados. Pero en cuanto nosotros cruzamos el río, las tropas de las Naciones Unidas cerraron el paso y no permitieron que nadie más cruzara. Si hubiéramos llegado al río solo unos minutos más tarde, no habríamos podido pasar.

Después de cruzar, Won Pil Kim miró el camino por el que habíamos venido y me preguntó: «¿Cómo sabías que estaban a punto de cerrar el paso del río?»

«De algún modo, lo sabía», le dije. «Este tipo de cosas les suceden a menudo a quienes recorren la senda celestial. Muchas veces la gente no sabe que la salvación está justo detrás del

siguiente obstáculo. No teníamos ni un solo minuto que perder. Si hubiera sido necesario os habría cogido del cuello y os habría obligado a cruzar».

Won Pil Kim parecía emocionado por mis palabras, pero mi corazón estaba inquieto. Cuando llegamos al punto en que el paralelo treinta y ocho divide la península en dos, puse un pie en Corea del Sur, el otro en Corea del Norte, y comencé a rezar.

«Por ahora, nos vemos empujados hacia el sur, pero pronto regresaré al norte. Reuniré a las fuerzas del mundo libre para liberar a Corea del Norte y unir el Norte y el Sur». Así fue como oré todo el tiempo, mientras caminamos con los demás refugiados.

CAPÍTULO III

ENRIQUECIMIENTO
INTERIOR GANADO
CON ESFUERZO Y
SUFRIMIENTO

«Tú eres mi maestro espiritual»



Después de cruzar el río Imjin, pasamos caminando por Seúl, Wonju y Kyungju, camino de Busan. Llegamos allí el veintisiete de enero de 1951. Estaba repleto de refugiados llegados del norte. Parecía como si toda la población del país se hubiese concentrado allí. Cualquier posible lugar donde acomodarse estaba ya ocupado. En nuestro pequeño habitáculo no había apenas espacio suficiente para sentarse. No quedaba otra opción que ir al bosque por la noche y calentarse lo mejor posible, y por el día bajar a la ciudad para buscar comida.

Mi cabello, que había llevado corto durante el encarcelamiento, había vuelto a crecer. Mis pantalones, a los que por dentro les había cosido el algodón de un acolchado, estaban absolutamente gastados. Mis ropas estaban tan impregnadas de mugre grasienta que, cuando llovía, la tela no absorbía las gotas sino que se deslizaban por ella.

De las suelas de mis zapatos no quedaba casi nada, y aunque la parte superior del zapato todavía aguantaba, era como caminar descalzo. El hecho era sencillamente que había caído a lo más bajo, era un mendigo entre los mendigos. No tenía trabajo ni dinero en el bolsillo. La única manera de comer era pidiendo limosna.

Pero aun mendigando, mantenía mi dignidad. Si alguien se negaba a ayudarnos, le decía con voz clara y segura: «Escucha, si no ayudas a gente como nosotros que está necesitada, lo tendrás

muy difícil si esperas recibir grandes bendiciones en el futuro». Confrontada con esos razonamientos, la gente nos ayudaba. Llevábamos los alimentos que reuníamos de esta manera a un llano donde sentarnos todos juntos. Decenas de personas como nosotros comían en lugares así. No teníamos nada y hasta debíamos mendigar la comida, pero entre nosotros siempre sentíamos fluir una cálida amistad.

Un día, de repente oí que alguien gritaba, «¡mira por dónde! ¿cuántos años han pasado?» Me volví y vi ante mí a Duk Mun Eom, el amigo de mis días en Japón. Duk Mun Eom se había convertido en mi amigo de por vida en aquel entonces, después de haberse emocionado con una canción patriótica que canté. Hoy es uno de los arquitectos más importantes de Corea, el diseñador del Centro Cultural Sejong y del Hotel Lotte. «Vamos», dijo, abrazando mis horrible harapos. «Vamos a mi casa».

En ese tiempo, Mun Duk Eom ya se había casado. Vivía con su familia en una estancia de una sola habitación. Para hacerme espacio, colgó un edredón en medio de la habitación, con lo que la dividió en dos, un lado para mí y en el otro se acostaba él con su esposa y sus dos hijos pequeños.

«Ahora», dijo, «háblame de tu vida estos años. Siempre me pregunté dónde estabas y lo que estarías haciendo. Nos unía una buena amistad », dijo, «aunque tú siempre has sido más que un amigo para mí. ¿Sabías que siempre te tuve un gran respeto?»

Hasta ese momento, nunca le había abierto mi corazón sinceramente a ninguno de mis amigos. En Japón, hasta llegué a ocultarles que leía la Biblia frecuentemente. Si alguien entraba en mi habitación mientras la estaba leyendo, rápidamente la escondía. Pero en la casa de Duk Mun Eom compartí mi historia por primera vez. Le hablé durante toda la noche, le conté mi encuentro con Dios, cómo crucé el paralelo treinta y ocho para ir a Pyongyang a comenzar una iglesia, y cómo sobreviví a la prisión de Heungnam. Tardé tres días enteros en contarle todo. Después de escuchar mi relato, Duk Mun Eom se levantó de golpe y me hizo una gran reverencia.

«¿Qué estás haciendo?», le pregunté conmovido y sorprendido. Le agarré la mano y traté de detenerlo, pero no sirvió de nada, fue inútil». A partir de este momento», dijo Mun Duk Eom, «tú serás mi gran maestro espiritual. Esta reverencia es para saludarte como mi maestro, así que, por favor, acéptalo». Desde entonces ha estado a mi lado, como amigo de toda la vida y como discípulo.

Poco después, encontré un trabajo en el muelle número cuatro del puerto de Busan. Trabajaba solamente por la noche. Con mi sueldo, compraba estofado de alubias en la estación de Choryang. Para que no se enfriase, te envolvían el recipiente con un trozo de tela. Yo siempre me quedaba abrazando el recipiente más de una hora antes de comerlo, y eso me ayudaba a calentar mi cuerpo congelado después de haber estado trabajando toda la larga y fría noche.

Para entonces me alojaba en un refugio para obreros del barrio de Choryang. La habitación era tan pequeña que, aun acostado en diagonal, tocaba la pared con los pies. Pero fue en esa habitación donde afilé mi lápiz y comencé con dedicación a escribir el primer borrador del «*Wolli Wonbon*» (texto original de «*El Principio Divino*»). Que fuese pobre no era un problema. Aunque viva en un barrio pobre, no hay nada que un espíritu decidido no pueda hacer. Todo lo que se precisa es voluntad.

Won Pil Kim, que acababa de cumplir los veinte años, hizo todo tipo de trabajos. Trabajó en un restaurante, y traía a casa las sobras de arroz quemado que no se podían servir a los clientes y luego las compartíamos. Nacido con un don para el dibujo, pronto consiguió trabajo pintando para los soldados norteamericanos.

Finalmente, subimos hasta Beomnetgol, en Beomil-Dong, y allí construimos una casa. Como esta zona estaba cerca de un cementerio, ahí no había nada excepto un barranco rocoso. No teníamos nuestra propia tierra, así que nivelamos una sección de la pendiente del barranco y allí construimos la casa. ¡Ni siquiera teníamos una pala! Cogimos prestada una pala pequeña de una cocina y la devolvimos antes de que el propietario se diera cuenta que le había desaparecido. Won Pil Kim y yo rompimos

rocas, cavamos la tierra, y trajimos grava. Mezclamos barro y paja para hacer ladrillos, y luego levantamos con ellos las paredes. Conseguimos algunas cajas de cartón vacías de una base estadounidense, las aplanamos y las usamos como techo. Como suelo pusimos unos pliegos de plástico negro.

Incluso las chozas más simples están mejor construidas que esta. La nuestra se apoyaba en un peñasco, por lo que en el centro de la estancia sobresalía un enorme pedazo de roca. Nuestras únicas posesiones eran un pequeño escritorio detrás de la roca y el caballete de Won Pil Kim. Cuando llovía teníamos una fuente natural dentro de nuestra vivienda. ¡Era romántico escuchar el sonido del agua corriendo por debajo de donde estábamos sentados! Por la mañana, después de dormir en esta habitación sin calentar, con un techo que goteaba y el agua aún corriendo debajo, nos levantábamos con la nariz moqueando. Así y todo, éramos felices con nuestro pequeño espacio, donde podíamos descansar y relajarnos interiormente. El entorno era miserable, pero nos sentíamos llenos de esperanza de vivir por la voluntad de Dios.

Cada mañana, cuando Won Pil Kim iba a trabajar a la base americana, lo acompañaba hasta el pie de la colina. Cuando volvía por la tarde, bajaba a esperarlo. El resto de mi tiempo lo pasaba escribiendo el *Wolli Wonbon*. En nuestra habitación siempre teníamos un montón de lápices afilados. Incluso cuando no había arroz en la arrocera, allí siempre había lápices.

Won Pil Kim ayudaba de muchas maneras, tanto material como espiritualmente, lo que me permitía concentrarme en mi escrito. Incluso cuando venía agotado de todo un día de trabajo, él me seguía a todas partes, buscando maneras de ayudar. Dormía tan poco esos días que podía quedarme dormido en cualquier lugar. A veces, incluso me quedaba dormido en el retrete, y Won Pil Kim me seguía hasta allí para asegurarse de que estaba bien.

Pero eso no fue todo. Él tenía tantas ganas de contribuir aunque fuera un poco al libro que estaba escribiendo, que comenzó a dibujar retratos de soldados estadounidenses, y de esta manera

ganó dinero para mis lápices. En ese tiempo era popular entre los soldados hacerse dibujar un retrato de la esposa o de la novia antes de regresar a Estados Unidos. Won Pil Kim pegaba hojas de seda en marcos de madera, pintaba los retratos, y los vendía a cuatro dólares cada uno.

Me sentí muy agradecido por su dedicación. Me sentaba a su lado cuando pintaba y hacía todo lo posible por ayudarlo. Mientras él estaba trabajando en la base americana, yo extendía cola en la seda, cortaba la madera de los marcos, y los pegaba. Antes de que volviera a casa, limpiaba sus pinceles y compraba las pinturas que necesitaba. Una vez en casa, él cogía un lápiz 4B y dibujaba el retrato. Al principio, dibujaba sólo uno o dos cada vez, pero pronto la noticia se propagó y su trabajo aumentó. Llegó a ser tan conocido entre los soldados que pintaba veinte o treinta de una vez. Al final, nuestra casa estaba llena de retratos, y teníamos problemas de espacio para dormir de noche.

Como aumentaba el volumen del trabajo, empecé a hacer algo más que retoques. Won Pil pintaba el contorno de los rostros, y yo coloreaba los labios y la ropa. Con el dinero que ganamos, compramos lapiceros y materiales de dibujo y empleamos el resto en evangelizar. Era importante registrar las palabras de Dios por escrito, pero más importante aún era hablarle a la gente de Su voluntad.

El apuesto loco que vive junto al pozo



Cuando construimos la choza de adobe en Beomnetgol y comenzamos la iglesia, solamente tres personas estaban allí presentes para oírme predicar. Pero yo no hablaba pensando solamente en esas tres personas. Me decía a mí mismo: «Aunque no pueda verles, estoy predicando a miles, a decenas de miles». Mientras predicaba, imaginaba que toda la humanidad estaba allí. Estas tres únicas personas se sentaban frente a mí, mientras les transmitía el *Principio* con voz muy sonora y vibrante.

Había un pozo frente a nuestra casa. Entre la gente que venía a buscar agua pronto comenzó a circular el rumor de que en la choza de barro vivía un loco. La gente iba a por agua y trataba de avistar en esa casa de barro destartalada al hombre de aspecto miserable, que gritaba como si estuviese arengando al mundo entero. Lo normal era que hubiera comentarios al respecto. Yo predicaba que habría grandes cambios en el cielo y en la tierra y que Corea uniría al mundo.

Pronto, los rumores sobre mí llegaron más allá de los que venían a por agua, hasta los que vivían al pie de la colina. Quizás esos rumores fueron los que atraieron la curiosidad de gente que quería ver al loco que vivía cerca del pozo.

Entre estos curiosos hubo un grupo de estudiantes de un seminario teológico cercano, así como un grupo de profesoras

de la prestigiosa Universidad femenina de Ewha. Los rumores fueron adornados diciendo que yo era un hombre guapo, de buen talle, por lo que mujeres de mediana edad comenzaron a subir la colina para ver «al loco apuesto» como una forma de pasar el tiempo.

El día que terminé de escribir el *Wolli Wonbon*, dejé mi lápiz y oré: «Ahora es el momento de evangelizar; por favor, envíame santos a los que pueda dar testimonio», y me fui hacia el pozo. Era el diez de mayo, a finales de primavera. Yo vestía unos pantalones tradicionales coreanos forrados de algodón y una chaqueta vieja, y sudaba por el calor. En ese momento vi que una joven subía hacia el pozo, secándose el sudor de la frente.

Entonces le dije: «Dios te ha estado dando mucho amor durante los últimos siete años». Ella se sobresaltó, sorprendida. Resultó que siete años atrás había decidido dedicar su vida a la obra de Dios.

«Me llamo Hyun Shil Kang», dijo, «y soy evangelista de la Iglesia Beom Cheon del barrio al pie de esta colina. Escuché que había un loco viviendo aquí, así que vine a darle testimonio».

Así fue como me saludó. La invité a entrar en la casa. Ella miró la miserable habitación y dejó bien claro lo raro que le parecía todo. Al final se fijó en el escritorio y preguntó: «¿Por qué tienes tantos lápices?»

«Hasta esta mañana», le contesté, «estuve escribiendo un libro que revela los principios universales. Creo que Dios te ha enviado aquí para que te los enseñe».

«¿De qué me estás hablando?», dijo. «Vine porque me dijeron que aquí vive un loco al que hay que evangelizar».

Le acerqué un cojín para que se sentase, y me senté yo también. Se oía el sonido del agua pasando por debajo.

«En el futuro, Corea desempeñará un papel muy importante en el mundo», le dije. «Gentes de todo el mundo se lamentarán de no haber nacido coreanos». Se veía claramente que lo que decía no tenía ningún sentido para ella.

«Igual que Elías vino como Juan el Bautista», continué diciendo, «Jesús vendrá a Corea en la carne».

Eso la hizo enfadar. «Estoy segura de que Jesús tendrá mejores sitios adonde ir, antes que a un lugar miserable como Corea».

Y siguió diciendo: «¿Has leído el Apocalipsis? Yo he..».

Interrumpí su frase, diciendo: «¿Me estás diciendo que estudiaste en el Seminario teológico de Koryo?».

«¿Cómo sabes tú eso?», preguntó.

«¿Crees que te hubiera estado esperando sin ni siquiera saber eso de ti? Has dicho que viniste aquí a darme testimonio, de manera que, por favor, enséñame».

Hyun Shil Kang tenía un gran conocimiento teológico. Citaba versículos bíblicos uno tras otro, esforzándose en atacar mis puntos de vista. Siguió desafiándome con fuerza y yo le respondía cada una de sus afirmaciones con respuestas fuertes y claras. Nuestra discusión continuó hasta que oscureció, entonces me levanté y preparé la cena. Lo único que teníamos para acompañar el arroz era un *kimchi* casi caducado (el *kimchi* es repollo fermentado con guindillas y otros ingredientes, muy habitual en la cocina coreana). Pero aun así, nos acomodamos en la sala con el sonido del agua pasando por debajo, y compartimos la cena antes de retomar nuestro debate.

Volvió al día siguiente, y al otro, para seguir discutiendo conmigo. Al final, decidió dedicar su vida a los principios que predico.

Más tarde ese mismo año, en un día muy ventoso de noviembre, mi mujer vino a verme a la choza en Beomnaetgol. Traía de la mano a un niño de siete años. Mi hijo había nacido el año que salí de casa. Ese día había salido sólo a comprar arroz, pero en vez de eso me fui a Pyongyang. Los años habían pasado y él se había convertido en un chiquillo. No me atreví a mirarlo a la cara, ni tampoco pude acariciar su rostro para mostrarle mi alegría, ni abrazarlo. Me quedé parado como una estatua de piedra, incapaz de articular palabra.

Mi mujer no tuvo que decir nada. Yo podía muy bien imaginar el dolor que esa pobre madre y su niño habrían tenido que sufrir durante la guerra. Antes incluso de que vinieran, ya sabía dónde vivían, y en qué situación estaban, pero no había llegado el momento de poder cuidar de mi familia. Yo lo sabía, por eso le pedí varias veces, igual que lo hice antes de casarnos, «Por favor, confía en mí y espera un poco más».

Cuando llegase el momento, planeaba ir a buscarles. Pero en esta situación, con ellos dos en la puerta, el momento aún no había llegado. La choza, nuestra iglesia, era pequeña y destartada. Había varios miembros comiendo y viviendo allí conmigo, estudiando la palabra de Dios. No podía traer a mi familia a ese lugar.

Mi esposa le echó un vistazo a la cabaña, quedó muy decepcionada, se dio la vuelta, y ella y mi hijo y se fueron colina abajo.

Una iglesia aconfesional



Un refrán coreano dice que quien reciba insultos de otros vivirá mucho tiempo. Si tuviera que vivir en proporción a los insultos que he recibido, viviría cien años más.

Mi estómago lo he llenado, no de comida, sino de insultos, así que se podría decir que nadie en el mundo tiene el estómago tan lleno como yo. Los miembros de las iglesias tradicionales, que se me habían opuesto y me habían apedreado cuando empecé mi iglesia en Pyongyang, siguieron con su persecución, esta vez en Busan. Incluso antes de que hubiéramos empezado nuestra iglesia debidamente, ya se dispusieron a crearnos problemas. Calificativos como «hereje» y «pseudo» fueron colocados delante de mi nombre tan a menudo que parecían formar parte de él. De hecho, decir «Sun Myung Moon» era sinónimo de herejía y pseudo-religión. Hasta resulta difícil oír mi nombre sin que vaya acompañado de esas palabras.

En 1954, en medio de una violenta persecución, dejamos la chabola de Busan y nos fuimos primero a Daegu, y luego a Seúl. En mayo del año siguiente alquilamos una casa en el barrio de Bukhak-Dong, cerca del Parque Jangchoongdan, en Seúl, y colgamos un cartel que decía «Asociación del Espíritu Santo para la unificación del cristianismo mundial».

Le pusimos ese nombre porque no queríamos pertenecer a ninguna confesión y menos aún crear una nueva. El «cristianismo mundial» se refiere a todo el cristianismo, el de todas las

épocas y países. «Unificación» revela nuestra meta de unidad y «Espíritu Santo» indica la armonía entre los mundos espiritual y físico, con el amor de la relación padre-hijo en el centro. Nuestro nombre significa «el mundo espiritual, con Dios en el centro, está con nosotros».

En especial, «unificación» significa mi meta de construir el mundo ideal de Dios. Unificación no es lo mismo que unión. La unión se da cuando se juntan dos seres, mientras que la unificación se concreta cuando dos seres se convierten en uno solo. Más tarde, «Iglesia de unificación» se convirtió en nuestro nombre; sin embargo nos lo pusieron otros. Al principio, los universitarios nos llamaban «la Iglesia de Seúl».

No me gusta utilizar la palabra coreana *kyohoi*, en su acepción habitual de iglesia. En cambio, sí me gusta su significado a partir de sus caracteres chinos originales. *Kyo* significa «enseñar» y *hoi* «reunión». La palabra coreana para religión, *jongkyo*, se compone de dos caracteres chinos que significan «central» y «enseñanza», respectivamente.

Cuando por *iglesia* entendemos una reunión de fieles en la que se enseñan principios espirituales fundamentales, el significado es correcto y bueno. Sin embargo, el significado de la palabra *kyohoi* no lleva implícita ninguna razón para que la gente comparta algo. Por regla general, esa palabra no se usa con este significado.

No quería que nos encasilláramos en esta categoría separadora. Quería fundar una iglesia aconfesional. La verdadera religión intenta salvar a la nación, aunque tenga que sacrificarse; intenta salvar al mundo a costa de sacrificar a su país, e intenta salvar a la humanidad, aunque implique sacrificar al mundo. Viéndolo así, jamás debe priorizarse la propia confesión o institución.

Necesitábamos colgar un letrero en la iglesia, pero en mi corazón estaba dispuesto a quitarlo en cualquier momento. En cuanto se cuelga el cartel que dice «iglesia», se la está diferenciando de lo que no lo es. No es correcto dividir en dos lo que es una sola cosa. Ese no fue mi sueño. Ni el camino que he elegido

seguir. Si tengo que quitar el letrero para salvar a la nación o al mundo, estoy dispuesto a hacerlo sin vacilar.

Nuestro letrero estaba colgado cerca del portón principal. Hubiese quedado mejor si lo hubiéramos colgado en lo alto, pero los aleros de la casa eran muy bajos y no había sitio suficiente. Al final lo colocamos a la altura de un niño. De hecho, los chicos del barrio lo quitaron, jugaron con él y terminaron partiéndolo en dos. Como históricamente era importante para nuestra iglesia, no podíamos tirarlo a la basura, así que lo atamos con alambres y lo clavamos firmemente en el portón. Quizás como nuestro letrero fue tratado con tanto desprecio, también nuestra iglesia fue indescriptiblemente despreciada y humillada.

Los aleros de la entrada eran tan bajos que la gente tenía que agachar la cabeza para pasar dentro. La habitación era de 2,5 m², y estábamos tan apretados que cuando nos juntábamos seis personas a orar, nuestras frentes prácticamente se chocaban. La gente del barrio se reía de nuestro letrero. Se burlaban preguntándonos en qué unificación mundial estábamos soñando en una casa tan pequeña que «había que arrastrarse para entrar». Ni siquiera trataban de averiguar por qué habíamos elegido ese nombre; simplemente nos miraban como si estuviésemos locos.

Pero a nosotros no nos importaba. En Busan tuvimos que mendigar para comer, y ahora teníamos una habitación para el culto. Nada debíamos temer. Mi atuendo consistía en un traje militar de faena norteamericano que teñí de negro, y zapatos de goma de igual color. Aunque otros buscaban infravalorarnos, en nuestro corazón nos sentíamos más dignos que nadie.

Las personas que asistían a nuestra iglesia se llamaban entre sí *shikku*, es decir, en coreano «familiares; quienes comparten la misma comida». Todos vivíamos embriagados de amor. Cualquiera que se acercara podía ver lo que estaba haciendo y oír lo que estaba diciendo. Estábamos todos unidos por un cable eléctrico de amor conectado con Dios. Una mujer podía estar en casa preparando el arroz y de repente salir corriendo a la iglesia, dejándolo a medio hacer. Otra decía que se iba a cambiar de vestido, pero de repente salía corriendo a la iglesia con su viejo ves-

tido agujereado. Y si a otra sus suegros le cortaban el pelo para que no saliese de casa, venía a la iglesia con la cabeza rapada.

En cuanto creció el número de fieles, comenzamos a predicar en los campus universitarios. En la década de los cincuenta, en Corea a los universitarios se les tenía en alta consideración, como intelectuales. Empezamos predicando delante de la universidad femenina de Ewha y de la universidad de Yonsei; al poco tiempo, el número de estudiantes que visitaban nuestra iglesia creció notablemente.

La profesora de música de la Universidad de Ewha, Yoon Young Yang y la profesora Choong Hwa Han, a cargo de la inspección del dormitorio estudiantil, vinieron a visitarnos. También vinieron muchos estudiantes, pero no solo de uno en uno o de dos en dos, sino por decenas. El número crecía muy deprisa, lo cual fue una sorpresa, no solamente para las iglesias tradicionales sino también para nosotros.

A los dos meses de haber comenzado a predicar en los campus de las universidades, la congregación creció muchísimo, sobre todo con estudiantes de Ewha y Yonsei. El ritmo de crecimiento fue increíble. Era como si una brisa de primavera hubiese soplado y cambiado los corazones de los estudiantes en un instante. En un solo día decenas de alumnas de Ewha recogían sus pertenencias y se iban del dormitorio estudiantil. Si alguien trataba de detenerlas, protestaban: «¿Por qué? ¿Por qué no me dejan salir? Si quieren impedir que me vaya, tendrán que matarme. ¡Mátenme!». Y hasta saltaban los muros del edificio para poder salir. Quise detenerlas, pero no sirvió de nada. No querían quedarse en su pulcra escuela; querían estar en nuestra pequeña iglesia que olía a pies sucios. Y nadie se lo impediría.

Por último, la rectora Hwal Ran Kim (Helen Kim) envió a nuestra iglesia a la profesora Young Oon Kim, del Departamento de bienestar social religioso. La profesora Kim había estudiado teología en Canadá, y era una teóloga en la que Ewha tenía grandes expectativas para el futuro. La rectora Kim envió adrede a la profesora Kim porque su especialidad era la teología, y confiaba en que desarrollaría una crítica definitiva de nuestra doctrina y

detendría así esta huida masiva de estudiantes. Pero una semana después de haberme conocido, esta representante especial, la profesora Kim, se unió a nuestra iglesia y se convirtió en una de nuestras feligresas más entusiastas. Eso nos dio aún más credibilidad entre los profesores y estudiantes de Ewha. El número de nuestros miembros creció como una bola de nieve.

La situación se descontroló, y las iglesias establecidas volvieron a acusarnos de robarles sus feligreses. Eso me pareció del todo injusto. Nunca le dije a nadie que viniera escuchar mis sermones ni que asistiera a nuestra iglesia. Si los echaba por la puerta principal, volvían a entrar por la puerta trasera; si atrancaba el portón, saltaban la valla. No podía detenerlos. Los más sorprendidos eran los administradores de Yonsei y Ewha, quienes a su vez dependían del apoyo de diversas fundaciones cristianas. No podían quedarse mirando sin hacer nada, viendo cómo sus estudiantes y profesores se pasaban en masa a otro grupo religioso.

Dos universidades expulsan a estudiantes y profesores



Desbordadas por la crisis, las universidades de Ewha y de Yonsei optaron por tomar unas medidas que nunca antes habían tomado en su historia y que no volvieron a tomar nunca más. Ewha despidió a cinco profesoras, incluyendo a la profesora Young Oon Kim, y expulsó a catorce estudiantes. Cinco de ellas estaban a punto de graduarse. En la universidad de Yonsei también despidieron a un profesor y expulsaron a dos estudiantes.

El capellán de la universidad trató de aconsejar a las estudiantes, «Podéis asistir a esa iglesia después de graduaros. Así la universidad no se verá afectada». Pero no sólo no sirvió de nada, sino que tuvo el efecto contrario.

Las estudiantes expulsadas protestaron con vehemencia: «En la universidad hay muchas ateas y hasta hijas de chamanes. ¿Por qué solamente nos expulsan a nosotras? ¿Cómo puede la universidad justificar nuestra expulsión, aplicando hipócritamente este doble rasero?».

Sin embargo, la universidad se mantuvo firme, limitándose a reiterar su postura: «Nuestra universidad es privada y cristiana. Estamos en nuestro derecho de expulsar a quien queramos».

Cuando los medios de comunicación se enteraron del incidente, un periódico publicó un editorial titulado: «En un país

con libertad religiosa, esta expulsión ha sido un error». La situación se convirtió al poco tiempo en un tema de debate en la opinión pública.

La Universidad de Ewha, financiada por una fundación cristiana canadiense, temía ver mermado el apoyo financiero si se llegaba a saber que muchas de sus estudiantes iban a una iglesia considerada herética. En aquel entonces, Ewha celebraba cultos tres veces por semana, controlaba la asistencia de las estudiantes, e informaba de ello a la sede misionera.

Después de que las estudiantes fueran expulsadas y las profesoras despedidas, la opinión pública comenzó a volverse más y más en nuestro favor. Para contrarrestarlo, Ewha comenzó a propagar falsos rumores, demasiado infames para repetirlos. Desgraciadamente, como suele suceder, cuanto más miserable es el rumor, más disfruta la gente creyéndolo y repitiéndolo como si fuera cierto. Estos falsos rumores dieron origen a otros rumores, igualmente falsos, y pronto llegaron a cobrar vida propia. Nuestra iglesia sufrió durante más de un año las consecuencias.

Yo no quería que el incidente se descontrolase de ese modo. Me negaba a causar problemas. Traté de persuadir a estudiantes y profesoras de que podían llevar una vida de fe sencilla y tranquila. Les expliqué que no había necesidad de dejar el dormitorio universitario y causar tanto escándalo público. Pero ellas se mostraron inflexibles. Me preguntaron: «¿Por qué nos dices que no vengamos más? Queremos recibir la gracia divina, igual que todos los demás». Al final, todas fueron obligadas a abandonar sus facultades. No me sentí nada cómodo.

Tras su expulsión, las estudiantes fueron en grupo a rezar a un oratorio en el monte Samgak, a las afueras de Seúl. Buscaban consuelo para sus corazones heridos. Habían sido expulsadas de sus facultades, sus familias estaban enfadadas con ellas y sus amigos ya no querían ni verlas. No tenían ningún lugar al que ir. Ayunaron y se pasaron todo el tiempo orando con mucha emoción, sin dejar de llorar ni de sollozar. Pronto, algunas comenzaron a hablar en lenguas.

Es verdad que Dios siempre se manifiesta cuando estamos al borde del colapso y la desesperación. Las estudiantes que habían sido expulsadas de sus facultades y rechazadas por sus familias y por la sociedad, encontraron a Dios en el oratorio del monte Samgak.

Me fui hasta allí y les llevé comida y consuelo. Se las veía demacradas por el ayuno.

«Ya es bastante malo que os hayan expulsado injustamente. Por favor, no es preciso que, además, ayunéis», les dije. «Si vuestra conciencia no se siente culpable por lo que habéis hecho, entonces no es deshonesto recibir insultos. Así que no os desaniméis, esperad vuestro momento».

Más adelante, las cinco estudiantes que estaban a punto de graduarse fueron transferidas a la Universidad femenina de Sookmyung, pero el daño ya había sido hecho.

Este incidente jugó un papel decisivo, y fue el punto de inflexión para empezar a granjearme una reputación profundamente negativa. Los artículos en la prensa empezaron a atribuirnos todas las maldades cometidas por otros grupos religiosos. La gente que al principio reaccionó ante los rumores diciendo «¿será verdad?», ahora decían «es cierto».

Me dolió que me trataran tan injustamente. La injusticia era tan fuerte que me enfadé mucho. Quería defenderme a gritos, pero opté por no decir una palabra ni confrontarme con nadie. Teníamos mucho que hacer y que lograr, y no teníamos tiempo que perder peleando.

Pensé que los malentendidos y el odio desaparecerían con el tiempo y que no debíamos malgastar nuestras fuerzas preocupándonos en exceso. Hice como que no escuchaba a los que decían: «¡Ojalá a Sun Myung Moon le parta un rayo!», ni a los ministros cristianos que oraban para que muriese.

Pero los rumores, en lugar de aplacarse, se volvían más y más escandalosos cada día que pasaba. El mundo entero parecía haberse unido para señalarme con su dedo acusador. Ni bajo el intenso calor de la fábrica de fertilizantes del campo de concen-

tración de Heungnam dejé que otros vieran mis tobillos al descubierto, sin embargo se propagó el rumor de que, precisamente yo, ¡bailaba desnudo en la iglesia! Desde ese día, las personas que venían a nuestra iglesia por primera vez me miraban como diciendo: «¿Tú eres el que se desnuda y baila?»

Sabía mejor que nadie que se necesitaría mucho tiempo para aclarar malentendidos como esos, así que no intenté nunca discutir con nadie ni decir, «yo no soy así». No se puede conocer a nadie sin tratarlo personalmente, sin embargo había muchas personas que no dudaban en maldecirme sin haberme visto nunca. Sabía que no tenía sentido luchar con gente así, de modo que lo soporté en silencio.

El incidente de las universidades de Ewha y Yonsei llevó a nuestra iglesia al borde de la destrucción. La imagen de «pseudo-religión», o «secta» llegó a ir aparejada inseparablemente con mi nombre, y todas las iglesias tradicionales se unieron para pedirle al gobierno que me procesase judicialmente.

El cuatro de julio de 1955 la policía irrumpió en nuestra iglesia y me llevó detenido junto a otros cuatro miembros, Won Pil Kim, Hyo Young Eu, Hyo Min Yoo y Hyo Won Eu. Los pastores y presbíteros de las iglesias tradicionales se unieron con distintas autoridades, y escribieron cartas exigiendo que se cerrara nuestra iglesia. Estos cuatro miembros de nuestra iglesia, que llevaban conmigo desde el principio, tuvieron que acompañarme a prisión.

El asunto no terminó ahí. La policía investigó mi pasado y me acusó de haber eludido el servicio militar, otra mentira escandalosa. Cuando escapé del campo de concentración de Corea del Norte y me dirigí al sur, ya había sobrepasado la edad de cumplir el servicio militar obligatorio. Aun así me acusaron de evadirlo.

De las ramas chamuscadas crecen nuevos brotes



Los detectives del Departamento especial de inteligencia de la oficina de orden público entraron en nuestra iglesia y me llevaron detenido a la comisaría de Chungbu. Me indignaba ser acusado de evadir del servicio militar, pero no dije nada. Podría haber hablado, pero no me dieron ninguna oportunidad de defenderme.

Algunos, al ver mi silencio ante un trato tan injusto, dijeron que no tenía carácter. Soporté estos insultos en silencio, convencido de que si éste era el camino que debía seguir para alcanzar mis objetivos, lo seguiría. Y puesto el camino que seguía era tan claro, no podía ser derrotado. Cuanto más me atacaran, más cuidado pondría en actuar de manera más ejemplar que nadie.

Una vez tomada esta decisión, la policía no tenía ningún control sobre mí. Cuando el detective redactaba el informe, yo mismo le ayudaba.

«¿Por qué no incluye usted este párrafo?, le decía, y «aquí debería escribirlo de esta manera». Y así lo hizo. Cada frase que le dictaba era correcta, pero la sorpresa fue que cuando terminó de ponerlas todas juntas, la conclusión a la que llegó fue la opuesta a la que había pretendido llegar. Entonces, se enfadó y rompió el informe.

El trece de julio de 1955, al sexto día de haber sido llevado a la comisaría de Chungbu, volví a ser encarcelado, esta vez en la prisión de Seodaemun, en Seúl. Me esposaron, pero eso no me avergonzó ni me entristeció. La vida en la cárcel no era ningún obstáculo para mí. Podría ser un motivo de gran enfado, pero nunca me bloqueó en mi camino. Para mí fue un modo de ganar experiencia para mis futuras actividades. Sobrellevé la vida en prisión pensando: «No soy alguien a quién la cárcel derrote. No puedo morir. Esto no es más que un trampolín para alcanzar un mundo de libertad».

Que lo malo mengüe y lo bueno prospere es una lógica terrenal y una ley celestial. Aunque deba atravesar una montaña de estiércol, saldré limpio si mantengo un corazón puro y verdadero. Cuando me llevaban esposado, unas mujeres me miraron de reojo y fruncieron el ceño en señal de desaprobación. Se les notaba que les parecía grotesco el sólo mirarme, porque creían ver al fundador de una secta sexual. Pero yo no tenía nada que temer, ni de qué avergonzarme. Aunque se profririeran muchas palabras ofensivas para atacarme a mí y a nuestra iglesia, no me desalentaría.

Por supuesto, tengo sentimientos como todo el mundo. Exteriormente, mantuve mi dignidad, pero hubo muchas ocasiones en que sentí tensión y angustia hasta la médula de mis huesos. Cada vez que mi corazón desfallecía, lo soportaba diciéndome: «No soy alguien que vaya a morir en prisión, sin más. Me levantaré de nuevo, estoy totalmente seguro». Renovaba mi determinación diciendo: «Cargaré con todo este dolor. Llevaré toda la carga de nuestra iglesia».

Cabía esperar que si iba a prisión, sería el fin de nuestra iglesia y que los hermanos y hermanas se dispersarían cada uno por su lado. Pero muy al contrario, recibía visitas de los miembros de la iglesia todos los días. A veces hasta se peleaban por ser los primeros en verme. Las visitas estaban permitidas a partir de las ocho de la mañana, pero desde temprano por la mañana los feligreses esperaban, haciendo fila fuera de la prisión. Cuanta más

gente me insultaba y más amarga era mi situación, más gente iba a visitarme, a animarme y a llorar por mí.

Yo ni siquiera les saludaba con afecto, más bien solía desairarles: «¿Por qué venís y armáis tanto jaleo?» Aun así, me seguían con lágrimas en los ojos. Era la expresión de su fe y de su amor. No se sentían unidos a mí porque les hablara dulcemente o con elocuencia. Me querían porque conocían el amor que había en el fondo de mi corazón. Estos hermanos y hermanas reconocían mi sinceridad. Aunque tenga que morir, jamás olvidaré a los que me siguieron incluso cuando me obligaron a ir esposado al juzgado a declarar. Recordaré siempre sus expresiones, sollozando al verme sentado en el banquillo de los acusados.

Los carceleros no salían de su asombro: «¿Cómo es posible que este hombre los haga enloquecer de este modo?», comentaban viendo acudir a tantos miembros de la iglesia. «Él no es el marido de ninguna de ellas, ni ninguno de estos es hijo suyo. ¿Cómo pueden serle tan leales?», se admiraban.

En una ocasión, un guardia comentó: «Habíamos oído que Moon era un dictador y un explotador, pero está muy claro que es totalmente falso». Y se unió a nuestra iglesia.

Finalmente, a los tres meses de haber sido encarcelado, me declararon inocente de todos los cargos, y fui puesto en libertad. Ese día, el alcaide de la prisión y los jefes de módulo me despidieron cortésmente. En tres meses, todos ellos se unieron a nuestra familia unificacionista. Sus corazones se volcaron hacia mí por una razón muy simple: cuando pudieron observarme de cerca se dieron cuenta de que era completamente diferente de la persona descrita por los rumores que habían oído. Paradójicamente, resultó que los falsos rumores que circulaban públicamente habían ayudado nuestros esfuerzos de evangelización.

Cuando me encarcelaron, todos los medios de comunicación armaron un gran revuelo, pero cuando fui declarado inocente y puesto en libertad, se hizo el silencio. La única mención a mi inocencia y puesta en libertad fue un artículo de tres líneas en un rincón perdido del periódico, donde se pudo leer: «El reverendo Moon, declarado inocente, fue puesto en libertad». Los infames

rumores que habían conmocionado todo el país habían demostrado ser falsos, pero esa información quedó totalmente enterrada. Nuestros hermanos y hermanas protestaron: «reverendo Moon, esto es injusto, nos encoleriza, no podemos tolerarlo». Lloraron delante mío, pero me quedé callado y los tranquilicé.

Nunca he olvidado el dolor que sentí cuando me acosaron y me imputaron todas esas falsas acusaciones. Me mantuve firme, aun cuando tanta gente se me oponía, que sentí que no quedaba ni un solo lugar para mí en toda Corea. La tristeza que sentí entonces todavía permanece hoy en un rincón de mi corazón.

Puede que sea como un árbol azotado por el viento y por la lluvia, y chamuscado por el fuego, pero nunca seré un árbol que arda y muera. Hasta en las ramas chamuscadas florecen nuevos brotes al llegar la primavera. Si continúo por este camino con humildad y una fuerte convicción, el día llegará seguramente en que el mundo entero comprenda el valor de lo que hago.

Aprendemos de nuestras heridas



La gente rechazaba la nueva expresión de la verdad que yo enseñaba, calificándola de herejía. Jesucristo, nacido en la tierra del judaísmo, también fue acusado de herejía y por eso fue crucificado. En comparación, mi persecución no fue ni de lejos tan dolorosa ni tan injusta. Podía soportar cualquier dolor que infligiesen a mi cuerpo. Sin embargo, la acusación de herejía contra nuestra iglesia fue lo más injusto y difícil para mí. Algunos teólogos que estudiaron nuestra iglesia en sus comienzos calificaron nuestras enseñanzas de originales y sistemáticas. Algunos estaban preparados para aceptarlas, lo que quiere decir que la magnitud de la controversia de herejía que afectó a nuestra iglesia se basó en otro motivo, distinto al teológico. Más bien tuvo que ver con cuestiones de poder.

La mayoría de nuestros feligreses venían de otras iglesias. Por eso, principalmente, nuestra iglesia fue tratada de enemiga por las iglesias establecidas. Cuando la profesora Yoon Young Yang, una de las profesoras de la universidad de Ewha, se unió a nuestra iglesia, fue llevada a comisaria para ser interrogada. Allí se enteró de que ochenta pastores de las iglesias establecidas habían escrito a las autoridades, criticando a nuestra iglesia. No era por haber hecho nada malo, sino porque nos veían como un veneno que intimidaba el poder de ciertas personas e instituciones. Sus miedos sin fundamento y su extremo sectarismo fueron lo que les condujo a unir esfuerzos para eliminar a nuestra iglesia.

Personas de muchos grupos religiosos se sentían atraídas por nuestra iglesia y sus nuevas enseñanzas. Yo les decía a nuestros feligreses «¿Por qué habéis venido aquí? ¡Volved a vuestras iglesias!», y casi les amenazaba, tratando de ahuyentarles. Pero, al poco, regresaban. La gente que venía a verme en tropel no quería escuchar a nadie más. No querían escuchar a sus profesores ni a sus padres. Querían oírme hablar. No les daba dinero ni comida, pero creían en mí y en mis palabras y volvían una y otra vez, porque les abría un camino para resolver sus frustraciones.

Antes de conocer la verdad, yo también me sentía frustrado. Me sentía frustrado cuando miraba al Cielo y cuando miraba a la gente a mi alrededor. Por eso precisamente podía entender las frustraciones de quienes venían a nuestra iglesia. Tenían preguntas sobre la vida y no encontraban las respuestas. La palabra de Dios que predicaba daba respuestas a sus preguntas con toda claridad. Los jóvenes que venían a mí encontraban respuestas en mis palabras. Querían venir a nuestra iglesia y unirse a mí, en mi camino espiritual, sin importarles las dificultades.

Soy la clase de persona que encuentra el camino y lo abre. Guío a la gente que me encuentro en la vida a curar familias destruidas, y a reconstruir la sociedad, la nación y el mundo, y a que podamos finalmente volver a Dios. La gente que viene a mí lo comprende. Quieren unirse conmigo en busca de Dios. ¿Cómo puede haber gente que encuentre algo malo en eso? Todo lo que hacíamos era buscar a Dios y sólo por eso nos veíamos sometidos a toda clase de persecuciones y críticas.

Desgraciadamente, en el período en que nuestra iglesia pasaba por la controversia de la herejía, mi esposa me puso las cosas aún más difíciles. Después de nuestro reencuentro en Busan, ella y sus familiares comenzaron a exigirme que eligiera entre dejar inmediatamente la iglesia y vivir con ella y nuestro hijo, o darle el divorcio. Incluso me fueron a ver a la prisión de Seodaemun, sacaron los papeles del divorcio y me exigieron que los firmara. Pero sabiendo la importancia del matrimonio en la construcción del mundo pacífico de Dios, soporté sus exigencias en silencio.

Ella, además, también sometió a los miembros de la iglesia a abusos horribles. Yo podía soportar lo que fuera. No me afectaba que me insultase ni que me maltratase, pero me era difícil quedarme parado y ver cómo se comportaba ofensivamente con nuestros hermanos y hermanas. Entraba intempestivamente en la iglesia a todas horas, insultando a los miembros, destruyendo las propiedades de la iglesia, y llevándose objetos que no le pertenecían. Hasta llegó a arrojarles a nuestros miembros agua fétida del retrete. Cuando aparecía, era imposible celebrar el culto. Finalmente, al salir de la cárcel de Seodaemun, accedí a su demanda y firmé los papeles del divorcio. Me vi forzado a aceptar el divorcio, en contra de mis propios principios.

Aún hoy, cuando pienso en mi ex mujer, la compadezco de corazón. La influencia de su propia familia -que era muy cristiana- y de la cúpula de las iglesias coreanas establecidas tuvieron mucho que ver en su comportamiento. Cuando la conocí, era una persona de compromiso muy claro y firme. La forma en que cambió nos enseña lo mucho que debemos temer a los prejuicios sociales y los conceptos preestablecidos.

Experimenté la tristeza del divorcio y el dolor de ser acusado de hereje, pero no me doblegué. Tuve que sufrir estas situaciones en mi camino para redimir el pecado original de la humanidad, para avanzar hacia el Reino de Dios. La mayor oscuridad es la de antes del amanecer. Superé esa oscuridad, aferrándome a Dios y orando. Todo el tiempo que tenía, excepto en los fugaces momentos en que dormía, lo dedicaba a la oración.

Lo más importante es la sinceridad de corazón



Después de tres meses, cuando fui declarado inocente, fue como resurgir en el mundo. Me di cuenta, más que nunca, que tenía una gran deuda con Dios. Para devolvérsela, busqué un lugar donde nuestra iglesia pudiera volver a empezar. Sin embargo, no oré a Dios que nos construyera una iglesia. Nunca me quejé, ni sentí vergüenza de la iglesia pequeña y humilde que habíamos tenido hasta entonces. Me sentía agradecido de tener un lugar donde poder orar. Nunca quise tener un lugar más grande ni confortable.

No obstante, necesitábamos un lugar donde nuestros feligreses pudieran reunirse y celebrar el culto, así que pedimos un préstamo de dos millones de *wones* (unos 1.300 € actuales) y compramos una casa medio abandonada en una pendiente de Cheongpa-Dong. Era una de esas casas clasificadas como «propiedad enemiga», es decir, que había estado vacía desde que la abandonaron los japoneses al huir de Corea tras la liberación. Se trataba de una casa pequeña, con un solar de menos de 65 m², y ubicada al final de un callejón largo y estrecho. Llegar allí era como atravesar un largo y oscuro túnel. Las paredes y las columnas de la casa estaban cubiertas de suciedad, lo que nos hizo preguntarnos qué había ocurrido allí antes de nuestra llegada. Trabajé codo con codo con los jóvenes de nuestra iglesia durante cuatro días para fregar con sosa cáustica toda la suciedad.

Después de mudarnos a la iglesia de Cheongpa-Dong, apenas podía dormir. Me sentaba en el suelo del dormitorio principal, inclinado en oración hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Luego me echaba hasta las cinco, pero después me levantaba y empezaba las actividades del día. Seguí con este estilo de vida durante siete años. A pesar de dormir de una a dos horas diarias, nunca me sentí soñoliento durante el día. Mis ojos brillaban como una estrella matutina. Nunca sentí cansancio.

Mi mente estaba llena de tantas cosas para hacer, que no quería perder tiempo, ni siquiera para comer. En vez de esperar a que los hermanos pusieran la mesa, comía sentado en el suelo, acurrucado ante mi plato. «¡Ten una dedicación total! ¡Aunque estés cansado! ¡Hasta quedar exhausto!», me repetía una y otra vez. Oraba en medio de una continua oposición y de falsas acusaciones, pensando que estaba plantando las semillas que un día madurarían y darían abundante cosecha. Y si esa cosecha no podía ser recogida en Corea, confiaba en que lo sería en algún otro lugar del mundo.

Un año después de mi puesta en libertad, nuestra iglesia contaba con cuatrocientos miembros. Yo oraba por cada uno de ellos, diciendo sus nombres. Podía ver sus rostros mentalmente, aun antes de mencionarlos. Algunos aparecían llorando, otros riendo. En mis oraciones, podía ver cómo se encontraban, incluso si estaban enfermos.

A veces, cuando estaba nombrando a alguien, sentía en mi interior que esa persona iba a venir a la iglesia», y venía sin falta. Iba a visitar al que veía enfermo en mi oración y le preguntaba, «¿estás enfermo?» y esa persona lo confirmaba. Se asombraban de que supiese que estaban enfermos, sin que nadie me lo hubiera dicho. Siempre me preguntaban: «¿Cómo lo sabes?», y yo les contestaba con una sonrisa.

Algo similar ocurría cuando estábamos preparándonos para una ceremonia matrimonial de Bendición Santa. Antes de la ceremonia, preguntaba a los novios si se habían mantenido castos. Un día, al preguntar a un candidato en concreto, me contestó en voz alta que sí. De nuevo le pregunté, y de nuevo me

aseguró que sí. Le pregunté por tercera vez y otra vez me respondió lo mismo.

Lo miré fijamente a los ojos y le dije, «tú hiciste el servicio militar en Hwacheon, en la provincia de Kangwon, ¿no?» Esta vez me respondió que sí con voz temblorosa. «Cuando te dieron días libres, fuiste a un motel en la ruta a Seúl, ¿no? Y esa noche te acostaste con una mujer que vestía una falda roja. Sé exactamente lo que hiciste. ¿Por qué mientes?»

Me enfadé y lo eché del salón de la Bendición. Si una persona mantiene abiertos los ojos del corazón, puede ver incluso lo que está oculto.

Algunos se veían atraídos a nuestra iglesia más por estos fenómenos paranormales que por las enseñanzas. Mucha gente piensa que los poderes espirituales son lo más importante. Sin embargo, los fenómenos llamados comúnmente milagros normalmente confunden a la gente en nuestra sociedad. Una fe que se basa en sucesos inexplicables o milagrosos no es una fe saludable. Todos los pecados deben ser restaurados mediante redención. No se puede hacer apoyándose en poderes espirituales. A medida que nuestra iglesia empezó a madurar, dejé de contarles a los miembros las cosas que veía con los ojos del corazón.

El número de feligreses siguió creciendo. Sin embargo, hubiera pocos o muchos, los trataba de la misma manera que si hubiera uno solo. Cuando alguien quería contarme su situación personal, siempre lo escuchaba. Fuese una anciana o un joven, los escuchaba con todo mi corazón, como si fuese la única persona en el mundo. Los hermanos y hermanas decían: «Nadie en Corea escucha tan bien lo que tengo que decir como el reverendo Moon». Una abuela empezaba a contarme cómo se había casado y acababa relatándome las enfermedades de su marido.

Me gusta escuchar a la gente hablando de sí mismos. Cuando me abren su corazón y hablan de ellos, pierdo la noción del tiempo. Los escucho durante diez, o incluso veinte horas. Hay gente que necesita hablar. Buscan solucionar sus problemas. Por eso siento que debo escucharles con toda atención. Es la manera de amar la vida de esa persona y de pagar la deuda que he con-

traído por vivir. Lo más importante es valorar la vida. De la misma manera que les escuchaba con todo mi corazón, también compartía con ellos, con fervor, mi corazón sincero; y oraba por ellos con lágrimas.

¡Innumerables veces oré llorando toda la noche! Mis lágrimas encharcaban el suelo donde oraba, sin tiempo para secarse.

Años más tarde, estando en los Estados Unidos, recibí la noticia de que los miembros querían remodelar la Iglesia de Cheongpa-Dong. A la mayor urgencia, les envié un telegrama diciendo que detuvieran las obras de restauración del inmueble inmediatamente. Sí, esta iglesia encarna un período irrepetible de mi vida personal, pero más importante aún, es un testimonio directo de la historia de nuestra iglesia. Por muy bien que la remodelaran, ¿de qué serviría, si se destruyera nuestra historia? Lo importante no es su belleza externa, sino la vida secreta de lágrimas que habita en ese edificio. Quizás no es de alto standing, pero encarna nuestra tradición, y ahí radica su valor. La gente que no respeta sus propias tradiciones está condenada al fracaso.

En las columnas de la Iglesia de Cheongpa-Dong está grabada nuestra historia. Cuando miro una de estas columnas, puedo recordar el tiempo en que me aferraba a ella, llorando por algo que había ocurrido. Ver la columna en la que lloré me hace llorar de nuevo. Ver el marco desenchajado de una puerta me trae recuerdos del pasado. Hoy, sin embargo, no queda nada del suelo de madera donde oré y derramé tantas lágrimas, y el rastro de esas lágrimas también desapareció. Lo que necesito son los recuerdos de ese dolor. No importa que el estilo o la apariencia externa sean viejos. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y ahora tenemos muchas iglesias bien construidas, pero yo prefiero ir a la pequeña casa de la colina en Cheongpa-Dong y orar. Ahí es donde me siento más a gusto.

He vivido mi vida entera orando y predicando, pero aún hoy en día tiemblo cuando me encuentro ante un grupo de gente, porque estar en mi posición y hablar de cosas públicas puede significar que se salven muchas vidas o que muchas se pierdan. Para mí es una cuestión de suma importancia llevar por

el camino de la vida a quienes me escuchan. En esos momentos estoy como trazando una línea definida en la encrucijada entre la vida y la muerte.

Incluso ahora, no decido de antemano el contenido de mis sermones. Me preocupa que si lo hiciera entremezclaría en ellos mis objetivos particulares. Haría alarde del conocimiento que he acumulado, pero no derramaría mi fervoroso y ardiente corazón. Antes de aparecer en público, siempre ofrezco mi devoción orando durante al menos diez horas. Con ello profundizo mis raíces. Aunque las hojas de un gran árbol sean devoradas por pequeños insectos, el árbol permanecerá saludable si sus raíces son profundas. Mis palabras pueden ser torpes en ocasiones, pero no supondrá ningún problema si detrás hay un corazón sincero.

En los primeros tiempos de nuestra iglesia, vestía una vieja chaqueta militar norteamericana y unos pantalones de faena teñidos de negro, y predicaba con tanto fervor que chorreaban de sudor y lágrimas. No había día en que no llorase, gimiendo. Mi corazón se llenaba de emoción y las lágrimas brotaban de mis ojos y caían por mi rostro. Eran días en los que mi espíritu parecía estar a punto de dejar mi cuerpo. Me sentía como si estuviese a punto de morir. El sudor empapaba mi ropa y caía por mi cabeza a chorros.

En los días de la Iglesia de Cheongpa-Dong todos pasaron momentos muy difíciles, pero en especial Hyo Won Eu sufrió su particular calvario. Padecía de una enfermedad pulmonar, y aun en su estado dio conferencias sobre las enseñanzas de nuestra iglesia dieciocho horas diarias, durante tres años y ocho meses. No teníamos dinero para comer bien. Comíamos cebada en vez de arroz y solo dos veces al día. Como acompañamiento teníamos *kimchi*, que dejábamos fermentar durante la noche.

A Hyo Won Eu le gustaban los pequeños camarones salados. Él dejaba un bote con camarones en un rincón de la habitación, y de vez en cuando comía unos pocos con palillos. Así soportó esos días difíciles. Me dolía en el alma ver a Hyo Won agotado y tendido en el suelo, hambriento y cansado. Me hubiese gustado

darle caracoles de mar salados, pero eran muy caros para nosotros en ese tiempo. Todavía me duele cuando recuerdo lo mucho que trabajaba, incluso estando enfermo, tratando de transmitir mis palabras, que fluían como una catarata.

Gracias al duro trabajo y al sacrificio de los hermanos y hermanas, la iglesia seguía creciendo. Fundamos la Asociación de estudiantes Sunghwa con estudiantes de secundaria y bachillerato. Estos estudiantes se sintieron inspirados a compartir y ofrecer el almuerzo que sus madres les prepararon con los misioneros pioneros en sus ciudades. Por iniciativa propia, hicieron una lista de turnos para ofrecer su almuerzo. Los misioneros evangelistas se comían ese almuerzo con lágrimas, pensando en el pobre estudiante que no almorzaría ese día. La expresión de dedicación en las caras de esos estudiantes era más impresionante que la comida en sí, y todos sentíamos una determinación aún mayor de cumplir la voluntad de Dios, aunque tuviéramos que sacrificar nuestras vidas.

Aunque eran tiempos difíciles, enviamos misioneros a muchos lugares del país. A pesar del deseo humilde de los miembros, la avalancha de rumores maliciosos les creó muchas dificultades y no se atrevían a decir que eran de la Iglesia de Unificación. Iban a los vecindarios y limpiaban las calles, y ayudaban a gente que lo necesitaba en sus casas. Por las noches, daban clases nocturnas de alfabetización y predicaban la palabra de Dios. Servían a la gente de esta manera durante meses y se ganaban su confianza. Como resultado, nuestra iglesia siguió creciendo. Nunca olvidaré a esos miembros, que aunque deseaban tanto ir a la universidad, escogieron permanecer conmigo y dedicar sus vidas al trabajo de la iglesia.

CAPÍTULO IV
INICIANDO
NUESTRA MISIÓN
MUNDIAL

Sigo la senda de Dios sin pensar en mi propia vida



En cuanto salí de la prisión de Seodaemun fui al templo budista de Gabsa, en el monte Gyeryoung, en la provincia de Choongcheong. Necesitaba curar las heridas de las torturas que recibí en Seodaemun. Además, buscaba un bosque en el que orar y reflexionar sobre el futuro de nuestra iglesia. Esto ocurrió no mucho después del final de la Guerra de Corea y hasta el mero hecho de encontrar suficiente comida para sobrevivir era, a menudo, una tarea difícil. A pesar de estas dificultades inmediatas, era importante hacer planes a más largo plazo. Todavía no teníamos una iglesia con capacidad suficiente para que todos nuestros fieles asistieran al culto, pero sentí que era importante pasar un tiempo mirando hacia el futuro lejano.

Tras el colapso del régimen colonial japonés y la liberación de Corea en 1945, los dos países no habían establecido aún relaciones diplomáticas. Japón no había reconocido al gobierno de Seúl, y Corea consideraba a Japón un país enemigo. Estaba convencido de que el restablecimiento de las relaciones entre ambos países era muy importante, considerando la situación mundial. Intentamos enviar misioneros a Japón varias veces, pero nuestros esfuerzos fueron fútiles. Al final fue Bong Choon Choi quien consiguió entrar y establecerse.

En 1958 llamé a Bong Choon Choi para que se reuniese conmigo en la montaña detrás del templo de Gabsa. «Tienes que

ir a Japón inmediatamente», le dije. «No podrás volver a Corea hasta que triunfes».

«¡Sí!», respondió él sin dudar.

Y los dos juntos cantamos el himno cristiano coreano que empieza diciendo:

Llamados por Dios, honramos Su llamada;

Señor, iremos donde Tú digas.

Bajamos juntos de la montaña con la moral alta. Nunca preguntó cómo iba a ganarse la vida en Japón o cómo se suponía que comenzaría sus actividades allí. Bong Choon Choi era esa clase de hombre audaz y sin miedo. La entrada a Japón les estaba vetada a la mayoría de coreanos, su única opción sería entrar sin visado. Iba a pasarlo muy mal.

Ni siquiera sabíamos si podría entrar en Japón, pero él estaba dispuesto a sacrificar su vida si era preciso. Dejé todo lo demás a un lado y me puse a rezar por él en una salita de nuestra iglesia. No comí ni dormí nada. Nuestra iglesia tuvo que pedir un préstamo de un millón y medio de *wones* para enviarle. Muchos de nuestros hermanos y hermanas no tenían nada que llevarse a la boca, pero la evangelización de Japón era tan importante que había que dejar todo lo demás de lado.

Por desgracia, Bong Choon Choi fue arrestado al llegar a Japón. Le llevaron a la cárcel, primero en Hiroshima y después en Yamaguchi, hasta que pudiese ser deportado a Corea. Durante su encarcelamiento decidió que prefería morir a ser devuelto a Corea, de modo que empezó a ayunar. Durante su ayuno cogió fiebre. Las autoridades japonesas decidieron llevarle a un hospital y retrasar su deportación hasta que su salud mejorase. Mientras estaba en el hospital, consiguió escaparse.

Después de año y medio de arduo trabajo, y arriesgando su vida, Bong Choon Choi estableció la iglesia en Japón en 1959. Corea y Japón no restablecieron relaciones diplomáticas hasta seis años más tarde. De hecho, Corea, con el doloroso recuerdo del sufrimiento padecido bajo el dominio de Japón aún vivo,

rechazaba cualquier propuesta de apertura de contactos con este país.

Tuve que introducir a nuestro misionero clandestinamente en este país enemigo por el bien del futuro de Corea. En lugar de rechazar todo contacto, Corea necesitaba evangelizar Japón, así estaría en una posición dominante en la relación bilateral. Corea era pobre materialmente, necesitaba abrir canales de comunicación con el nuevo gobierno japonés, poner a Japón de su lado y luego vincularse con los Estados Unidos. Así era mi visión de cómo Corea podría sobrevivir.

Como resultado de haber enviado con éxito un misionero a Japón, y gracias al sacrificio de Bong Choon Choi, se unió a la iglesia un excepcional joven llamado Osami Kuboki, junto con un grupo de jóvenes que le siguieron. Gracias a su trabajo, la iglesia japonesa quedó firmemente establecida.

El año siguiente enviamos misioneros a Norteamérica. En esa ocasión no hubo problemas de visado. Todos recibieron pasaportes y visados antes de partir. Para obtener los pasaportes recibimos el apoyo de algunos ministros del gabinete del Partido Liberal, que había jugado un papel clave en mi encarcelamiento en la prisión de Seodaemun. Anteriormente se nos habían opuesto, pero ahora nos estaban ayudando.

En esa época, los Estados Unidos parecían un país muy lejano. Algunos miembros de nuestra iglesia se opusieron a la idea de enviar misioneros allí, diciendo que antes era más importante que nuestro movimiento creciera en Corea. Convencí a los miembros de la importancia que tenía hacerlo, explicándoles que, a menos que la crisis de Estados Unidos se resolviera, Corea también sería destruida. En enero de 1959 enviamos a Young Oon Kim, una de las profesoras que habían sido despedidas de la Universidad femenina de Ewha. Luego, en septiembre de ese mismo año, enviamos a David S. C. Kim. El trabajo que ambos comenzaron en los Estados Unidos iba dirigido al mundo entero.

Dinero ganado honradamente y usado piadosamente



Los fondos obtenidos haciendo negocios son sagrados. Para que los beneficios de los negocios sean sagrados, es importante no mentir ni obtener ganancias excesivas. Cuando hacemos negocios, debemos ser siempre honrados y no obtener nunca un beneficio superior al treinta por ciento. El dinero ganado de esta manera honrada debe, por supuesto, ser usado piadosamente, con oración. Debe gastarse con un claro propósito e intención. Este es el principio que he defendido toda mi vida para dirigir nuestras empresas. Creo que el propósito de los negocios no es simplemente hacer dinero, sino también apoyar la labor de los misioneros, que es la obra de Dios.

Una razón por la que inicié distintos negocios para obtener fondos para la labor misionera es que no quería pedirles el dinero a nuestros feligreses para este fin. Por muy elevado que fuera el propósito de enviar misioneros al extranjero, no podía lograrse sólo con desearlo. Se necesitaban fondos, que debían generarse en nombre de la iglesia. El dinero para la labor misionera tenía que obtenerse honradamente. Sólo entonces estaríamos orgullosos de todo lo que hiciéramos.

Mientras pensaba en diversas opciones para hacer dinero, me llamaron la atención los sellos postales. En aquellos días sugerí a los miembros que se escribieran cartas entre ellos por lo menos tres veces al mes. Enviar una carta costaba cuarenta *wones*, pero

les pedí que no pusieran un solo sello de ese precio. En su lugar, propuse que usaran cuarenta sellos de un *won*. Al recibir las cartas, cogimos los sellos timbrados y los vendimos a los coleccionistas, de esta manera conseguimos ganar un millón de *wones* en el primer año. Al ver que los sellos, en principio insignificantes, podían generar grandes cantidades de dinero, los miembros de la iglesia continuaron este trabajo durante siete años. También vendíamos fotografías en blanco y negro de lugares y personas famosas del mundo del espectáculo, que coloreábamos a mano. Este negocio también supuso una importante contribución a la financiación de las actividades de la iglesia.

A medida que la iglesia creció, los ingresos generados por los sellos y las fotos dejaron de ser suficientes para financiar nuestra labor evangelizadora. Si íbamos a enviar misioneros por todo el mundo, teníamos que llevar nuestro negocio a un nivel superior.

En 1962, antes de que el gobierno coreano redenominara la moneda, la iglesia invirtió 720.000 *wones* en un torno que los japoneses habían utilizado, pero que abandonaron en 1945. Tras la redenominación, el valor del torno pasó a ser de 72.000 *wones*. La moneda coreana quedó vinculada a la divisa norteamericana a razón de 125 *wones* por dólar, de modo que el valor oficial de la inversión fue de 576 \$. Pusimos ese torno en el almacén de briquetas de carbón de la casa abandonada por los japoneses, que estábamos utilizando como nuestra iglesia, y fuera colgamos un letrero que decía «Industrias Tongil».

«Puede que este torno os parezca insignificante,» les expliqué. «Podéis preguntaros qué tipo de negocio vamos a hacer instalando una máquina antigua y usada. No obstante, la máquina que veis aquí se multiplicará en poco tiempo hasta llegar a 7.000 -e incluso hasta los 70.000- tornos, y la empresa se desarrollará junto con las industrias de defensa y automovilística de Corea. La máquina que instalamos hoy será, sin duda, una piedra angular para construir la industria automovilística de nuestro país. Tened fe. Tened la convicción de que así ocurrirá, sin lugar a dudas».

Así les hablé a los miembros reunidos frente al almacén de briquetas de carbón. Fue un comienzo humilde, pero nuestro objetivo era noble y grande. Ellos respondieron a mi llamada y trabajaron con dedicación. Como resultado, en 1963 pudimos iniciar otro negocio a una escala algo mayor. Se trataba de construir un barco pesquero. El barco fue botado en un muelle en el sector Manseok-Dong de Incheon y bautizado como *Cheon Seung Ho*, que significa «Victoria del Cielo». Unas doscientas personas asistieron a la ceremonia en la que este barco de pesca fue botado al océano.

El agua es fuente de vida. Todos nacemos del vientre de nuestra madre, y dentro del vientre hay agua, así que nacemos del agua. Boté el barco creyendo que, igual como recibimos la vida del agua, tenemos que salir al mar y pasar allí una serie de pruebas, para ser capaces de sobrevivir luego a las que nos enfrentaremos en tierra firme.

El *Cheon Seung Ho* era un barco excepcional. Navegaba por el Mar Amarillo y pescaba muchos peces. Sin embargo, muchos miembros de la iglesia reaccionaron diciendo que teníamos mucho que hacer en tierra y que no había necesidad de salir al mar a pescar. Pero yo sentía que el mundo estaba a punto de entrar en una era oceánica. La botadura del *Cheon Seung Ho* era un pequeño y valioso primer paso para empezar esa era. Me imaginaba ya el vasto océano con barcos más grandes y más rápidos que el *Cheon Seung Ho*.

El poder de la danza mueve el mundo



No éramos una iglesia rica. Empezamos como una iglesia pobre, fundada por personas que a duras penas tenían para alimentarse adecuadamente. No teníamos los lujosos edificios de otras iglesias, comíamos cebada cuando los demás comían arroz. Ahorrábamos dinero céntimo a céntimo, y luego lo compartíamos con otros menos afortunados que nosotros. Nuestros misioneros dormían en habitaciones sin calefacción, extendiendo sus mantas para dormir sobre el suelo de cemento. A la hora de comer, era normal tratar de paliar el hambre comiendo unas pocas patatas cocidas. Siempre hacíamos lo posible por no gastar dinero en nosotros.

En 1963 utilizamos el dinero que habíamos ahorrado así para seleccionar diecisiete niñas y formar un grupo de baile infantil al que llamamos los *Little Angels* (Angelitos). En aquellos días en Corea había muy poca oferta en el campo de los espectáculos culturales. No teníamos nada que pudiésemos ir a ver y disfrutar, menos aún algo que enseñar a gente de otros países. Todo el mundo estaba demasiado ocupado tratando de sobrevivir, como para recordar cómo eran las danzas coreanas, o que nuestra herencia cultural tenía más de cinco mil años de tradición.

Mi plan era que estas diecisiete niñas aprendieran a bailar, para luego enviarlas en giras por todo el mundo. Muchos extranjeros sólo habían oído hablar de Corea como un país pobre, que había librado una guerra terrible. Quería mostrarles las hermo-

sas danzas de Corea, para que pudiesen apreciar la rica cultura del pueblo coreano. Podíamos insistir lo que quisiéramos en nuestros cinco mil años de tradición, pero nadie nos creería si no teníamos nada que mostrar.

Nuestras danzas, con bailarinas vestidas con sus *hanboks* girando suavemente en círculos, eran un patrimonio cultural maravilloso, que podían dar una nueva experiencia a los occidentales, acostumbrados a ver bailarines saltando con las piernas desnudas (el *hanbok* es un vestido tradicional coreano). Nuestros bailes están imbuidos de la dolorosa historia coreana. Los movimientos de los bailes coreanos –en los que las bailarinas inclinan sus cabezas levemente mientras se mueven cuidadosamente para no atraer una atención indebida sobre sí mismas– fueron creados por el pueblo coreano, cuya historia de cinco mil años está llena de sufrimiento.

A medida que la bailarina levanta un pie envuelto en un *beoseon* blanco (las tradicionales polainas coreanas) y lo mueve hacia adelante para dar un solo paso, vuelve la cabeza suavemente y levanta la mano. Todas mis preocupaciones y frustraciones parecen desaparecer cuando veo la delicada sutileza de sus movimientos. No hay ninguna pretensión de emocionar a la audiencia con un montón de estruendosas palabras. En cambio, cada paso de baile, realizado con mucha delicadeza y finura, conmueve el espíritu del público. Es el poder del arte, que permite comunicarse a gentes que no hablan el mismo idioma. Permite, a quienes ignoran la historia del otro, comprender su corazón.

En especial, las inocentes expresiones faciales y las luminosas sonrisas de los niños borrarían por completo la imagen oscura de un país que hasta hacía muy poco había estado en guerra. Creé este grupo para presentar la danza tradicional de nuestro país al pueblo de los Estados Unidos, el país más civilizado del mundo en ese momento.

La sociedad que nos rodeaba, sin embargo, no dejaba de criticarnos. Incluso antes de ver las actuaciones de los *Little Angels* ya empezaron las críticas. «Las mujeres de la Iglesia de la Unificación bailan día y noche», comentaban ignominiosa-

mente, «y ahora parece que han dado a luz a niños que también bailan».

Pero ni siquiera esas opiniones harían vacilar mi resolución. Estaba seguro de querer mostrar al mundo lo que era la danza coreana. Quería que la gente que nos acusó de bailar desnudos tuviera la oportunidad de ver los bellos y suaves movimientos de las bailarinas con sus *beoseon*. No eran bailes salvajes, en los que se dan vueltas y vueltas sin ningún ritmo. Eran bailes gentiles, interpretados por inocentes bailarinas vestidas con el traje tradicional de nuestro país.

Ángeles que abren paso por un bosque oscuro



Dos cosas debemos dejar a nuestros descendientes antes de morir. Una es la tradición y la otra la educación. Un pueblo sin tradición fracasará. La tradición es el alma que permite a un pueblo avanzar; un pueblo sin alma no puede sobrevivir. El segundo valor más importante es la educación. Ese pueblo también fracasará si no educa a sus descendientes. La educación nos da el poder de vivir con nuevos conocimientos y nuevos objetivos. Gracias a la educación, la gente adquiere sabiduría para la vida. Cualquiera que no sepa leer será ignorante, pero una vez instruido sabrá cómo utilizar su conocimiento para administrar su propia vida.

La educación nos ayuda a comprender los principios con los que funciona el mundo. Para iniciar un nuevo futuro, necesitamos, de un lado, transmitir a nuestros descendientes la tradición que se nos ha legado durante miles de años, y también proporcionarles educación en cosas nuevas. Cuando en nuestras vidas integremos adecuadamente la tradición y los nuevos conocimientos, nacerá de ellos una cultura original. La tradición y la educación son igualmente importantes, y es imposible decir cuál de ellas es prioritaria. La sabiduría para integrar ambas también nos viene de la educación.

Al tiempo que fundaba la compañía de danza, también establecí la Escuela de Artes Little Angels, más tarde llamada Escuela

de Arte Sunhwa. Su objetivo era difundir en el mundo nuestros ideales a través de las artes. La cuestión de si teníamos la capacidad de administrar bien una escuela, tenía para mí una importancia secundaria. En primer lugar puse mi plan en marcha. Si el propósito estaba claro y era para bien, era necesario echarlo a andar rápidamente. Quería educar a los niños a amar al Cielo, amar a su país y amar a la humanidad.

Escribí mi lema para la escuela en caligrafía. Decía en caracteres chinos: «Amar al Cielo, amar a la humanidad, amar al país». Alguien me preguntó entonces, «¿por qué pones al final, ‘amar al país’, cuando lo que dices es que debemos mostrar la cultura única de Corea al mundo?».

Le contesté, «si alguien ama al Cielo y ama a la humanidad, ya está amando a su país. En el proceso ya ha llegado a amarlo».

Si un coreano puede hacer que el mundo lo respete, ha logrado el propósito de hacer que el mundo conozca a Corea. Los Little Angels fueron a muchos países y mostraron la excelencia de la cultura coreana, pero nunca hicieron reivindicaciones nacionalistas de su país. La imagen de Corea como un país de gran cultura y tradición se plantó profundamente en las mentes de quienes vieron sus actuaciones y les aplaudieron. En ese sentido, los Little Angels hicieron más que nadie por publicitar Corea en el mundo y practicar el amor por su país. Siento una gran satisfacción cada vez que veo las actuaciones de Su Mi Jo y Young Ok Shin, graduadas de la Escuela de Arte Sunhwa y convertidas en cantantes de renombre mundial, así como de Julia Moon y Sue Jin Kang, que están entre las mejores bailarinas del mundo.

Desde 1965, cuando actuaron por primera vez en los Estados Unidos, los Little Angels han ido presentando la hermosa tradición de Corea en todo el mundo. Fueron invitados por la familia real británica para actuar en presencia de Su Majestad la reina Isabel II. También participaron en la celebración del bicentenario de la independencia de los Estados Unidos, donde actuaron en el Centro John F. Kennedy para las Artes Escénicas. Dieron un espectáculo especial para el presidente Richard M. Nixon y formaron parte del Festival de cultura y artes escénicas que fue parte

de los Juegos Olímpicos de Seúl. Los Little Angels son conocidos en todo el mundo como embajadores culturales de paz.

En 1990, cuando visité la Unión Soviética, los Little Angels actuaron la noche anterior a mi partida del país, después de entrevistarme con el presidente Mihail Gorbachov. Las niñas coreanas actuaron en el corazón de Moscú, el centro del comunismo. Después de bailar danzas coreanas vestidas con sus *Hanbok*, estos pequeños ángeles cantaron canciones populares rusas con sus hermosas voces. La audiencia pidió incesantemente besos, lo que hizo imposible que abandonaran el escenario. Al final, agotaron completamente su repertorio de canciones.

La primera dama, Raisa Gorbachov, estaba sentada entre la audiencia. Corea del Sur y la Unión Soviética todavía no habían establecido relaciones diplomáticas; era muy raro que la esposa del presidente asistiera a una representación cultural de un país en esa situación. Sin embargo, la señora Gorbachov se sentó en primera fila y aplaudió con entusiasmo durante todo el programa. Después de la actuación fue detrás del escenario, entregó flores a la compañía y en repetidas ocasiones alabó la grandeza de la cultura coreana, diciendo: «Los Little Angels son realmente los ángeles de la paz. No sabía que Corea del Sur tenía una cultura tradicional tan hermosa. Durante toda la actuación sentí como si estuviera soñando con mi propia infancia». La señora Gorbachov abrazó a cada miembro de la compañía y les dio un beso en la mejilla, diciendo: «¡Mis angelitos!»

En 1998, los Little Angels visitaron Pyongyang, en el primer intercambio cultural totalmente privado y no gubernamental entre las dos Coreas, y ofrecieron allí tres actuaciones. Bailaron el bonito «Baile del joven novio» y el colorido «Baile del abanico». Los ojos de los norcoreanos, viendo la actuación, se llenaron de lágrimas. La imagen de una mujer que sollozaba desconsolada fue captada por la cámara de un fotógrafo de prensa. Yong Soon Kim, presidente de la Comisión norcoreana para la Paz en Asia-Pacífico, elogió a los Little Angels después de su actuación, diciendo: «Han abierto un estrecho paso por un bosque oscuro».

Eso fue exactamente lo que los Little Angels hicieron. Demostraron, por primera vez, que los coreanos del Norte y del Sur, que se habían dado la espalda durante mucho tiempo, eran capaces de reunirse en un lugar común y disfrutar de las actuaciones artísticas del otro. La gente suele pensar que la política mueve el mundo, pero no es así. Son la cultura y el arte los que lo hacen. Es la emoción, no la razón, la que conmueve a las personas en lo más íntimo de su corazón. Cuando los corazones cambian y acogen cosas nuevas, las ideologías y los regímenes sociales, como resultado, cambian. Los Little Angels hicieron algo más que promocionar nuestra tradición cultural en el mundo: abrieron estrechos pasos entre dos mundos, completamente diferentes el uno del otro.

Cada vez que me encuentro con Los Little Angels les digo: «Que vuestros corazones sean hermosos, para que vuestras danzas sean hermosas. Que vuestros corazones sean hermosos, para que vuestros rostros sean hermosos». La verdadera belleza es la que brota del interior. Los Little Angels han conmovido los corazones de gentes de todo el mundo, porque la belleza de la tradición y la cultura espiritual de Corea explícitas en sus bailes, son impresionantes. De esta manera, los aplausos a Los Little Angels son en realidad aplausos a la cultura tradicional de Corea.

Gira mundial



Desde mi infancia siempre he anhelado ir a lugares lejanos. En mi pueblo me subía a una montaña y añoraba el mar. Cuando llegué a Seúl quería irme a Japón. Siempre he soñado con irme a lugares mayores que donde estaba.

En 1965 me embarqué en mi primer viaje alrededor del mundo. Había cargado en mi maleta tierra y piedras de Corea. Mientras viajaba alrededor del mundo, mi plan era enterrar tierra y piedras de Corea en cada país, para representar el vínculo de Corea con el mundo. Visité cuarenta naciones en diez meses, incluyendo Japón, los Estados Unidos y Europa. El día que dejé Seúl, cientos de miembros de nuestra iglesia vinieron en autobuses para despedirme, y llenaron la zona de salidas del aeropuerto de Gimpo. En aquellos días irse al extranjero era un acontecimiento importante. Nuestros hermanos y hermanas llenaron el aeropuerto ese día de enero azotado por viento frío del noroeste. Nadie les dijo que lo hicieran, salió de sus corazones. Recibí sus deseos con profundo agradecimiento.

En aquel momento teníamos misiones en diez países, y mi plan era incrementarlas a cuarenta naciones en dos años. Con el fin de poner el fundamento para lograrlo, decidí visitar cuarenta naciones en mi viaje. Mi primera parada fue Japón. Allí, donde Bong Choon Choi había arriesgado su vida para empezar la misión, recibí una fabulosa bienvenida.

Les hice esta pregunta a los miembros japoneses: «¿Sois ‘de Japón’ o habéis transcendido ‘ser japoneses’?», y a continuación les dije: «Dios no quiere lo ‘de Japón’, no necesita lo ‘de Japón’. Necesita a gente que trascienda Japón. Debéis ir más allá de las limitaciones de Japón para convertirlos en japoneses que aman al mundo, si queréis ser personas que Dios pueda usar». Puede que no les fuera fácil escucharlo, pero dejé las cosas muy claras.

Mi segundo destino fueron los Estados Unidos. Entré en el país por el aeropuerto de San Francisco, donde me encontré con nuestros misioneros. Desde allí visitamos el país entero. Durante mi visita a los EE.UU., sentí muy claramente: «Este es el país que lidera al mundo. La nueva cultura que surgirá en el futuro debe basarse en los EE.UU.». Planeé comprar un edificio para seminarios con capacidad para quinientas personas. Desde luego, no sería sólo para coreanos. Sería un edificio internacional que recibiría gente de más de cien países.

Afortunadamente, esta esperanza se vio cumplida muy rápidamente. Muchos países enviaron gente a este centro para cursos, donde estudiaban y debatían sobre la paz mundial, sin importar su raza, nacionalidad o religión.

Creo que la sociedad mejorará en todo el mundo si la gente que ha transcendido raza, nacionalidad y religión y que tiene una amplia variedad de opiniones se reúne y dialoga sinceramente sobre la paz mundial.

Durante mi gira por EE.UU. visité todos los estados, excepto Alaska y Hawai. Alquilamos una furgoneta y condujimos día y noche. A veces, cuando el conductor parecía muy cansado, le decía: «Mira, no hemos venido a hacer turismo. Estamos aquí para hacer un trabajo importante. Hay que ir con cuidado». No perdíamos tiempo yendo a comer a un restaurante. Si teníamos dos rebanadas de pan, unas salchichas y unos pepinillos, ya era bastante. Así era nuestro desayuno, nuestro almuerzo y nuestra cena. También dormíamos en la furgoneta. Era nuestro alojamiento, nuestra cama y nuestro restaurante. En ese pequeño coche comíamos, dormíamos y orábamos. No había nada que

no pudiéramos hacer allí. Tenía un objetivo claro que cumplir y me era fácil superar inconveniencias físicas menores.

Después de los EE.UU. y Canadá, fui a Sudamérica y luego a Europa. Para mí Europa estaba en la esfera cultural del Vaticano. Me parecía que no tendríamos éxito en Europa si no entendíamos el Vaticano. Incluso los Alpes, que parecían tan difíciles de escalar, eran insignificantes comparados con el Vaticano.

Fui al Vaticano, donde los católicos europeos se reúnen para rezar, y oré con tanto fervor que ríos de sudor me caían por la cara. Oré que el cristianismo, que se había dividido en tantas confesiones y grupos, pudiera unificarse pronto. Dios creó un mundo, pero la gente lo ha dividido según su conveniencia. Me convencí más que nunca de que deben eliminarse esas divisiones y de que el mundo ha de ser unificado. Desde Europa me fui a Egipto y Oriente Próximo, y completé mi gira después de diez meses.

Cuando regresé a Seúl, mi maleta estaba llena de tierra y piedras de ciento veinte ciudades de cuarenta países. Cuando enterré la tierra y las piedras que me había llevado de Corea, cogí tierra y piedras de cada ciudad y las traje a Corea. De esta manera conecté a Corea con esas cuarenta naciones, como preparación para el día futuro cuando se consiga el mundo de paz centrado en Corea. Empecé a hacer los preparativos para enviar misioneros a esas cuarenta naciones.

Último avión a los Estados Unidos



Volví a Estados Unidos a finales de 1971. Tenía tareas que llevar a cabo allí, pero no fue fácil llegar. No era la primera vez que iba a ese país, pero esta vez tuve que esperar un tiempo inusualmente largo para recibir mi visado. Algunos miembros de la iglesia sugirieron que retrasara mi partida, pero no podía. Explicárselo era complicado, pero era importante que saliera de Corea en la fecha planeada. Así que decidí ir primero a Japón y solicitar el visado a EE.UU. mientras estaba allí. Tenía prisa por salir de Corea.

El día de mi partida fue bastante frío, pero vinieron tantos miembros a verme partir que no pudieron entrar todos en la terminal. Sin embargo, cuando llegó el momento de irme pasando el control de pasaportes, se descubrió que a mi pasaporte le faltaba el sello del jefe del departamento de pasaportes del Ministerio de Asuntos Exteriores. Este sello era necesario como prueba de que el gobierno me permitía salir del país. Por culpa de eso, perdí el vuelo que tenía programado.

Los hermanos que habían preparado mi partida se deshicieron en disculpas y me sugirieron que regresase a casa y esperase mientras localizaban al responsable de sellar mi pasaporte.

«No», les dije, «voy a esperar aquí en el aeropuerto. Id rápidamente y conseguid el sello».

Sentía una gran urgencia. Esto ocurrió un domingo, y el responsable no estaba en su oficina. Pero no podía permitirme el

lujo de preocuparme por cuestiones de esa índole. Al final, los hermanos fueron a casa del responsable e hicieron que sellara mi pasaporte. Así pude embarcar en el último vuelo que salía de Corea ese día. Esa noche, el gobierno coreano declaró el estado de emergencia nacional e impuso fuertes restricciones a los viajes al extranjero para ciudadanos particulares. Había tomado el último vuelo que me permitiría ir a Estados Unidos.

Una vez en Japón, solicité el visado, pero me fue denegado otra vez. Más tarde descubrí cuál era el problema. El gobierno coreano todavía tenía un fichero de mi detención por la policía colonial japonesa, acusado de ser comunista, justo antes de la liberación. Los primeros años de la década de los setenta fue una época en la que el comunismo se extendía con ferocidad. Hacia 1975 habíamos enviado ya misioneros a ciento veintisiete países, pero en cuatro países comunistas habían sido expulsados. Evangelizar en países comunistas, en esa época, podía acabar en la muerte. Nunca me di por vencido, sin embargo, y continué enviando misioneros a la Unión Soviética y otros países comunistas. Nuestro primer misionero en Checoslovaquia llegó en 1968.

En la década de los ochenta, nos referíamos a nuestro trabajo misionero en los países comunistas de Europa del Este como «Misión mariposa». Una larva debe pasar por un largo periodo de sufrimiento antes de que le crezcan alas y se convierta en mariposa, y nosotros sentíamos que el sufrimiento de nuestros misioneros clandestinos en los países comunistas era similar al de las larvas. A una mariposa le resulta difícil salir de su capullo, pero una vez que tiene sus alas puede volar donde desee. De la misma manera, sabíamos que una vez que el comunismo llegara a su fin, a nuestros misioneros les crecerían alas y comenzarían a volar.

La misionera Young Oon Kim, que había ido a los Estados Unidos a principios de 1959, recorrió sus principales universidades para transmitir la palabra de Dios. En ese tiempo encontró a Peter Koch, un estudiante alemán de la Universidad de Berkeley. Este joven decidió suspender sus estudios y comenzar la labor de evangelización en Rotterdam, Holanda. Desde Japón enviamos misioneros a los países comunistas asiáticos. Tuvimos que enviar-

los a lugares donde sus vidas podrían estar en peligro, sin organizar ni siquiera un seminario especial para celebrar su partida.

Eso me dolió tanto como tener que empujar a Bong Choon Choi a entrar clandestinamente en Japón, durante nuestro último encuentro en el bosque detrás del templo de Gabsa. Un padre que debe soportar ver cómo su hijo es castigado preferiría recibir ese castigo él mismo.

Hubiera preferido ir yo mismo de misionero. Mi corazón estaba lleno de lágrimas cuando enviaba a los miembros a lugares donde serían vigilados y quizás ejecutados por sus actividades religiosas. Una vez que partieron pasé la mayor parte de mi tiempo orando. Profundas plegarias era lo mejor que podía ofrecer para ayudar a proteger sus vidas. La obra misionera en los países comunistas era un trabajo peligroso. Un misionero nunca sabía cuando el Partido Comunista podía apresarlos.

Las personas que fueron como misioneros a los países comunistas ni siquiera podían decir a sus padres adónde se dirigían. Los progenitores conocían bien los peligros de ir a esos países, y nunca hubieran consentido en que sus hijos fueran. Gunther Werzer fue descubierto por el KGB y deportado. En Rumanía, donde la dictadura de Nicolae Ceaucescu estaba en su apogeo, la policía secreta interceptaba constantemente las llamadas telefónicas de nuestros misioneros.

Fue como si los misioneros hubieran entrado en la boca del lobo. El número de los que fueron a los países comunistas, sin embargo, siguió creciendo.

En 1973 se produjo un terrible incidente en Checoslovaquia, cuando treinta de nuestros miembros, incluidos los misioneros, fueron detenidos. Una misionera, Marie Zivna, perdió su vida a la temprana edad de veinticuatro años. Fue la primera mártir que falleció mientras evangelizaba en un país comunista. Al año siguiente, otra persona murió en la cárcel.

Cada vez que me enteraba de que uno de nuestros hermanos había muerto en prisión, todo mi cuerpo se quedaba inmóvil. No podía hablar ni comer. Ni siquiera podía rezar. Permanecía inmóvil, sin poder hacer nada. Era como si mi cuerpo se hubiera

convertido en piedra. Si esas personas nunca se hubieran encontrado conmigo, o si nunca hubieran oído lo que enseñaba, nunca habrían terminado en una celda fría y solitaria y no habrían muerto en esas condiciones. Cuando murieron, sufrieron en mi lugar. Me pregunté: «¿Es tan valiosa mi vida como para ser canjeada por la suya? ¿Cómo voy a asumir la responsabilidad de la evangelización del bloque comunista, con la que ellos cargaban por mí?» No podía hablar. Caí en una tristeza que parecía no tener fin, como si hubiera sido arrojado a aguas profundas.

Entonces vi ante mí a Marie Zivna, en forma de una mariposa amarilla que se había escapado de la cárcel de Checoslovaquia. Agitó sus alas como si quisiera decirme que fuera fuerte y me levantara. Mientras ejercía su actividad misionera, arriesgando su vida, nuestra hermana se había transformado en una hermosa mariposa.

Los misioneros, que trabajaban en circunstancias extremas, a menudo recibieron revelaciones en sueños y visiones. Fueron aislados y no pudieron comunicarse libremente con nadie. Entonces Dios les hizo revelaciones para darles a conocer el camino que debían seguir. Sucedió a menudo que un misionero -que se había recostado un rato para dormir- tenía un sueño donde se le decía: «¡Levántate rápidamente y ve a otra parte!». Hacía lo que se le decía en el sueño, y después descubría que la policía secreta había registrado el lugar donde había descansado. En otro caso, un hermano soñó que alguien, a quien nunca había visto antes, se le acercaba y le decía cómo llevar a cabo su labor misionera. Más tarde, cuando me conoció por primera vez, exclamó: «Tú eres el que vi en mi sueño».

Arriesgué mi vida para derribar al totalitarismo comunista y construir la nación de Dios, y sin embargo, vi rechazada mi solicitud de visado a los EE.UU., porque se me consideró sospechoso de ser comunista. Mi única opción fue presentar documentos que mostraban mi postura anticomunista. Finalmente, conseguí a duras penas el visado para entrar en los EE.UU.

Me enfrenté a todos estos problemas para ir a Norteamérica para luchar contra las oscuras fuerzas que habían causado la degra-

dación moral de los Estados Unidos. Salí de Corea para emprender una guerra contra las fuerzas del mal. En ese momento, todos los grandes problemas del mundo -el totalitarismo comunista, las drogas, la decadencia moral y la inmoralidad- estaban mezclados en un guiso infernal. Entonces declaré: «He venido a los EE.UU. como bombero y como médico». Si una casa se incendia, tienen que venir los bomberos. Y si alguien está enfermo, el médico le visita. Yo era como un bombero que había ido a Norteamérica para extinguir las llamas de la inmoralidad, y como un médico que tenía que curarla de la enfermedad que le hizo perder de vista a Dios, y precipitarse al precipicio de la decadencia.

En los años setenta, EE.UU. estaba metido de lleno en la guerra del Vietnam, y los activistas protestaban. El país estaba seriamente dividido. Los jóvenes iban buscando un sentido a sus vidas, experimentando con alcohol, drogas y amor libre, y en ese proceso desatendían sus almas eternas. Las religiones establecidas, que deberían haber guiado a estos jóvenes, no cumplían su papel. No les ayudaron a poner fin a su absurdo deambular y a retomar su vida con cordura. La cultura hedonista y materialista arrastró a muchos jóvenes, porque no tenían un lugar en el que descansar sus corazones.

Poco después de llegar a los Estados Unidos visité el país, hablando sobre «El nuevo futuro del Cristianismo» y «La voluntad de Dios para los Estados Unidos». Hablé frente a grandes audiencias, criticando las debilidades de EE.UU., como ningún otro lo habría hecho.

Proclamé que los EE.UU. fueron fundados en el espíritu puritano, y que en sólo doscientos años se habían convertido en el país más fuerte del mundo, porque habían recibido el amor ilimitado y la bendición de Dios. Les recordé a los asistentes que su libertad venía de Dios, pero que hoy los Estados Unidos habían dejado a Dios de lado. «Los EE.UU. tienen una gran tradición», les dije, «todo lo que tenéis que hacer es revivirla». Fui a los EE.UU. a hacer que despertara de nuevo el espíritu americano, a salvarlos de la destrucción, y a urgir a los norteamericanos a arrepentirse y volver a Dios.

Nuestro futuro reside en el mar



Cuando viajaba de un lugar a otro, nadie sabía de mis planes para desarrollar un fundamento económico a escala mundial. A medida que la iglesia crecía y el número de misiones se incrementaba, la cantidad de fondos necesarios para apoyar estas actividades creció dramáticamente. Necesitábamos ingresos. Viajando por los cuarenta y ocho estados de los EE.UU., pensé mucho en el tipo de negocios que necesitábamos para apoyar las actividades planeadas.

Lo que me vino en mente, entonces, fue que los norteamericanos comen carne cada día. Investigué el precio de una vaca. Entendí que una vaca que cuesta poco en Tejas podía valer varios cientos de dólares más en Nueva York. Pero cuando indagué el precio del atún, descubrí que un atún rojo cuesta más de cuatro mil dólares. El atún deposita más de un millón de huevos en cada puesta, mientras que la vaca tendrá solo un ternero en cada parto. Estaba claro que pescar atunes sería un mejor negocio que criar ganado.

Un problema al que nos enfrentábamos es que los americanos no comen mucho pescado. Los japoneses, sin embargo, son muy aficionados al atún. En ese tiempo ya había muchos japoneses viviendo en los Estados Unidos, y se vendía atún crudo a un alto precio en caros restaurantes regentados por japoneses. Poco a poco, algunos norteamericanos aprendieron a disfrutar del pescado crudo y se empezó a consumir atún.

El planeta donde vivimos tiene más superficie cubierta por océanos que por tierra. Los Estados Unidos limitan con los océanos Atlántico y Pacífico, y por lo tanto disponen de mucho pescado. Además, más allá del límite de las doscientas millas ningún país tiene derechos territoriales sobre el océano. Quien quiera puede ir y pescar. Para poder tener una granja o criar ganado se necesita comprar tierras, pero nada de eso es necesario para ir al océano. Todo lo que necesitábamos era un barco, y podíamos ir a pescar tan lejos como quisiéramos. El océano está lleno de especies comestibles. También en su superficie existe una industria activa de transporte marítimo. Los barcos cargan los productos que se fabrican en países de todo el mundo, para ser vendidos en cualquier otro lugar. El mar es un tesoro que garantiza a la humanidad un futuro próspero. Por eso, yo enseño que quienes se preocupen del futuro de la humanidad deben también preocuparse por los océanos. Cuando podamos amar y heredar los océanos, heredaremos el futuro.

Entonces compramos varios barcos en los Estados Unidos. No eran grandes barcos como los que se ven en los catálogos de viajes, sino barcos de pesca de diez o doce metros de eslora. Eran barcos pesqueros del tamaño aproximado de un yate y que no tenían grandes accidentes. Estos barcos se amarraron en Washington, San Francisco, Tampa y Alaska. También compramos un astillero para repararlos.

Hicimos muchos estudios de campo por nuestra cuenta. Colocamos un barco en cada región y medimos la temperatura del agua. Comprobamos los atunes capturados cada día y colocamos los datos en un gráfico. No sólo tomamos los datos que los expertos habían recogido anteriormente, nuestros propios miembros salieron al mar para reunir la información. Se utilizaron los resultados de los estudios realizados por famosos profesores universitarios en ese campo como referencia, pero, además, fui en persona a aquellas zonas, viví allí y lo corroboré todo. Los datos más fiables fueron los que conseguimos. Debimos superar un montón de problemas para nuestra investigación, pero no la guardamos sólo para nosotros, sino que la compartimos con

la industria pesquera. También desarrollamos nuevas zonas de pesca. Si se pesca mucho en una zona, la población de peces se agota. Es importante ir a nuevos caladeros. En poco tiempo, nos hicimos un hueco significativo en la industria pesquera de los Estados Unidos.

Entonces comenzamos otro negocio, capturar peces en mar abierto. Nuestra idea era que un barco saliese al océano y capturase pescado durante, por lo menos, seis meses sin volver a puerto. Cuando el buque se llenara con todo el pescado que pudiese llevar, otro barco de transporte saldría, le recogería la pesca y lo proveería de alimentos y combustible. El barco contaría con cámaras frigoríficas donde almacenar pescado durante mucho tiempo. El nombre de nuestro barco era «New Hope» (nueva esperanza), y era muy conocido porque podía hacer grandes capturas.

Yo mismo capitaneé ese barco y pesqué atún. La gente, en general, tiene miedo de subirse a un barco. Cuando les sugería a los jóvenes que lo hicieran, a veces su primera reacción era de miedo. «El mar me marea», decían. «Sólo de subirme a un barco ya empiezo a estar mareado. Me siento morir». Por eso fui el primero en zarpar.

Desde ese día nunca he perdido ocasión alguna de hacerme a la mar en siete años. Incluso ahora, a los noventa años, me gusta salir al océano siempre que tengo tiempo. Ahora hay cada vez más jóvenes que quieren ir en barco. Y también más mujeres. En cualquier tarea, si el dirigente lo hace primero, la gente lo seguirá. Como resultado, ya soy muy conocido como atunero.

Hubiera sido de poca utilidad, sin embargo, si solamente hubiésemos capturado los atunes. Debíamos venderlos a un precio adecuado. Entonces, abrimos una fábrica de transformación de atún, e incluso nosotros mismos vendíamos el producto. Lo poníamos en grandes camiones frigoríficos y salíamos a venderlo. Si la venta era difícil, abríamos nuestros propios restaurantes especializados en pescado, y vendíamos el atún directamente a los consumidores. Cuando tuvimos nuestros propios restaurantes, la gente ya no pudo ignorarnos.

Estados Unidos tiene tres de los cuatro caladeros de pesca más grandes del mundo. Tres cuartas partes de los peces del planeta viven en aguas cercanas a los EE.UU. Sin embargo, tienen relativamente poca gente dedicada a la pesca y su industria pesquera está muy poco desarrollada. El gobierno ha tomado medidas destinadas a apoyar la industria, pero no ha logrado un impacto positivo relevante. Ofreció barcos con un importante descuento, siempre que los compradores los utilizaran durante tres años, pero hubo pocos que aprovecharan estas facilidades. ¡Qué frustrante!

Cuando empezamos a poner dinero en la industria pesquera, se produjo un revuelo en todos los puertos a los que fuimos. No es sorprendente, ya que muchas comunidades prosperaban allí donde nosotros invertíamos. Nuestro trabajo, en última instancia, era ser pioneros de nuevos mundos. No era simplemente pescar, estábamos yendo por caminos no transitados por nadie. ¡Qué emocionante es ser pionero!

El océano cambia constantemente. Dicen que la mente del hombre cambia de la mañana a la noche, pero el océano cambia de un instante a otro, por eso es misterioso y hermoso. El mar lo abarca todo en el cielo y la tierra. El vapor de agua se condensa en un lugar determinado y forma nubes, o se convierte en lluvia y vuelve a caer.

Soy un gran amante de la naturaleza, porque nunca te engaña. Si está arriba, baja, y si está abajo, se eleva. En todo momento, ajusta su altura para equilibrarse. Cuando estoy sentado sosteniendo mi caña de pescar, parece como si tuviera todo el tiempo del mundo. ¿Qué hay en el océano que pueda cruzarse en nuestro camino? ¿Hay alguien allí que nos ponga prisa? Tenemos un montón de tiempo para nosotros solos. Todo lo que necesitamos hacer es observar el océano y hablar con él. Cuanto más tiempo pase alguien en el mar, más fuerte será el perfil espiritual de su vida. El océano, sin embargo, puede estar tranquilo en un momento, pero al siguiente cambiar rápidamente de cara, y enviarnos un fuerte oleaje. Olas, de varias veces la altura de una persona, se elevarán por encima del barco como si lo fueran a

devorar. Un fuerte viento desgarrará la vela, haciendo un ruido ensordecedor.

Sin embargo, pensadlo, incluso cuando las olas suben y sopla un terrible viento, los peces en el agua no tienen problema para dormir. Se rinden a las olas; no les ofrecen resistencia. Es lo que aprendí de ellos. Decidí no tener miedo, por muy fuertes y altas que sean las olas. Dejo que me lleven, me uno al barco, y juntos nos alzamos con las olas. Una vez que empecé a hacerlo, mi corazón nunca se estremeció, fueran como fueran las olas a las que me enfrentara. El océano ha sido, para mí, un maestro maravilloso en mi vida, por eso fundé el programa «Desafío en el océano» para dar a los jóvenes la educación en liderazgo que el mar nos proporciona.

Mi esperanza es que haya una nueva revolución en EE.UU.



Los estadounidenses reaccionaron inicialmente con mucha frialdad a mis esfuerzos. Cuestionaban cómo un dirigente religioso, procedente de un país insignificante llamado Corea, que apenas había sobrevivido al hambre y la guerra, se atrevía a conminarles al arrepentimiento.

No sólo los estadounidenses se me opusieron. La reacción del Ejército Rojo japonés, un grupo terrorista aliado con otros grupos comunistas internacionales, fue especialmente fuerte. Incluso fueron capturados por el FBI tratando de penetrar en nuestro seminario de Boston, donde me alojaba a menudo. Hubo tantos intentos de hacerme daño, que mis hijos no pudieron ir al colegio sin guardaespaldas. Debido a las continuas amenazas contra mi vida, durante un tiempo cuando hablaba en público lo hacía tras un parapeto de cristal antibalas.

A pesar de esta oposición, las conferencias del oriental de ojos pequeños suscitaban más y más interés. La gente comenzó a escuchar enseñanzas totalmente diferentes a las que habían oído hasta entonces. El contenido de las conferencias, que trataban sobre los principios fundamentales del universo y buscaban despertar el espíritu fundacional de los Estados Unidos, era un sople de aire fresco para los estadounidenses que habían caído en el infierno de la inmoralidad y la indolencia.

Los norteamericanos experimentaron una revolución de conciencia con mis conferencias. Los jóvenes comenzaron a seguirme. Me llamaban «padre Moon» o «reverendo Moon». Se cortaban su cabello largo hasta los hombros y la barba desaliñada. Cuando las apariencias cambian, la mente también cambia. Dios empezó a entrar en los corazones de esos jóvenes sumidos en el alcohol y las drogas.

A las conferencias asistía una gran variedad de jóvenes, más allá de confesiones religiosas. Cuando interrumpía mis sermones para preguntar: «¿Hay algún presbiteriano aquí?», muchos jóvenes alzaban sus manos, diciendo «aquí, aquí». Si les preguntaba: «¿Hay algún católico?», otras manos volvían a alzarse. Cuando preguntaba: «¿Hay bautistas sureños?», otra vez mucha gente respondía: «Yo, yo».

«¿Por qué venís a escucharme en lugar de ir a escuchar un sermón de vuestro grupo religioso?», les pregunté. «Iros a casa y a vuestra iglesia a escuchar la palabra de Dios».

Entonces, la audiencia respondió: «Queremos escuchar al reverendo Moon».

Más y más gente comenzó a reunirse. Incluso vinieron algunos pastores de las Iglesias Presbiteriana y Bautista, trayendo con ellos a los jóvenes de sus iglesias. Conforme pasó el tiempo «el reverendo Moon» se convirtió en el icono de una revolución de conciencia en la sociedad norteamericana.

Enseñé a los jóvenes a sobrellevar las dificultades. Les enseñé en profundidad el principio básico de que una persona debe ser capaz de dominarse antes de poder dominar el universo. Mis enseñanzas eran una nueva inspiración para los jóvenes norteamericanos que vivían tiempos de confusión. Se mostraron tremendamente receptivos con mi mensaje de pureza sexual y verdaderas familias. La acogida fue tan entusiasta que me hizo temblar de emoción a mí también.

«¿Queréis llevar la cruz del dolor?», les pregunté. «Nadie quiere ir por el camino de la cruz. Quizás vuestro corazón desee seguir ese camino, pero vuestro cuerpo dice que no. Sólo porque algo sea agradable a la vista no significa que sea bueno para el

alma. Hay muchas cosas que parecen buenas, pero un examen de su naturaleza demuestra que son malas».

«Si os dais cuenta de que buscáis sólo las cosas agradables a los ojos y os veis siguiendo ese camino, debéis deteneros inmediatamente y deciros «¡canalla!. Y si sentís el deseo de comer sólo cosas agradables al paladar, debéis regañar a vuestro cuerpo diciéndole, ¡canalla!, y conteneros. Los jóvenes os veis atraídos por el sexo opuesto, ¿no? En ese caso tenéis que ser firmes y controlar esos impulsos. Quien no se controla, no puede hacer nada en este mundo. Pensad que cuando os destruis, el universo se destruye».

Les enseñé a valorar el lema que había seguido de joven: «Antes de intentar dominar el universo, perfecciona primero la capacidad de dominarte a ti mismo». Los EE.UU. tenían grandes riquezas y estaban obsesionados con los bienes materiales. Me planté en medio de una civilización materialista y hablé de los asuntos de la mente y del corazón. Los ojos no pueden ver la mente, ni las manos agarrarla. Sin embargo, es evidente que nuestra mente es quien nos controla. Sin la mente no somos nada. Entonces, les hablé del amor verdadero, que tiene a Dios en su centro, y que debe guiar a la mente. Les dije que la auténtica libertad sólo se puede disfrutar cuando tenemos una clara comprensión de nosotros mismos, basada sobre el amor verdadero, y cuando nos autocontrolamos.

Les enseñé el valor de trabajar duramente. El trabajo duro no es sufrimiento, sino creación. Alguien puede trabajar toda su vida y ser feliz, porque el trabajo está conectado al mundo de Dios. Los trabajos que hacemos no son sino tomar las cosas que Dios creó y darles forma de diferentes maneras. Si pensáis que estáis haciendo algo para dárselo a Dios como recuerdo conmemorativo, entonces no veréis el trabajo negativamente. Muchos jóvenes estadounidenses estaban tan inmersos en la vida opulenta que les proporcionaba su civilización materialista, que habían olvidado la alegría de trabajar. Así que les enseñé a trabajar con alegría.

También desperté en ellos la alegría de amar la naturaleza. Los jóvenes estaban atrapados por la cultura inmoral de las ciudades y esclavizados por vidas egoístas. Así que les hablé del inmenso valor de la naturaleza que Dios nos ha dado. Dios nos habla a través de la naturaleza. Es un pecado destruirla en aras de un instante de placer o de dinero. La naturaleza que destruimos se volverá finalmente contra nosotros en forma de contaminación, y dificultará la vida de nuestros descendientes. Tenemos que volver a ella y escuchar lo que nos dice. Les dije a los jóvenes norteamericanos que, cuando abrimos nuestro corazón y escuchamos a la naturaleza, podemos oír la palabra de Dios.

En septiembre de 1975 fundamos el Seminario teológico de la unificación en Barrytown, una localidad situada al norte de la ciudad de Nueva York. El claustro de profesores se eligió con un criterio interreligioso, con profesores representando el judaísmo, el protestantismo, el catolicismo, la iglesia ortodoxa y las filosofías orientales. Cuando esos profesores daban una conferencia sobre sus propias religiones, los estudiantes les hacían preguntas muy difíciles. Las clases se convertían siempre en foros de intenso debate.

Cuando todas las religiones se juntaron y debatieron, empezaron a romperse los conceptos incorrectos que tenían unos de otros, y pudieron comprenderse mejor. Jóvenes de gran talento terminaron sus cursos postgrado en nuestro seminario y entraron en los programas de doctorado de Harvard, Yale y otras importantes universidades. Hoy son personas que pueden liderar el mundo religioso a escala planetaria.

La manifestación frente al Monumento a Washington, en 1976



En 1974 y 1975 fui invitado a hablar en el Capitolio estadounidense. Hablé ante los miembros de la Cámara de Representantes sobre el tema «Una nación bajo Dios».

Me dirigí a los congresistas de la misma manera en que lo había hecho a los jóvenes de la calle, diciéndoles: «Estados Unidos nació gracias a la bendición de Dios. Esta bendición, sin embargo, no era sólo para los estadounidenses, sino para el mundo, a través de Norteamérica. Estados Unidos debe entender el origen de esta bendición y sacrificarse por salvar al mundo. Para ello necesita despertar y volver a su espíritu fundacional. El cristianismo, que se ha dividido en docenas de confesiones, debe unirse, abrazar a todas las religiones y abrir un nuevo futuro para la civilización mundial».

Fui el primer dirigente religioso extranjero en ser invitado a hablar en el Congreso de los EE.UU. Después de ir por segunda vez, mucha más gente se interesó en conocer a este reverendo Moon coreano.

Al año siguiente, el uno de junio de 1976, celebramos el bicentenario de la independencia de los Estados Unidos en el *Yankee Stadium* de Nueva York. En ese momento el país era incapaz de celebrar pacíficamente su aniversario. Sentía la amenaza del comunismo y su juventud vivía muy lejos de los deseos de Dios,

envuelta en la droga y el amor libre. Sentí que el país estaba gravemente enfermo. Fui a la celebración con la sensación de ser un cirujano, cortando y abriendo el corazón de un Nueva York enfermo.

El día de la celebración llovió muchísimo, y un fuerte viento huracanado hizo volar el decorado, diseminándolo por todo el césped, pero nadie salió para refugiarse de la lluvia. La banda comenzó a tocar la canción «You are my sunshine» (Tú eres mi sol), y todos en el estadio comenzaron a corearla. Cantaban una canción sobre el sol, mientras la lluvia les estaba empapando. Sus bocas invocaban al sol, pero sus ojos lloraban. En ese momento, la lluvia y las lágrimas se mezclaron. Entonces, por increíble que parezca, cuando salí al estrado para hablar, el sol salió de entre las nubes. Dios parecía haber escuchado sus cánticos.

Hice algo de boxeo en mi época escolar. Puedes golpear a un buen boxeador con muchos golpes cortos, y aun así ves que no le afectan. Pero si puedes darle un golpe directo a la barbilla, hasta el boxeador más fuerte quedará tocado. Contaba con asestar un fuerte directo en la barbilla de los Estados Unidos. Sentí que era necesario hacer un acto mucho mayor de los que había llevado a cabo hasta ese momento, para que el nombre «Sun Myung Moon» quedara indeleblemente grabado en la sociedad estadounidense.

El Monumento a Washington se encuentra en el *National Mall*, en el mismo centro de la capital de los Estados Unidos. Tiene la forma de un lápiz afilado, de ciento sesenta y nueve metros de alto. Hay una gran zona de césped que se extiende desde el monumento hasta el estanque del *Lincoln Memorial*. Este terreno representa el corazón de Norteamérica. Me propuse celebrar una gran manifestación en ese lugar.

Para celebrar la reunión allí necesitábamos el permiso del gobierno nacional y de la Policía de parques nacionales. Por aquel entonces, a muchos políticos de la administración norteamericana no les caía demasiado bien. Años atrás, había puesto anuncios en prensa pidiéndoles a los norteamericanos que perdonaran al entonces presidente Richard Nixon, que atravesaba

una crisis por el incidente del Watergate, lo cual constituía una posición muy impopular. Por ello, el gobierno rechazó nuestra petición una y otra vez, hasta que al final, cuarenta días antes del acto, nos concedió el permiso.

También los miembros de nuestra iglesia me sugirieron que era un plan demasiado ambicioso, y que no debíamos seguir adelante. El *National Mall*, que rodea el Monumento a Washington, es un parque abierto en el centro de una zona urbana. No había muchos árboles, sólo una gran extensión de césped. Si la multitud era pequeña, todos lo verían. Para llenar una zona tan grande tendrían que asistir cientos de miles de personas. Nuestros miembros deseaban saber cómo íbamos a lograrlo. Anteriormente, sólo dos personas habían celebrado actos de esta envergadura en el *Mall*. El Dr. Martin Luther King Jr. había organizado una manifestación por los derechos civiles en los escalones del monumento a Lincoln, y el reverendo Billy Graham también reunió a una gran multitud allí. El lugar al que estaba desafiando era, por tanto, un lugar cargado de simbolismo.

Recé incesantemente por esta reunión. Escribí cuatro veces el discurso que iba a pronunciar. Una semana antes del acto, aún tenía sentimientos encontrados de lo que tenía que decir. Al final, tres días antes, completé el texto. En general, no suelo hablar con textos preparados, pero en este caso hice una excepción preocupado de que todo saliera bien. Sabía que iba a ser una ocasión muy importante, aunque no estaba muy seguro de qué manera.

Nunca olvidaré lo que pasó ese dieciocho de septiembre de 1976. La gente comenzó a llegar al Monumento a Washington desde la mañana temprano. Se congregaron unas trescientas mil personas. Era imposible decir de dónde habían venido. Todos tenían diferente color de pelo y de piel. Todas las razas que Dios envió a la tierra se reunieron ese día. Fue una asamblea a escala mundial, que no requiere descripción adicional alguna.

Me puse frente a la multitud y declaré: «Dios ha estado preparando a los EE.UU. durante doscientos años. Este es el momento

del despertar. Norteamérica debe aceptar su responsabilidad mundial. Armada con el *Diosismo*, debe liberar al mundo comunista y construir finalmente el Reino de Dios aquí en la tierra». El discurso fue interrumpido muchas veces con gritos y aplausos.

La revista *Newsweek*, en un resumen gráfico de fin de año de los principales acontecimientos de 1976, publicó mi fotografía y se refirió a mí como parte del movimiento renovador de los setenta. Por otra parte, un creciente número de gente comenzó a mirarme con cautela y con miedo. Para ellos, yo no era más que un extraño mago que había venido de Oriente. No era un blanco en el que podían poner su fe y al que seguir. El hecho de que estuviera diciendo cosas diferentes a las que habían oído en sus iglesias les hizo sentir muy inseguros. En especial, no podían permitir una situación donde los jóvenes blancos mostraban respeto y seguían a un asiático de ojos rasgados como un pez.

Comenzaron a difundir rumores de que les había estado lavando el cerebro a inocentes jóvenes blancos. Durante el acto en Washington, este grupo opositor se mantuvo escondido, detrás de los que gritaban apoyándome. Sabía que una nueva crisis estaba a punto de caer sobre mí. Pero no tenía miedo, porque sin duda estaba haciendo lo correcto.

Estados Unidos es ampliamente conocido como un país de libertad e igualdad, donde personas de todas las razas vienen para realizar el sueño americano. Pero, de hecho hay en este país fuertes confrontaciones derivadas de la discriminación racial y religiosa. Son enfermedades crónicas, difíciles de curar, incrustadas en lo profundo de su historia y, por lo tanto, mucho más graves que enfermedades sociales como la inmoralidad y el materialismo, que surgieron de la opulencia de los años setenta.

En aquel tiempo, visitaba las iglesias afroamericanas esforzándome por fomentar la armonía ecuménica. Entre los líderes negros había algunos que, siguiendo los pasos del Dr. Martin Luther King, Jr., estaban trabajando para acabar con la discriminación racial y lograr el mundo de paz de Dios.

Algunos de estos ministros cristianos tenían colgadas en los sótanos imágenes de los mercados de esclavos que existieron

por cientos de años, antes de ser proscritos. Una de ellas era la de un hombre negro que era quemado vivo mientras pendía de un árbol. Otra era de hombres y mujeres negros despojados de sus ropas, y observados como mercancía por potenciales compradores de esclavos. Y otra era de un bebé negro llorando mientras le era arrebatado a su madre. Era difícil creer que los seres humanos hubiesen sido capaces de semejantes actos de barbarie, representados tan claramente en esas imágenes.

«Esperad y veréis», dije en una reunión en Chicago el veinticuatro de octubre de 1975. «Antes de treinta años, habrá un presidente de los Estados Unidos nacido de una familia interracial de negros y blancos».

La profecía que hice ese día se ha hecho realidad en Estados Unidos con la investidura del presidente Barack Obama, quien pasó gran parte de su vida adulta en Chicago. Esta predicción no se hizo realidad por sí sola. Mucha gente ha derramado sangre y sudor para acabar con las luchas raciales, y esos esfuerzos finalmente han dado su fruto.

Sorprendentemente, bastantes clérigos dirigentes de las iglesias establecidas en los Estados Unidos asistieron a la reunión que tuvo lugar en el Monumento a Washington. Trajeron con ellos a muchos miembros de sus congregaciones. Habían decidido que mi mensaje trascendía las confesiones y que estaba inspirando a los jóvenes. Había estado pidiéndole a la gente que trascendiera las diferencias de confesión y de religión, y esas palabras se hicieron realidad en esta reunión. La reunión en el Monumento a Washington fue un milagro. Los cientos de miles de personas que asistieron hicieron de ésta una de las manifestaciones más mayoritarias celebradas nunca en el *National Mall*.

«No lloréis por mí, llorad por el mundo»



Después de algo bueno, suele ocurrir algo malo. Algunos en Estados Unidos dibujaron bigotes en los carteles y anuncios con mi fotografía, tratando de identificarme con Hitler. Me llamaron «antisemita» y afirmaron que predicaba contra los judíos. Y también empezaron los problemas con los cristianos oficialistas. A medida que crecía el número de mis jóvenes seguidores, y que aumentaba el número de ministros cristianos que querían aprender mis enseñanzas, el Principio Divino, las iglesias establecidas también comenzaron a perseguirme. Por último, los izquierdistas norteamericanos reaccionaron contra mi postura de que era responsabilidad de los Estados Unidos detener la propagación del totalitarismo comunista en el mundo. Ellos también empezaron a buscar maneras de frenar mis actividades.

A medida que crecía nuestra popularidad, surgieron toda clase de celos y dudas sobre mí. Inspirados por mis enseñanzas, los jóvenes dejaban sus estudios o sus trabajos, para evangelizar y recaudar fondos para nuestra obra misionera en todo el país. Comprensiblemente, sus padres se preocuparon de su bienestar.

Mi campaña «perdonar, amar y unirse» para proteger a los EE.UU. cuando se vieron envueltos en la crisis del Watergate, encendió la oposición de los medios de comunicación de ten-

dencia izquierdista. Lo que hasta entonces no había representado ningún problema empezó ser usado para aplastarme. Al mismo tiempo, los conservadores decían que era demasiado liberal y que mis enseñanzas echarían por la borda los valores tradicionales, aunque mi mensaje central era el amor en la familia.

Además, a muchos cristianos les disgustó la nueva perspectiva de la crucifixión que enseñaba: Jesús vino como el Mesías y no fue la voluntad predestinada de Dios que le crucificaran. Con su crucifixión, se torció el plan de Dios de un mundo de paz. Si Israel hubiera recibido a Jesús como el Mesías, habría creado un mundo de paz uniendo las culturas y religiones de Oriente y Occidente. En vez de eso, Jesús murió en la cruz y la obra divina de la salvación completa se retrasó hasta la Segunda Venida.

Esta comprensión de la crucifixión trajo una gran oposición. Como resultado, tanto las iglesias establecidas como la comunidad judía llegaron a considerarme su enemigo. Trataron de varias maneras de echarme de los EE.UU., cada cual por sus propias razones.

Al final, fui encarcelado de nuevo. Había trabajado con todo mi corazón con un único objetivo: restablecer la moralidad de los EE.UU., para que fuera un país en consonancia con la voluntad de Dios. Sin embargo, me acusaron de no pagar mis impuestos. Yo tenía entonces más de sesenta años.

Durante mis primeros tres años en EE.UU., el dinero recibido de donaciones de todo el mundo fue ingresado en una cuenta bancaria de Nueva York, puesta a mi nombre como representante fiduciario de la iglesia, una práctica común en bastantes confesiones religiosas. Los fondos de esta cuenta habían producido intereses, y fui acusado de no haber declarado esos intereses como ingresos en mi declaración de la renta de los años 1973 a 1975. La cuantía aproximada de los impuestos sobre dichos intereses era de unos siete mil quinientos dólares. Normalmente, un caso así se solucionaría con una multa, sin embargo, en mi caso fui llevado a juicio y condenado en 1982. Finalmente, el veinte de julio de 1984, fui encarcelado en la penitenciaría Federal de Danbury, en Connecticut.

El día antes de presentarme en la prisión tuve una última reunión con los hermanos y hermanas de la iglesia en el centro educativo de Belvedere, en Tarrytown, Nueva York. Fue un encuentro muy emotivo. Miles de mis seguidores se reunieron ese día, llorando y orando por mí. Alcé mi voz y les dije que no perdieran el ánimo.

«Soy inocente», les dije. «No he hecho nada malo».

«Puedo ver la brillante luz de la esperanza surgiendo más allá de Dunbury», les dije. «No lloréis por mí, sino por los Estados Unidos. Amad a los EE.UU. y orad por ellos». Me puse delante de esos jóvenes hundidos en la tristeza y levanté las manos en señal de esperanza.

La emotiva declaración que hice antes de entrar en la cárcel causó un gran revuelo entre los dirigentes de otras religiones. Se inició una «Fraternidad del sufrimiento en común», y se produjo una oleada de oraciones en mi apoyo. Esta fraternidad fue como una oleada de apoyo por parte de clérigos de todas las confesiones y otras religiones, preocupados por los ataques a la libertad religiosa en los EE.UU.

El día que fui a la cárcel, sabía que no tenía nada que temer. Yo conozco bien la vida en la cárcel, pero no así la gente que me rodeaba. Ellos temían que mi vida peligraría por culpa de gente que estaba muy en mi contra. Me dirigí a la prisión con la cabeza bien alta.

«¿Por qué mi padre tiene que ir a prisión?»



Incluso en la cárcel de Danbury seguí mi principio de vivir por el prójimo. Me levantaba temprano y limpiaba los lugares más sucios. En la cafetería, mientras otros comían apoyados en sus codos, se echaban una siesta o charlaban, yo me sentaba con mi espalda erguida, guardando el decoro. Cuando me encargaban un trabajo lo hacía con más empeño que los demás, y procuraba que los otros hicieran bien el suyo.

En mi tiempo libre leía la Biblia. Un preso, viendo que leía día y noche, me dijo: «¿Es ésa tu Biblia? Pues ésta es la mía, ¡échale un vistazo!». Me lanzó un ejemplar de *Hustler*, una revista pornográfica.

En la cárcel era conocido como un trabajador silencioso. Leía y meditaba. A los tres meses, me hice amigo de los prisioneros y de los carceleros. Entablé amistad con un drogadicto, y también con el preso que me dijo que la revista pornográfica era su Biblia. Después de un mes o dos, los prisioneros comenzaron a compartir conmigo lo que recibían del exterior. Una vez que nos abrimos el corazón, fue como si la primavera hubiera llegado al interior de la prisión.

Los Estados Unidos no querían realmente que fuera a la cárcel. Eligieron procesarme mientras estaba fuera del país, de

viaje por Alemania, y se habrían dado por satisfechos si hubiera optado por no regresar. No querían encarcelarme; sólo sacarme del país. Me estaba volviendo muy conocido en América; el número de mis seguidores crecía rápidamente, así que querían obstaculizar mi camino. Al igual que en Corea, yo era un dolor de muelas para las iglesias establecidas. Como sabía que ésa era su intención, decidí regresar a Estados Unidos e ir a la cárcel. Todavía tenía cosas que hacer allí.

Creo que ir a la cárcel no es algo enteramente malo. Si lo que busco es que se arrepientan quienes van por un valle de lágrimas, antes debo llorar yo. A menos que experimente las desgracias en mi propio corazón, no puedo hacer que los demás sigan a Dios. El Cielo actúa misteriosamente. Después de ser encarcelado, siete mil ministros cristianos y otros líderes religiosos acusaron al gobierno de los EE.UU. de violar la libertad religiosa, e iniciaron una campaña para reivindicarme.

Entre ellos estaban el reverendo Jerry Falwell, conservador, de la Convención Bautista del Sur, y el Dr. Joseph E. Lowery, liberal, que años más tarde impartiría la bendición durante la investidura del presidente Obama en enero de 2009. Ellos fueron quienes lideraron la campaña para liberarme. Además, mi hija In Jin, aún adolescente, marchó junto a ellos. Se puso frente a miles de clérigos y, llorando, leyó una carta de apelación que le había escrito al juez que dictó mi sentencia:

«La vida de mi padre ha estado salpicada de lágrimas y sufrimiento, mientras luchaba por hacer la voluntad de Dios. Ahora tiene sesenta y cuatro años. Su único crimen ha sido amar a los EE.UU. Sin embargo, en estos momentos está en la cafetería de una prisión, lavando los platos o fregando el suelo.

La semana pasada cuando le visité en la cárcel, le vi por primera vez con el uniforme de preso. No podía dejar de llorar, pero mi padre me dijo que no llorara por él, sino por los Estados Unidos. Me dijo que trasformara mi ira y mi dolor en una poderosa fuerza que hiciera a este país verdaderamente libre.

Dijo también que mientras estuviera en prisión soportaría cualquier tipo de injusticias y privaciones, y que llevaría cual-

quier cruz. La libertad religiosa es el fundamento de todas las libertades. Estoy muy agradecida a todos los que se han alzado para defenderla».

Mi condena fue reducida seis meses por buena conducta, y fui puesto en libertad tras cumplir trece meses. El día que salí se celebró en Washington D.C. un banquete para celebrar mi liberación; mil setecientos prelados cristianos y rabinos judíos se reunieron para verme. En mi alocución a este auditorio, reiteré mi posición en favor de trascender religiones y confesiones. Hablé en voz muy alta dirigiéndome al mundo entero, sin preocuparme por la reacción de mis oponentes.

«Dios no es confesional. No está atado por argumentos doctrinales menores. El gran corazón paternal de Dios no hace distinción de nacionalidad ni de raza, ni tampoco pone muros entre naciones ni culturas. Incluso hoy, Dios sigue haciendo lo posible para abrazar al mundo entero como a Sus hijos. Los Estados Unidos sufren hoy problemas raciales, problemas causados por la confusión de valores, así como por la degradación moral, el problema de la sequía espiritual, la decadencia de la fe cristiana y el totalitarismo comunista ateo. Por todas esas razones respondí a la llamada de Dios y vine a este país. El cristianismo debe tener un gran despertar y unirse. El clero también debe reexaminar el papel que ha desempeñado hasta ahora y arrepentirse. La situación que se dio hace dos mil años, cuando Jesús vino y pidió a la gente que se arrepintiese, se repite hoy. Debemos cumplir la importante misión que Dios ha dado a los Estados Unidos. La situación no puede continuar como hasta ahora. Tiene que producirse una nueva Reforma».

Una vez excarcelado, no había nada que me detuviera. Hablé con voz aún más fuerte que antes para dar un mensaje de advertencia a unos EE.UU. caídos. Hablé en varias ocasiones, con palabras muy vigorosas, declarando que la única forma de revitalizar a los Estados Unidos era volver al amor de Dios y a la moralidad.

Estuve preso sin haber hecho nada malo, pero la voluntad de Dios estaba también presente allí. Tras mi liberación, los que

habían trabajado para conseguirla visitaron Corea para aprender más sobre mi trabajo. Fueron allí para averiguar qué tenía el espíritu del reverendo Moon que había atraído a tantos jóvenes en Estados Unidos. Sus visitas fueron breves, pero encontraron tiempo para aprender nuestra doctrina antes de regresar. De vuelta en los Estados Unidos, ciento veinte de esos clérigos fundaron la Conferencia de líderes religiosos norteamericanos.

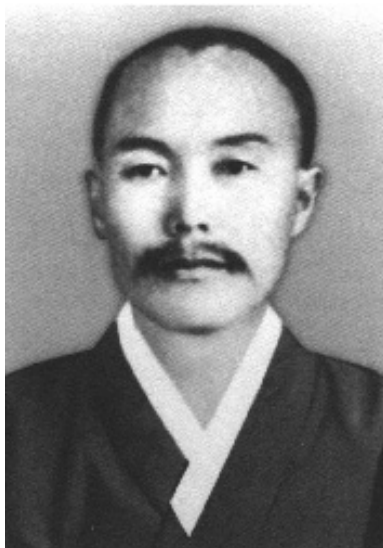
FOTOS DE MI VIDA



La casa en Corea del Norte donde nació. Originalmente, tenía un ala pequeña en cada extremo, pero ahora sólo queda el edificio principal.

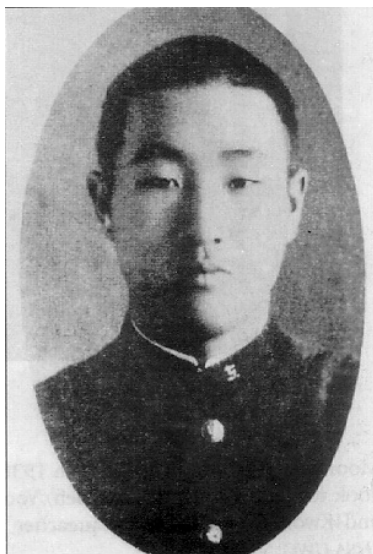


En la madrugada del Domingo de Pascua del 17 de abril de 1935, Jesucristo se me apareció mientras oraba y me transmitió mi misión celestial. Entonces tenía dieciséis años (según la forma de contar la edad en Corea). Aprecio mucho este cuadro de 1982, pintado por Shigeyoshi Watanabe, que capta fielmente el espíritu de aquel momento.



Izquierda: Mi abuelo Chi Guk Moon, que contribuyó a educar los jóvenes del pueblo.

Derecha: Mi tío abuelo Yoon Guk Moon, el célebre pastor y patriota coreano.



Izquierda: Un retrato de mi madre, Kyung Gye Kim, pintado en 1988 a partir de fotos antiguas.

Derecha: Mi foto de estudiante en 1941, año en que me gradué en la escuela técnica, donde estudié ingeniería eléctrica.



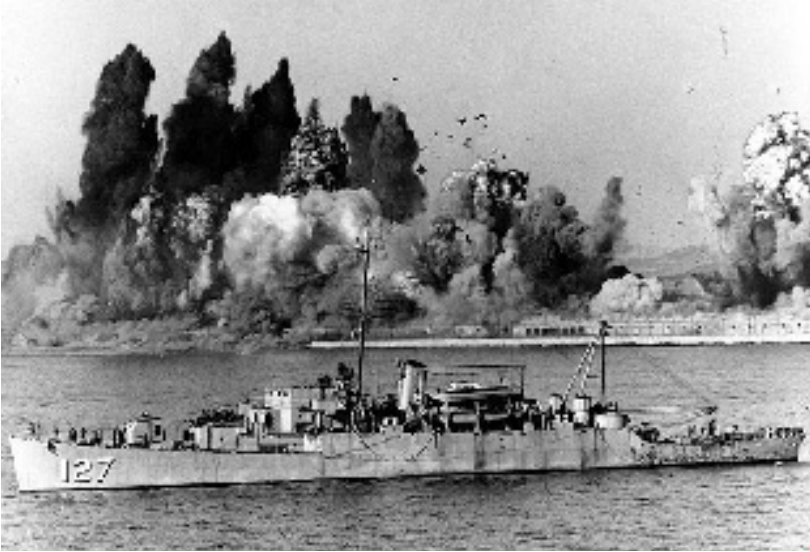
Cocinando arroz con mi primo, Seung Ryong Moon (*segundo por la izquierda*), y otros amigos, a finales de 1930. Yo estoy a la derecha.



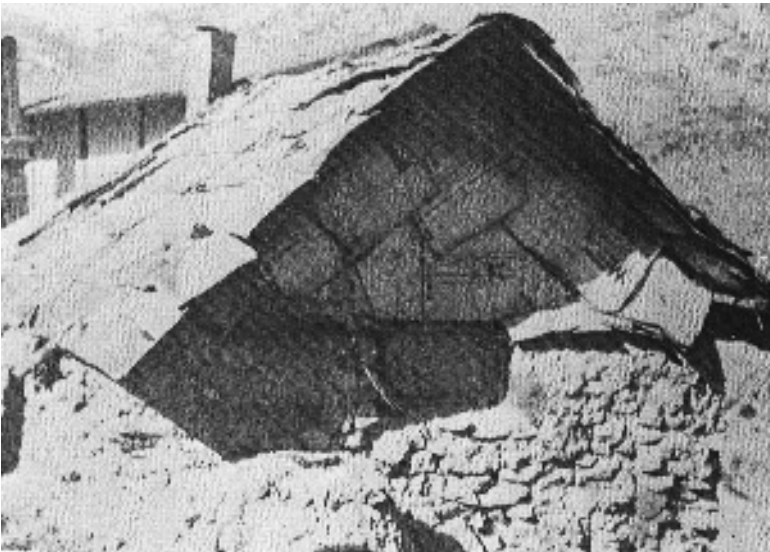
A principios de la década de 1940, yo era catequista en la escuela dominical de la Iglesia de Jesús de Myungsudae en Seúl. En esta foto estoy de pie en la última fila de atrás (*véase la flecha*).



Ocho de marzo de 1941. Ceremonia de inauguración de la tercera promoción de la Escuela de Comercio y Tecnología de Kyeongsung. Yo estoy en la última fila de atrás, el quinto desde la izquierda (*véase la flecha*).



Este buque de la Armada participó en el bombardeo de Heungnam, donde estuve preso durante casi tres años. Tropas de la ONU, en las que estaba el que más tarde sería general del Ejército de los EE.UU, Alexander Haig, me liberaron de la prisión con sus bombardeos, el 14 de octubre de 1950.



La choza hecha con paredes de barro y cajas de cartón que Won Pil Kim y yo construimos a principios de 1951. Estaba en una colina solitaria, al lado de un cementerio, en Busan.



Arriba, izquierda: Al salir de la prisión de Seodaemun en Seúl, el 4 de octubre de 1955, fui recibido por los miembros de nuestra iglesia. Me procesaron por “evadir el servicio militar”, a pesar de que había estado en un campo de prisioneros en Corea del Norte durante la guerra. Fui declarado inocente después de cumplir tres meses de cárcel.

Arriba, derecha: Enseñando a miembros de nuestra iglesia en Cheongpa-Dong, después de salir de la prisión de Seodaemun.



A comienzos de la primavera de 1959 en Yamok, provincia de Kyeonggi. Llevé a los miembros a ayudar en la siembra del arroz. Los agricultores se beneficiaron y a nosotros nos sirvió de formación.



A menudo salíamos a los alrededores de Seúl, y allí les hablaba a los miembros de la Providencia de Dios.

Abajo, en página de la izquierda: 1 de noviembre de 1958. Estoy con las estudiantes de la Universidad femenina Ewha y con la profesora Won Bok Choi (a la derecha), que fueron expulsadas injustamente por sus creencias.



El 11 de abril de 1960, nos casamos Hak Ja Han y yo. Ella y su madre, que fue una de mis primeras discípulas, huyeron de Corea del Norte durante la guerra.



Pasando un rato agradable con mi esposa en el lago de Cheongpyeong.



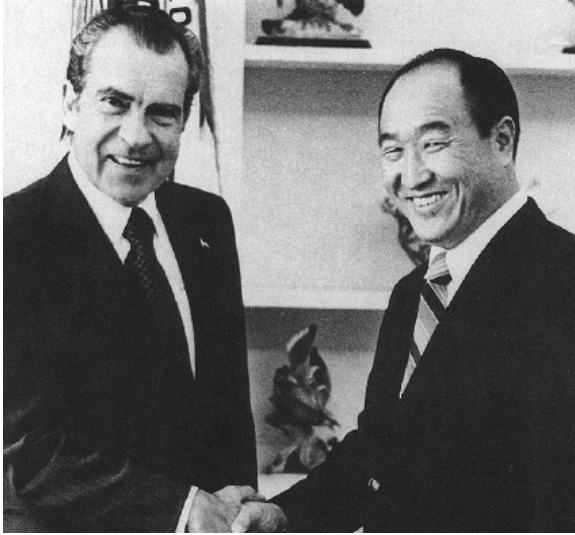
Ni siquiera esta gran instantánea tomada en Corea el 1 de enero de 2009 incluye a toda la familia. Tenemos 14 hijos que viven en diferentes partes del mundo, y un número cada vez mayor de nietos y bisnietos.



El 1 de mayo de 1966, en el 12º aniversario de la fundación de la Iglesia de Unificación, firmé ejemplares de la segunda edición de mis enseñanzas en coreano, el Principio Divino. Yo estoy a la izquierda.



En 1969, durante mi segunda gira mundial. El movimiento en Japón había crecido muchísimo, y teníamos que celebrar nuestras reuniones en grandes lugares al aire libre, como este parque a las afueras de Tokio.



El 1 de febrero 1974 visité al Presidente Richard Nixon en la Casa Blanca, en plena polémica del caso Watergate. Para fortalecer y unir a los EE.UU., les pedí a los estadounidenses y a los medios de comunicación, a través de anuncios en los periódicos, “Perdonar, amar y unirse”.



En el Carnegie Hall de Nueva York, el 1 de octubre de 1973, la primera escala de una gira de 21 ciudades de los Estados Unidos que finalizó el 29 de enero de 1974.



Más de 1.200.000 personas asistieron a la Manifestación Mundial de la Libertad en la Plaza Yoido de Seúl, el 7 de junio de 1975.



El Monumento a Washington, el 18 de septiembre de 1976. Como parte de nuestras celebraciones del bicentenario de los EE.UU., declaré “La esperanza de Dios para los EE.UU.” ante una multitud de 300.000 personas.



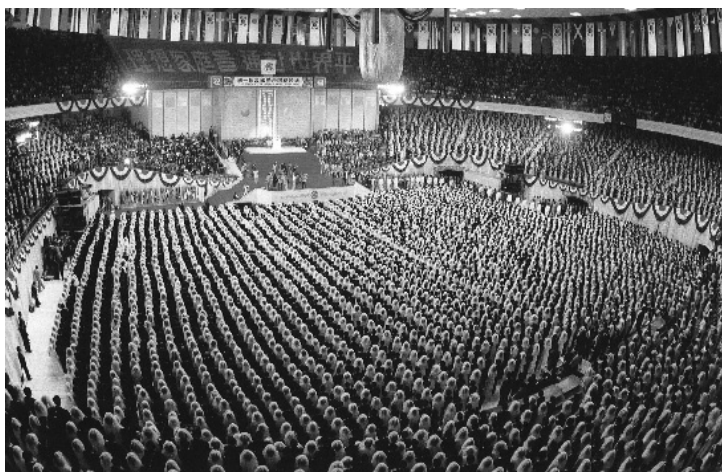
Mi intérprete, el Dr. Bo Hi Pak, a mi izquierda.



El Dr. Morton Kaplan, presidente de la conferencia, ofrece una muestra de agradecimiento de los participantes, durante la clausura de la 12ª Conferencia Internacional sobre la Unidad de las Ciencias (ICUS, siglas en inglés), celebrada en Chicago, del 24 al 27 de noviembre de 1983. Organicé un total de 21 conferencias anuales de la ICUS, para tratar la relación entre la ciencia y los valores absolutos.



Mi estancia en la prisión de Danbury, Connecticut, transcurrió desde el 20 de julio de 1984 al 20 de agosto de 1985. Se me acusó de no pagar 7.500 dólares de impuestos sobre intereses, a pesar de haber invertido millones de dólares para la renovación moral de los EE.UU. Aquí (a la derecha) paseo por el jardín con Takeru Kamiyama, uno de mis discípulos.



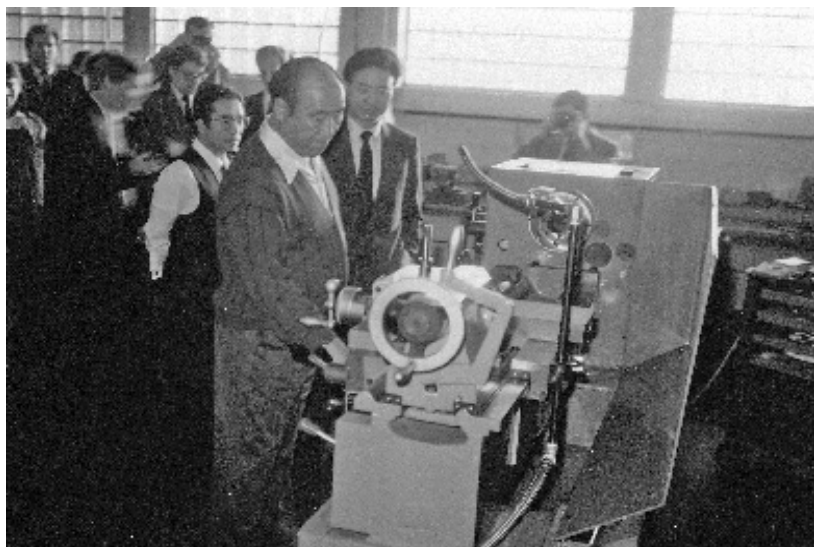
Mi esposa y yo celebramos la Bendición de Santo Matrimonio, el 14 de octubre de 1982, en el Palacio de Deportes de Jamsil, en Seúl. La Bendición y la búsqueda de la “Paz mundial a través de familias ideales” son el núcleo central de mi misión. Desde 1960 hasta principios de 2010, he dado la Bendición a más de cuatro millones de personas, en ceremonias realizadas en todo el mundo y en directo mediante conexión vía satélite.



El 22 de diciembre de 2003, líderes cristianos, musulmanes, judíos, y otros líderes religiosos de la Iniciativa de Paz en Oriente Próximo se reúnen frente a la Cúpula de la Roca, en Jerusalén. Cientos de líderes religiosos y sociales han participado en más de 40 peregrinaciones para fomentar la paz en Tierra Santa.



En 1975 compré el que había sido Seminario católico de los Hermanos Cristianos a orillas del río Hudson, al norte de Nueva York, para fundar el Seminario Teológico de la Unificación (UTS, siglas en inglés), abierto a todas las religiones. Elegí un claustro con académicos de todas las religiones del mundo.



Visita a nuestro taller de maquinaria-herramienta en Alemania, en 1989. He defendido durante mucho tiempo que la tecnología avanzada debe ser compartida con todas las naciones, para universalizar la libertad y la prosperidad.



Agosto de 1998, pescando salmón real en Kodiak, Alaska. Soy el cuarto por la izquierda, al lado de mi esposa. Los que están a ambos lados son líderes de la Iglesia.



El 4 de junio de 2002, el gran futbolista Pelé realizó una visita de cortesía a mi residencia en Hannam-Dong. Aquí mi esposa le explica el Torneo de Fútbol Copa de la Paz. Compartí con Pelé mi visión de promover el fútbol, como una manera de tender puentes de paz entre naciones.



El 6 de diciembre de 1991, mi esposa y yo viajamos a Pyongyang, la capital de Corea del Norte, por invitación del Presidente Kim Il Sung, y nos reunimos con él en el Palacio Presidencial Majeon de Heungnam.



El 24 de marzo de 1994, recibí al Presidente Mijail Gorbachov y a su esposa Raisa, en el Consejo Cumbre para la Paz Mundial, celebrado en Corea. Fundé el Consejo Cumbre para convocar a ex jefes de Estado a deliberar sobre soluciones a los conflictos.



El presidente Leonid Kravchuk de Ucrania me recibió el 20 de octubre de 2005, durante mi gira de 120 naciones para inaugurar la Federación para la Paz Universal.



El 1 de diciembre de 2005, mi esposa y yo fuimos recibidos por la Excm. Sra. Gloria Macapagal-Arroyo, presidenta de Filipinas, en el Palacio Presidencial de Malacañang de Manila. Yo había estado solicitando a la ONU reforzar su compromiso con la cooperación interreligiosa, y me agradó ver que, bajo su liderazgo, el gobierno de Filipinas estaba iniciando la firma de resoluciones en la ONU. El entonces presidente del Congreso filipino, José De Venecia, también alentó mi esperanza de ver constituido un cuerpo deliberativo interreligioso en la ONU.



En el Manhattan Center de Nueva York, el 23 de septiembre de 2007, pedí a los delegados de 194 naciones que se comprometieran a sentar las bases para unas nuevas Naciones Unidas tipo “Abel” o de la “Paz”, que persigan cumplir los ideales de las Naciones Unidas, con una estructura que priorice vivir por los demás.

FOTOS DE MIS VISITAS A ESPAÑA



Mis primeras palabras en España, en la ceremonia de inauguración de la Copa de La Paz, celebrada en Andalucía y en Madrid en Julio de 2009.



Esta ceremonia de inauguración de la Copa de la Paz, se celebró en la Casa de las Tres Culturas, en la Isla de la Cartuja en Sevilla.



En el Estadio Olímpico de Sevilla, disfrutando de los encuentros de fútbol de la Copa de la Paz.



En esta imagen, en el momento en que entregaba el trofeo de la competición de la Copa de la Paz, que en esta edición fue al equipo Aston Villa, del Reino Unido.



En nuestra visita a Sevilla celebramos una conferencia con el tema: «Construyendo un mundo de verdadera paz y unas Naciones Unidas con un verdadero corazón paternal, mediante torneos deportivos que promuevan la paz».



Al final de la conferencia en Sevilla, celebrando la Victoria del torneo, con la ceremonia tradicional de cortar el pastel.



Una imagen de los asistentes al acto en Sevilla en el Hotel Barceló Renacimiento.



La ceremonia de entrega de flores y obsequios al final del acto en Sevilla.



En Julio de 2009, visitando en Barcelona, España, la famosa basílica de la Sagrada Familia, obra del arquitecto Antonio Gaudí.



En mi visita a España en Abril de 2011 en la histórica ciudad de Toledo.



Otra imagen de nuestra visita a Toledo, con dirigentes y miembros de la Iglesia de Unificación de distintos países.



En la gira mundial de discursos en distintas ciudades de Europa, estuve en Madrid, el 26 de Abril de 2011. Estas fotos son del acto celebrado en el Hotel Palace, en Madrid.



Madrid, 26 Abril de 2011.



El tema del discurso de esta conferencia en Madrid: «Construyendo un mundo de Paz Universal en tiempos de crisis global».



Estaba muy contento de hablar en España, y ver la buena respuesta de las personas que asistieron a la conferencia.



Al finalizar la conferencia en Madrid, con la entrega de flores, y mi despedida a los participantes del acto.

OTRAS FOTOS DE MI VIDA Y DE OTROS PROYECTOS



Otro de mis proyectos es el Universal Ballet, que actuó varios días en la ciudad de Madrid, a partir del 29 de Julio de 1999, en el Centro Cultural Conde Duque. En esta foto están los bailarines principales, con los organizadores y responsables.



En una conferencia celebrada por el periódico *The Washington Times* que fundé en la ciudad de Washington en 1982.



Con mi esposa Hak Ja Han.



Una imagen de la ceremonia de matrimonio internacional que celebramos en Octubre de 2009 en el Campus de la Universidad Sun Moon en Corea del Sur.



En la puerta de nuestro templo de la unificación en Seúl, con la escultura de Confucio, Buda, Jesucristo y una representación del Islam.



Con mi esposa Hak Ja Han, en un momento familiar.



En un momento de oración con mi esposa.

CAPÍTULO V

LAS FAMILIAS QUE
AMAN PUEDEN
CAMBIAR EL MUNDO

Mi esposa, Hak Ja Han



La primera vez que vi a mi esposa era una jovencita de catorce años, recién graduada de la escuela secundaria. Era una chica tranquila, nunca levantaba la voz y rara vez se hacía notar. Siempre tomaba la misma ruta para ir y volver de la iglesia. Un día me fue presentada como la hija de uno de los primeros miembros de nuestra iglesia, la señora Soon Ae Hong.

«¿Cómo te llamas?», le pregunté.

«Me llamo Hak Ja Han», respondió con pronunciación clara y correcta.

En ese momento, antes de saber lo que estaba pasando, dije: «¡Así que Hak Ja Han ha nacido en Corea!». Lo repetí tres veces y entonces oré diciendo: «¡Dios! Gracias por enviar a Corea una mujer tan maravillosa como Hak Ja Han». Luego la miré y le dije: «Hak Ja Han, me temo que vas a tener que hacer muchos sacrificios».

Todas estas palabras salieron de mi boca de forma espontánea. Más tarde la señora Hong me dijo que le pareció extraño que dijera lo mismo tres veces después de ver a su hija. Mi esposa me ha dicho que también ella recordaba aquel breve primer encuentro, que recuerda todo lo que le dije entonces, como si le hubiera dado un sermón sólo a ella, y que lo guardó en su corazón. Dijo que se sintió como si hubiera recibido una importante revelación sobre su futuro que ya no podría olvidar.

Su madre, la señora Hong, era de una devota familia presbiteriana, y criada, pues, en la fe cristiana. Procedía de Jeongju, que también es mi pueblo de origen, pero vivió en Anju hasta llegar a Corea del Sur durante la Guerra civil coreana. Cuando comenzó a asistir a nuestra iglesia, la señora Hong llevaba una vida muy devota en Chuncheon y crió a su hija de una forma muy estricta. Mi esposa fue a una escuela infantil católica, donde, según me dijeron, las normas eran tan estrictas que era como vivir en un convento. Tenía un carácter dulce, y durante el tiempo en que fue criada por su madre no fue a ningún sitio que no fueran el colegio o nuestra iglesia.

Pasaron los años y al acercarme a los cuarenta, sentí que había llegado el momento de volver a casarme. Todo lo que necesitaba hacer era esperar a que Dios me dijera: «El momento ha llegado, cástate», y haría lo que se me dijera. En octubre de 1959, la señora Seung Do Ji, una anciana de nuestra iglesia, empezó a preparar mi compromiso concienzudamente, aun cuando no había candidata. Otra feligresa, que había estado orando durante siete años por mi futuro enlace matrimonial, me dijo que tuvo un sueño en el que vio que Hak Ja Han era mi esposa.

Esta señora Ji me contó el extraño sueño que había tenido. «¿Pero se puede saber qué sueño es éste?», exclamó. «Vi cientos de grullas que venían volando. Traté de ahuyentarlas con mis brazos, pero siguieron llegando y finalmente te cubrieron con sus plumas blancas. ¿Es una especie de presagio para el futuro?» El «Hak» del nombre Hak Ja Han es el carácter chino para «grulla».

Entonces la misma Hak Ja Han tuvo un sueño en el que yo aparecía y le decía: «El día se acerca, así que haz los preparativos». Mi esposa me comentó más tarde que, en el sueño, me dijo en tono humilde: «He vivido hasta ahora conforme a la voluntad de Dios. En el futuro, igualmente, voy a seguir Su voluntad como sierva Suya, sea cual sea».

Pocos días después de que mi futura esposa tuviera este sueño, le pedí a la señora Hong que trajera a su hija. Fue nuestro primer encuentro desde que fuimos presentados cuando tenía catorce años. Aquel día le hice muchas preguntas a esta señorita.

En todos los casos, respondió con serenidad y claridad, sin perder la compostura. En ese encuentro le pedí a mi futura esposa que dibujara algo. Cogió un lápiz sin dudar y empezó a dibujar en un papel. Cuando acabó y me mostró el dibujo quedé muy impresionado. Entonces, la miré a la cara; su expresión de timidez resultaba hermosa. Tenía un corazón tan maravilloso como el dibujo que había hecho.

Nos prometimos el veintisiete de marzo de 1960, y nuestra boda se celebró al cabo de dos semanas escasas, el once de abril. Cuando aún no se había fijado la fecha, llamé a la señorita Han de nuevo unos días más tarde y le dije: «Mañana por la mañana celebraremos una ceremonia matrimonial», a lo que respondió simplemente: «¿Ah, sí?» y no hizo más preguntas ni trató de decir nada en contra. Parecía totalmente obediente al Cielo. Así de pura y dulce era. Tanto entonces como ahora, cuando se trata de la obra de Dios, su determinación es muy fuerte.

En la boda yo vestía un *samokwandae*, el antiguo vestido tradicional de la corte coreana, ahora comúnmente utilizado en las ceremonias de boda tradicionales, y ella llevaba el atuendo tradicional coreano, que incluía un *jokduri*, la tradicional tiara de novia. A mi novia, que entonces tenía diecisiete años, más de veinte menos que yo, se la veía segura y radiante, con los labios muy juntos y una bonita expresión en su cara. Durante la ceremonia le dije que estaba a punto de embarcarse en un curso difícil.

«Creo que ya eres consciente de que casarte conmigo no será como otro matrimonio cualquiera. Nos estamos convirtiendo en marido y mujer para completar la misión que nos fue dada por Dios, de ser Verdaderos Padres, y no para perseguir la felicidad de dos personas como hacen otros en este mundo. Dios quiere lograr el Reino de los Cielos en la tierra a través de una familia verdadera. Tú y yo recorreremos un camino difícil para convertirnos en Verdaderos Padres, que abrirán las puertas del Reino de los Cielos para otros. Es un camino que nadie más ha emprendido en la historia, ni siquiera yo sé todo lo que implicará. Durante los próximos siete años experimentarás muchas cosas difíciles de soportar. Pero no olvides, ni siquiera por un

momento, que la vida que vivimos es diferente a la de otros. No hagas nada, por trivial que sea, sin hablarlo primero conmigo, y obedece todo lo que te diga».

Ella respondió: «Ya me he determinado en mi corazón. Por favor, no te preocupes». Pude ver en su expresión que había adoptado una fuerte determinación. Los desafíos comenzaron el día siguiente a la boda. La primera dificultad a la que se enfrentó fue que no podía ver a su madre con la misma libertad que antes. En la familia de mi esposa, sólo hubo hijas únicas en las tres últimas generaciones. En el linaje de mi esposa, su abuela materna, su madre y ella misma habían sido todas hijas únicas., por eso, la relación entre madre e hija era particularmente fuerte en su familia. Sin embargo, le pedí a mi suegra que no viniera a ver a su hija muy a menudo. Y para que asumiera las responsabilidades de su misión pública y desarrollase el enfoque adecuado, también le pedí a mi esposa que viviese algo parecido a una vida ascética por tres años. Ello suponía que no podría prácticamente ver a su madre ni a ningún otro pariente en ese tiempo. Se instaló en una habitación alquilada a un miembro de la iglesia. Iba a la iglesia solo una vez al día, casi siempre por la tarde, y para no crear alboroto salía por la puerta trasera.

En cuanto a mí, estaba a menudo celebrando el culto u orando toda la noche, por lo que apenas estaba en casa. Esa separación no era por razones prácticas, sino para establecer una condición espiritual de devoción incondicional hacia su misión. Además de los escandalosos rumores que continuaban circulando sobre mí, esta separación de sus familiares y de mí lo hizo todo aún más difícil de soportar, si cabe, para mi joven esposa.

Cuando nos casamos, la Iglesia de Unificación ya se había establecido en más de ciento veinte comunidades de todo Corea. De todas formas, incluso en nuestra iglesia hubo quienes criticaron nuestro matrimonio. Algunos la envidiaban, otros la odiaban, y circularon muchas historias. Como si no fuera suficiente, vivía sola en casa de otra persona, mientras que mujeres de nuestra iglesia de más edad que ella me acompañaban a todas partes.

Finalmente, el aparente trato de frialdad que le dispensaba a mi esposa puso fin a todas las críticas y envidias en su contra. De hecho, la gente comenzó a simpatizar con ella. Por ejemplo, muchos feligreses me criticaron cuando no fui a verla, a pesar de estar sufriendo los síntomas postparto y de estar temblando en una habitación pobremente calentada tras el parto de nuestra primera hija. Algunos decían «¿Cómo puede siquiera llamarse su marido?

«Vas demasiado lejos, maestro», me dijeron. «Si te casaste con ella, deberías vivir con ella. ¿Qué estás haciendo, que ni siquiera la dejas verte?» Las personas que habían estado criticando a mi mujer, una por una, pasaron a ponerse de su lado.

A pesar de ser tan joven, era necesario que mi esposa recibiera una preparación severa. Durante el tiempo que vivimos juntos, las presiones fueron implacables; nunca tuvo un momento para sí misma. Vivía al límite, como si estuviera caminando sobre una fina capa de hielo, y preguntándose: «¿Habrà paz hoy? ¿Habrà paz mañana?» Puesto que tenía que alcanzar el nivel de amor maternal de Dios, la corregía hasta por una sola palabra incorrecta. A veces, incluso tenía que contener su afecto por mí por el bien de su misión eterna. Todo eso era necesario para que pudiera llegar a ser la Madre Verdadera; aun así, estoy seguro de que le causó mucho dolor en su corazón.

Yo podía decir una palabra como de pasada y no pensar mucho más en ello. Ella, sin embargo, tenía que armonizarse con cada una de mis palabras, así que estoy seguro de que su sufrimiento fue grande. Tardamos siete años en ajustarnos del todo entre nosotros. Si lo cuento es porque lo más importante en una relación matrimonial es la confianza. Es lo que permite que dos personas se unan totalmente.

Una belleza interior incomparable



Mi esposa y yo nos hicimos una promesa después de casarnos: por muy alterados o enojados que llegásemos a estar, no permitiríamos que nadie pensase, «parece que el reverendo Moon y su esposa se han peleado». Acordamos que, por muchos hijos que tuviéramos, no dejaríamos que vieran señal alguna de que nos habíamos peleado. Los niños son Dios. Un niño es Dios con un pequeño corazón. Así que cuando un niño dice «¡mamá!», y llama, la madre siempre debe responder, «¿qué quieres?», con una sonrisa.

Después de pasar por esa preparación tan estricta a lo largo de siete años, mi esposa se convirtió en una madre maravillosa. Todas las murmuraciones sobre ella desaparecieron, y llegó a nuestra familia una pacífica felicidad. Mi mujer ha dado a luz a catorce hijos, y a todos los ha abrazado siempre con muchísimo amor. Cuando está lejos de casa, acompañándome en una gira de discursos o en mi misión pública, les envía cartas y postales todos los días.

Debe haberle sido difícil criar catorce hijos en cuarenta años, pero nunca se quejó. Más de una vez me encontraba en el extranjero cuando mi esposa estaba a punto de dar a luz. Tuvo que pasar esos momentos sola. Había días en que no podía hacer nada por ella. En una ocasión, un miembro de la iglesia me contó en una carta que ella estaba pasando dificultades económicas. Existía la preocupación de si se estaba alimentando suficiente-

mente. Ni siquiera entonces tuvo una palabra de queja. Como yo sólo duermo dos o tres horas al día, ella ha hecho lo mismo toda nuestra vida juntos, obedientemente. Sacrificios así me duelen aún hoy.

Mi esposa tiene un corazón de amor y afecto tan enorme que incluso le dio a alguien necesitado un anillo muy especial que le había comprado. Cuando ve que alguien necesita ropa, la compra y se la regala, o le da la nuestra. Cuando se encuentra con alguien que tiene hambre, le compra comida. Cuando recibimos regalos, muchas veces se los entrega a otra persona que, según ella, los necesita más.

Una vez estábamos viajando por Holanda y tuvimos la oportunidad de visitar una fábrica de tallado de diamantes. Para expresarle el arrepentimiento que sentía por todos los sacrificios que había tenido que pasar, le compré un anillo de diamantes. No tenía mucho dinero, de manera que no pude comprarle uno grande, pero elegí uno que me gustó y se lo regalé. Más adelante, ella también regaló ese anillo. Cuando vi que no lo llevaba puesto, le pregunté dónde había ido a parar.

Ella respondió: «Ya sabes de sobras que no puedo quedarme algo así cuando hay personas más necesitadas».

Un día vi que había sacado un envoltorio de tela grande y trabajaba en silencio envolviendo algunas ropas. «¿Qué vas a hacer con esa ropa?», le pregunté. «Tengo un uso para ellas», dijo.

Hizo varios paquetes sin decirme nada de lo que pensaba hacer. Cuando acabó, me dijo que los estaba preparando para enviarlos a nuestros misioneros en países extranjeros.

«Este es para Mongolia, este es para África y este para Paraguay», dijo. Su sonrisa al decirlo era ligeramente autocomplaciente, lo que realzaba su dulzura. Todavía hoy, se siente responsable de cuidar a nuestros misioneros en el extranjero.

Mi esposa patrocina la ONG «Fundación internacional de ayuda humanitaria y amistad», fundada en 1979, que ha llevado a cabo proyectos solidarios en países como Congo, Senegal y Costa de Marfil. La fundación proporciona alimentos a niños

pobres, medicinas a los enfermos y ropa a los necesitados. En Corea fundó en 1994 la organización de ayuda humanitaria Aewon, cuyas actividades incluyen la gestión de comedores gratuitos para necesitados, y el apoyo a trabajadores con rentas de supervivencia, a discapacitados, a niños al cuidado de familias y a otros colectivos. También envía ayuda al pueblo norcoreano.

Mi mujer también ha sido en su momento muy activa en organizaciones femeninas. La Federación de mujeres para la paz mundial, que ella fundó en 1992, tiene oficinas en unos ochenta países y está acreditada con el estatus consultivo general en el Consejo económico y social de las Naciones Unidas, como organización no gubernamental.

A lo largo de la historia, las mujeres han sido perseguidas, pero predigo que esto va a cambiar. El mundo que viene será un mundo de reconciliación y de paz, basado en el carácter maternal, el amor y la sociabilidad de la mujer. Llega la hora en que el poder de las mujeres salvará el mundo.

Por desgracia, hoy en día muchas organizaciones de mujeres aparentemente creen que oponerse a los hombres es la manera de demostrar su poder. El resultado es un entorno de competición y conflicto. Las organizaciones femeninas que mi esposa lidera pretenden, por el contrario, lograr la paz basándose en que las mujeres trabajen unidas, tomen la iniciativa y se ayuden unas a otras; que superen las tradicionales separaciones de raza, cultura y religión, para crear familias sanas, que sean piedras angulares de una cultura de paz. Las organizaciones con las que trabaja no llaman a las mujeres a liberarse ni de los hombres ni de la familia. Por el contrario, llaman a las mujeres a desarrollar y mantener familias rebosantes de amor.

El sueño de mi esposa es ver que todas las mujeres son educadas como hijas verdaderas de corazón filial, creadoras de paz en los hogares, en nuestras comunidades, en nuestras naciones y en el mundo. El movimiento de mujeres liderado por mi esposa tiene como objetivo construir familias verdaderas, que sean los cimientos de la paz en todos los campos.

Durante uno de los períodos más intensos de mi trabajo público, nuestros hijos tuvieron que vivir casi la mitad del año sin sus padres. En nuestra ausencia, residieron en nuestra casa, atendidos por miembros de la iglesia. La casa estaba siempre llena de feligreses. A la hora de comer, siempre había invitados a los que se daba prioridad sobre nuestros hijos. Debido a este entorno, nuestros hijos crecieron con una sensación de soledad que no suelen experimentar niños de otras familias. Aún peor fue el sufrimiento que tuvieron que soportar a causa de su padre. Allí donde iban eran señalados como hijos e hijas de «Sun Myung Moon, el líder de la secta». Pasaron por períodos a la deriva y de rebeldía, pero siempre regresaron al hogar. No pudimos apoyarlos mucho como padres, pero cinco de ellos se graduaron de la Universidad de Harvard, y yo no podría estar más agradecido por su valiente actitud. Ahora ya tienen edad suficiente para ayudarme en mi trabajo, pero aún sigo siendo un padre estricto. Sigo educándoles para que sean personas que hagan más que yo para servir al Cielo y vivir por el bien de la humanidad.

Mi esposa es una mujer de extraordinaria fuerza, pero la muerte de nuestro segundo hijo, Heung Jin, supuso un duro golpe para ella. Ocurrió en diciembre de 1983. Ella estaba conmigo en Kwangju, en Corea, participando en una reunión de Victoria sobre el comunismo, cuando recibimos una llamada telefónica internacional diciendo que Heung Jin había sufrido un accidente de tráfico y estaba hospitalizado. Tomamos un vuelo al día siguiente y fuimos directamente a Nueva York, pero Heung Jin yacía inconsciente en la cama del hospital.

Un camión con exceso de velocidad que bajaba por una pendiente en dirección opuesta, trató de frenar e invadió el carril por donde iba mi hijo. Dos de sus mejores amigos iban en el coche con él en ese momento. Heung Jin giró el volante hacia la derecha, con lo que el lado del conductor recibió la mayor parte del impacto contra el camión. Al hacerlo, salvó la vida de sus amigos. Fui al lugar donde había ocurrido el accidente, cerca

de nuestra casa, y las marcas negras de los neumáticos, virando hacia la derecha, eran aún visibles.

Heung Jin se fue finalmente al cielo en la madrugada del dos de enero. Hacía un mes que había cumplido diecisiete años.

No hay palabras para describir el dolor de mi esposa de tener que enviar al cielo antes que ella a un hijo que había criado con amor. Sin embargo, no podía llorar. De hecho, era importante que no derramara lágrimas. Somos personas que conocemos el mundo del espíritu eterno. El espíritu de una persona no desaparece como el polvo, sólo porque se acabe la vida física. El espíritu va al mundo espiritual. Como padres, el dolor de saber que nunca veríamos ni acariciaríamos a nuestro hijo amado en este mundo era casi insoportable. Mi esposa no pudo llorar, sólo poner amorosamente sus manos sobre el coche fúnebre que llevó el cuerpo de Heung Jin.

Poco antes del accidente, nuestro hijo se había prometido con Hoon Sook Pak, que estaba estudiando ballet. Tuve que hablar con Hoon Sook de su partida de este mundo y averiguar qué quería hacer ella. Le dije que sabía que para sus padres no sería fácil ni justo si escogía casarse. Le dije que era mejor que rompiera el compromiso. Pero Hoon Sook se mantuvo firme. «Soy consciente de la existencia del mundo espiritual», dijo. «Por favor, deja que pase mi vida con Heung Jin». Al final, Hoon Sook se convirtió en nuestra nuera, cincuenta días después de la partida de Heung Jin. Mi esposa y yo nunca olvidaremos su radiante sonrisa, mientras sostenía una foto de Heung Jin durante la ceremonia de matrimonio espiritual.

Podría parecer que mi esposa iba a quedar desolada cada vez que se enfrentaba a situaciones de tanta dificultad, pero siempre permanecía incólume. Incluso en las circunstancias más difíciles e insoportables, nunca perdió su serena sonrisa. Siempre superó con éxito las circunstancias más difíciles de la vida. Cuando los miembros de la iglesia piden consejo a mi esposa para educar a sus hijos, les dice: «Tened paciencia y esperad. La época en que los hijos andan a la deriva es sólo temporal. No importa lo que

hagan: abrazadlos, amadlos y esperad. Los hijos siempre vuelven al amor de sus padres».

Nunca le he levantado la voz a mi esposa, no por mi carácter, sino porque nunca me ha dado motivos para hacerlo. En nuestra vida juntos, se ha esforzado en cuidarme con una devoción total y llena de amor. ¡Ella es, incluso, la que me arregla el pelo! Así que esta gran santa del mundo, también es la mejor peluquera que existe. Ahora que soy anciano la requiero para más cosas, y siempre responde. Si le pido que me corte las uñas de los pies, lo hace alegremente. Son mis propias uñas, pero ya no las veo muy bien; en cambio, ella las ve perfectamente. Es extraño, pero cuanto más envejezco, más valiosa es mi esposa para mí.

Promesas que nunca deben romperse



En nuestras ceremonias de emparejamiento y matrimonio les pido a los novios y las novias que no rompan nunca las promesas que se hagan. En primer lugar, un esposo y una esposa deben siempre confiar y amarse el uno al otro. En segundo lugar, no deben dañar el corazón de su pareja. Tercero, deben educar a sus hijos y a sus nietos para que mantengan la pureza sexual. Y en cuarto lugar, todos los miembros de la familia deben ayudar y animarse unos a otros para convertirse en una familia verdadera e ideal. La castidad antes del matrimonio y la fidelidad en él son de máxima importancia. Esto es lo que les enseño para que vivan con el potencial más elevado como seres humanos, creando y manteniendo familias saludables.

El matrimonio es más que la simple unión de un hombre y una mujer. Es una valiosa ceremonia de compromiso para llevar a cabo la obra de Dios de la creación. El matrimonio es el camino por el que un hombre y una mujer se unen, crean nueva vida y consolidan el amor verdadero. A través del matrimonio se crea un nuevo futuro; se forman sociedades, se construyen naciones. El mundo de paz de Dios se realiza con familias y matrimonios en su centro. El Reino de los Cielos de Dios se consigue en la familia. Así pues, maridos y esposas deben ser focos de paz. No sólo debe haber amor entre el esposo y la esposa, sino que la pareja también debe llevar armonía a todos los parientes. No basta con que el marido y la esposa vivan bien amándose, tam-

bién los familiares deben amarse. Les digo a las novias y a los novios que tengan muchos hijos. Tener muchos hijos y criarlos es una bendición de Dios. Es inconcebible que los seres humanos apliquen su propio juicio, y aborten arbitrariamente las preciadas vidas que Dios les ha concedido. Toda vida que nace en este mundo encarna la voluntad de Dios. Toda vida es noble y valiosa; por ello debe ser cuidada y protegida.

Naturalmente, el marido y la esposa deben confiar el uno en el otro y cultivar su amor. La promesa que más enfatizo a quienes se preparan para casarse es «enseñad a vuestros hijos a mantener la pureza sexual».

Es una promesa obvia, pero se ha vuelto difícil de mantener en la sociedad actual. Sin embargo, cuanto más empeora el mundo, más importante es cumplir estrictamente la promesa de la pureza sexual.

La perfección de los seres humanos y la paz en el mundo se consiguen a través de la familia. El propósito de la religión es que todos los seres humanos se transformen en personas de bien y logren así crear un mundo ideal de paz. Por mucho que se reúnan los políticos, no traerán la paz. Una potencia militar descomunal no traerá la paz. El punto de partida para lograr la paz es la familia.

Cuando llegué por primera vez a Estados Unidos en 1971, los vientos del amor libre y la promiscuidad soplaban en todo el país. La sociedad estaba en medio de una gran confusión. Los jóvenes que habían recibido una educación maravillosa se iban destruyendo uno por uno. La inmoralidad sexual estaba tan extendida que se convirtió en la norma. Las enfermedades de transmisión sexual empezaron a dispararse.

Si el problema ya era serio, se vio agravado aún más por políticos, intelectuales y clérigos. Sabían de su existencia, pero la mayoría de ellos lo obviaba. Intentaban ignorar la fea realidad, porque ellos mismos no se habían mantenido sexualmente puros. Las personas sexualmente impuras no pueden instar a sus hijos a que mantengan la pureza.

La inmoralidad y la degradación de la moral sexual entre los adultos destruye familias y arruina a los hijos. La inmoralidad y la vida personal licenciosa de los adultos destruye la vida de sus hijos. La sociedad actual no tiene un nivel de felicidad equivalente a su riqueza material, porque las familias se están derrumbando. Para salvar a las familias, los adultos deben primero llevar una vida decente. Sólo entonces podrán educar a los hijos en la pureza sexual.

La madre es la fortaleza que protege a la familia. Por mucho que la sociedad cambie, la familia se mantendrá sana y pacífica, sólo si la madre tiene una actitud de sacrificio y servicio. En esa familia es donde pueden crecer hijos maravillosos. Un cangrejo que camina de lado, no puede decir a sus hijos que caminen hacia adelante. Los padres deben dar buen ejemplo. Los hijos verdaderos vienen de familias verdaderas. La verdad siempre es sencilla.

El aspecto más difícil de la vida familiar es educar bien a los hijos. Les damos nacimiento en amor y los educamos en amor, pero no necesariamente crecen como sus padres desean. Lo que es peor, la cultura materialista actual está destruyendo las mentes inocentes de los jóvenes. La gente joven, que debería crecer hasta ser adultos responsables capaces de lograr cosas extraordinarias, se pierde en las drogas. Los estados inducidos por las drogas hacen que la gente pierda contacto con su propio espíritu. Esos jóvenes que han perdido contacto con su propio espíritu no pueden sino caer finalmente en la inmoralidad sexual y el crimen.

En la adolescencia, los hijos piensan que todo debe estar centrado sólo en ellos, y por eso tienen la tendencia a rebelarse contra lo que les dicen sus padres. Si éstos no responden con comprensión, existe la posibilidad de que el hijo se vuelva extremadamente egocéntrico. Por otra parte, un adolescente se emociona profundamente con todo lo que se conecta con su corazón. Tal vez, un día de otoño un adolescente ve caer un caqui de un árbol que ha perdido todas sus hojas. El adolescente no puede explicarlo, pero de alguna manera conecta con su corazón y eso

le hace sonreír y sentirse feliz. Es una señal de que el carácter original de la creación de Dios mora en su corazón.

Si los adolescentes mantienen relaciones sexuales, su percepción se nubla y su capacidad de emitir juicios disminuye. Cuando un joven y una joven adolescentes se encuentran y comienzan a hablar, se ruborizan y los latidos de su corazón se alteran. Si en ese momento sus mentes no están alineadas con el estándar de Dios, seguramente irán en una dirección egocéntrica. Perderán los medios para controlar sus cuerpos.

Durante la adolescencia, nuestras células abren de par en par todas las puertas del amor, tanto física como espiritualmente. El deseo de nuestra mente y el del cuerpo deben unirse y funcionar en armonía. Cuando adquirimos la nariz del amor, empezamos a amar olores que antes odiábamos. Cuando adquirimos la boca del amor empezamos a amar gustos que antes odiábamos. Queremos escuchar historias de amor toda la noche. Queremos seguir tocando a la persona que amamos. Los adolescentes piensan que se puede ser feliz simplemente con entrar en una relación amorosa.

Pero las puertas del amor están diseñadas por Dios y deben abrirse sólo en el momento adecuado. Los hijos deben entender que tienen que esperar al momento adecuado. Los padres deben enseñar estas cosas a sus hijos adolescentes con mucho cuidado. El amor es un proceso mediante el cual crecemos para parecer-nos a Dios. A pesar de lo que el mundo nos diga, no es algo para ser disfrutado a nuestro antojo.

Durante la adolescencia, puede que un joven trate con todas sus fuerzas de copiar lo que ha visto en una película muy emocionante. La gente se pregunta: «¿Y qué hay de malo en ello?» Lo malo es que esas acciones irresponsables llevan a la destrucción.

Cuando los jóvenes maduran y adquieren sabiduría y conocimiento, pueden controlar sus experiencias sociales y con su entorno, y son realmente libres de hacerlo, pero no durante la adolescencia.

¿Por qué decimos que no hay que darle un cuchillo a un niño? Porque el niño jugaría con él. El niño puede entender

cómo cortar con un cuchillo, pero lo hará sin control. Podría hasta cortarle los dedos a su madre. Puesto que los niños no pueden todavía entender completamente las consecuencias, no les damos cuchillos.

La combinación de padres que no enseñan a sus hijos el valor de la pureza, con la rebelión de los hijos contra sus padres, conduce a la ruptura familiar. Por eso, las sociedades se están rompiendo. Y por eso, también, las naciones se están destruyendo. Y finalmente, por eso la humanidad se está destruyendo.

Amar es dar y olvidar



La familia es la única institución creada por Dios. Es la escuela del amor, donde los seres humanos pueden aprender a amarse unos a otros y a vivir juntos en paz, y es la escuela donde practicamos cómo construir un palacio de paz en el mundo. Es el lugar donde aprendemos a ser los esposos que viven por el bien de su cónyuge, y que recorren juntos el camino eterno del amor. La familia es la base de la paz mundial, y debe ser el lugar donde los hijos digan: «Nunca hemos visto pelear a nuestros padres».

Nos encontramos con todo tipo de cosas en la vida. Incluso la pareja más amante puede tener momentos en los que discutan, se enfaden y se alcen la voz. Pero cuando los hijos entren en la habitación, de inmediato deben poner fin a toda discusión. Por muy enfadado que esté un marido o una esposa, debe tratar a su cónyuge pacíficamente cuando los niños estén presentes. Los hijos deben crecer pensando que su familia rebosa de alegría y que sus padres siempre se quieren.

Los padres son como un segundo Dios para sus hijos. Si preguntáis a vuestros hijos pequeños: «¿A quién queréis más, a Dios, o a mamá y papá?» y ellos dicen que quieren más a mamá y papá, significa que también quieren a Dios. La educación más valiosa tiene lugar en la familia. No encontraréis felicidad ni paz en otro sitio. La familia debe ser el Reino de los Cielos. Por muy rico o famoso que sea alguien, o aunque posea el mundo entero,

si las cosas no van bien en su familia, no será feliz. El Reino de los Cielos comienza en la familia. Si el marido y la esposa están unidos por un amor verdadero y construyen una familia ideal, ésta se conectará directamente con el mundo.

Vi algo interesante cuando estaba en la cárcel de Danbury. Estábamos utilizando una excavadora para nivelar una pendiente y hacer una pista de tenis. Cuando llovía teníamos que esperar a que parara y empezar de nuevo cuando salía el sol. Este proceso de arranque y parada se prolongó durante meses. Tuvimos un período largo de lluvia y no pudimos trabajar durante veinte días consecutivos. Cuando la lluvia cesó y salimos para reanudar el trabajo, vimos que una especie de ave acuática había puesto su nido entre la maleza. Era un lugar a tan sólo unos metros de donde los internos caminaban para hacer ejercicio.

Al principio ni siquiera nos dimos cuenta de que el pájaro estaba allí. Su camuflaje era tan perfecto, que las plumas se confundían con el follaje. Pero cuando puso sus huevos, vimos que había un pájaro entre la hierba. Los huevos que estaba incubando parecían piedras de gravilla negra. En cuanto los polluelos salieron del cascarón, la madre fue a buscar algo de comida, la trajo de vuelta al nido y la puso en el pico de las crías. Cuando la madre regresaba con la comida, sin embargo, nunca volaba directamente al nido. Se posaba a poca distancia y luego caminaba el resto del trayecto. Cada vez se acercaba al nido desde una dirección diferente; era su sabia manera de dificultar a los demás la localización del nido donde estaban sus crías. Las crías comieron el alimento que su madre les traía y crecieron. A veces, cuando un recluso caminaba cerca del nido, la madre volaba y lo mantenía lejos con su afilado pico. Tenía miedo de que pudiera lastimar a sus polluelos.

Esta ave acuática entendía el verdadero amor de padres. El amor verdadero está dispuesto a renunciar a la propia vida, sin sopesar nada. El corazón del pájaro, que estaba dispuesto a sacrificar su vida, si era necesario, para proteger a sus crías, era de amor verdadero. Los padres recorren la senda del amor, por

muy difícil que resulte. Están preparados, si es necesario, a entregar sus vidas por amor, y eso es verdadero amor.

La esencia del amor es dejar a un lado cualquier idea de hacer que otros vivan para uno. Es vivir por el bien de los demás y entregarse a ellos. El amor da, pero luego olvida que ha dado, y continúa dando sin cesar. Este amor se da con alegría. Es el amor que una madre siente cuando lleva a su hijo en brazos y le da el pecho.

Los padres sufrirán por sus hijos hasta que parezca que sus huesos van a derretirse, pero nunca sentirán que sea una tarea difícil. El verdadero amor comienza en Dios y nos llega de Dios. Así que cuando los progenitores dicen a sus hijos casados: «Si os amáis, es por la gracia de vuestros padres», los hijos deberían responder: «Si no hubierais encontrado una pareja así para mí, no sé lo que habría hecho».

La familia es un regalo de amor. Cuando vayamos al Reino de los Cielos y abramos este regalo, saldrán un padre y una madre maravillosos. Saldrán unos hijos maravillosos. Aparecerán un abuelo y una abuela benévolos. Este es el regalo de amor. La familia es el espacio donde se realiza el ideal de Dios y donde podemos ver la culminación de Su obra. La voluntad de Dios consiste en lograr un mundo donde el amor se hace real, y la familia es el lugar que rebosa del amor divino.

Sólo con escuchar «familia» empezamos a sonreír, porque la familia rebosa del amor verdadero, que realmente vive por todos sus miembros. El verdadero amor da amor y después se olvida incluso de haberlo dado, y vuelve a dar. El amor de los padres que viven por sus hijos y de los abuelos que viven por sus nietos es el verdadero amor. También lo es el amor que lleva a un patriota a dar la vida por su país.

La familia pacífica es la piedra angular del Cielo



Muchos occidentales viven vidas verdaderamente solitarias. Sus hijos dejan el hogar al cumplir dieciocho años, y puede que los padres ya sólo los vean por Navidad. Muchos hijos casi nunca visitan a sus padres para saber cómo están. Una vez que se casan viven con sus cónyuges, independientes de su familia, hasta que los padres son tan mayores que ya no pueden valerse por sí mismos. Entonces, los hijos les llevan a una residencia de ancianos.

Así que resulta comprensible que muchos occidentales envidien la cultura oriental. Mucha gente mayor en occidente dice: «En oriente, los abuelos viven en la familia como sus miembros más antiguos, y es realmente maravilloso. Los hijos respetan a sus ancianos padres. Así es como se supone que debe vivir la gente. ¿Qué sentido tiene vivir en una residencia de ancianos, sin poder ver a mis hijos ni saber siquiera qué día es, solamente vegetando?»

Por desgracia, la estructura familiar en Oriente también se está deteriorando paulatinamente. También nosotros estamos abandonando las tradiciones que nos han sido transmitidas por miles de años. Hemos tirado por la ventana la ropa tradicional, nuestra comida y nuestra estructura familiar. Crece el número de gente mayor que vive sola en Corea. Cada vez que veo historias en las noticias de ancianos viviendo solos, me da mucha

pena. La familia es el ámbito donde distintas generaciones conviven. Si están dispersas y a los padres se les deja solos, entonces eso ya no es una familia. El sistema de familia ampliada es una hermosa tradición coreana.

Yo recomiendo que tres generaciones convivan en un solo núcleo familiar, y no sólo porque sea una forma de mantener la tradición de nuestro país. Cuando unos esposos tienen un hijo, le transmiten todo lo que pueden a ese niño. Hay un límite, no bastante, a cuánto unos padres pueden transmitir. Los padres representan el presente y los hijos el futuro. Los abuelos representan el pasado. Así pues, sólo cuando los abuelos, los padres y los hijos conviven bajo un mismo techo, pueden los hijos heredar toda la fortuna del pasado y del presente. Amar y respetar a los abuelos es heredar la historia del pasado y aprender del mundo del pasado. Los hijos aprenden una valiosa sabiduría de sus padres sobre la manera de vivir en el presente, mientras que los padres preparan el futuro amando a sus hijos.

Los abuelos están en la posición de representar a Dios. Por muy inteligente que sea un joven, no puede conocer todos los secretos de este vasto mundo. La juventud no puede conocer los muchos misterios de la vida que vamos descubriendo al envejecer, por eso los abuelos representan la historia de la familia. Los abuelos son preciados maestros que transmiten a los nietos toda la sabiduría que han adquirido gracias a las propias experiencias acumuladas en sus vidas.

El abuelo más anciano del mundo es Dios. Por tanto, una vida en la que se recibe el amor del abuelo y se vive por el bien del abuelo es una vida en la que se llega a comprender el amor de Dios y a vivir por Su bien. Tenemos que mantener esta tradición para abrir el almacén secreto del Reino de Dios y recibir Su tesoro de amor. Un país que ignora a sus ancianos, abandona su carácter nacional e ignora sus raíces. Cuando llega el otoño, el castaño va secándose y sus hojas comienzan a caer. La piel de las castañas cae. Hasta la cáscara que rodea al fruto por dentro se seca. Este es el ciclo de la vida. Lo mismo ocurre con los seres humanos. Nacemos como niños, crecemos en el amor

de nuestros padres, encontramos un compañero maravilloso y nos casamos. Todo ocurre en la cadena de la vida, hecha de amor. Al final somos como las castañas, que se secan en otoño. Los ancianos no son una categoría diferente de personas. Todos envejeceremos. No debemos tratar a las personas de edad irrespetuosamente, por muy seniles que estén.

Hay un dicho que reza: «Si hay armonía en el hogar, se puede lograr cualquier cosa». Cuando hay paz en la familia, todo va bien. La familia pacífica es la piedra angular del Reino de los Cielos. La familia funciona con la energía del amor. Si amamos el universo como amamos a nuestra familia, nada nos impedirá ir donde queramos. Dios existe en el centro del amor, como Padre de todo el universo. Por eso, el amor en la familia debe vincularse directamente a Dios. Cuando la familia se complete en el amor, el universo se habrá completado.

Diez años de lágrimas derriten el corazón de un suegro



No hace mucho, los medios de comunicación coreanos publicaron la historia de una japonesa residente en Milyang, en Corea, que recibió un premio por su servicio filial a la familia. El artículo decía que la mujer había llegado a Corea como la esposa de un coreano al que había conocido a través de un grupo religioso. El hombre se casó con ella a pesar de la oposición de su familia. Esta esposa japonesa había cuidado con gran devoción de su suegra -que tenía dificultades para moverse- y de su anciano suegro. La gente de la comunidad recomendó que fuera reconocida por sus actos de amor filial, decía el artículo.

La suegra estaba paralizada de cintura para abajo, y las autoridades de salud pública coreanas habían considerado su grado de dependencia como del segundo nivel más alto. Desde el primer día de su matrimonio, la nuera llevaba a su suegra a cuestras a diferentes hospitales, para que recibiera tratamiento. Como pasaba mucho tiempo dedicándose a sus suegros, casi nunca tenía tiempo de visitar a su familia en Japón. Cuando se enteró de que iba a ser premiada por su comportamiento, protestó diciendo que sólo había hecho lo correcto.

Esta nuera japonesa que apareció en la prensa es Kazuko Yashima. Llegó a Corea gracias a los matrimonios internacionales e interculturales de nuestra iglesia. Son matrimonios donde

hombres y mujeres se unen más allá de diferencias religiosas, nacionales o raciales. Hay muchos hombres jóvenes en las zonas rurales de Corea que no pueden encontrar esposa. Las novias que vienen a Corea en estos matrimonios internacionales e interculturales lo hacen de manera incondicional.

Ellas cuidan de sus ancianos suegros, alientan a sus maridos a tener fuerza y esperanza, y tienen hijos y los crían. Van a vivir a las comunidades rurales que los coreanos han abandonado porque es muy difícil vivir allí. ¡Qué hermoso es lo que están haciendo! Este proyecto se ha llevado a cabo durante más de treinta años.

Miles de mujeres de otros países se han establecido en Corea gracias a estos matrimonios internacionales e interculturales. En las comunidades rurales, despobladas de los jóvenes que se han ido a las ciudades, y donde no oían el llanto de un recién nacido desde hacía mucho tiempo, los ancianos se han alegrado mucho al ver nacer los hijos de estas parejas, y tratan a los niños como si fueran sus propios nietos. En una escuela primaria en la provincia de Choongcheong, más de la mitad de los ochenta estudiantes que asisten son hijos de los matrimonios internacionales e interculturales concertados por nuestra iglesia. El director de la escuela ha dicho que tendrá que cerrar el centro si sigue disminuyendo el número de estudiantes, así que reza a diario para que los miembros de nuestra iglesia no abandonen la comunidad. En Corea hoy, unos veinte mil niños de matrimonios internacionales e interculturales están matriculados en escuelas primarias de todo el país.

Cada año, al acercarse el aniversario de la independencia de Corea del Japón, los noticieros televisivos presentan historias de algunos japoneses muy especiales que frente a las cámaras piden disculpas por las acciones perpetradas por su país durante la ocupación. Ellos mismos no cometieron esos crímenes, pero se disculpan por las acciones de sus antepasados. La mayoría son miembros de nuestra iglesia que han derribado los muros entre las naciones mediante matrimonios internacionales e interculturales. Gracias a su comportamiento, los muros en los cora-

zones de los coreanos que ven a los japoneses como enemigos están cayendo irremediablemente.

En 1988, un hombre joven e inteligente que se unió a nuestra iglesia y quería casarse, solicitó ser emparejado, y lo fue con una japonesa. El padre de este joven reaccionó de forma muy negativa ante esta unión. «¿Con todas las mujeres que hay en el mundo, tenías que casarte con una japonesa?», le dijo.

Durante la ocupación japonesa, el padre del joven había sido uno de los coreanos reclutados para trabajos forzados, y llevado a una mina de carbón en la prefectura de Iwate, en el noreste de Japón. Arriesgó su vida para escapar de la mina y caminó más de un mes hasta Shimonoseki, donde pudo embarcar y regresar a Corea. Albergaba un odio enorme hacia Japón. Al escuchar que su hijo se uniría a una mujer japonesa, amenazó con repudiarle.

«Has traicionado a la familia», le dijo. «Voy a quitar tu nombre del árbol genealógico. Ninguna mujer de ese país enemigo pondrá jamás los pies en esta casa, cógela y marchaos. Ella no es adecuada para ti, así que no me importa si os vais o si os morís».

El padre se mostró inflexible, pero el joven perseveró, haciendo lo que creía correcto. Se casó con la japonesa y llevó a su esposa a su ciudad natal, en Nagan, Corea. El padre ni siquiera les abrió la puerta de la casa. Algún tiempo después aceptó a regañadientes su matrimonio, pero aún entonces continuó hostigando a su nuera. Cada vez que ella parecía tener dificultades con algo, el suegro le decía: «Eso no es nada comparado con lo que tu gente me hizo. Deberías haberlo previsto cuando decidiste casarte con alguien de nuestra familia».

Siempre que los familiares se reunían para una fiesta importante, el suegro hacía que ella se sentara a su lado y le decía todas las cosas que le hicieron en la mina de carbón de Iwate. Y la nuera siempre le respondía diciendo: «Padre, te pido perdón en nombre de Japón. Lo siento». Se echaba a llorar y le imploraba su perdón. Mientras él descargaba su ira contra ella, lo escuchaba

contar una y otra vez las mismas historias hasta que terminaba, y, mientras, ella no dejaba de disculparse.

Así continuó por unos diez años, y al cabo se detuvo. Los familiares notaron que su fría actitud hacia la nuera se había convertido en mucho más cálida, y que incluso parecía caerle bien. Así que le preguntaron. «¿Por qué estás tan amable con tu nuera?», le dijeron. «Es japonesa, ¿ya no la odias?»

«Ya no», dijo, «todo el odio que había acumulado en mi corazón ha desaparecido».

Y añadió: «En realidad, nunca la odié. Sólo estaba descargando en ella todo el odio que había en mí por haber sido forzado a trabajar en la mina. Gracias a ella, mi odio ha desaparecido totalmente. A partir de ahora voy a ser amable con ella, porque en verdad es nuera mía».

La nuera había pagado por los pecados de los japoneses. Este es un ejemplo del camino de redención que llevará a la humanidad a un mundo de paz.

El auténtico significado del matrimonio



El camino más corto para lograr un mundo ideal de paz son los matrimonios internacionales e interculturales. Cosas que nos llevaría aparentemente una eternidad, pueden lograrse milagrosamente en tan sólo dos o tres generaciones con este tipo de matrimonios. Para que pueda lograrse más rápidamente un mundo pacífico, la gente debería casarse trascendiendo sus fronteras nacionales y culturales con alguien de un país al que consideren enemigo. Puede que haya quien odie a gente de una determinada nación o cultura, y piense que nunca va a fijarse siquiera en ellos. Pero si alguien de esa nación se convierte en su cónyuge, esa persona ya ha recorrido la mitad de camino para ser parte de esa otra nación. Todo el odio desaparece. Si esto se repite dos o tres generaciones, las raíces del odio serán erradicadas.

Los blancos se casarán con los negros; los japoneses con coreanos y con africanos. Muchos millones de personas están participando en esta clase de bodas internacionales e interculturales. Como resultado, se está creando un linaje completamente nuevo. Está naciendo un nuevo tipo de ser humano que transcende el ser blanco, negro o amarillo. Y no me refiero sólo a los matrimonios que superan las fronteras nacionales. Lo mismo vale para los matrimonios entre gente de distintas religiones y confesiones. De hecho, casarse con alguien de otra religión

puede ser aún más difícil que si es de otro país. Aunque dos grupos religiosos hayan estado luchando durante siglos, es posible crear armonía entre ellos si sus fieles se casan unos con otros. En esos matrimonios, los esposos no se apartarán del otro sólo porque el cónyuge haya sido educado en otra tradición.

Es importante enseñarles a los jóvenes la santidad y el valor del matrimonio. Actualmente, Corea tiene uno de los índices de natalidad más bajos del mundo. No tener hijos es peligroso, porque sin descendencia un país no tiene futuro. Les enseño a los jóvenes que han de mantenerse sexualmente puros en su adolescencia, ser bendecidos en matrimonio y tener, por lo menos, tres hijos. Los hijos son bendiciones que Dios nos da. Tener hijos y criarlos es criar ciudadanos del reino celestial. Por eso es un gran pecado vivir inmoralmente y abortar los bebés que han sido concebidos viviendo de este modo.

No nos casamos para nosotros mismos, sino por el bien de nuestro cónyuge. Es erróneo fijarse sólo en una persona guapa o acomodada a la hora de buscar pareja. Los seres humanos debemos vivir por el bien de los demás. Hemos de aplicar este principio también al matrimonio. Por muy inculta o poco atractiva que sea tu pareja, debes casarte con la actitud de amarle o amarla aún más que si fuese culto y guapo. El amor de Dios es la bendición más preciada. Contraer matrimonio es recibir y practicar esa bendición de amor. Tenemos que entender el inmenso valor del matrimonio, vivir una vida conyugal de verdadero amor y construir familias verdaderas.

Desde esa perspectiva, la paz mundial no es una tarea tan ingente. Empieza con familias pacíficas, que crean sociedades pacíficas y eliminan los conflictos entre naciones. Esto conducirá a la paz mundial.

Este ejemplo demuestra la importancia de que las familias estén unidas, y la inmensa responsabilidad que soportan estas familias. La expresión: «Lo único que me importa es que yo y mi familia vivamos bien», no forma parte de mi vocabulario.

El matrimonio no sólo incumbe al novio y la novia. El matrimonio crea lazos entre dos familias, y reconcilia clanes y nacio-

nes. Ambos aceptan las diferencias con la cultura del otro, y superan los rencores y el odio tejidos en la historia. La unión matrimonial entre coreanos y japoneses contribuye a la unión de los dos países. Cuando una persona blanca se casa con una negra, contribuye a la reconciliación de ambas razas. Los hijos de estos matrimonios representan la armonía, porque heredan el linaje de ambos grupos étnicos. Representan un nuevo comienzo para la humanidad, más allá de toda etnia. Al seguir haciéndolo durante varias generaciones, desaparecerán las divisiones y las hostilidades entre naciones, razas y religiones, y la humanidad se convertirá en una sola familia, que vivirá en un mundo de paz.

Recientemente el número de coreanos casados con extranjeros se ha incrementado, y también vemos en Corea cada vez más familias formadas por personas de diferente nacionalidad y religión. Los coreanos han acuñado un nuevo término que significa familias multiculturales. No es tan fácil la convivencia afectiva en un matrimonio formado por un hombre y una mujer que han crecido en ambientes muy diferentes; y menos aún siendo la coreana una esfera cultural tan homogénea. Ambos cónyuges deben hacer un esfuerzo adicional por comprenderse y cuidarse. Si nuestros matrimonios internacionales e interculturales tienen éxito es porque conviven poniendo a Dios en el centro. Varias organizaciones coreanas que velan por el bienestar social intentan ayudar a las familias multiculturales, ofreciéndoles programas de enseñanza del idioma y la cultura coreanos. Pero esos esfuerzos pueden resultar inútiles mientras no cambie nuestro concepto de matrimonio. Si una mujer piensa: «¿Para qué me habré casado con este hombre? Si no me hubiese casado con él, viviría mejor», se predispone a que su vida conyugal sea un infierno. Es más importante comprender correctamente qué es el matrimonio, que aprender el idioma y la cultura coreanos.

El matrimonio no es sólo que un hombre y una mujer en edad de casarse se junten y compatibilicen sus vidas. El matrimonio se construye sobre la base del sacrificio. El hombre debe vivir por su mujer, y la mujer por el hombre. Si continuas

viviendo por el bien de tu cónyuge, desaparecerá totalmente tu egoísmo. Ese corazón que busca sacrificarse así es un corazón de amor. El amor no es que un hombre y una mujer se junten y lo pasen bien. El amor es dar la vida por el otro. Si os casáis, hacedlo con la determinación de que vuestra vida será para vuestro cónyuge.

El verdadero amor reside en una verdadera familia



Por mucho que se ame una pareja, una familia completa y feliz requiere que los padres actúen como un escudo protector del hogar y que tengan al menos un hijo que amar. Una familia protegida se convierte en un nido de felicidad. Alguien con gran éxito social tendrá una familia infeliz si carece de esa protección.

La base del amor es un corazón que lo sacrifica todo por el bien de los demás. El amor de los padres es verdadero, porque están dispuestos a darlo todo a sus hijos y al hacerlo, desean dar aún más. Los padres que realmente aman a sus hijos ni siquiera recuerdan lo que les han dado. Ningún padre llevaría un registro de todo el calzado y la ropa que le compra a su hijo, para decirle:» Esto es lo que me he gastado en ti». Por el contrario, los padres dan todo a sus hijos y les dicen: «Nos gustaría hacer más por vosotros, y sentimos mucho no poder».

Cuando era niño seguía a mi padre mientras cuidaba de sus colmenas y observaba el comportamiento de las abejas. Cuando una abeja revoloteaba por el jardín y olía la fragancia de una flor, volaba y apoyaba firmemente sus patas en ella. Entonces hundía la cabeza profundamente en la flor, de modo que su abdomen apuntaba hacia arriba mientras succionaba el néctar. Aunque agarrases a la abeja por el abdomen y tirases de ella, no soltaba la flor. Arriesgaba su vida con tal de seguir sujetándola.

El amor paternal que se cultiva en la familia es como una abeja aferrada a una flor. Aunque un padre pierda su vida, no soltará el vínculo de amor que le une a sus hijos. Los padres dan la vida por sus hijos y luego olvidan que la han dado, así es el verdadero amor paternal. Por muy largo y peligroso que sea el camino, los padres lo recorrerán encantados. El amor paternal es el más grandioso del mundo.

Aunque alguien viva en una buena casa y coma alimentos muy refinados, si no tiene padres, en su corazón habrá un gran vacío. Quien ha crecido sin recibir amor paternal alberga en su corazón una soledad y un vacío que nada pueden llenar. La familia es donde se recibe el amor verdadero y se aprende a amar. Quienes de niños no han recibido amor, viven el resto de sus vidas hambrientos de amor y sufren traumas emocionales. No solo eso, también pierden la oportunidad de aprender los nobles deberes morales que uno debe cumplir para con su familia y la sociedad. El amor verdadero es un valor que no se puede aprender en ningún otro lugar más que la familia.

Una verdadera familia es el lugar donde el marido y la esposa se aman y viven por el otro, como si el cónyuge fuese el padre o la madre, el hermano o la hermana. Es el lugar donde el marido ama a su mujer como ama a Dios, y la mujer respeta a su marido como respeta a Dios. No podemos abandonar a nuestros hermanos, sean cual sean las dificultades a las que nos enfrentemos, ni podemos abandonar a nuestra madre. Por eso, la palabra divorcio no debería ni existir: el marido ocupa el lugar de padre y hermano mayor para la esposa. Al igual que una esposa no puede abandonar a su padre ni a su hermano, no debería abandonar nunca a su marido. Del mismo modo, un marido nunca debería abandonar a su esposa. En la verdadera familia cada uno de los cónyuges vive conociendo el valor absoluto de su pareja.

No importa si el marido y la esposa provienen de diferentes razas o culturas. Si han constituido una familia después de recibir el amor de Dios, no pueden haber conflictos culturales entre los hijos que han dado a luz. Esos hijos amarán y apreciarán la cultura y la tradición del país de su padre y del país de su madre,

con el mismo amor que sienten hacia sus padres. La solución a los conflictos de las familias multiculturales no estriba en el tipo de conocimientos que se les enseña, sino en que esos padres críen a sus hijos con amor verdadero. El amor de los padres penetra en las entrañas de sus hijos, y es el fertilizante para que acepten que el país de su padre y el de su madre no son sino uno solo, convirtiéndoles en maravillosos ciudadanos del mundo.

La familia es la escuela donde se enseña y se aprende el amor por la humanidad. Hijos que crecen en el cálido amor de sus padres, al salir al mundo cuidarán con amor a quienes pasan dificultades, como lo aprendieron en el hogar. Quienes crecieron con el amor de sus hermanos y hermanas, vivirán en sociedad compartiendo ese corazón cuidadoso con sus vecinos. Quienes fueron criados con amor, considerarán a cualquier persona del mundo como parte de su propia familia. El punto de partida hacia una verdadera familia es un corazón de amor que trata a los extraños como familiares, y que lo comparte todo con ellos.

Otra razón por la que la familia es importante es que se extiende hasta formar el mundo. Una familia verdadera es el comienzo de una sociedad verdadera, de una nación verdadera y de un mundo verdadero; es el punto de partida de un mundo pacífico, del reino de Dios. Los padres trabajarán por sus hijos hasta el último aliento. Pero no lo harán solamente para alimentarles. Una persona cuyo corazón rebosa de amor trabajará por el bien de todos y de Dios.

La familia es el lugar donde recibimos tanto amor que acaba rebosando nuestro corazón. Aunque la familia protege a sus miembros, su función no es impedir que el amor se escape. De hecho, el amor de la familia debe rebosar a la comunidad que la rodea. Por mucho que se derrame, el amor en la familia nunca se agotará, porque se recibe de Dios. El amor que recibimos de Dios es tan grande que podemos excavar en él y nunca ver el final. De hecho, cuanto más excavamos tanto más surge el amor como agua pura de manantial. Quien haya crecido con ese tipo de amor podrá vivir una vida verdadera.

Dejando un legado de amor



Una vida verdadera es una vida en la que debemos abandonar nuestros deseos privados y vivir por el bien público. Esta verdad ha sido enseñada por los principales líderes religiosos del pasado y del presente, de Oriente y Occidente: Jesús, Buda y el Profeta Muhammad (saws). Es una verdad tan conocida que, lamentablemente, parece haberse devaluado. El paso del tiempo o los cambios en el mundo, sin embargo, no pueden disminuir su valor, porque la esencia de la vida humana nunca cambia, ni aún en tiempos de rápidas transformaciones mundiales.

El maestro con quien tenemos una relación más estrecha es nuestro corazón. Es más valioso que nuestros amigos más cercanos, y aún más valioso que nuestros padres. Así que, a medida que avanzamos en nuestra vida, debemos preguntarnos: «¿Estoy viviendo una vida buena en este momento?» Cualquiera puede oír hablar a su corazón. Si alguien llega a la conclusión de que su corazón es su maestro, lo «pulirá» y mantendrá con él una estrecha relación durante toda la vida. Si una persona oye a su corazón sollozando, tiene que detener de inmediato lo que esté haciendo. Cualquier cosa que haga sufrir al corazón, lo arruinará. Cualquier cosa que entristezca al corazón, hará que finalmente la persona caiga en la tristeza.

Para «pulir» tu corazón hasta que esté limpio como el cristal, es absolutamente necesario que pases tiempo conversando

directamente con él en un entorno alejado del mundo y a solas. Será un momento de intensa soledad, pero ese instante en que te acercas a tu corazón es el de la oración y la meditación. Es cuando tomamos dominio de nuestro corazón. Al aislarnos del ruido que nos rodea y permitir que nuestros pensamientos se calmen, veremos en lo más profundo de nuestro corazón. Nos tomará mucho tiempo y esfuerzo profundizar hasta ese lugar donde nuestro corazón está en calma, no sucederá en un día.

Al igual que el amor no es para nuestro bien personal, tampoco la felicidad ni la paz son para nosotros solos. Igual que el amor no puede existir sin un compañero, tampoco la felicidad ni la paz. Ambos sólo existen en el contexto de la relación con un compañero. Nada se logra viviendo solo. No podemos ser felices, ni hablar de paz en solitario. Dado que es el compañero quien nos permite tener paz y felicidad, ese compañero es más importante que nosotros.

Pensad en una madre llevando su bebé a cuestas, sentada en la entrada del metro de Seúl y vendiendo tentempiés caseros a los transeúntes. Para estar en ese lugar, justo a tiempo para la hora punta de la mañana, se habrá pasado toda la noche preparando esa comida, y habrá tenido que cargar a su escandaloso hijo a cuestas hasta llegar a la estación. La gente que pasa quizás digan: «Oh, estarías mejor si no cargaras con ese niño», pero la madre lleva esta vida por el bien de su hijo.

Hoy en día podemos esperar vivir unos ochenta años. Ochenta años de alegría, ira, tristeza, felicidad y de todas las demás emociones mezcladas puede parecer mucho tiempo, pero si descontamos el tiempo que pasamos durmiendo, trabajando y comiendo, y luego el tiempo personal que dedicamos a hablar, a reír, a divertirnos con los demás, a asistir a bodas y funerales, así como el que pasamos en cama enfermos, nos quedan sólo unos siete años. Podemos vivir ochenta años, pero pasar sólo siete de ellos viviendo por un bien público.

La vida es como una goma elástica. Dos personas que reciban los mismos siete años pueden usarlos como siete o como setenta. El tiempo, en sí mismo, está vacío. Nosotros tenemos que poner

cosas en él. Lo mismo ocurre con la vida de las personas. Todo el mundo quiere vivir su vida teniendo un lugar cómodo para dormir y buena comida. Comer y dormir, sin embargo, son simplemente formas de dejar escapar el tiempo. En el momento en que una persona termina de vivir su vida, y su cuerpo es enterrado, toda la riqueza y la gloria se quedan en burbujas que estallan. Sólo los siete años que vivió por un bien mayor permanecerán y serán recordados por la posteridad. Esos siete años son todo lo que queda en el mundo de una vida que duró ochenta.

No venimos a este mundo, ni nos vamos de él, por nuestra propia voluntad. No tenemos la capacidad de tomar decisiones sobre nuestro destino. Nacemos aunque no elegimos nacer, vivimos aunque no elegimos vivir y morimos aunque no elegimos morir. No tenemos autoridad sobre estos aspectos de nuestras vidas, así que, ¿cómo podemos presumir de que somos, de alguna manera, mejores que otros? No nacemos por nuestra propia voluntad, ni poseemos nada que sea nuestro para siempre, ni podemos evitar la muerte. De manera que cualquier jactancia por nuestra parte sólo sería patética.

Incluso si alcanzamos una posición más alta que otros, el honor es sólo temporal. Aunque acumulemos más posesiones que los demás, debemos dejarlas todas atrás a las puertas de la muerte. El dinero, el honor y el conocimiento se van alejando de nosotros y acaban por desaparecer con el paso de los años. No importa lo noble y grande que sea alguien, la suya es sólo una vida lamentable, que terminará cuando suelte las amarras de su vida.

La humanidad ha luchado siempre por entender quienes somos y por qué tenemos que vivir. Debemos darnos cuenta de que, igual que no nacimos por nuestra propia voluntad, tampoco estamos destinados a vivir nuestras vidas para nuestro propio bienestar. La respuesta a la pregunta de cómo debemos vivir nuestras vidas es, por lo tanto, simple. Hemos nacido del amor, así que debemos vivir recorriendo la senda del amor. Nuestras vidas fueron creadas recibiendo el inmenso amor de nuestros padres, por tanto debemos vivirlas enteramente devolviendo ese

amor. En el transcurso de nuestra vida, este es el único valor que podemos elegir nosotros solos. Nuestro éxito o fracaso en la vida dependen del amor con que llenamos los ochenta años que se nos conceden.

En algún punto, todo el mundo se despoja de su cuerpo como de ropa vieja, y muere. En coreano, «volver» es una forma común de decir «morir». «Volver» significa regresar de donde venimos, es decir, volver a nuestras raíces fundamentales. Todo en el universo se mueve en ciclos. La nieve que se acumula en los montes se derrite y fluye bajando por las laderas, y forma arroyos que luego se convierten en ríos que desembocan en el mar. El agua que fluye hasta el océano absorbe el calor de los rayos del sol, se convierte en vapor de agua, vuelve al cielo y se prepara para convertirse en copos de nieve o en gotas de lluvia. Volver a nuestro lugar de origen es, en realidad, lo que llamamos muerte. Entonces, ¿a dónde volvemos los seres humanos cuando morimos? El cuerpo y el corazón se unen para formar una vida humana, y la muerte es el acto de desprenderse del cuerpo. Así que vamos al lugar de donde viene el corazón.

No podemos hablar de la vida sin hacerlo también de la muerte. Tenemos que entender con precisión qué es la muerte, aunque sólo sea para entender el propósito de la vida. Esa vida de verdadero valor sólo puede comprenderla quien se encuentre en una situación difícil, donde la muerte parezca inminente, y pida al cielo desesperado que le permita vivir aunque sea un solo día más. Si nuestros días son así de valiosos, ¿cómo deberíamos vivirlos? ¿Qué debemos cumplir antes de cruzar la línea divisoria de la muerte?

Lo más importante es no pecar y vivir una vida sin sombras. Hay mucho debate religioso y filosófico sobre qué es pecado, pero está claro que no debemos participar en actos que hagan que nuestra conciencia se sienta culpable. Cuando hacemos cosas que nos producen dolor de conciencia, dejamos siempre una sombra en nuestro corazón.

La siguiente acción más importante es trabajar considerablemente más que otros lo hayan hecho. Todas las vidas son

limitadas, duran sesenta, setenta años u otra edad cualquiera. Dependiendo de cómo utilicemos ese tiempo, nuestra vida puede que sea dos o tres veces más fructífera que otras. Si divides tu tiempo de vida en etapas y después vives cada etapa con pleno sentido, tu vida será verdaderamente valiosa. Vive con dedicación y diligencia, diciéndote, por ejemplo, que plantarás dos o tres árboles mientras otros planten uno.

No vivas para ti mismo, debes vivir por los demás; vive por tus vecinos más que por tu familia; por el mundo más que por tu propio país. Todos los pecados del mundo empiezan cuando se antepone primero al individuo. Los deseos y las ambiciones individualistas dañan al prójimo y arruinan a toda la sociedad.

Con el tiempo, todo en la vida pasa. Los padres, el marido o la mujer y los hijos a los que amamos, todos pasarán. Lo único que nos queda, al final de nuestras vidas, es la muerte. Cuando alguien muere, sólo su legado permanece.

Por favor, considerad por un momento lo que haréis para demostrar que vivisteis una vida valiosa. Las posesiones y la posición social que acumulasteis durante vuestra vida desaparecerán. Una vez que crucéis el río de la muerte, todo eso no tendrá ningún sentido. Ya que hemos nacido del amor y hemos vivido en el amor, el amor también es lo único que permanecerá con nosotros cuando estemos en la tumba. Recibimos nuestras vidas del amor, vivimos compartiendo amor y regresamos rodeados de amor. Es importante que vivamos nuestras vidas dejando en herencia un legado de amor.

CAPÍTULO VI

EL AMOR TRAERÁ LA
UNIFICACIÓN

El poder de la religión para hacer mejor a la gente



El dos de agosto de 1990, el presidente iraquí Saddam Hussein invadió Kuwait, encendiendo la mecha de una probable guerra en el Golfo Pérsico. Esta zona había sido durante mucho tiempo un polvorín, y yo veía que el mundo iba a ser arrastrado a la guerra. Pensé que dirigentes cristianos y musulmanes debían reunirse para detener el conflicto. Actué rápidamente e hice todo lo posible por parar una guerra en la que iban a morir muchos inocentes.

El dos de octubre, con muy poca antelación, organicé una conferencia del Concilio de religiones del mundo en El Cairo, Egipto, para transmitirles mi urgente mensaje de paz a las más altas autoridades religiosas de Oriente Próximo y los países musulmanes. Muchos se preguntaron por qué alguien que no tenía lazos aparentes con el Oriente Próximo convocaba esta reunión, pero para mí era muy simple. Creo que todas las religiones deben contribuir a lograr la paz mundial. Un conflicto entre el cristianismo y el Islam iba a ser mucho peor que entre la democracia y el comunismo. No hay nada más temible que una guerra religiosa.

Envié un mensaje implorando al presidente George W. Bush, que ya estaba tratando de limitar el conflicto, para que evitara

ir la guerra contra el mundo árabe y, en vez de eso, hiciera que Saddam Hussein se retirara usando vías diplomáticas. Quizás el presidente Bush pensaba que su guerra era solo contra Irak, pero los musulmanes no lo veían de ese modo. Para los musulmanes la religión está por encima de la nación o del estado. Me preocupaba mucho que, si Irak era atacado, el mundo árabe se uniría en contra de los Estados Unidos y de occidente.

Nuestra conferencia de emergencia en El Cairo reunió a altos dirigentes musulmanes y a los grandes muftis de nueve países, entre ellos los de Siria y Yemen. El momento clave de la reunión fue mi súplica desesperada al mundo árabe y musulmán para que no apoyara la pretensión de Saddam Hussein de hacer de ésta una guerra santa. Tanto si ganaban los Estados Unidos como si ganaba Irak, ¿de qué serviría? ¿De qué valdría si eso implicaba que lloverían las bombas, destruyendo casas, escuelas y vidas inocentes?

La conferencia de El Cairo fue sólo una de nuestras muchas actividades pacificadoras. Cada vez que se produjo una crisis en Oriente Próximo, nuestros miembros se esforzaron valientemente, arriesgando sus vidas en los escenarios de más peligro. Durante los años de violencia y terror en Israel y Palestina, nuestros miembros colaboraron con las principales organizaciones implicadas en trabajar por la paz, y actuaron siempre sin dilación.

Nunca me siento cómodo enviando a los hermanos y hermanas de nuestra iglesia a lugares donde sus vidas corren peligro, pero resulta inevitable cuando se trabaja por la paz. Puede que esté en Brasil labrando la tierra bajo un sol abrasador, o hablando lejos de allí en África, pero mi corazón se ve constantemente atraído hacia esos miembros que insisten en trabajar en las zonas más peligrosas de Oriente Próximo. Oro para que la paz venga al mundo pronto, así no tendré que pedirles que vayan a esos lugares de muerte.

El once de septiembre de 2001, todos nos sentimos profundamente horrorizados cuando las torres gemelas de Nueva York fueron destruidas a manos de terroristas. Hay quien sostiene que fue un choque de civilizaciones inevitable entre el Islam y

el cristianismo, pero yo difiero. En su estado más puro, Islam y cristianismo no son religiones de conflicto ni de confrontación. Las dos dan gran importancia a la paz. En mi opinión tachar a todo el Islam de radical es fanatismo, igual que lo es decir que el Islam y el cristianismo son fundamentalmente diferentes. La esencia de todas las religiones es la misma.

Inmediatamente después del colapso de las torres, organicé que dirigentes religiosos de Nueva York y de todo el país oraran y asistieran espiritualmente a las víctimas y a los operarios de la Zona Cero. Después, en octubre, organicé una importante conferencia interreligiosa en la ciudad de Nueva York. Fue la primera reunión internacional que se celebró después de la tragedia.

Estas decisivas contribuciones a la paz en tiempos de guerra no surgieron de la nada. Durante las décadas previas, invertí en promover la armonía interreligiosa. Sobre el fundamento de este esfuerzo logramos la confianza de relevantes líderes religiosos para que viajasen a Israel durante la Intifada, o a Nueva York tras los ataques del once de septiembre.

En 1984, reuní a cuarenta estudiosos de la religión, pidiéndoles que compararan las enseñanzas que aparecen en los textos sagrados del cristianismo, del Islam, del budismo y de otras principales religiones del mundo. El libro que resultó de su esfuerzo fue *Escrituras del mundo: una antología comparada de textos sagrados*, publicado en 1991. Descubrieron que los textos sagrados de las religiones transmiten lo mismo o enseñanzas similares en un setenta por ciento, y el treinta por ciento restante son enseñanzas que representan los aspectos exclusivos de cada una. Eso significa que la mayor parte de sus enseñanzas son lo mismo, esencialmente. Lo mismo ocurre con las prácticas religiosas. Exteriormente, algunos creyentes llevan turbantes, otros llevan colgados al cuello rosarios, otros crucifijos, pero todos buscan las verdades fundamentales del universo y tratan de comprender la voluntad de la divinidad.

A menudo la gente entabla amistad, aunque lo único que tengan en común sea un mismo pasatiempo. Cuando dos extraños se encuentran y descubren que vienen de la misma ciudad,

inmediatamente se comunican como si se conocieran desde hace años. Por eso es verdaderamente trágico que a las religiones, que comparten las mismas enseñanzas más del setenta por ciento de las veces, todavía les cueste tanto entenderse y comunicarse sin trabas. Podrían hablar de lo que tienen en común, e ir de la mano, en vez de enfatizar sus diferencias y criticarse unas a otras.

Todas las religiones del mundo hablan de paz y de amor. Y sin embargo, se pelean por la paz y por el amor. Israel y Palestina hablan de paz y justicia, pero ambos practican la violencia, hasta que los niños se desangran y mueren. El Judaísmo, la religión de Israel, es una religión de paz, como lo es el Islam.

Nuestra experiencia, al recopilar las *Escrituras del mundo* nos lleva a pensar que no son las religiones del mundo las que están equivocadas, sino las formas de enseñar la fe. Una enseñanza equivocada de la fe provoca prejuicios, y los prejuicios llevan al conflicto. Los musulmanes fueron tachados de terroristas después de los ataques del 11-S, pero la gran mayoría de estas familias sencillas y creyentes son amantes de la paz, igual que cualquiera de nosotros.

El difunto Yaser Arafat fue líder de los palestinos durante mucho tiempo. Como todos los políticos, había tenido esperanzas de paz, pero también estuvo asociado con la contienda en la región. Como presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Arafat encarnaba la determinación de conseguir que la franja de Gaza y Cisjordania fueran un estado independiente. Muchos argumentan que dejó a sus anteriores socios, y comenzó a detener las actividades de las organizaciones extremistas después de ser elegido presidente de la Autoridad Nacional de Palestina en 1996.

Con la vista puesta en lograr la paz en Oriente Próximo, me comuniqué con Arafat en doce ocasiones. Por supuesto, mis palabras para él nunca variaron. El camino de Dios siempre es el camino de la armonía, la búsqueda de la paz.

Llegar al despacho de Arafat fue extremadamente difícil. Quien se dirigiera a su oficina debía pasar ante guardias fuer-

temente armados y someterse por lo menos a tres chequeos corporales. Pero cuando los miembros de nuestra organización llegaron, Arafat, ataviado con su *kefia* (tocado tradicional palestino), les recibió calurosamente.

Esta clase de relaciones no se construyeron en un día ni dos, viene de los tiempos en que nos dedicamos sinceramente a lograr la paz en Oriente Próximo. Fueron nuestros arduos esfuerzos y constante voluntariedad para arriesgar nuestras vidas en las zonas asoladas por el terror los que prepararon el camino para ser bien recibidos por los líderes religiosos y políticos a ese nivel. Requirió gran cantidad de recursos. Finalmente, nos ganamos la confianza de Arafat y de los dirigentes israelíes, que nos permitieron actuar de mediadores durante los estallidos de violencia en Oriente Próximo.

La primera vez que estuve en Jerusalén fue en 1965, antes de la Guerra de los Seis Días. La ciudad estaba todavía bajo control territorial jordano. Fui al monte de los Olivos, donde Jesús vertió lágrimas de sangre orando, antes de ser llevado al palacio de Poncio Pilatos. Puse mi mano sobre un olivo de dos mil años, que pudo haber sido testigo de la oración de Jesús esa noche. Clavé tres clavos en ese árbol: uno por el judaísmo, otro por el cristianismo y el otro por el Islam. Recé para que llegase el día en que estos tres credos se uniesen. No se logrará la paz en el mundo a menos que el judaísmo, el cristianismo y el Islam se unan. Esos tres clavos aún están allí.

Estas tres religiones están muy divididas en el mundo actual, pero comparten una raíz común. Lo que las mantiene divididas es su comprensión de Jesús. Para abordar este problema, el diecinueve de mayo de 2003 les pedí a los cristianos que relativizaran la importancia de la cruz en las relaciones entre religiones abrahámicas. Ese día celebramos una ceremonia en la que se hizo descender la cruz. Trajimos una cruz de EE.UU., una cultura predominantemente cristiana, y la enterramos en el llamado «campo de sangre» en Israel, en la tierra que Judas Iscariote, según la tradición, compró con las treinta monedas de

plata que recibió por traicionar a Jesús, lo que llevó finalmente a su crucifixión.

Más tarde, el veintitrés de diciembre de ese mismo año, unos tres mil Embajadores para la Paz de todo el mundo y de todas las diferentes religiones, junto con diecisiete mil israelíes y palestinos, se reunieron en el Parque de la Independencia de Jerusalén, para quitar simbólicamente la corona de espinas de la cabeza de Jesús y sustituirla por una corona de paz. Después marcharon por la paz por las calles de Jerusalén. Las autoridades locales nos dieron todos los permisos y protegieron nuestros esfuerzos, y familias israelitas y palestinas pusieron velas en sus puertas en señal de apoyo a la marcha.

A través de esa marcha, que fue retransmitida en directo mundialmente vía Internet, proclamé que Jesús había restaurado su autoridad como rey de la paz. Después de siglos de incompreensión y división se creó una oportunidad para que cristianismo, Judaísmo e Islam se reconciliaran.

La Mezquita de Al-Aqsa, la tercera mezquita más sagrada del Islam después de la Meca y Medina, se encuentra en Jerusalén. Es el lugar donde se dice que el Profeta Muhammad (saws) ascendió al Cielo. El nuestro fue el único grupo interreligioso al que permitieron visitar todas las zonas de este templo. Los líderes de la mezquita guiaron a los líderes cristianos y judíos que habían participado en la marcha por la paz, a los espacios más sagrados de la mezquita. Pudimos abrir una puerta que había permanecido muy cerrada, y preparamos el camino para que los líderes musulmanes se comunicaran a un nuevo nivel con sus hermanos y hermanas cristianos y judíos.

A los seres humanos le gusta la paz, pero también el conflicto. Cogen a los animales más inofensivos y los hacen pelear. Hacen que los gallos se peleen y se picoteen con sus afilados picos hasta que la carne les cae a pedazos. Luego, esta misma gente se dirigirán a sus propios hijos y les dirán: «No pelees con tus amigos. Juega limpio».

La razón fundamental de las guerras no tiene que ver con la religión ni la raza, sino que está conectada con lo más profundo

del ser humano. A la gente le gusta atribuir las causas de los conflictos armados a factores como la ciencia o la economía, pero el verdadero problema fundamental está en los propios seres humanos.

El papel de la religión es cambiar a los seres humanos hacia la bondad y eliminar su naturaleza mala que disfruta peleando. Examinad las principales religiones del mundo. Todas hablan de un mundo de paz como su ideal. Todas quieren ver un reino de los cielos, una utopía o un paraíso. Las religiones usan diferentes nombres para este ideal, pero todas buscan ese mundo. Hay muchas religiones en el mundo y todas están divididas en numerosas sectas y confesiones, pero la esperanza esencial de todas ellas es la misma. Quieren alcanzar el reino de los cielos y un mundo de paz. La violencia y la enemistad de nuestras almas ha roto en mil pedazos el corazón humano. El reino del amor lo curará.

El río no rechaza las aguas que confluyen en él



El egoísmo es omnipresente en el mundo de hoy. Irónicamente, sin embargo, es lo que destruye al individuo, y no solo a él, sino a quienes le rodean, y a la nación en su conjunto. El mayor obstáculo para un mundo de paz es la codicia del corazón humano. Empieza en el individuo y llega hasta la nación; los corazones manchados de codicia causan división y conflicto a todos los niveles. Es incontable el número de gente en la historia que derramó su sangre y murió en conflictos causados por la codicia.

Para acabar con ellos, necesitamos una gran revolución que cambie los valores y pensamientos erróneos tan extendidos en el mundo actual. Los complejos problemas a que hoy se enfrentan nuestras sociedades pueden ser resueltos rápidamente si se produce una revolución en el pensamiento de la gente. Si cada individuo y cada nación comienzan a cuidar al prójimo antes que a sí mismos, y trabajan junto a otros, los problemas de la sociedad moderna se resolverán.

A lo largo de mi vida, he dedicado mis esfuerzos a lograr la paz. Cuando se habla de la paz me emociono, de mis ojos brotan lágrimas, mi voz se quiebra y me cuesta tragar. Me emociono profundamente con sólo imaginar el día que el mundo se una y

comience a disfrutar la paz. Esa es la naturaleza de la paz. Enlaza a gente que piensa de formas diferentes, son de diferentes razas y hablan diferentes idiomas. Nuestros corazones anhelan este mundo y mantienen la esperanza de alcanzarlo.

Sin embargo, la paz llega con acciones concretas, no sólo por tener un vago sueño. Crear un movimiento de paz siempre ha sido difícil. Ha habido muchas dificultades y ha requerido grandes sumas de dinero. Yo no lo hice por mi propio honor ni para ganar dinero. Todo lo que hice fue poner todo mi esfuerzo en lograr un mundo donde arraigue una paz fuerte y verdadera. En este camino nunca me he sentido solo, porque al final la paz es el deseo último de todas y cada una de las personas del mundo. Es extraño, sin embargo, que aunque todo el mundo quiere la paz, todavía no haya llegado.

Es fácil hablar de paz, pero no lo es lograrla, porque la gente deja de lado la verdad más elemental necesaria para llegar a un mundo de paz. Pretenden no saber que esa verdad está ahí, que antes de hablar de la paz entre individuos o entre naciones, tenemos que hablar de la paz entre nosotros y Dios.

Cada religión se considera a sí misma como la más elevada, y rechaza y mira por encima del hombro a las otras. No es correcto levantar barreras entre religiones y confesiones.

Una religión es como un gran río que fluye hacia un mundo ideal de paz. El río fluye a lo largo de largas distancias, antes de llegar a las grandes extensiones de paz. En su recorrido confluyen muchos arroyos. Los arroyos dejan de ser arroyos al desembocar en el río. A partir de entonces, se convierten, también, en parte del río. Así es como se unen.

El río no rechaza ninguno de los afluentes que desembocan en él. Los acepta a todos. Abraza a todos los afluentes, y crea un solo y continuo fluir hasta el mar. Hoy la gente no entiende esta sencilla verdad. Los afluentes que buscan el río y confluyen en él son las numerosas religiones y confesiones actuales. Cada afluente tiene su origen en un manantial diferente, pero todos van al mismo destino. Buscan el mundo ideal, lleno de paz.

La paz nunca vendrá a este mundo a menos que derribemos antes los muros entre religiones. Durante miles de años, las religiones crecieron aliándose con diversos grupos étnicos, y ahora están rodeadas de altos muros culturales. Derrumbarlos es una tarea extremadamente difícil. Durante miles de años, cada religión se ha rodeado de estas elevadas murallas, insistiendo en que son la única religión verdadera. En algunos casos las religiones han ampliado su influencia y han iniciado conflictos y peleas con otras, utilizando el nombre de Dios en actos que no tenían nada que ver con Su voluntad.

La voluntad de Dios es la paz. Un mundo fragmentado por diferencias de nacionalidad, de raza y de religión, donde los hombres se atacan y luchan contra otros y derraman la sangre de otros, no es lo que Dios quiere. Cuando derramamos sangre y luchamos en Su nombre, sólo le causamos dolor. Este mundo destrozado lo han provocado los deseos humanos de acumular riquezas y gloria. Eso no representa la voluntad de Dios. Dios claramente me lo dijo. Yo sólo soy Su *chico de los recados*, el que recibe Sus palabras y las cumple aquí en este mundo.

El camino para lograr un mundo donde las religiones y las razas se unan, ha sido agotador. Muchas veces fui rechazado por la gente, o mis propias capacidades no estaban a la altura, pero no podía dejar de lado esta misión. Cuando los miembros de la iglesia y los colegas que trabajaban conmigo gritaban angustiados por la dificultad de la tarea, a mí hasta me daban envidia.

«Si decidís que este camino no es para vosotros, tenéis la opción de parar y dar marcha atrás», les dije. «O si lo intentáis una y otra vez y aún seguís sin lograrlo, podéis optar por morir en el intento. Pero os debéis apiadar de mí», agregué, «porque yo no tengo esas opciones».

Hay cerca de doscientos países en el mundo. Para que todos disfruten de la paz, se necesita absolutamente el poder de la religión. Ese poder está en el amor que emana. Soy una persona religiosa, y mi papel es transmitir amor, por tanto, es natural que trabaje por la paz mundial. No hay ninguna diferencia entre el

Islam y el cristianismo en su compromiso de lograr un mundo de paz.

En los EE.UU. estoy liderando un movimiento por la paz que reúne a miles de clérigos más allá de su propia confesión. En este movimiento, buscamos formas en que creyentes de todas las religiones -cristianismo, Islam, judaísmo, budismo, etc...- puedan unirse. Estamos dedicando todos nuestros esfuerzos a cambiar los endurecidos corazones de la gente.

Mi objetivo hoy es el mismo que ayer, crear un mundo con Dios en el centro, un mundo unido como una sola nación sin fronteras. Todos los seres humanos serán ciudadanos de este mundo y compartirán una cultura de amor. En ese mundo no habrá posibilidad de división ni de conflicto. Esto marcará el comienzo de un mundo verdaderamente pacífico.

«Permita la libertad religiosa en la Unión Soviética»



Hay varias teorías basadas en el materialismo que son populares, pero no han sido verificadas. Una es la teoría de la evolución de Charles Darwin. Otra es la que surge de los escritos de Carlos Marx. La idea de que el espíritu se origina en la materia es falsa de raíz. Los seres humanos son creados por Dios y todos los seres son cuerpos unificados, con aspectos materiales y espirituales. En resumen, el núcleo de la teoría y la filosofía subyacentes en el comunismo es incorrecto.

Mientras estudiaba en Japón, trabajé junto a comunistas por la independencia de Corea. Eran buenos amigos míos, dispuestos a dar sus vidas, si fuera necesario, por la independencia de nuestra patria, pero nuestra forma de pensar era fundamentalmente diferente. De manera que, una vez alcanzada la independencia, tuvimos que ir por caminos separados.

Me opongo al materialismo histórico comunista. He dirigido un movimiento para la victoria sobre el comunismo en todo el mundo y he aconsejado a los sucesivos presidentes de los EE.UU. que protegieran al mundo libre frente a la estrategia totalitaria comunista de conquistar al mundo para su ideología. Los países comunistas descontentos con mis acciones trataron de quitarme de en medio con atentados terroristas, pero yo no los odio ni los considero enemigos. Me opongo a la filosofía y a la ideología

comunistas, pero nunca he odiado a su gente. Dios quiere que todo el mundo, incluyendo los comunistas, se unan con Él.

En ese sentido, mi visita a Moscú en abril de 1990 para reunirme con el presidente Mihail Gorbachov, y mi viaje a Pyongyang al año siguiente, para encontrarme con el presidente Kim Il Sung, no fueron simples viajes. Ambos los realicé arriesgando mi vida. Era mi destino hacerlos para transmitir la voluntad del Cielo a estos dos hombres. Años atrás dije medio en broma que la palabra Moscú, en inglés, suena como «*must go*» (tengo que ir).

Desde hacía mucho tiempo, tenía algo muy claro sobre el comunismo. Preveía que a los sesenta años de la revolución bolchevique aparecerían señales apuntando a la caída del comunismo, y que la Unión Soviética caería en 1987, en el septuagésimo aniversario de la revolución. Así que en 1984 me entusiasmó enterarme que el Dr. Morton Kaplan, un conocido experto en ciencias políticas de la Universidad de Chicago, proponía celebrar una conferencia internacional titulada «la caída del imperio soviético». Le pedí que me visitara en la cárcel de Danbury para discutir los detalles. Lo primero que le dije al encontrarnos fue que quería que declarara «el fin del comunismo soviético» antes del quince de agosto de ese año.

El Dr. Kaplan respondió: «¿Declarar el fin del comunismo soviético? ¿Cómo puedo hacer algo tan arriesgado?» e indicó que no estaba muy predispuesto a hacerlo. En 1985 cuando la conferencia debía celebrarse, la Unión Soviética estaba aumentando su influencia en todo el mundo y no había signos externos de su declive. Pero la última llama del fuego es la que arde con más brillo.

Así que era natural que el Dr. Kaplan se mostrara reacio. Si hacía una declaración prediciendo un acontecimiento tan concreto y resultara ser falsa, su reputación como experto quedaría destruida de la noche a la mañana.

«Reverendo Moon» me dijo, «le creo cuando dice que el comunismo soviético desaparecerá. Pero no creo que suceda ahora. Así que en lugar de declarar «el fin del comunismo sovié-

tico», ¿qué le parece si decimos? «El declive del comunismo soviético?»

Me enfadé al ver que estaba proponiendo suavizar el título de la conferencia y cambiar lo del «fin del imperio soviético». Era una concesión que no podía aceptar. Sentí muy claramente que cuando alguien está convencido de algo, debe ser valiente y poner todas sus energías en luchar por ello, venciendo su miedo.

«Dr. Kaplan», le dije, «¿qué quiere usted decir? Cuando le pido que declare el fin del comunismo, es porque tengo suficientes razones. El día que usted declare el fin del comunismo, esa declaración cogerá fuerza y ayudará a conseguir el colapso pacíficamente. «¿Por qué vacila?».

Al final, el Dr. Kaplan declaró «el fin del comunismo soviético» en la conferencia de la Academia de profesores por la paz mundial (PWPA) celebrada en Ginebra, bajo el título «la caída del imperio soviético: perspectivas de una transición a un mundo post-soviético». Era algo que nadie se había atrevido a considerar hasta aquel momento.

Siendo Suiza un país neutral, Ginebra era un importante centro de actividades del Comité para la seguridad del estado (KGB), y muchos de sus agentes llevaban a cabo desde allí actividades de espionaje y terroristas en todo el mundo. El Hotel Intercontinental, donde se celebró la conferencia de la PWPA, estaba frente a la Embajada soviética, al otro lado de la calle. Puedo imaginarme fácilmente los nervios que sintió el Dr. Kaplan. Unos años más tarde, sin embargo, se hizo muy conocido como el académico que había predicho el fin del comunismo soviético.

En abril de 1990 convoqué la Conferencia mundial de medios de comunicación en Moscú. Inesperadamente, el gobierno soviético me recibió con protocolo de jefe de estado, ya desde el aeropuerto. Nos condujeron hasta el centro de Moscú en un convoy escoltado por la policía. El coche que me llevaba viajó por el carril amarillo de la calle, que sólo el presidente o los invitados de Estado están autorizados a utilizar. Esto fue antes del colapso

de la Unión Soviética. El gobierno soviético me estaba ofreciendo este tratamiento excepcional a mí, un anticomunista.

En la conferencia pronuncié un discurso alabando la *perestroika*. Dije que esta revolución debía ser incruenta y que tenía que ser una revolución de la mente y del espíritu. El propósito de mi visita era asistir a la Conferencia mundial de medios de comunicación, pero mi mente estaba centrada en reunirme con el presidente Gorbachov.

En ese tiempo, Gorbachov era muy popular en la Unión Soviética, tras los éxitos de sus políticas de *perestroika*. Durante años me había estado reuniendo con distintos presidentes de los EE.UU, pero la entrevista con el presidente Gorbachov era mucho más complicada. Me preocupaba lo difícil que sería lograr incluso una sola reunión con él. Tenía un mensaje que darle, y era muy importante que lo hiciera personalmente. Estaba reformando la Unión Soviética, auspiciando allí vientos de libertad, pero a medida que pasaba el tiempo era evidente que el propio Gorbachov se convertiría probablemente en blanco de la reforma. Si la situación no se controlaba, él mismo correría un gran peligro.

Yo pensaba: «Si no se reúne conmigo, no tendrá manera de aprovechar la ola de la fortuna celestial, y si no lo hace, no va a durar mucho».

Tal vez intuyó mi preocupación, porque al día siguiente me invitó al Kremlin. Subí a una limusina proporcionada por el gobierno soviético que me llevó hasta el interior mismo del Kremlin. Al entrar en el despacho presidencial, mi esposa y yo tomamos nuestros asientos, y a nuestro lado se sentaron ministros del gobierno de la Unión Soviética. El presidente Gorbachov esbozó una gran sonrisa y nos dio una enérgica explicación de los éxitos de su política de *perestroika*. Al acabar, me condujo hasta otra sala, donde nos reunimos los dos solos. Entonces, aproveché esta oportunidad para darle el siguiente mensaje:

«Señor presidente, usted ha alcanzado un gran éxito gracias a la *perestroika*, pero por sí sola, no será suficiente para la reforma. Es necesario que de inmediato usted permita la libertad religiosa

en la Unión Soviética. Si usted trata de reformar sólo el mundo material, sin la participación de Dios, la *perestroika* estará condenada al fracaso. El comunismo está a punto de terminar. La única manera de salvar a esta nación es permitir la libertad de religión. Este es el momento de actuar con la valentía que ha demostrado en la reforma de la Unión Soviética, y de convertirse en un presidente que trabaje por lograr la paz mundial».

La cara del presidente Gorbachov se endureció ante la mención de la libertad religiosa, como si no la esperase. Pero como era de prever en un hombre que había permitido la reunificación de Alemania unos meses atrás, rápidamente relajó su expresión y sobriamente aceptó mis palabras. Y continué diciendo: «Corea del Sur y la Unión Soviética deben iniciar ahora relaciones diplomáticas. En ese contexto, por favor, invite al presidente surcoreano Roh Tae Woo a una visita de estado». También le expliqué una serie de razones por las que era positivo, para los dos países, tener relaciones diplomáticas.

Cuando hube terminado todo lo que quería decirle, el presidente Gorbachov me hizo una promesa con un tono de certeza que no le había escuchado hasta ese momento.

«Estoy seguro», dijo, «de que las relaciones entre Corea del Sur y la Unión Soviética se desarrollarán sin problemas. Yo también creo que es necesaria la estabilidad política y relajar las tensiones en la península de Corea. Establecer relaciones diplomáticas con Corea del Sur es sólo cuestión de tiempo. No habrá ningún obstáculo. Como usted me sugirió, me reuniré con el presidente Roh Tae Woo».

Cuando estaba a punto de despedirme del presidente Gorbachov ese día, me quité el reloj y lo puse en su muñeca. Pareció un poco desconcertado de que lo tratara como a un viejo amigo, de manera que le dije con firmeza: «Cada vez que sus reformas topen con dificultades, por favor mire este reloj y recuerde la promesa que me hizo. Si lo hace, seguramente el Cielo le abrirá camino».

Tal como me prometió, en junio de ese año el presidente Gorbachov se reunió con el presidente Roh en San Francisco

para una cumbre bilateral. Luego, el treinta de septiembre de 1990, Corea del Sur y la Unión Soviética firmaron un acuerdo histórico y establecieron relaciones diplomáticas por primera vez después de ochenta y seis años.

Por supuesto, la política es trabajo de los políticos y la diplomacia de los diplomáticos. A veces, sin embargo, cuando una puerta ha permanecido cerrada mucho tiempo, una persona religiosa sin intereses personales en juego puede resultar más eficaz.

Cuatro años después, el presidente Gorbachov y su esposa visitaron Seúl. Mi esposa y yo los recibimos en nuestra casa de Hannam-Dong. Él ya había sido desposeído del poder por un golpe de estado dado por las fuerzas antireformistas de oposición a la *perestroika*. Había renunciado a su puesto como secretario general del Partido Comunista soviético, al que disolvió. Un comunista que había suprimido el Partido Comunista.

El ex presidente y su esposa utilizaron palillos para comer el *bulgogi* (deliciosa carne marinada de ternera asada) y *jab-chae* (sopa de fideos con vegetales) que les habíamos preparado cuidadosamente. Cuando se le sirvió *sujeong-gwa* (una bebida fría de caqui, refrescante y dulce) de postre, el señor Gorbachov repitió varias veces: «Corea tiene excelentes alimentos tradicionales». El ex presidente y su esposa parecían relajados, y muy diferentes a los tensos días en que él ocupaba su cargo. La señora Gorbachov, que antes había sido una concienzuda docente marxista-leninista en la Universidad estatal de Moscú, llevaba un collar con un crucifijo.

«Señor presidente, usted hizo algo grande», le dije. «Renunció a su puesto como secretario general de la Unión Soviética, pero ahora se ha convertido en el presidente de la paz. Gracias a su sabiduría y valentía, ahora tenemos la posibilidad de lograr la paz mundial. Usted ha hecho la más importante, eterna y bella obra para el mundo. Es usted el héroe de la paz que hizo la voluntad de Dios. El nombre que será recordado para siempre en la historia de Rusia no será el de Marx, Lenin ni Stalin, sino el de Mihail Gorbachov.

Elogié altamente la decisión del presidente Gorbachov de lograr la desintegración de la Unión Soviética, patria del comunismo, sin derramamiento de sangre.

En respuesta, el ex presidente Gorbachov dijo: «Reverendo Moon, me he sentido muy reconfortado por sus palabras. Escucharlas me da energía. Dedicaré el resto de mi vida a proyectos en pro de la paz mundial». Y me tomó firmemente de la mano.

La unificación de Corea traerá consigo la unificación mundial



Cuando salía del Palacio del Kremlin, después de reunirme con el presidente Gorbachov, me volví hacia Bo Hi Pak, mi asistente, y le di unas instrucciones especiales.

«Tengo que reunirme con el presidente Kim Il Sung antes de finales de 1991», le dije. «No hay tiempo que perder. La Unión Soviética va a desintegrarse el próximo año o el siguiente. Ahora el problema es nuestro país. De alguna manera he de reunirme con el presidente Kim e impedir que estalle una guerra en la península de Corea».

Yo sabía que cuando la Unión Soviética colapsara, la mayoría de los regímenes comunistas del mundo también caerían. Corea del Norte se vería arrinconada. Era difícil predecir los actos de provocación que podría cometer. La obsesión de Corea del Norte con las armas nucleares hacía que la situación fuese aún más preocupante. Para evitar una guerra con Corea del Norte necesitábamos un canal para hablar con sus líderes, pero en ese momento no lo teníamos. Tenía que reunirme como fuera con el presidente Kim y lograr su compromiso de que no atacaría el primero a Corea del Sur.

La península de Corea es una versión reducida del mundo. Si se derramase sangre en ella, se derramaría también en el mundo. Si se produjese la reconciliación en la península, también se pro-

duciría en el mundo. La unificación de la península, traería consigo la unificación del mundo. A partir de finales de los ochenta, sin embargo, Corea del Norte había estado trabajando mucho para convertirse en potencia nuclear. Los países occidentales advirtieron que lanzarían un ataque preventivo contra Corea del Norte si fuera necesario. Si la situación llegaba al límite, era difícil decir qué movimiento desesperado intentaría Corea del Norte. Sabía que tenía que abrir un canal de comunicación con Corea del Norte.

No fue una tarea fácil. Bo Hi Pak se comunicó con el viceprimer Ministro norcoreano, Dal Hyun Kim, pero la respuesta fue claramente negativa.

«El pueblo de Corea del Norte sólo conoce al presidente Moon como líder del movimiento internacional por la victoria sobre el comunismo», dijo el viceprimer Ministro. «¿Por qué íbamos a recibir al líder de un grupo conservador anticomunista? Nunca permitiremos la visita a Corea del Norte del presidente Moon».

Bo Hi Pak no se dio por vencido. «El presidente norteamericano Nixon era un gran anticomunista,» le recordó al dirigente norcoreano, «pero visitó China, se reunió con el presidente Mao Zedong y estableció relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y China. Fue China quien salió más beneficiada. Hasta entonces, China había sido considerada como una nación agresora, pero ahora está emergiendo como un país central en el escenario mundial. Para que Corea del Norte tenga credibilidad internacional, debería establecer vínculos de amistad con un anticomunista de nivel mundial, como el presidente Moon».

Finalmente, el treinta de noviembre de 1991 el presidente Kim Il Sung nos invitó a mi esposa y a mí. Estábamos en Hawai en ese momento, así que rápidamente viajamos a Beijing. Mientras esperábamos en la sala VIP del aeropuerto de Beijing que el gobierno de China había dispuesto para nuestro uso, un representante del gobierno de Corea del Norte llegó y nos entregó la invitación oficial. El sello oficial del gobierno de Pyongyang era claramente visible en el documento:

«La República Democrática Popular de Corea extiende una invitación al presidente Sun Myung Moon, de la Federación por la paz mundial, a su esposa y a su comitiva, a entrar en la República. Su seguridad está garantizada durante el período de su estancia en Corea del Norte». Estaba firmado por «Dal Hyun Kim, viceprimer Ministro, Gobierno de la República Democrática Popular de Corea, a treinta de noviembre de 1991». Nuestro grupo tomó el vuelo especial de Air Koryo 215, dispuesto para nosotros por el presidente Kim. Nunca antes se había preparado un vuelo así para ningún jefe de estado extranjero; era un tratamiento excepcional y muy especial.

El avión sobrevoló el Mar Amarillo hasta Sineuiju, pasando sobre mi pueblo natal Jeongju y continuó hasta Pyongyang. Me informaron que se había trazado una ruta especial para que viera el pueblo donde había nacido. Mi corazón empezó a palpar con fuerza cuando lo vi allí abajo, teñido de rojo por la luz del sol poniente, y sentí todo mi ser profundamente extasiado. Me pregunté: «¿puede realmente ser mi pueblo?». Quise saltar del aparato inmediatamente y comenzar a correr por las colinas y los valles.

En el aeropuerto internacional Sunan de Pyongyang estaban allí para darme la bienvenida familiares míos que no había visto en cuarenta y ocho años. Mis hermanas pequeñas, que habían sido hermosas como las flores, ya eran ancianas abuelas. Me cogieron de las manos, arrugaron las cejas y empezaron a llorar desconsoladamente. Mi hermana mayor, que ya tenía más de setenta años, me agarró del hombro y lloró. Sin embargo, no lloré.

«Por favor», dije, «no lo hagáis. Es importante para mí encontrarme con mi familia, pero he venido para hacer la obra de Dios. Por favor, no lo hagáis. Conteneos». En mi corazón estaba llorando como un niño. Veía a mis hermanas por primera vez en más de cuarenta años, pero no podía abrazarlas ni llorar con ellas. Controlé mi corazón y me dirigí a nuestro alojamiento.

A la mañana siguiente, como he hecho toda mi vida, me desperté temprano y comencé a orar. Si había algún sistema de vigilancia en la habitación, mi oración y mi llanto por la unificación de la

península coreana habrán sido registrados en su totalidad. Ese día visitamos la ciudad de Pyongyang. La ciudad estaba bien fortificada con los lemas comunistas de la ideología *Juche* de Kim Il Sung²⁰.

En el tercer día de nuestra visita subimos a un avión para visitar el Monte Kumgang. Aunque era invierno, las cataratas de Kuryong no se habían congelado y aún manaban un fuerte caudal de agua. Después de recorrer todo el monte Kumgang, subimos a un helicóptero el sexto día, para ir a mi pueblo natal.

En mis sueños había añorado tanto el hogar de mi infancia que sentía como si pudiera llegar hasta él de un salto. Y ahora, allí estaba, frente a mis ojos. No podía dar crédito a lo que veía. ¿Era real o estaba soñando? Me quedé frente a la casa lo que me pareció una eternidad, sin moverme, como una estatua. Pasados varios minutos, entré.

Había tenido la forma de un cuadrado hueco, con su ala principal, el ala de invitados, el almacén y el establo construidos alrededor de un patio central, pero ahora sólo conservaba el ala principal. Entré en el salón principal, donde había nacido, y me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Los recuerdos de cómo era la casa en mi infancia volvieron a mí con claridad, como si hubiera sido ayer.

Abrí la pequeña puerta que conducía desde el salón principal a la cocina y miré el patio trasero. El castaño al que solía trepar había sido cortado y ya no estaba allí. Me parecía oír a mi madre, llamándome dulcemente. «¿Mi ojitos chiquitos tiene hambre?» La tela de algodón de su vestido tradicional pasó rápidamente ante mis ojos.

Visité la tumba de mis padres y ofrecí un ramo de flores. La última vez que vi a mi madre fue cuando vino a visitarme a la cárcel en Heungnam, llorando a viva voz. Su tumba estaba escasamente cubierta por la nieve caída la noche anterior. La aparté con la palma de mi mano y acaricié suavemente la hierba que había crecido sobre la tumba. La textura áspera de la hierba me recordó la piel rugosa de las manos de mi madre.

20 Juche es una doctrina elaborada por el antiguo maestro de Corea del Norte, Kim Il Sung, quien fundó el régimen de la República Popular Democrática de Corea.

Mi encuentro con el presidente Kim Il Sung



No había ido a Corea del Norte para ver mi pueblo ni el monte Kumgang. Quería reunirme con el presidente Kim Il Sung y hablar seriamente con él sobre el futuro de nuestra patria. Sin embargo, seis días después de mi llegada al país, nada se sabía de si el encuentro tendría lugar. Sin embargo, al regresar en helicóptero al aeropuerto Sunan de Pyongyang, después de visitar mi pueblo, me enteré de que el viceprimer Ministro Dal Hyun Kim había venido a buscarme inesperadamente.

«El Gran Líder Kim Il Sung lo recibirá mañana», me dijo. «El lugar será la Residencia Presidencial Majeon en Heungnam, por lo que tendrá que coger un vuelo especial de inmediato e ir a Heungnam».

Pensé para mis adentros: «Dicen que tiene muchas residencias presidenciales. ¿Por qué, de todos los lugares, Heungnam?»

De camino vi un gran cartel de la «Fábrica de fertilizantes nitrogenados de Heungnam», donde había hecho trabajos forzados. Me recordó mis tiempos en la cárcel y me dio una sensación extraña. Pasé la noche en el hotel y al día siguiente fui a reunirme con el presidente Kim.

Al acercarme a la residencia oficial encontré al presidente Kim en la entrada, esperando para saludarme. Los dos nos abrazamos a la vez. Yo era anticomunista y él el líder de un partido comunista, pero la ideología y la filosofía no eran importantes en el contexto de nuestra reunión. Éramos como hermanos que se reunían por primera vez después de una larga separación. Este era el poder de pertenecer al mismo pueblo y compartir la misma sangre.

Para empezar, le dije al presidente Kim: «Señor presidente, gracias a su atenta consideración he podido ver a mi familia. Hay, sin embargo, diez millones de coreanos que son miembros de familias separadas entre el Norte y el Sur y que ni siquiera saben si sus parientes en el otro lado están vivos o muertos. Me gustaría pedirle que les conceda la oportunidad de reencontrarse».

Le hablé un poco más de la visita a mi pueblo y apelé a su amor por el pueblo coreano. Ambos hablábamos el mismo dialecto, así que nos sentíamos a gusto.

El presidente Kim respondió: «Yo siento lo mismo. A partir del próximo año empecemos un movimiento que permita a los compatriotas separados del Norte y del Sur encontrarse». Su aceptación de mi propuesta era tan natural como la nieve deritiéndose en primavera.

Después de hablar de mi visita a Jeongju, cambié de tema y le dí a mi punto de vista sobre las armas nucleares. Con todo respeto, propuse que Corea del Norte aceptase una declaración sobre la desnuclearización de la península coreana y firmase un acuerdo de no proliferación de armas nucleares con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA).

El presidente Kim respondió con franqueza: «Piense por un momento. ¿A quién mataré si fabrico armas nucleares? ¿A mi propia gente? ¿Le parezco esa clase de persona? Estoy de acuerdo en que la energía nuclear sólo debe utilizarse con fines pacíficos. He escuchado con atención lo que tenía que decirme, y creo que no habrá ningún problema».

En ese momento, las relaciones coreanas Norte-Sur atravesaban un momento difícil por la cuestión de las inspecciones nucleares en Corea del Norte, así que había hecho mi propuesta con algunas reticencias. Todos los presentes, sin embargo, se sorprendieron de que el presidente Kim respondiera en un tono tan agradable. En este punto continuamos nuestro encuentro pasando a un comedor, donde tomamos un almuerzo temprano.

«Presidente Moon, ¿está familiarizado con los fideos de patatas congeladas? Es un plato que comí muy a menudo cuando era partisano, en el monte Baekdu. Por favor, pruébelos».

«Por supuesto que los conozco», le dije, respondiendo complacido a sus palabras. «Este plato lo disfrutábamos en mi pueblo».

«Bueno, estoy seguro de que en su pueblo lo comía como un plato exquisito», continuó. «Pero nosotros lo comíamos para sobrevivir. La policía japonesa nos perseguía por todas partes hasta la cima del monte Baekdu. No teníamos la oportunidad de sentarnos para comer decentemente. ¿Qué hay para comer en lo alto del monte Baekdu, aparte de patatas?»

«Empezábamos a hervir unas patatas y si la policía japonesa venía a por nosotros, las enterrábamos en el suelo y salíamos corriendo. Hacía tanto frío que cuando regresábamos, las patatas se habían congelado. Lo único que podíamos hacer era desenterrarlas, descongelarlas y rallarlas para hacer fideos con el polvo».

«Señor presidente», le dije, «es usted todo un experto en fideos de patatas congeladas».

«Tiene razón, saben bien mezclados con sopa de judías y también tienen muy buen sabor si se comen con sopa de sésamo. Es un plato fácil de digerir, porque las patatas tienden a hacerse una pasta, y te llenan mucho».

«Además, presidente Moon», continuó, «saben muy bien si se preparan como en la provincia de Hamgyung, cogiendo un poco de *kimchi* de hojas de mostaza y poniéndolo sobre los fideos. Debería probarlo».

Hice lo que me sugirió y comí mis fideos de patatas congeladas con *kimchi* de hojas de mostaza. El sabroso gusto de los fideos combinaba bien con el *kimchi* picante y dejó mi estómago liviano.

«Hay muchas exquisiteces en el mundo», dijo el presidente Kim. «Pero a mí no me interesa ninguna. No hay nada mejor que los pasteles de patata, el maíz y los boniatos que solía comer en el pueblo donde nació».

«Usted y yo compartimos gustos similares en cuestión de comida», dije. «Es bueno que las personas que han nacido en la misma tierra puedan encontrarse como nosotros ahora».

«¿Cómo fue la visita a su pueblo?», me preguntó.

«Me sentí embargado de muchas emociones», le dije. «La casa donde viví todavía estaba en pie, y me senté en el salón principal para pensar en el pasado. Casi esperaba oír la voz de mi difunta madre, llamándome. Fue una emoción muy profunda».

«Ya veo», dijo. «Eso demuestra que nuestro país necesita ser unificado inmediatamente. He oído que, de joven, era usted muy travieso. ¿Tuvo oportunidad de correr esta vez?»

Todos en la mesa se echaron a reír por el comentario del presidente. «Quise trepar a un árbol e ir a pescar», dije, «pero oí que usted me estaba esperando, así que vine aquí rápidamente. Espero que me invite a venir de nuevo más adelante».

«Por supuesto que sí, claro que lo haré. Presidente Moon, ¿le gusta cazar? A mí me gusta mucho la caza. Creo que disfrutará mucho si va cazar osos en el monte Baekdu. Los osos tienen cuerpos grandes y parecen descoordinados, pero son muy ágiles».

«Una vez me encontré cara a cara con uno», dijo el presidente Kim. «El animal me miró y no movió ni un músculo. Si hubiera empezado a correr, ¿sabe lo que habría sucedido, no? Entonces, ¿qué podía hacer? Me quedé mirándolo fijamente, sin moverme. Pasaron una, dos, tres horas. Pero el oso no dejaba de mirarme. Ya sabe lo famoso que es el monte Baekdu por su clima frío. Yo tenía miedo de morir congelado antes de que el oso me comiera».

«¿Y qué pasó?», le pregunté.

«Bueno, presidente Moon, ¿a quién ve aquí sentado, al oso o a mí?» Me reí con ganas y el presidente Kim sugirió de inmediato: «presidente Moon», dijo, «la próxima vez que venga, vayamos juntos a cazar al monte Baekdu».

Le respondí rápidamente con mi propia invitación. «Señor presidente, a usted le gusta pescar, ¿no? En la isla de Kodiak, en Alaska, se pueden capturar fletanes tan grandes como osos. Vayamos algún día a pescarlos».

«¿Fletanes grandes como osos? Bueno, definitivamente tendré que ir».

Pudimos comunicarnos bien hablando de nuestras aficiones comunes, la caza y la pesca. En cierto momento sentimos que teníamos tanto que decirnos, que empezamos a hablarnos como dos viejos amigos que se reunían después de una larga separación. Nuestras risas resonaban en todo el comedor.

También le hablé del monte Kumgang.

«Fui al monte Kumgang, y realmente es una montaña preciosa», le dije. «Debería desarrollarse como un destino turístico para nuestro pueblo».

«El monte Kumgang será una de las riquezas de nuestra patria unificada,» dijo el presidente Kim. «Así que me he asegurado de que sólo personas muy específicas puedan tocarlo. Si se desarrolla de forma equivocada, podría arruinarse. Tiene usted una visión internacional, así que puedo confiar en alguien como usted para hacerse cargo y desarrollarlo para nosotros». El presidente Kim llegó pedirme que consideráramos desarrollar y promocionar juntos el monte Kumgang.

«Señor presidente», le dije, «usted es mayor que yo, así que es como mi hermano mayor». Y él respondió: «presidente Moon, a partir de ahora, tratémonos como hermano mayor y hermano menor». Y cogió mi mano con fuerza.

El presidente Kim y yo nos cogimos de la mano mientras caminábamos por el pasillo y nos hicimos fotografías conmemorativas. Luego salí de la residencia.

Después de irme me dijeron que el presidente Kim le dijo a su hijo, Kim Jong Il, «el presidente Moon es un gran hombre. He conocido a mucha gente en mi vida, pero a nadie como él. Tiene un pensamiento muy amplio y su corazón rebosa. Me sentí cerca suyo. Me sentí bien estando con él, y hubiera querido que se quedara mucho tiempo. Quiero encontrarme nuevamente con él. Después de mi muerte, si hay asuntos que tratar sobre las relaciones Norte-Sur, debes buscar siempre el consejo del presidente Moon». Por lo tanto, parecía que nos habíamos entendido muy bien.

Poco después de mi semana de estancia y de que partiera de Pyongyang, el Primer Ministro Hyung Muk Yeon encabezó una delegación de Corea del Norte a Seúl y firmó un acuerdo para la desnuclearización de la península de Corea. El treinta de enero del año siguiente, Corea del Norte firmó un acuerdo de no proliferación de armas nucleares con la Agencia Internacional de Energía Atómica, cumpliendo así las promesas que el presidente Kim me había hecho. Queda mucho por hacer, pero esos fueron los resultados que logré tras visitar Pyongyang a riesgo de mi vida.

Se puede dividir la tierra, pero no a su gente



La península de Corea es de los últimos países divididos que quedan en el mundo. Tenemos la responsabilidad de unificarla. No podemos legar a nuestros descendientes una patria dividida. Es inadmisibile que un pueblo esté dividido y que gente amante de la paz no pueda ver a sus padres ni hermanos. La línea divisoria que separa Corea del norte de Corea del Sur fue trazada por seres humanos. Se puede dividir así al territorio, pero no a la gente. El hecho de que después de estar separados más de cincuenta años no nos olvidemos unos de otros y sigamos extrañándonos, demuestra que somos un solo pueblo.

El pueblo coreano era conocido tradicionalmente como la «gente que viste de blanco,» por el color de nuestra vestimenta tradicional. El blanco es el símbolo de la paz, y nuestra gente es gente de paz. Durante la ocupación japonesa, coreanos, chinos y japoneses vivían en Manchuria y Siberia, a veces ayudándose y otras veces matándose entre ellos. Durante ese tiempo, los coreanos nunca llevaron espadas ni cuchillos, como los japoneses y los chinos. En vez de eso, llevábamos piedras de pederual. Encender fuego en las heladas extensiones de Manchuria y Siberia era una forma de protegerse la vida. Somos gente así, respetamos al Cielo, defendemos principios morales y amamos la paz. Nuestro pueblo derramó mucha sangre durante la ocupación japonesa y la guerra civil coreana. Sin embargo, no sirvió

para unificar nuestro país ni establecer una soberanía de paz. Nuestro país fue partido en dos, y una mitad se convirtió en una oscura sociedad comunista.

Para restablecer la soberanía de nuestro pueblo necesitamos la unificación. Debemos poner fin a la división entre Norte y Sur, si queremos tener paz. Sólo después de alcanzar la unificación pacífica y restaurar nuestra soberanía, lograremos la paz mundial.

El pueblo coreano nació para traer la paz a este mundo. Todo tiene un nombre y los nombres tienen significado. Nuestros atuendos tradicionales blancos son fáciles de ver, tanto de día como de noche. Es bueno usar el blanco para hacer señas de noche, porque resulta fácilmente visible en la oscuridad. De manera similar, nuestro pueblo está destinado a transmitir mensajes de paz por todo el mundo, tanto de día como de noche.

El Norte y el Sur están divididos por la línea de alto el fuego, pero ese no es el problema. Una vez que retiremos esa línea, encontraremos una barrera aún mayor entre nosotros y Rusia y China. Para que nuestro pueblo pueda disfrutar de la verdadera paz tendremos que superar también esas otras líneas de alto el fuego. Será difícil, pero no imposible. Lo importante es nuestra propia actitud.

Creo que cuando una persona suda debería sudar hasta la última gota; sudar hasta lo último que haya en su corazón. De esa manera no tendrá de qué lamentarse y todo se purificará y quedará en orden. Lo mismo vale cuando se intenta algo difícil. La dificultad solamente terminará cuando se haya alcanzado la victoria a cada nivel y todo haya quedado claro. Todos los asuntos que tratéis deben quedar completamente resueltos. Entonces podrán dar su fruto. No podemos restablecer la plena soberanía de nuestro pueblo sin pasar por esas arduas dificultades.

Hoy en día, mucha gente habla de la unificación pacífica. Yo, sin embargo, ya hablaba de esto cuando nadie se atrevía siquiera a utilizar la expresión «reunificación pacífica», por temor a ser acusados de violar la Ley Anticomunista y la Ley de Seguridad Nacional. Hoy, cuando la gente me pregunta qué hacer para

lograr la unificación, repito lo que siempre he dicho sobre este asunto: «Si los surcoreanos aman a Corea del Norte más que al Sur y los norcoreanos aman a Corea del Sur más que al Norte, podemos unificar la península hoy mismo».

Arriesgué mi vida para ir a Corea del Norte y reunirme con el presidente Kim en 1991 porque tenía ese tipo de amor. Logré acuerdos con el presidente Kim sobre reuniones de familias separadas, cooperación económica Norte-Sur, desarrollo del monte Kumgang como destino turístico, desnuclearización de la península coreana, y preparación de una cumbre Norte-Sur. Nadie pensaba que un anticomunista podía ir a un país comunista y abrir las compuertas de la unificación, pero acabé sorprendiendo al mundo.

Antes de mi encuentro con el presidente Kim pronuncié un discurso de dos horas titulado «La sangre es más espesa que el agua» en el salón de la Asamblea Mansudae, sede de la Asamblea popular suprema, el máximo órgano legislativo de Corea del Norte. Ese día hablé a sus dirigentes de cómo unificar el Norte y el Sur mediante el amor. Me puse ante esos líderes norcoreanos pertrechados con la filosofía de Kim Il Sung, y les dije exactamente lo que creía.

«El Norte y del Sur deben unificarse», les dije, «pero ni las armas de fuego ni las espadas lo conseguirán. La unificación Norte-Sur no ocurrirá por la fuerza militar. Incluso la guerra de Corea fracasó en este sentido y es de necios pensar que se puede hacer otro intento usando la fuerza militar. Tampoco se logrará la unificación con la ideología *Juche* que ustedes defienden. ¿Qué lo hará, entonces? El mundo no funciona sólo por el poder de los seres humanos. Puesto que Dios existe, nada puede hacerse sólo con el esfuerzo humano. Incluso en situaciones de maldad, como una guerra, Dios obra Su Providencia. Por ello, el Norte y el Sur no pueden unirse mediante la ideología *Juche* que pone al hombre en el centro.

A una patria unificada sólo puede llegarse mediante el *diosismo*. Dios nos protege y el tiempo de la unificación se acerca.

La unificación es el destino, la tarea que hemos de llevar a cabo en nuestra era. Si no cumplimos ahora la sagrada tarea de unificar la patria, no seremos capaces de mantener la cabeza erguida en presencia de nuestros antepasados ni descendientes por el resto de la eternidad.

¿Qué es el *diosismo*? Es la práctica del amor perfecto de Dios. Ni las derechas ni las izquierdas pueden unificar al Norte y el Sur. Sólo será posible cuando haya un «pensamiento centrado» capaz de armonizar a derechas e izquierdas.

Para recorrer el camino del amor, deben disculparse ante el mundo por haber invadido el Sur. Entiendo que Corea del Norte tiene a veinte mil espías viviendo en el Sur. Envíenles inmediatamente una orden a todos para que se entreguen a las autoridades surcoreanas. Si lo hacen, voy a impartirles una educación que rectifique su ideología y los convierta en patriotas que contribuyan a la unificación pacífica del Norte y el Sur».

Mientras hablaba, golpeaba la mesa. Las caras del señor Yun Ki Bok y del viceprimer Ministro, Kim Dal Hyun, se pusieron tensas. Era consciente de los peligros a los que me exponía al hacer estas declaraciones, pero tenía que decir lo que había venido a decir. No estaba simplemente tratando de sorprender al público. Sabía que el presidente Kim y su hijo Kim Jong Il iban a ser informados de mi discurso de inmediato, palabra por palabra. Por eso quería expresar mis intenciones claramente.

Cuando terminé, algunos de los norcoreanos presentes incluso protestaron, exigiendo saber cómo me atrevía a hablar de esa manera. Miré a mi alrededor y no vi más que caras lívidas. Los miembros de nuestra iglesia que estaban conmigo me dijeron: «El discurso tuvo un tono muy fuerte y la atmósfera en la audiencia no fue la mejor».

Sin embargo, me mantuve firme. «¿Para qué vine aquí?», les pregunté. «No he venido a ver la tierra de Corea del Norte. Si me fuera de aquí sin decir lo que había que decir, el Cielo me castigaría. Aunque mi discurso de hoy sea utilizado como excusa para negarme una reunión con el presidente Kim y para expulsarnos del país, aún así tenía que decir lo que vine a decir».

El ocho de julio de 1994 el presidente Kim murió súbitamente. Su muerte se produjo cuando las relaciones Norte-Sur estaban pasando por su peor momento. Se habían desplegado misiles Patriot en territorio surcoreano y los *halcones* en Estados Unidos abogaban por destruir las instalaciones nucleares norcoreanas de Yongbyon. Parecía que la guerra podía estallar en cualquier momento. Corea del Norte anunció que no recibiría a nadie de fuera del país que quisiera asistir al funeral, pero yo sentí que era importante enviar a alguien. Quería cumplir con mis obligaciones morales, ya que había establecido una relación de hermandad con el presidente Kim.

Llamé a Bo Hi Pak. «Ve de inmediato a Corea del Norte como mi representante, para transmitir mi pésame por la muerte del presidente Kim», le dije.

«Nadie puede entrar en Corea del Norte ahora», me contestó.

«Sé que es difícil, pero de un modo u otro debes ir. No me importa si tienes que cruzar a nado el río Yalu²¹. Ve y transmite mis condolencias».

Bo Hi Pak viajó primero a Beijing y arriesgó su vida para comunicarse con Corea del Norte. Luego, el presidente Kim Jong Il dio instrucciones: «Se hará una excepción para un representante del presidente Moon. Escoltadlo a Pyongyang».

Después de transmitirle mis condolencias, el presidente Kim Jong Il se reunió con Bo Hi Pak y amablemente lo saludó, diciendo: «Mi padre siempre dijo que el presidente Moon estaba trabajando mucho por la unificación de nuestra patria. Me alegra de que haya usted venido».

En 1994, la península coreana atravesaba una crisis tan grave que podía haber explotado en cualquier momento. Pero entonces nosotros pudimos resolver la crisis nuclear en la península de Corea, gracias a la relación que había establecido con el presidente Kim Il Sung. Enviar un representante que transmitiera mis condolencias no fue simplemente una cuestión protocolaria de duelo.

21 Este río marca la frontera entre la República Popular China y Corea del Norte.

He relatado mi reunión con el presidente Kim detalladamente para ilustrar la importancia de la fe y la lealtad entre dos personas. Me encontré con él por el bien de la unificación pacífica de nuestra patria. Tuve oportunidad de expresarle mi preocupación por el destino de nuestro pueblo, con fe y lealtad. Como resultado, después de su muerte, su hijo, el presidente Kim Jong Il, aceptó a nuestro representante en las ceremonias de duelo. No hay pared que no se pueda escalar, y no hay un sueño que no se pueda realizar cuando compartimos nuestro amor de todo corazón.

Cuando fui a Corea del Norte pensé que esa era mi patria y el hogar de mi hermano. No fui allí con el deseo de conseguir nada suyo, sino para compartir con ellos mi corazón de amor. El poder del amor no sólo conmovió al presidente Kim Il Sung, sino también a su hijo, el presidente Kim Jong Il. Desde entonces, y así ha sido hasta hoy, hemos mantenido una relación especial con Corea del Norte. Cada vez que las relaciones Norte-Sur han pasado por dificultades, hemos jugado un papel en desbloquear la situación. Todo viene de cuando me reuní con el presidente Kim Il Sung, le transmití mi corazón sincero y construí una relación de confianza con él. Eso demuestra la importancia de la confianza.

Después de mi encuentro con el presidente Kim, inauguramos en Corea del Norte la fábrica de coches Pyeonghwa Motors, el hotel Potonggang, y el Centro de la paz mundial. Por todo Pyongyang hay carteles anunciando Pyeonghwa Motors. Cuando el presidente de Corea del Sur visitó el Norte, los funcionarios norcoreanos le llevaron a ver la fábrica de coches Pyeonghwa Motors. Los empresarios surcoreanos que acompañaban al presidente se alojaron en el hotel Potonggang. Miembros de nuestra iglesia que no son norcoreanos y que trabajan en Corea del Norte se reúnen cada domingo para el culto religioso en el Centro de la paz mundial.

Todos esos proyectos son esfuerzos para fomentar intercambios pacíficos entre el Norte y el Sur. No se hacen para obtener beneficios a cambio. Son esfuerzos para contribuir a la unificación del Norte y el Sur, como una expresión de amor al pueblo coreano.

Ni con pistolas ni con espadas, sino con amor verdadero



No sólo la zona de desmilitarización divide a nuestro pueblo. Las regiones de Youngnam y de Honam también están divididas por una línea invisible²². Además, los coreanos que viven en Japón están divididos entre la Unión de Residentes coreanos en Japón, Mindan, que son pro-Corea del Sur y la Asociación general de Residentes coreanos en Japón, Chongryon, que son pro-Corea del Norte. El conflicto entre las dos organizaciones radica en las ciudades de origen de sus respectivos miembros. La segunda y tercera generación de coreanos residentes en Japón, que nunca han ido al lugar de origen de sus padres, viven todavía en conflicto dentro de las líneas trazadas por ellos. Los miembros de las dos organizaciones utilizan un lenguaje ligeramente diferente, envían a sus hijos a escuelas diferentes y no se casan entre sí.

En 2005 hice efectivo mi tan anhelado plan para unir a los coreanos en Japón, así como a los coreanos de las regiones de Youngnam y Honam. Invité a mil miembros de Mindan y a otros mil de Chongryon a Seúl y los hermané con mil personas de la región de Youngnam y otras mil de Honam.

²² Youngnam es una región situada al sureste de la península y coincide con la antigua provincia de Gyongsang; las principales ciudades son Busan, Daegu y Ulsan. Honam es una región situada al suroeste de la península y coincide con la antigua provincia de Jeolla. La ciudad principal es Gwangju.

Es casi imposible que Chongryon y Mindan se reúnan en Japón y hablen de la unificación pacífica del Norte y el Sur. La tarea de reunirles en un solo lugar fue difícil, pero para mí fue muy emocionante verlos sentados juntos y abrazarse.

Un dirigente de Chongryon, presente en el acto, visitaba Seúl por primera vez. Habló con lágrimas, explicando que lamentaba profundamente todos los años que había pasado librando una lucha que no era la suya, sobre todo porque ni siquiera estaba seguro de qué parte de la península había venido su padre. Dijo que se sentía enormemente avergonzado de haber vivido con una línea divisoria sin sentido dibujada en su corazón.

Para entender plenamente la división de la península de Corea y el conflicto entre las dos partes, debemos buscar exhaustivamente en el pasado, el presente y el futuro. Cualquier incidente tiene una raíz y una causa. La división de la península de Corea fue creada por la lucha histórica entre el bien y el mal. Cuando la guerra de Corea estalló, la Unión Soviética, China y otros países comunistas ayudaron a Corea del Norte.

De manera similar, dieciséis países liderados por Estados Unidos enviaron sus tropas en ayuda de Corea del Sur. Además, cinco países enviaron equipos médicos y otros veinte proporcionaron suministros de guerra. ¿Qué otra guerra en la historia ha involucrado a tantos países en la lucha? La razón por la que todo el mundo se vio envuelto en una guerra en el pequeño territorio de Corea, fue que se trataba de una lucha de apoderados representando las fuerzas del comunismo y las fuerzas de la libertad. Se podría decir que Corea llegó a representar al mundo y que el bien y el mal lucharon ferozmente en su suelo.

El difunto general retirado y ex Secretario de Estado de EE.UU., Alexander Haig, hizo una declaración inesperada en su discurso de felicitación por el décimo aniversario del diario *The Washington Times*, celebrado en 1992.

«Soy veterano de la Guerra de Corea. Como comandante, estaba a cargo de la ofensiva contra Heungnam, y allí lanzamos el ataque más fuerte que pudimos. Me conmueve profundamente saber que el reverendo Moon estaba allí encarcelado por

los comunistas y que nuestro ataque ese día le puso en libertad. Parece que fui enviado allí para liberar al reverendo Moon. Ahora, él está aquí para salvar a los EE.UU. *The Washington Times* es un periódico que salvará al pueblo americano dando una visión equilibrada de la historia, que no es ni de derechas ni de izquierdas, y mostrándonos el camino a seguir. Como vemos, en la historia no existen las casualidades».

Hace algunos años, en Corea, algunas personas reclamaron que la estatua del general Douglas MacArthur fuese retirada del parque Incheon. Creían que si las tropas de las Naciones Unidas no se hubieran sumado a la guerra, el país no estaría dividido en Norte y Sur, como lo está hoy. Me sorprendió oírlo y me pronuncié muy en contra. Ese concepto sólo podía salir del Partido Comunista de Corea del Norte.

Se hicieron grandes sacrificios a escala mundial, y sin embargo la península sigue dividida. No sabemos la fecha exacta en que se concretará la unificación, pero está claro que estamos dando grandes pasos en esa dirección. Hay muchos obstáculos que superar en el camino a la unificación. A medida que nos encontremos cara a cara con cada uno de ellos, tendremos que trabajar para derribarlos y luego seguir adelante. Aunque eso puede tomar mucho tiempo y resultar difícil, la unificación vendrá irremisiblemente si trabajamos con la misma desesperación que si cruzáramos a nado el río Yalu.

Tras la desintegración de la Unión Soviética, Rumanía fue la que más se resistió al cambio, de entre los países comunistas de Europa Central y Oriental. Luego, a fines de 1989, se produjo el sangriento levantamiento de su pueblo. En cuanto el régimen fue derrocado, Nicolae Ceaucescu, que había gobernado el país durante veinticuatro años, fue ejecutado junto con su esposa. Había sido un dictador brutal que masacró sin piedad a quienes se le oponían. En cualquier país, una de las razones de que un dictador tienda a ejercer un control absoluto, es que teme por su vida si pierde el poder. Si un dictador pudiera estar seguro de que su vida no sería amenazada, no se precipitaría a un callejón sin salida, al estilo de Ceaucescu.

Pronto nuestro país también se unificará por un medio u otro, de manera que tanto políticos como economistas deben hacer

los preparativos necesarios en sus respectivos campos de especialización. Como religioso, trabajaré a fondo, preparándome para saludar a la gran Corea unificada, en la que abracemos a los norcoreanos con amor y compartamos una paz común.

He estudiado la unificación de Alemania mucho tiempo. Escuché las experiencias de los que estuvieron involucrados, para saber cómo se logró la unificación sin disparar una sola bala, ni derramar una sola gota de sangre. Al hacerlo, mi esperanza era encontrar una forma apropiada para Corea. He aprendido que la razón principal de que Alemania pudiera ser unificada en paz fue que se dio a entender a los dirigentes de Alemania Oriental que sus vidas no estarían en peligro después de la unificación. De no haber creído que sería así, no habrían permitido que la unificación se produjera tan fácilmente.

He llegado a la conclusión de que necesitamos un planteamiento similar con los gobernantes de Corea del Norte. No hace mucho tiempo, se publicó en Japón una novela basada en Corea del Norte. En esta novela de ficción, los gobernantes de Corea del Norte, en repetidas ocasiones, veían un vídeo de la ejecución de Ceausescu y gritaban: «¡Eso es lo que nos va a pasar si perdemos el poder! ¡Bajo ninguna circunstancia podemos renunciar al poder!»

Por supuesto, sólo era una novela publicada en Japón. Sin embargo, debemos dedicar nuestra atención a este problema real y encontrar una solución para los líderes de Corea del Norte, para lograr una rápida unificación.

Construir un mundo de paz en la península coreana no es realmente tan difícil. Cuando Corea del Sur viva plenamente por el bien de Corea del Norte, ésta no tratará de luchar contra el Sur y la paz llegará de forma natural a la península.

El poder que puede conmover a un niño rebelde no es el puño ni la fuerza bruta. Es el poder del amor, que brota naturalmente del corazón. Más que el arroz o el fertilizante, es importante que demos amor a Corea del Norte. No debemos olvidar nunca que el Norte sólo nos abrirá su corazón a nosotros y al mundo si tenemos en cuenta su situación y vivimos por su bienestar, con un corazón amante y sincero.

CAPÍTULO VII
EL FUTURO DE
COREA ES EL
FUTURO DEL
MUNDO

La armonía mundial empieza en la península coreana



Echo tanto de menos el pueblo donde nací que a menudo lo visito en sueños. Queda mucho más allá de Seúl, en Jeongju, Corea del Norte. Es un territorio que tiene montañas y mar. Mi corazón, siempre y en todo lugar, se dirige hacia ese lugar, donde hay amor y vida.

Todos nacemos del linaje de nuestros padres y, mientras crecemos, nos nutrimos de su amor. No podemos olvidar nuestros lugares de origen porque allí es donde el suelo está impregnado del amor de nuestros padres. Por eso, cuanto más envejecemos, más echamos de menos nuestro pueblo. Allí se encuentran nuestras raíces, y allí debemos retornar. Es difícil para las personas desconectarse de aquello que tiene una importancia fundamental para ellos. En el año dos mil cuatro terminé mis actividades en los Estados Unidos después de treinta y cuatro años, y regresé a la península de Corea, hogar de la fortuna celestial.

No sabemos en qué preciso momento la mañana se convierte en tarde, ni en qué instante el atardecer se transforma en noche. De igual manera, los humanos no tenemos medios para saber en qué momento suceden las cosas del Cielo. Así ocurre también con nuestra vida. Nuestros momentos de éxito o de fracaso

pasan sin que seamos plenamente conscientes de cuando empezaron a gestarse. Lo mismo acontece con los países.

No podemos saber cuando vendrá la buena o mala fortuna a una nación. La fortuna celestial es una fuerza que mueve el mundo y es el principio que hace girar al universo. Aunque no lo sepamos, existe claramente algo llamado fortuna celestial, que Aquél que creó el mundo utiliza para obrar Su providencia.

El universo se mueve siguiendo perfectamente su propio orden. Todos los seres del mundo poseen cierta ley o principio que les ha sido dada desde antes de existir. Cuando viene un niño al mundo, respira y abre los ojos sin que nadie se lo enseñe. Nada ni nadie le obliga a hacerlo, lo hace por sí solo. Las cosas que suceden por sí solas encierran en su interior las importantes claves de los secretos universales.

Muchos fenómenos naturales parecen suceder simplemente porque sí. Sin embargo, no es así en realidad. En los fenómenos naturales que ocurren en el universo, se esconde una fuerza directiva de la que no somos conscientes, ni entendemos. Ocurre lo mismo con las fuerzas de la fortuna en el universo, la fortuna celestial.

En el girar del universo, es seguro que llegará un período de poderosa fortuna. Si entendemos el principio por el cual la primavera sigue al invierno y ésta a su vez es seguida por el verano, entonces podemos prever un brillante futuro para Corea después de un largo invierno de desventura.

Quienes sean sabios de verdad se alinearán con las leyes y los ritmos del universo. Cuando estaba en los EE.UU. solía pescar en el río Hudson, cerca de mi casa. Si bien desde niño he sido un excelente pescador, a veces tenía días en los que regresaba a casa desanimado por no haber pescado ni siquiera una pequeña carpa. Los peces siguen sus rutas y tienen determinadas horas en que las recorren. Si no conocemos esas rutas ni a qué horas pasan por allí los peces, no pescaremos ninguno. Que haya agua no significa que los peces estarán siempre pasando por allí. Quien no lo entienda, ya puede pasarse día y noche esperando con el sedal echado, que no le servirá para nada. Lo mismo ocurre con la fortuna celestial. Si no tenemos ojos para

ver el futuro, no veremos la fortuna celestial aunque esté delante de nuestros ojos. Por eso es importante que tengamos una comprensión clara de la fortuna celestial, y la capacidad de percibir sus movimientos.

La civilización humana se desarrolló históricamente hacia el oeste. La civilización continental egipcia dio paso a las civilizaciones peninsulares de Grecia y Roma, para luego desarrollar la civilización insular de Gran Bretaña. Luego se movió otra vez, hacia el continente norteamericano. Continuó su marcha al oeste, cruzando el Océano Pacífico y llegando a Japón. Sin embargo, el movimiento de la civilización humana no se detuvo allí. La fuerza que levantó a Japón a una posición tan elevada se está trasladando ahora a la península coreana. La civilización humana se está preparando para dar fruto en la península de Corea.

Si la civilización insular de Japón quiere conectarse con el continente, debe pasar inevitablemente por una península. Por supuesto, en Asia también hay otras penínsulas, pero sólo Corea posee un fundamento suficiente para heredar la civilización moderna. La península coreana está en una posición geopolítica privilegiada. Está situada frente a Japón, y frente a los Estados Unidos al otro lado del Pacífico. También está conectada a los continentes de Asia y Europa, y comparte fronteras con China y Rusia. Por eso ha sido un punto estratégico en las luchas de poder entre las grandes potencias del mundo y ha sufrido mucho por ello.

Durante la Guerra Fría, hemos luchado por nuestra supervivencia, en guerra contra el comunismo. Todavía hoy la península coreana se ve involucrada en las preocupaciones y los intereses de las grandes potencias, por lo que sigue siendo un país dividido que no puede estar completamente en paz. Ha llegado la hora de que la península coreana, donde colisionan los intereses de las grandes potencias, asuma un papel importante para evitar el conflicto entre estos países. Como resultado, se encontrará en la posición de conducir al resto del mundo hacia la prosperidad y la paz.

La fortuna celestial trae consigo una enorme responsabilidad. Ahora que la península de Corea la recibe, deberá desempeñar

un papel similar al de un rodamiento, asegurándose de que estos países no sólo no choquen entre sí, sino que cooperen estrechamente por el bien de la prosperidad y la paz global. La función de un rodamiento es fijar el eje de una máquina en determinada posición, y al mismo tiempo permitir que el eje gire libremente. Corea debe mantener relaciones armoniosas con las grandes potencias, y ser precisamente el rodamiento que permita que la paz gire libremente en todo el mundo.

He venido haciendo intensos preparativos, desde hace mucho tiempo, para que Corea cumpla ese papel. Apoyé la política de *glasnost* del presidente Gorbachov, y la mejora de relaciones con la Unión Soviética. Además, desde la segunda mitad de los ochenta, también apoyé las políticas de reforma y apertura de Deng Xiao Ping en China. Empecé mi proyecto en China apoyando a la Universidad de Yanbian para que abriera una facultad de ingeniería. Incluso después de los sucesos de la plaza de Tiananmen, cuando el capital extranjero huía de China, permanecimos allí invirtiendo cientos de millones de dólares en Huizhou, en la provincia de Kuangtung.

No lo hice sólo por razones económicas. Soy una persona religiosa, no un hombre de negocios. Una persona religiosa es alguien que prevé el futuro y se prepara para él. Rusia, China, Japón y los Estados Unidos deben aprender a cooperar utilizando los rodamientos espirituales de la península coreana. El destino de la península de Corea es convertirse en el eje de la paz mundial.

Cuando me puse a trabajar para mejorar las relaciones entre Corea y la Unión Soviética y China descubrí que en Corea ni siquiera existía algo tan básico como un diccionario de ruso ni de chino. Poco llegaríamos a hacer juntos si desconocíamos el idioma del otro. Cuando escuché que había grupos de académicos que habían tenido la visión de empezar a confeccionar un diccionario chino-coreano y otro ruso-coreano, apoyé ambos proyectos.

El proyecto del diccionario chino-coreano estaba dirigido por el profesor Il Shik Hong del Instituto de cultura coreana

de la Universidad de Corea, mientras que varios profesores del Departamento de Estudios Rusos de la misma universidad preparaban la publicación de un diccionario ruso-coreano. Hoy, estos diccionarios desempeñan un papel crucial en los intercambios de las dos Coreas con China y Rusia.

Cuando una roca cae desde la cima de una montaña, rueda hasta el fondo del valle. Esto describe los cambios de fortuna de la civilización occidental. De todos es sobradamente sabido que Occidente ha logrado un increíble desarrollo con ayuda de la ciencia, pero ahora su decadencia moral lo está haciendo descender a lo profundo del valle. Ese valle es precisamente Oriente, que ha desarrollado una cultura espiritual durante miles de años.

La península de Corea, en especial, es el lugar donde la cultura occidental se encuentra con la oriental, y también donde la civilización continental se encuentra con la oceánica. El historiador y filósofo Oswald Spengler formuló una teoría cíclica del auge y declive de las civilizaciones, que, con una visión sombría, describía la democracia actual como la forma de gobierno que está llevando al declive de la civilización occidental. Argumentaba que la democracia está dirigida hoy por el dinero, y que la fuerza corruptora de la democracia y su declive moral vienen del auge del materialismo y el culto desmesurado a la ciencia.

Si miramos la situación de la cultura occidental actual, parece que algunas de las ideas de Spengler eran proféticas. La civilización del Atlántico, que hasta hoy había venido prosperando, está dando paso claramente a una nueva era, la de la civilización pan-Pacífica en auge. Asia se está convirtiendo en el actor principal de la nueva historia mundial, con Corea jugando un papel central. Dos tercios de la población mundial viven en Asia. Todas las grandes religiones del mundo comenzaron en Asia. Este continente ha sido, durante mucho tiempo la raíz espiritual de la humanidad.

Es inevitable que la civilización occidental y la oriental se reúnan armónicamente en la península de Corea. Mientras el mundo cambia rápidamente, la fortuna celestial se acerca a

Corea cada vez más deprisa. Sin embargo, si Corea quiere cumplir como es debido su importante papel de dirigir al mundo hacia la armonía y la paz en esta era de caos, entonces debe prepararse bien. Debe superar un pasado teñido de prejuicios y egoísmo, y saludar esta nueva era con una mirada clara y un nuevo corazón.

De tierra de sufrimiento y lágrimas, a tierra de paz y amor



Hay un profundo significado en la trágica historia que el pueblo coreano ha vivido hasta el presente. Corea ha sufrido mucho porque está destinada a ser el fundamento del que surgirá la paz mundial. Habiendo soportado sufrimiento y dificultades durante tanto tiempo, hoy Corea se convertirá en la nación central desde la que Dios traerá la paz al mundo. Aunque los coreanos hemos experimentado innumerables penalidades, nunca hemos hecho enemigos ni odiado a nadie. Varios de nuestros países vecinos nos infligieron padecimientos, pero nunca les tuvimos por enemigos irreconciliables.

El pueblo coreano ha desarrollado una cultura de corazón que nos permite perdonar a nuestros enemigos. Para amar y aceptar a un enemigo se requiere dominio de uno mismo. La capacidad de amar al enemigo solamente surge después de vencer los propios conflictos internos.

Los perseguidos son los más cercanos a Dios. Para entender el corazón de Dios hay que experimentar Sus lágrimas. Incluso alguien que normalmente no las derrama, lo hará si pierde su familia y su país. Entonces implorará a Dios con desesperación. Las dificultades y el sufrimiento nos hacen implorar y llorar, pero así es como podemos recibir la bendición de Dios, porque

Dios viene a un corazón empapado de lágrimas. Corea se ha convertido en una tierra de fortuna celestial porque los corazones de sus gentes han derramado muchas lágrimas.

Nuestro pueblo honra a sus antepasados. Por muy hambrientos que estuviéramos, nunca venderíamos la tierra donde están enterrados nuestros ancestros para comprar alimentos. Históricamente hemos respetado al Cielo en nuestra forma de pensar. Somos una nación moderna y civilizada que todavía honra al mundo del espíritu. Cuando aceptamos el budismo y el confucianismo surgió de ellos una maravillosa cultura religiosa. Más recientemente, las tradiciones del cristianismo y el Islam han empezado a florecer aquí también. Todas estas religiones conviven en Corea sin conflictos, se mezclan y coexisten pacíficamente. ¿Qué hizo que nuestro pueblo fuera tan especial?

Desde tiempos antiguos, siempre hemos tenido una mentalidad religiosa, y nuestros corazones siempre han estado abiertos a recibir la palabra de Dios. Además, los coreanos siempre han dado gran prioridad a la educación y a la excelencia.

Como resultado, consideramos que el idioma coreano y el alfabeto coreano *Hangul* son tesoros que el Cielo nos ha entregado. Nuestro idioma es rico en adjetivos y adverbios, capaces de expresar todos los sentimientos del corazón humano.

Amo nuestro alfabeto. Adoro la expresión *Hunminjeongeum*, que significa «sonidos correctos para instruir a la gente». Ésta es la idea original del alfabeto *Hangul*. Tiene un hermoso significado. La excelencia del *Hangul* ha sobrevivido durante siglos y continúa embelleciendo la comunicación humana incluso en esta era digital. Me resulta asombroso que los seres humanos podamos comunicarnos, e incluso imitar todos los sonidos de la creación mediante simples combinaciones de vocales y consonantes. Desde hace treinta años vengo diciendo a los miembros extranjeros de nuestra iglesia que aprendan coreano como preparación para el futuro.

Recientemente, el término *hallyu*, «ola coreana», fue acuñado por periodistas chinos para describir la rápida propagación de la cultura popular coreana en toda Asia. La creciente

popularidad de la música «*pop*» coreana, los seriales televisivos, y las películas de cine hechos en Corea ha provocado un gran aumento del número de estudiantes de coreano. Actualmente muchos en Japón, Mongolia, Vietnam e incluso en África saben hablar coreano.

Realmente no se trata de ninguna casualidad. El alma habita en el lenguaje. La razón por la que los japoneses se esforzaron tanto, durante su ocupación, por eliminar la lengua coreana fue para destruir el alma del pueblo coreano. Que ahora personas de todo el mundo hablen coreano significa que el alma y el corazón del pueblo coreano están triunfando en el mundo actual. La influencia cultural de Corea sigue creciendo gracias a la fortuna celestial.

Los coreanos nunca quieren ser una carga para los demás. Cuando estaba en América pude ver el carácter testarudo de los coreanos. Los Estados Unidos disponen de variados mecanismos de seguridad social, pero los coreanos casi nunca quieren beneficiarse de ellos. En vez de recurrir al apoyo del gobierno, encuentran el modo de ganar dinero para criar a sus hijos y atender bien a sus ancianos padres. Es una muestra de la autosuficiencia coreana. Veo la misma actitud en los misioneros que hemos enviado por todo el mundo. No temen ir a un país del que no saben casi nada. Y esto no sólo ocurre con los misioneros, sino también con los hombres de negocios. Una vez que se les da una misión, no importa en qué lugar del mundo, lo dejan todo y van. No son indecisos ni reacios.

Los coreanos tienen un espíritu tan emprendedor que pueden ir a cualquier parte del mundo y vivir productivamente. Nuestra historia de sufrimientos nos ha enseñado que ningún obstáculo es demasiado grande. Hemos aprendido a enfrentarnos con las peores situaciones y superarlas.

Cuando hay una gran fiesta en el pueblo, la gente se agolpa y pelea por conseguir los mejores asientos. Éste es un comportamiento muy egocéntrico. En esa situación, la persona que, sin decir una palabra, se sienta tranquilamente en el asiento más humilde será el dirigente de la era venidera. El que se preocupe

primero de llevar comida a su propia boca, será un fracasado en esta nueva era. Aunque tengamos que comer un solo bocado, debemos pensar primero en los demás. Si deseamos recibir la fortuna celestial que viene a la península de Corea, debemos darnos cuenta en lo más profundo de nuestros corazones de que «los demás» son siempre más valiosos que «yo mismo».

En el pasado, nos despojaron de todo lo que amábamos. Durante la ocupación japonesa nos arrebataron nuestro país. Nuestro territorio fue partido en dos, fuimos forzados a separarnos de nuestros queridos padres y hermanos, y Corea se convirtió en una tierra de lágrimas. Sin embargo, es hora de que lloremos por el mundo. A partir de ahora, en vez de llorar por nosotros, debemos hacerlo con más sinceridad y más intensidad por el mundo. Eso debemos hacer los coreanos si queremos seguir recibiendo la fortuna celestial. Si así lo hacemos, la fortuna celestial de la península coreana se extenderá por todo el mundo. El pueblo coreano tiene la gran oportunidad de estar en el centro de una era de paz mundial.

El objetivo de la religión del siglo XXI



El siglo XX fue un período de muchos cambios. En esos cien años pasaron más cosas que en los últimos dos mil. Fue el siglo de las dos guerras mundiales y del surgimiento del comunismo, que alcanzó su máximo apogeo y luego desapareció. Fue también el siglo en que la humanidad le dio la espalda a Dios y se enterró en lo material. ¿Cómo será entonces el siglo XXI? Hay quienes dicen que los avances científicos han demostrado que muchas creencias religiosas son meras supersticiones, e irrelevantes en el mundo contemporáneo. Sin embargo, yo mantengo que el papel de la religión seguirá siendo relevante, mientras la dimensión espiritual de los seres humanos siga siendo una realidad y no se haya establecido un mundo de paz.

¿Cuál es el propósito de la religión? Es establecer el mundo ideal de Dios. Las religiones evangelizan porque desean aumentar el número de ciudadanos bajo soberanía divina. Si todo el mundo viviera bajo la soberanía de Dios, tendríamos un mundo pacífico, sin guerras ni divisiones. El destino final del camino que siguen las religiones debe ser la paz.

Dios creó este mundo motivado por un deseo de amor y de paz. Si creamos división, insistiendo en que nuestra religión es el único camino posible a la salvación, iremos contra Su deseo. Dios quiere que todo el mundo trabaje diligentemente por la paz, la reconciliación y la convivencia. Si la gente me plantea que por asistir a la iglesia se generan divisiones en su familia, no

dudo en decirles que antepongan primero a su familia. La religión es sólo un medio para construir el mundo ideal de Dios, no es un fin en sí mismo.

El destino de la humanidad es armonizar todos los puntos de vista que hoy están divididos unos contra otros. La filosofía que guíe a la humanidad en el futuro deberá incluir a todas las religiones y filosofías. Ha pasado el tiempo de que un solo país vaya a la vanguardia conduciendo a la Humanidad. La era del nacionalismo también ha terminado.

Si seguimos como hasta ahora, y los seres humanos sólo se agrupan si son de la misma religión o de la misma raza, la humanidad no podrá evitar más guerras. Si no trascendemos nuestras costumbres y tradiciones culturales, jamás llegará una era de paz. Ninguna ideología, filosofía ni religión que en el pasado haya influido en la humanidad, puede establecer la paz y la unificación necesarias en el futuro. Necesitamos una nueva ideología y un nuevo pensamiento que vayan más allá del budismo, del cristianismo y del Islam. Toda mi vida he estado pidiendo hasta quedarme sin voz que la gente trascienda su credo religioso y su religión.

Hay cerca de doscientos países en el mundo, cada uno con sus propias fronteras nacionales. Una frontera separa a un país de sus vecinos, pero los países separados por fronteras no durarán eternamente. Sólo la religión puede superar los límites nacionales. Sin embargo, las propias religiones, que deberían estar uniendo a la gente, se han dividido, muy al contrario, en multitud de facciones ocupadas de pelearse entre ellas. Han caído en un pensamiento egocéntrico, que antepone la propia religión o confesión. No se dan cuenta de que el mundo ha cambiado y de que ha amanecido una nueva era de altruismo.

No será fácil derribar las barreras religiosas que han permanecido en pie durante miles de años, pero será imprescindible hacerlo si queremos avanzar hacia un mundo de paz. Las religiones y sus respectivas confesiones deben poner fin a esa lucha sin sentido, encontrar un terreno neutral donde dirimir sus diferencias de opinión, y dar pasos concretos para anticipar el

mundo de paz. El futuro feliz de la humanidad no se construirá solamente con prosperidad material. Urge superar los conflictos ideológicos, culturales y raciales de nuestro tiempo, mediante el entendimiento interreligioso y la armonía espiritual.

Toda mi vida he estado haciendo estos llamamientos a la amplia variedad de gente religiosa que he encontrado por el mundo: en primer lugar, que respeten las tradiciones de las demás religiones, y que hagan lo posible por evitar el conflicto y la discordia entre religiones. Segundo, que todas las comunidades religiosas cooperen para servir al mundo. Tercero, que los dirigentes de todas las religiones trabajen juntos para desarrollar una estructura que nos permita cumplir nuestra misión común de establecer la paz mundial.

El ojo derecho existe para el izquierdo y viceversa. A su vez, los dos ojos existen por el bien de todo el cuerpo. Lo mismo puede decirse de cualquier otra parte del cuerpo. Nada existe para sí mismo. La religión tampoco existe para sí misma, sino para el amor y la paz. Una vez que se logre la paz mundial, la religión ya no será necesaria. Su objetivo último es hacer realidad en este mundo una comunidad humana llena de amor y paz. Ésta es la voluntad de Dios.

No es fácil crear un entorno dónde el corazón de la gente se llene de anhelos de paz. La única solución es una educación continua.

Por eso dedico toda mi atención a proyectos educativos. Fundamos la Escuela de artes Sunhwa, incluso antes de que nuestra iglesia se sostuviera sola.

Una escuela es un lugar sagrado, donde se enseña la verdad. ¿Cuáles son las verdades más importantes que deben enseñarse en la escuela? La primera, conocer a Dios y reconocer Su existencia en el mundo que nos rodea. La segunda, conocer el origen fundamental de los seres humanos, nuestras responsabilidades y cómo cumplirlas por el bien del mundo. La tercera, darse cuenta del propósito de la existencia humana, y después crear un mundo ideal para esta existencia. Sólo es posible entender

estas cosas después de que se hayan enseñado con sinceridad y dedicación durante mucho tiempo.

La educación actual está centrada en crear una sociedad competitiva, en la que quienes cruzan la meta primero son recompensados con el monopolio de la felicidad.

Esa no es la manera correcta de educar a los niños. La educación debe ser un medio para crear un mundo donde toda la humanidad en su conjunto viva bien.

La filosofía y los métodos de educación que nos han dominado hasta ahora deberán cambiarse por otros que permitan avanzar hacia los objetivos comunes de la humanidad. Si en los Estados Unidos se educa sólo por el bien de los Estados Unidos, y en Gran Bretaña sólo por el bien de Gran Bretaña, entonces el futuro de la humanidad será oscuro. Los educadores no deben enseñar a vivir egoístamente, sino impartir la sabiduría necesaria para resolver los numerosos problemas sociales de esta era.

Y más importante aún es el papel de los eruditos religiosos. Estos estudiosos de la religión no deben enseñar complejas teorías, ni la superioridad de sus propias religiones. En vez de eso, deben transmitir a sus estudiantes sabiduría para amar a la humanidad y construir un mundo de paz. Deben enseñar el principio del altruismo. No podemos esperar un futuro de felicidad para la humanidad, si los académicos no toman la iniciativa de enseñar a nuestros descendientes los principios de la paz. Toda la humanidad somos hermanos y hermanas, y el mundo es una sola familia.

La sabiduría más importante que necesita la humanidad nace de conocer el corazón de Dios y Su ideal. Por eso, el papel de la religión sigue siendo importante, especialmente en este siglo XXI, cuando la ciencia y la tecnología parecen estar sustituyendo el papel de la religión en la comprensión del funcionamiento del universo.

Las religiones del mundo han de entender cuál es el destino del devenir humano y cesar inmediatamente todas las luchas, grandes y pequeñas. No deberían estar discutiendo para proteger su propia reputación. Las religiones han de aunar su sabidu-

ría, combinar sus energías y trabajar diligentemente para construir el mundo ideal. Deben olvidar las luchas llenas de odio del pasado y encontrar soluciones pacíficas.

Por mucho que hayamos trabajado por la paz mundial, siempre queda trabajo por hacer. Las personas religiosas, cuya misión es conducir a la humanidad hacia el mundo ideal, no deben olvidar ni por un momento que su única misión es ser, verdaderamente, apóstoles de la paz.

La cultura expresa la creatividad divina



En 1988 Seúl fue sede de las Olimpiadas de verano. Pensé que era como un festival de paz en potencia que iba a tener lugar en mi propio jardín, así que convoqué para esa ocasión a muchos hermanos y hermanas de la iglesia de todas partes del mundo a que vivieran a Seúl. Los miembros ayudaron a guiar a los atletas y a las delegaciones internacionales, animaron a los atletas, les llevaron cosas para comer y les regalaron recuerdos de su visita a Corea.

Ya que tanto China como la Unión Soviética participaban en los juegos, lo percibí como un evento que podía cambiar críticamente la era de la guerra fría. Considerar los juegos olímpicos como un festival de la paz les confería el potencial de crear armonía entre el bloque comunista y el mundo libre. El día de la ceremonia de apertura me senté en las gradas del Estadio Olímpico de Jamsil y lo seguí con mucha alegría.

Aproveché la energía de los Juegos Olímpicos para después fundar el equipo de fútbol profesional Il Hwa Chunma. El equipo Il Hwa ha ganado varios campeonatos de liga y ha creado una fuerte base de socios aficionados. Desde entonces hemos fundado en Brasil, cuna del fútbol-samba, los equipos de fútbol Club Atlético Sorocaba y Centro Esportivo Nova Esperança (CENE), que sigo regentando hasta hoy.

Elegí formar equipos de fútbol porque me gusta este deporte. Desde niño me gustó hacer deporte; durante un tiempo practiqué boxeo y algo de artes marciales tradicionales. Pero el fútbol es el deporte que sigo disfrutando hasta hoy. En mis días de colegio solía correr con muchas ganas por el patio de la escuela dando patadas al balón, pero ahora disfruto viéndolo. Cuando se celebró la Copa del Mundo en Seúl coloqué tres televisores, uno al lado de otro, para ver todos los partidos. No me perdí ningún partido de los que jugó Corea.

El fútbol es un microcosmos de la vida. Por muy bien que regatee el balón por el campo, si aparece otro jugador del equipo contrario más rápido y hábil y me roba el balón, en un instante todo lo que he hecho se reduce a nada. También, aunque logre irme con el balón hasta el fondo del campo y tire a portería, si la pelota da en el poste y sale, se acabó. Puede regatear con el balón, pero anotar un gol no es tarea de uno solo. Necesito a un compañero de equipo como Ji Sung Park, que me apoyará en el momento crítico, o como Young Pyo Lee, que hábilmente bloqueará al jugador contrario.

La persona más importante es el entrenador, que desde la banda observa al equipo en su conjunto. No entra a jugar ni anota goles, pero su poder es mayor que el de todos los jugadores juntos. Igual que un entrenador ve cosas que los jugadores no pueden ver y les da instrucciones, Dios hace lo mismo. Si los jugadores siguen bien las indicaciones del entrenador ganarán casi con certeza. Pero si el técnico da indicaciones y los jugadores hacen el idiota y no las entienden, o las ignoran y juegan como les place, el equipo perderá seguro.

El fútbol es un deporte de competición dónde unos ganan y otros pierden, pero también influye significativamente en promover la cooperación y la paz entre naciones. He sabido que la audiencia de la Copa del mundo de fútbol fue el doble que en los Juegos Olímpicos. Eso nos da una idea de a cuánta gente en todo el mundo le gusta el fútbol. Por eso, igual que las Olimpiadas, el fútbol puede llegar a ser una fuerza que armonice naciones,

razas, religiones y culturas. Veo el fútbol y la paz entre naciones como socios potenciales muy poderosos.

Pelé, que fue designado Ministro extraordinario de Deporte de Brasil en 1995, visitó un día mi casa de Hannam-Dong, en Seúl. La gente lo recuerda como el mejor jugador de fútbol del mundo, pero el Pelé que yo conocí era un activista de la paz. Él quería lograr la paz mundial con el fútbol.

Cuando nos vimos, se rió contándome una anécdota de un partido en África. Me dijo: «Una vez fuimos a jugar un partido en Nigeria, cuando el país estaba en guerra. ¿Cómo cree que pudimos jugar en un lugar donde las bombas estallaban por todas partes? ¡Gracias a Dios, hicieron un breve alto el fuego para poder jugar el partido! Entonces me di cuenta de que el fútbol era algo más que un deporte. El fútbol es una herramienta compartida por toda la humanidad para lograr la paz mundial. Después de eso, decidí que tenía que llevar a cabo un movimiento por la paz mundial a través del fútbol».

En ese momento me quedé tan impresionado con Pelé que apreté su mano con firmeza.

Vivimos en una sociedad competitiva con mucho estrés. El estrés crea tensión en nuestras vidas y nos quita nuestra paz mental. Los deportes y el arte son actividades que nos ayudan a aliviar nuestros niveles de estrés; nos ayudan a desahogar nuestros impulsos reprimidos y unen a los seres humanos. La razón de que preste atención a equipos de fútbol, orquestas sinfónicas y compañía de ballet es que esas actividades son medios para traer la paz.

Pelé ya era consciente. Y como estábamos de acuerdo, creamos juntos una nueva competición de fútbol a escala internacional: la Copa de la Paz. Hemos estado celebrando torneos de la Copa de la Paz cada dos años desde 2003. Hemos traído a Corea equipos mundialmente famosos. En los años alternos se celebra paralelamente un torneo de fútbol femenino denominado Copa Reina de la Paz.

En el verano de 2009 celebramos el primer torneo fuera de Corea, en la región de Andalucía, en España. Las ganancias que

origina la Copa de la Paz se utilizan para apoyar programas de fútbol infantil y juvenil, en países en vía de desarrollo. En especial, usamos el fútbol para que niños con discapacidades físicas puedan mantener vivos sus sueños.

Junto con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, ACNUR, celebramos un torneo de fútbol juvenil en Liberia, un país donde más de quince años de guerras tribales han dejado depauperada a la población. Es una zona bajo la protección de la ONU, por el fuerte descenso de población que sufre. Niños de este país asolado por la guerra se juntaron para jugar al fútbol y entonar cánticos de paz. Mientras disfrutaban pateando el balón, aprendían a jugar en equipo y a jugar limpio, habilidades muy necesarias para crear armonía entre las tribus.

La organización de la Copa de la Paz tiene como meta la construcción de un estadio de la paz en la región situada entre Israel, Palestina y Jordania, lo más cerca posible de la frontera entre Israel y Palestina. El estadio estará disponible para cualquiera, como iniciativa de paz. Planeamos traer entrenadores famosos de Europa y abrir una academia de fútbol para los niños de la región. Puede que los adultos se disparen con armas, pero los niños querrán venir al estadio a jugar juntos. La gente se muestra escéptica y dice que no es realista, pero nosotros lo lograremos.

Un miembro del gabinete israelí ya ha dicho que hay que construir el estadio en el territorio de su país, mientras que otro miembro del gabinete palestino dice que debería hacerse en su zona. Pero yo estoy decidido a construirlo de manera que conecte ambos lados. No soy de los que se dejan presionar ni renuncian a sus sueños. Tengo una voluntad de hierro, que uso para perseguir sueños que conduzcan a un mundo de paz.

La creación de la compañía de ballet es otro ejemplo de esa fuerza de voluntad. La gente me decía que no podía hacerse. Fundamos el Ballet Universal en 1984. En estos días, el número de personas que en Corea disfrutan del ballet es mayor que nunca. Cuando fundamos nuestra compañía de ballet, Corea era una tierra estéril en lo que a ballet se refiere. Pero ahora ya tiene sus propias bailarinas de renombre mundial.

Siempre que veo ballet siento que así debe ser el arte en el reino celestial. Cuando una bailarina se alza sobre la punta de sus pies y dirige la cabeza hacia el cielo, su postura me parece la pose perfecta con que debemos venerar a Dios. Evoca un deseo ferviente. En el ballet le expresamos a Dios nuestro amor, utilizando los hermosos cuerpos que nos ha dado. Es la expresión artística más elevada.

El Ballet Universal comenzó interpretando *El Lago de los Cisnes* y *Cascanueces*. Luego se añadieron *Don Quijote* y *Giselle*, y sus propias creaciones originales *Shim Chung* y *El amor de Choonhyang*. Ahora ha crecido hasta ser aclamado internacionalmente. El Ballet Universal recibe invitaciones de los escenarios más famosos del mundo. Sus bailarines son elogiados porque añaden a los movimientos energéticos de occidente la belleza única de Corea. Se les admira por lo bien que armonizan los estilos oriental y occidental en sus funciones. El Ballet Universal tiene una academia en Washington DC. También fundé la Orquesta Sinfónica de Nueva York y el coro internacional *New Hope Singers*.

El arte permite a la humanidad reflejar los ideales más elevados encarnados en la obra creadora de Dios. Dios volcó todo Su corazón en el ser humano y en el mundo que creó, al igual que los artistas también invierten todo su ser en sus obras. En el Génesis parece como si Dios hubiese hecho las cosas simplemente pronunciando una palabra, pero no fue así en absoluto. Dios invirtió toda su energía en la creación de las aguas y la tierra.

Del mismo modo, los movimientos de los bailarines sobre el escenario son el fruto de un proceso creativo que requiere una dedicación total. Igual ocurre con el fútbol. Un equipo de fútbol de éxito debe emplearse a fondo los noventa minutos. Un jugador que corre para marcar un gol invertirá toda la energía que pueda reunir, como si su vida dependiera de ello. Dios experimentó algo similar al crear el mundo.

Dar todo lo que llevamos dentro, ofrecernos completamente para el momento que vivimos, así se alcanza la grandeza y así es como la humanidad llega a parecerse a Dios.

El señor de los mares y el futuro del mundo



La historia nos ha demostrado que el país que controla el mar se convierte en el líder del mundo. Pensad en Gran Bretaña. En un tiempo fue invadida por los vikingos procedentes de Noruega y de Suecia. En el siglo XVI la reina Isabel I se dio cuenta, nada más llegar al trono, que si no tenía el control de los mares lo perdería todo. Reforzó la política marítima de su país, y gracias a sus denodados esfuerzos Gran Bretaña llegó a ser una poderosa nación marítima. Movilizó capital y tecnología para construir buques fuertes, los hizo tripular por gente intrépida y los envió a navegar. Surcaron los océanos arriesgando sus vidas, sin saber qué les esperaba más allá de los mares. Como resultado, Gran Bretaña, una pequeña isla del Atlántico, poseyó colonias en todos los continentes y océanos y creó un imperio.

Centrada en el Reino Unido, la civilización occidental experimentó un gran progreso en ciencia y tecnología. Con la ayuda de la brújula y otros instrumentos de navegación, los barcos británicos viajaron a todos los rincones del planeta. El conocimiento y la tecnología altamente desarrollados de su país le dieron la capacidad de emprender la conquista del mundo entero. Pero Corea, como la mayoría de países en Oriente, lo ha enfocado de manera distinta. El mundo oriental no abandona el espíritu en la búsqueda de lo material. Si hay un conflicto entre lo material y lo espiritual, Oriente prefiere renunciar a lo material. Por eso,

hablando en general, la vida en Oriente ha sido más dura que en Occidente, pues no se ha desarrollado tanto materialmente. No obstante, el espíritu en occidente no siempre seguirá siendo dominado por lo material. Una cultura totalmente materialista lleva consigo degradación, pero ahora se presenta una oportunidad de aprender de Oriente, más orientado a la espiritualidad.

La civilización se desarrolló de Egipto, Grecia y Roma, a Gran Bretaña y los Estados Unidos, y ahora se está trasladando a la región del Pacífico, que rodea la península de Corea. La era de la civilización del Pacífico está a punto de comenzar, uniendo la ciencia occidental con la espiritualidad oriental. Los líderes en esta nueva era serán naciones como Corea y sus vecinos asiáticos. No ha sido una coincidencia que Corea y Japón hayan crecido en tan poco tiempo, hasta ser países prominentes a escala internacional. Este desarrollo fue históricamente inevitable y señala el comienzo de la nueva era asiática.

Sin embargo, los Estados Unidos y Rusia no se van a quedar mirando cómo nuestro país emerge como un líder mundial. Podría producirse un conflicto importante entre los EE.UU., Japón, Rusia y China en el entorno de la península coreana. Tenemos que prepararnos de dos maneras ante esta contingencia.

En primer lugar, debemos proteger a Corea creando fuertes lazos entre Japón y los Estados Unidos, y conectar a ambos con Rusia y China. ¿Cómo podemos hacerlo? Con una filosofía y un corazón que creen unidad. La única filosofía que puede prevenir guerras entre religiones y abrir un camino a un mundo pacífico es la que proclama que sólo existe una humanidad, trascendiendo raza, nacionalidad y religión. Para protegerse de los peligros de la guerra, Corea debe sembrar en el mundo una filosofía de unidad.

En segundo lugar, debemos prepararnos para la nueva era oceánica. La era del Pacífico se acerca. Quien no pueda gobernar los océanos no podrá llegar a liderar la era del Pacífico. Si llega la fortuna celestial, y no estamos preparados, no sabremos aprovechar la oportunidad. Si comprendemos que se inicia una

era oceánica, y si Corea quiere liderar esa era, entonces el país tendrá que hacer los oportunos preparativos.

En el mar, los peces no son el único recurso. Un tesoro aún mayor es su potencial como fuente energética. Con la disminución de las reservas de petróleo crudo, crece cada día la sensación de crisis energética. Si el mundo se queda sin petróleo, la humanidad se sumirá en la oscuridad. Se están haciendo esfuerzos por desarrollar fuentes alternativas de energía a partir de cereales como el maíz, pero eso no parece realista en las condiciones actuales, en las que no se distribuye suficiente comida para alimentar a la población mundial.

La verdadera fuente de energía alternativa es el océano. En la energía del hidrógeno marino está el futuro de la humanidad. El agua cubre dos tercios de la superficie terrestre. En otras palabras, dos tercios de las materias primas que la humanidad necesita para su futuro se encuentran en los océanos. No habrá futuro para la humanidad si no cuenta con los recursos oceánicos. Los países desarrollados ya extraen petróleo y gas natural del océano, y los venden a precios elevados. La humanidad no ha hecho sino empezar a descubrir los recursos del océano. Llega el día en el que la humanidad dependerá de los océanos.

La era oceánica no empezará sin el esfuerzo humano. Primero debemos ir al mar, embarcar y vencer las olas. Sin ese coraje no estaremos preparados para la era oceánica. El país que conquiste los mares será un poder dominante en el mundo, y el mundo estará ansioso por estudiar su cultura y su idioma. Corea debe ser el mejor guardián defensor del océano Pacífico, comprender la voluntad del Creador y gestionar bien Sus recursos.

Grandes oportunidades en la era oceánica



Los océanos pueden convertirse en el punto central para unir al mundo. Para gobernar el océano debemos entrenarnos para vivir en él tan a gusto como vivimos en la superficie. Cuando enseñé a otros a pescar, envíé diez embarcaciones pequeñas con una grande. Al salir del puerto, la embarcación grande abre camino para las pequeñas. Pero una vez en alta mar, las embarcaciones pequeñas son responsables de sí mismas. Deben conocer la dirección del viento, lo que hay en el fondo del mar y la ruta que toman los peces. Deben aprenderlo todo ellos solos.

Me gusta usar la expresión «el espíritu de Alaska». Con ella me refiero al hábito de levantarse a las cinco de la mañana, salir al mar y no regresar hasta bien pasada la medianoche, cuando en verano todavía hay luz. La persona con «el espíritu de Alaska» se queda en el mar hasta pescar su cuota diaria. No se puede llegar a ser un verdadero pescador a menos que se aprenda a perseverar de esta manera.

Pescar no es ir a un crucero de placer. Por muchos peces que haya en el océano, no van a saltar sin más al barco. Se requiere un conocimiento especializado y mucha experiencia. Uno debe saber, además, cómo reparar una red y cómo amarrar la cuerda del ancla. Cuando alguien reciba ese intenso entrenamiento no solamente será un buen pescador, sino que podrá ir a cualquier

parte del mundo y liderar a otros. Entrenarse pescando es una buena manera de formarse como dirigente.

El dominio de los mares requiere tener barcos, incluyendo submarinos, que puedan ir a cualquier parte del mundo. Corea ya posee la principal industria naviera del mundo. Tiene el potencial de convertirse en una gran potencia marítima. Lo que Corea necesita ahora es más gente dispuesta a hacerse a la mar.

Los coreanos somos descendientes de Chang Bo Go, un acaudalado personaje del siglo noveno que mantuvo comercio marítimo internacional, y que era conocido como «el rey del océano». Tenemos una fuerte tradición de hacernos a la mar, vencer las olas y ganar batallas.

La gente de forma natural teme a las olas. Cuando el viento sopla sobre ellas, se forma marejada. Las olas y las marejadas son necesarias para que se mezcle el oxígeno del océano. Si el mar está en calma durante mucho tiempo, sin viento ni marejada, empieza a morir. Si entendemos lo valiosas que son las olas, dejaremos de temerlas. Incluso cuando sopla un viento fuerte y las olas se enfurecen, entendemos que gracias a eso sobreviven los peces. Entonces las olas se convierten en parte del atractivo del mar.

A treinta metros bajo la superficie del océano no hay olas. Si subiéramos a un submarino y nos fuéramos al fondo del océano haría tanto frío que no necesitaríamos ni aire acondicionado. Los peces eligen la profundidad con la temperatura adecuada para ellos, y realizan danzas maravillosas nadando en bancos en sus aguas favoritas. Igual que nuestros *Little Angels* con sus abanicos, los peces lucen sus coloridos trajes y mueven con gracia las aletas. Viven en un entorno bonito y pacífico. El mundo pronto será así de pacífico.

La llegada de la era oceánica significa que a Corea le ha llegado la oportunidad de cambiar el mundo. La gente que ha vivido en penínsulas ha tenido que luchar en la historia contra invasiones tanto terrestres como marítimas. Para sobrevivir han tenido que ser valientes y forjarse un carácter nacional tenaz. No es casualidad que las civilizaciones se hayan desarrollado en

penínsulas como Grecia, Italia o España. En esos países floreció la civilización porque tenían un firme espíritu emprendedor y aventurero, necesario para extender su influencia por mares y continentes.

¿Habéis oído hablar de la corriente Kuroshio, una corriente de frontera occidental en el océano Pacífico noroccidental? Recorre más de seis mil cuatrocientos kilómetros al año, generada por la atracción gravitatoria de la luna. Es una corriente superficial oceánica circular que recorre el océano Pacífico. Describirla como «impresionante» es quedarse corto.

Todos los océanos del mundo se mueven gracias a la misma fuerza que mueve la corriente Kuroshio y otras corrientes oceánicas. Si no existiesen esas corrientes, las aguas de los mares no se moverían y éstos morirían. Así como, tarde o temprano, el más largo y poderoso río desemboca en el mar, los más grandes océanos también deben moverse al ritmo de corrientes como la corriente Kuroshio.

Los coreanos deben llegar a ser como la corriente Kuroshio para hacer que su cultura, que es amante de la paz, pueda influenciar al mundo entero. Debemos ser una fuente de fortaleza para el mundo, un lugar donde se reúnan todas las fuerzas vitales en una concentración pacífica.

He visitado muchas veces la costa sur de Corea buscando el lugar propicio que pueda convertirse en el centro de la civilización del Pacífico, y creo que Yeosu y Sooncheon son idóneos para esa tarea. El mar de Yeosu es tranquilo y limpio como un espejo. Allí es donde el almirante Yi Soon Shin Lee infligió una gran derrota a los japoneses en 1592 y también donde murió en la batalla. Yeosu tiene una historia de grandes batallas navales, y es el punto donde se juntan las provincias de Youngnam y Honam. Está en las estribaciones del monte Jiri, donde izquierdistas y derechistas se enfrentaron tras la Guerra de Corea. En ese sentido, es una tierra impregnada del dolor de nuestro pueblo.

La bahía de Sooncheon, famosa por sus cañaverales, tiene una hermosa costa mundialmente conocida. En ese mar de aguas cristalinas que resplandecen con los rayos del sol, se pueden

pescar muchos tipos diferentes de peces. En las tranquilas aguas de su bahía crecen orejas de mar y algas pardas. En sus llanuras de marea abundan los berberechos, y otros tipos de mariscos y pulpos pequeños. He navegado en esta costa y también he escalado sus montañas, y es obvio que es una tierra hermosa con todo lo necesario para la era oceánica venidera.

Actualmente estoy impulsando el desarrollo de la costa sur de Corea, con base en Yeosu²³. Como parte de los preparativos, he recorrido varias de sus islas, incluida la de Geomun, y he vivido allí durante meses. Las personas que han residido en esta zona durante décadas, cultivando la tierra y viviendo de la pesca son como mis maestros.

Lo estudié todo en detalle, durmiendo y comiendo en humildes alojamientos. No sólo estudié libros, sino que anduve también por todas partes, averiguándolo todo por mí mismo. Por eso, ahora sé el tipo de peces que se pueden capturar y en qué zonas del océano, el tipo de redes que hay que echar, la clase de árboles que crecen en las montañas y hasta la casa de la isla en que vive solitario un anciano que sufrió un ictus.

El día que terminé de investigar la costa sur, invité a bordo de mi avión al alcalde de Yeosu que me había ayudado, y lo llevé conmigo a Alaska. Como me había enseñado todo lo que él sabía, quería devolverle el favor enseñándole todo lo que yo sabía de Alaska. Salimos juntos a pescar y le enseñé los diferentes tipos de peces que hay en Alaska y cómo se pescan. Por poco que sepa de algo, no me siento cómodo si no lo comparto.

Poco después de comenzar a promocionar Yeosu, la ciudad fue elegida como sede de la exposición marítima universal que se celebrará en el año 2012. Las Exposiciones Universales, junto con los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundo de Fútbol, se encuentran entre las tres mayores celebraciones que se realizan

23 A título de ejemplo, el 17 de febrero de 2011 en Yeosu, el Rev. Moon presentó ante un público internacional, un método innovador de construcción de barcos que él ha diseñado, y que reduce el tiempo de fabricación a la mitad. Un primer yate de lujo, el Cheongjeongho, construido con esta nueva tecnología, fue botado ese mismo día.

a escala planetaria. Durante los seis meses que dure la Expo 2012 de Yeosu, ciento cincuenta y cuatro países miembros de la Oficina Internacional de Exposiciones (BIE) organizarán todo tipo de eventos. Esto centrará la mirada del mundo sobre Yeosu y hará converger allí la tecnología y la cultura de los países desarrollados.

¿Habéis visto alguna vez las nubes de verano pasando a una velocidad asombrosa? Una vez que las nubes cogen el viento, cruzan montañas y mares a gran velocidad. Este no es momento de vacilar. De manera similar a esas nubes, la fortuna celestial soplará y llevará al mundo hacia Yeosu y la península de Corea.

Estoy planeando conectar todas las islas de la costa sur con puentes, y construir edificios de pisos donde se alojen gentes de todo el mundo amantes de los barcos. Estos parajes turísticos no serán sólo de diversión. Vendrán norteamericanos, alemanes, japoneses, brasileños y africanos. Podrán salir a pescar cada uno en su barco, pero les animaré a que se hospeden bajo el mismo techo y muestren así que la humanidad es una sola familia.

La era venidera será también de la aeronáutica y los viajes espaciales. Ha llegado el tiempo en que disponer de una buena tecnología aeronáutica será una necesidad absoluta. Pero si Corea no empieza ahora, no le dará tiempo a tener lista su industria espacial. Por eso he preparado un complejo industrial aeronáutico en Gimpo, en la provincia de Gyeonggi. Allí fabricaremos helicópteros que serán reconocidos mundialmente, tan buenos como los Sikorsky. Pronto llegará el día en el que helicópteros con el escudo *Taeguk* de Corea sobrevuelen los cielos de todo el planeta²⁴.

24 *Taeguk* es el símbolo de la bandera coreana, tiene dos partes iguales. La sección roja superior representa las fuerzas cósmicas del *yang*. La sección azul inferior representa las fuerzas cósmicas del *yin*. Las dos fuerzas acopladas simbolizan los conceptos del movimiento continuo, el equilibrio y la armonía que caracterizan la esfera del infinito.

Un simple diente de león es más valioso que el oro



Tres de los mayores retos de la sociedad moderna son resolver el problema de la contaminación, crear una conciencia de preservación del medio ambiente y aumentar la producción de alimentos. La Tierra ya ha sido considerablemente dañada. Nuestra codicia ilimitada de bienes materiales ha provocado la gravísima contaminación del aire y del agua, que está destruyendo la naturaleza, incluyendo la capa de ozono que nos protege. Si esta tendencia continúa, la humanidad no podrá escapar de las consecuencias y trampas de esta temeraria carrera en pos de bienes materiales.

Durante los últimos veinte años he trabajado para proteger y preservar la región del Pantanal, en Brasil. El Pantanal, una región situada entre Brasil, Bolivia y Paraguay, es el humedal más extenso del mundo. La UNESCO lo ha declarado patrimonio de la Humanidad. Estoy promoviendo una campaña mundial medioambiental para preservar las especies vivas del Pantanal en su estado original virgen, tal cómo Dios las creó.

El Pantanal, donde el agua, la tierra, los animales y la vegetación conviven en armonía, es un lugar verdaderamente magnífico. Palabras simples, como «hermoso» y «fantástico», no le hacen justicia a la hora de describir su valor. Las fotos aéreas de la zona son tan hermosas que constituyen una de las colecciones de fotos más vendidas de todo el mundo. El Pantanal es uno de

los tesoros ocultos de la humanidad, donde viven especies raras como el mono capuchino de cuello blanco, el guacamayo, el mono aullador, el papagayo, el jaguar, la anaconda y el caimán.

La flora y la fauna del Pantanal y de la cuenca del Amazonas parecen existir hoy tal como eran en los albores de la Creación. El Pantanal es como un Edén de nuestros días. El hombre ha destruido innumerables especies creadas por Dios. Demasiadas formas de vida se han extinguido por culpa de la codicia humana. Pero en el Pantanal esas formas originales de vida todavía existen. Estoy planeando construir allí un aviario y una reserva de insectos, para salvar de la extinción algunas de esas especies únicas.

Además de hábitat para innumerables plantas y animales, el Pantanal también es una fuente importante de oxígeno para el planeta, y un almacén para absorber los gases de efecto invernadero. Pero el Pantanal se va deteriorando año tras año por culpa del desarrollo industrial. Si se destruye este ecosistema, que, junto a la Amazonia, proporciona una importantísima cantidad de oxígeno al planeta, el futuro de la humanidad será sombrío.

Centenares de especies de peces viven en el Pantanal. Entre ellos está el dorado, un pez amarillo oro, que llega a pesar más de veintiséis kilogramos. La primera vez que un dorado mordió mi anzuelo sentí mi cuerpo arrastrado hacia el río. Al recoger el sedal con todas mis fuerzas, saltó en el agua varias veces. Aún después de seguir saltando fuera del agua le quedaban fuerzas para continuar peleando. Es tan fuerte que más parece un oso o un tigre que un pez.

Los lagos del Pantanal están limpios casi siempre. Por mucho que se vierta al agua, se limpia rápidamente. El agua se limpia deprisa porque el entorno del humedal filtra los sedimentos y la contaminación, y por eso allí viven tantas especies diferentes de peces. Cada especie se alimenta de algo distinto. Conviviendo en un complejo ecosistema, se alimentan también de deshechos orgánicos que ensucian el agua. Hasta el acto de alimentarse tiene como función limpiar el agua. En este sentido, los peces son muy diferentes de los seres humanos, porque nunca viven

para sí mismos, sino como parte de un sistema de equilibrio más amplio. Ayudan a limpiar y mejorar su entorno.

El dorso de las hojas del jacinto de agua del Pantanal está plagado de insectos. Si todos los insectos se quedasen allí, el jacinto de agua no podría vivir, pero hay peces que se alimentan de esos insectos en las hojas. Y así viven tanto los insectos, como los jacintos de agua y los peces. Así es la naturaleza. Ninguna criatura vive para sí misma, sino que unos viven para otros. La naturaleza nos enseña esta increíble lección.

Por muchos peces que haya en el Pantanal, si se continúa permitiendo la pesca, la población piscícola disminuirá. Para proteger a los peces hay que desarrollar la piscicultura. Ya que los peces del Pantanal son tan valiosos, debemos desarrollar muchas piscifactorías. También son necesarias instalaciones similares para proteger insectos, pájaros, y mamíferos. La cría de insectos ayudará a aumentar la población de aves. El Pantanal provee de un entorno propicio a todas esas criaturas, y al incrementar su población la humanidad podrá seguir disfrutando de ellas por muchos siglos.

No solamente los peces abundan en la zona. A la ribera de sus ríos crecen piñas, plátanos y mangos. El arroz crece tan bien que se pueden obtener tres cosechas al año, incluso sembrándolo en campos sin regar. El suelo es así de rico. Cultivos de judías y maíz pueden crecer con sólo echar las semillas en la tierra. Se necesita muy poca mano de obra.

Un día viajábamos en lancha por el río Paraguay y paramos en una casa a orillas del río. El campesino que vivía allí vio que teníamos hambre y de su huerta nos trajo un boniato. ¡Era tan grande como una sandía! Nos dijo que con solo dejar la raíz en el suelo seguiría produciendo boniatos varios años más. El pensamiento de que los boniatos pueden cosecharse sin necesidad de sembrarlos cada año me dejó con el fuerte deseo de llevarlos a países donde los alimentos escasean.

La gente que pretende desarrollar los humedales destaca su beneficio económico. Pero el Pantanal de por sí, como humedal, ya aporta mucho beneficio económico. La zona cuenta con

bosques vírgenes de madera dura. Los nativos dicen que aunque alguien clavase una estaca en uno de esos árboles, todavía viviría más de cien años. Estos árboles producen maderas como el ébano marrón, que no se pudren y que, según se asegura, duran más tiempo que el hierro.

Imaginad bosques poblados con árboles tan preciados. Yo reforesté cuatrocientas hectáreas de tierra en el Pantanal con semillas de esos árboles. Los árboles plantados por los miembros de nuestra iglesia han embellecido aún más el Pantanal.

El egoísmo humano está destruyendo la naturaleza. La competición por el camino más corto al éxito económico es la razón principal del daño ambiental al planeta. No podemos permitir que se siga dañando la Tierra. Los hombres y mujeres religiosos deben tomar la iniciativa para salvar la naturaleza, que es la creación de Dios y su obsequio a la humanidad. Debemos darnos prisa en concienciar a la gente de lo valiosa que es la naturaleza y de la urgente necesidad de restaurarla al estado de riquezas y libertad del que disfrutó en el tiempo de la creación.

Como se ha extendido la noticia de que el Pantanal es un tesoro natural, ha comenzado ya una lucha sobre su futuro. El lugar que deberíamos estar protegiendo está a punto de convertirse en el campo de batalla de los codiciosos.

Hace diez años que he estado llevando a líderes de países de todo el mundo al Pantanal, y patrocinando debates sobre la manera de proteger esta región y el ecosistema mundial. He reunido a los académicos y expertos en medio ambiente de todo el mundo, y les he animado a que se interesen en la preservación del Pantanal. Estoy actuando para impedir que los despiadados deseos materiales de los seres humanos sigan destruyendo el Pantanal.

Al agravarse los problemas medioambientales, han surgido muchos grupos ecologistas, pero el mejor movimiento ecologista es el que siembra amor. A la gente normalmente le gusta cuidar de aquello que es suyo y de la gente que ama, pero no cuida ni ama el medio ambiente natural que Dios creó. Dios le dio este entorno natural a toda la humanidad. Su voluntad es

que de él obtengamos alimentos en abundancia y que disfrutemos de la belleza natural. La naturaleza no es algo de usar y tirar. Nuestros descendientes durante muchas generaciones por venir deben también poder contar con ella como lo hacemos nosotros.

El camino más corto para proteger la naturaleza es desarrollar un corazón que la ame. Deberíamos llorar con sólo ver una brizna de hierba en el camino. Hemos de poder abrazar un árbol y llorar, y comprender que hasta una simple piedra, o una ráfaga de viento, esconden el espíritu de Dios. Amar y cuidar el medio ambiente es amar y cuidar a Dios. Debemos sentir a cada criatura creada por Dios como un objeto de nuestro amor. Si tuviéramos nuestros ojos espirituales abiertos, veríamos que un simple diente de león es más valioso que las coronas de oro de los reyes.

La solución a la pobreza y el hambre



Si nunca pasáis hambre no podéis conocer a Dios. Los momentos en que pasáis hambre son oportunidades de acercaros más a Dios. Cuando estás hambriento y puedes ver con humildad a todo aquel que se te acerca como un familiar cercano y deseas ayudarle, entonces tienes más probabilidades de que te den de comer. En esas situaciones, es importante mantener un corazón bondadoso de empatía.

El hambre no es solamente un problema de las zonas menos desarrolladas del mundo. Incluso en los EE.UU., que disfrutan de uno de los niveles de vida más altos del mundo, hay millones de personas malnutridas y hambrientas. Cuando fui a ese país uno de mis primeros proyectos fue comprar camiones para repartir alimentos entre los pobres.

La situación en los países empobrecidos es mucho peor. Cuando observo la situación mundial, siento que el problema más apremiante a resolver es el suministro de alimentos suficientes. No se puede posponer ni un minuto más. En la actualidad, unas veinte mil personas mueren a diario por causas relacionadas con el hambre. No podemos permitirnos permanecer apáticos, sólo porque nosotros y nuestras familias no lo suframos directamente.

Con la mera distribución de alimentos no se puede resolver el hambre. Se necesita enfocar el problema yendo a su raíz. Yo planteo dos métodos básicos y concretos. El primero es pro-

veer un suministro suficiente de alimentos a muy bajo coste; el segundo, compartir tecnología para que la gente pueda superar el hambre por sus propios medios.

La falta de alimentos planteará a la humanidad una crisis muy grave en el futuro. No construiremos un mundo de paz sin resolver primero esa carencia. Lo que se produce en las limitadas superficies cultivables actualmente disponibles no es suficiente para alimentar a toda la población mundial. Por eso, hemos de buscar la solución en el océano. El mar es la clave para resolver la futura crisis alimentaria. De ahí que lleve explorando el océano desde hace décadas.

En Alaska se hace fertilizante con los abadejos de menos de treinta y ocho centímetros. Es un alimento estupendo, pero como la gente no sabe prepararlo, sólo lo utilizan como fertilizante. Hace tan sólo veinte o treinta años, si pedíamos a los occidentales rabo de buey, nos lo daban gratis. A los coreanos nos gusta mucho preparar comida con los huesos y los intestinos de las terneras, pero algunos occidentales ni siquiera saben que son comestibles.

Lo mismo ocurre con los peces. Un veinte por ciento de las capturas mundiales de pescado se desecha sin más. Siempre que lo veo, pienso en las personas que se están muriendo de hambre en África, y siento un gran dolor. El pescado es una fuente de proteínas mucho más fiable que la carne de vacuno. ¡Qué maravilloso sería que hiciéramos pasteles o salchichas de pescado, para dar a la gente de esos países que pasan hambre!

Una vez que se me ocurrió esa idea, puse en marcha un proyecto para almacenar y transformar grandes cantidades de pescado. De nada sirve atrapar una gran cantidad de pescado, si inmediatamente después no se sabe manipular de manera adecuada. Ni el mejor pescado se puede mantener en buen estado más de ocho meses. Aunque se congele y se almacene refrigerado, el aire se filtra entre las grietas del hielo y el pescado pierde humedad. Aunque se le vierta agua y se vuelva a congelar, para entonces ya habrá perdido su mejor sabor y será difícil utilizarlo.

Nosotros recogimos ese pescado desechado e investigamos cómo convertirlo en harina. Buscábamos hacer algo que países avanzados como Francia y Alemania no habían logrado. Convertido en esta harina, el pescado puede ser fácilmente transportado y conservado incluso en climas calurosos y húmedos. La harina de pescado contiene un noventa y ocho por ciento de proteínas, uno de los más altos en productos alimenticios. Por eso puede utilizarse para salvar a la gente que se muere de hambre. También puede usarse para hacer pan. Aún estamos investigando formas de hacérselo llegar a los países más pobres de la tierra.

Los océanos contienen alimento en abundancia, pero el mejor método para salvar a la humanidad de la crisis alimentaria es la piscicultura. Preveo que, así como en las ciudades hay rascacielos, un día habrá edificios dedicados a la piscicultura. Mediante sistemas de tuberías podemos criar peces en edificios altos o incluso en las montañas. Con la cría de peces podemos producir comida más que suficiente para alimentar a toda la población mundial.

El océano es una bendición de Dios. Cuando salgo al océano la pesca me absorbe completamente. He pescado toda clase de peces en diferentes países. Una razón por la que pesco es que luego puedo enseñar a quienes no saben pescar. En Sudamérica, pasé varios meses enseñándoles mis métodos de pesca a los lugareños. Yo mismo recogía las redes y pasaba tres o cuatro horas enseñándoles a desenredarlas.

Para asegurar un suministro adecuado de alimentos a bajo coste la humanidad tendrá que explotar racionalmente el océano, que, junto con las extensas praderas aún vírgenes, constituyen los últimos depósitos de riqueza que nos quedan. Hacerlo no será tarea fácil. Tendremos que ir a lugares calurosos y húmedos, donde resulta difícil moverse y trabajar dura y dedicadamente. No se pueden explotar las grandes praderas de las regiones tropicales sin amar a la humanidad con dedicación y pasión.

Jardim, en Brasil, es uno de estos lugares difíciles para vivir. El clima es muy caluroso; insectos que aún no tienen ni nombre

te pican continuamente. En ese lugar estuve viviendo y allí me hice amigo de todas sus criaturas. Andaba descalzo, sintiendo la tierra rojiza de Jardim bajo mis pies, y parecía un campesino. Cuando estaba en el río pescando, parecía uno más de los pescadores del lugar.

Cuando los lugareños te miren y digan, «eres un campesino de verdad» o «eres un pescador de verdad», estarás cualificado para recibir sus conocimientos y compartir los tuyos con ellos. No es algo que pueda conseguir quien necesite dormir ocho horas diarias en una cama limpia y confortable, comer tres veces al día y hacer la siesta a la sombra de un árbol.

Cuando estábamos desarrollando nuestro proyecto en Paraguay, yo vivía con un grupo de miembros de nuestra iglesia en una pequeña cabaña en Olimpo, cerca del río Paraguay. Había un solo baño, y cada mañana debíamos turnarnos para usarlo. Me levantaba a las tres de la mañana, hacía un poco de ejercicio y salía a pescar. Eso hizo que los miembros que estaban conmigo pasaran momentos difíciles. No estaban acostumbrados a cortar cebo para carnada tan de madrugada, antes de estar despiertos del todo.

Cuando sacábamos el barco teníamos que cruzar otras propiedades hasta llegar al embarcadero. En la oscuridad, era difícil abrir los portones de estas fincas. Una mañana, mientras los miembros hurgaban a tientas en una cerradura sin conseguir abrirla, les grité: «¿Qué estáis haciendo?» Grité tan fuerte y con tanta furia que hasta yo me asusté, así que seguro que tuvo que ser difícil para ellos.

Pero es que siento que no puedo permitirme perder ni un solo segundo. No tengo tiempo para estar de brazos cruzados. Veo claramente la lista de cosas que debo hacer antes de que alcancemos un mundo de paz, por eso siempre tengo prisa en mi corazón.

Cuando pescaba en el río antes del amanecer, los mosquitos pululaban como una nube oscura. Sus agujijones eran tan afilados que podían traspasar unos pantalones vaqueros. En la oscuridad que precede al alba no podíamos ver los corchos de

nuestros sedales, así que teníamos que atarles bolsas de plástico blancas. No podía esperar a que saliera el sol, tenía demasiada prisa.

Todavía extraño Jardim. Lo echo de menos todo. Cuando cierro los ojos, aún siento el calor del aire acariciándome el rostro. Las pequeñas incomodidades físicas eran lo de menos. El sufrimiento físico desaparece enseguida. Lo importante es que ese lugar puede algún día jugar un papel importante, al servicio del mundo. Mi estancia en Jardim me hizo muy feliz.

Algo más que caridad para acabar con el hambre



Si queremos resolver el problema del hambre, hemos de tener la paciencia de querer sembrar. La semilla se siembra en la tierra y no se ve, hasta que germina y rompe su cáscara. De forma semejante, a largo plazo es más importante enseñar a plantar y cosechar trigo, y a convertirlo después en pan, que simplemente darle un trozo de pan a quien está a punto de morir. Lo primero puede resultar más difícil y no recibir tanto reconocimiento público, pero es la única manera de conseguir una solución radical y sostenible al problema del hambre en el mundo. Tenemos que empezar a estudiar ahora el clima, el terreno y el carácter de la gente de las zonas azotadas por el hambre.

Existe un árbol llamado moringa. La gente en el Congo alimenta a sus hijos con las hojas de este árbol, ricas en nutrientes, para complementar su dieta. También se las dan al ganado, para que engorde antes de llevarlo al mercado. Trituran las hojas en un mortero, le agregan un poco de aceite y hacen una masa que luego fríen para comer.

Una buena idea sería plantar muchos árboles de moringa y, después de cortarles la raíz, que es venenosa, triturarlos enteros y hacer harina para pan. Muchos países podrían seguir este ejemplo y plantar árboles de moringa. También está la alcachofa de Jerusalén, similar al boniato, que crece tan deprisa que las

cosechas obtenidas son tres veces mayores que con otras plantas usadas para aliviar el hambre. Cultivar muchas alcachofas de Jerusalén es otra manera de contribuir a resolver el problema del hambre.

En Jardim usan unas lombrices enormes para fertilizar la tierra que cultivan. Es un gusano que sólo existe en Suramérica, pero quizás podamos estudiar su hábitat, y aprovecharlo para ayudar a la agricultura de otras partes. Hay coreanos en la región brasileña de Mato Grosso estudiando los gusanos de seda. Si tiene éxito la cría de gusanos de seda allí, se podría obtener seda a bajo coste y venderla para comprar alimentos.

No hay una solución rápida al problema del hambre en el mundo. La gente tiene gustos y hábitos diferentes en cada país, y la flora y la fauna también son diferentes. Lo importante es preocuparnos de nuestro prójimo. En primer lugar, debemos desarrollar un corazón que, cuando ya nosotros tenemos comida suficiente para saciarnos, pensemos en la gente que pasa hambre y en cómo podemos ayudarles. Si la humanidad no resuelve el problema del hambre, nunca alcanzaremos una paz verdadera. Si la persona a mi lado está a punto de morir de hambre, la paz es un mero lujo.

Enseñar las habilidades necesarias para ser autosuficientes en la producción de alimentos es tan importante como distribuir alimentos directamente a los necesitados. Para enseñar esas habilidades hemos de construir escuelas en regiones remotas, combatiendo el analfabetismo. Hay que construir escuelas técnicas para que los lugareños aprendan a autoabastecerse. Los occidentales que conquistaron África y Suramérica no hicieron bastante para proporcionar tecnología a los pobladores locales. Sólo usaron a la gente como mano de obra, mientras trataban de excavar y llevarse los recursos naturales escondidos bajo tierra. No les enseñaron a ser agricultores, ni a construir fábricas. Eso fue injusto. Desde que abrimos nuestras misiones en el extranjero, nuestra iglesia fundó escuelas en lugares como el Congo, para enseñar agricultura y tecnología industrial.

Otro problema al que se enfrentan quienes sufren hambre es que no pueden pagar un tratamiento médico adecuado cuando caen enfermos. Al otro lado del mundo, los países desarrollados se enfrentan al consumo excesivo de fármacos, pero quienes pasan hambre a menudo mueren porque no pueden comprar ni una simple medicina contra la diarrea. Por eso, mientras trabajamos para erradicar el hambre, debemos también prestar ayuda médica. Tenemos que abrir hospitales y cuidar de las personas que sufren enfermedades crónicas.

Por ejemplo, en Brasil, desde nuestras granjas de la Nueva Esperanza, en la región de Jardim, han partido ambulancias y equipamientos médicos que he donado a más de treinta pequeñas poblaciones circundantes. Fundé las granjas de la Nueva Esperanza como un modelo de convivencia pacífica para la humanidad. Hemos cultivado una gran extensión de tierra para agricultura, y construido ranchos de ganado en las zonas altas.

La granja de la Nueva Esperanza está en Brasil, pero no pertenece solamente a los brasileños. Cualquiera que tenga hambre puede ir allí, trabajar y alimentarse. Unas dos mil personas de todas las razas y de todas partes del mundo pueden siempre alojarse y alimentarse allí. Estableceremos un sistema educativo, desde la escuela primaria hasta la universidad. Enseñaremos a cultivar la tierra y a criar ganado. También vamos a enseñar a plantar y cultivar árboles, y a pescar, transformar el pescado y venderlo. No sólo son granjas, también aprovecharemos las numerosas lagunas en las cercanías del río para crear piscifactorías y zonas de pesca.

La región paraguaya del Chaco ocupa el sesenta por ciento del territorio de ese país, pero ha sido una tierra descuidada. El Chaco se formó cuando el mar inundó la tierra firme, y aún hoy brota agua salada al cavar el suelo. Tenía más de setenta años cuando fui por primera vez a Paraguay. La vida de las personas que habitaban esa abandonada tierra era indescritiblemente pobre. Verlos me causó un gran dolor en mi corazón. Quería sinceramente ayudarles, pero no estaban preparados para acep-

tarme fácilmente, alguien con otro color de piel y que hablaba un idioma distinto al suyo.

Pero no me di por vencido. Recorrí el río Paraguay durante tres meses, comiendo y durmiendo con la gente del lugar. A mis más de setenta años, me estaba comprometiendo en una tarea que, según la gente, era imposible. A todos los que encontré les enseñé lo que sabía de pesca, y ellos me enseñaron su idioma. Pasamos tres meses en el mismo barco y nos hicimos amigos.

Una vez que abrieron sus corazones, les hablé una y otra vez de por qué el mundo debe unirse. Su primera reacción fue de indiferencia. Pero la gente del Paraguay empezó a cambiar poco a poco, año tras año. Diez años después habían cambiado tanto, que celebraron allí un Festival mundial de paz con gran entusiasmo.

Resolver el problema de los alimentos no significa que la paz sobrevenga inmediatamente. Tras resolver el problema del hambre hay que implementar programas para educar sobre la paz y el amor. He construido escuelas en lugares como Jardim y el Chaco. Al principio, la gente no enviaba sus hijos a la escuela, sino que les tenían ayudándoles a criar el ganado. Nos esforzamos en convencerles de que los niños y los jóvenes necesitan una educación. Como resultado, ahora tenemos muchos alumnos. También construimos una fábrica de industria ligera, donde elaboramos productos usando tecnología simple. Después de eso, los alumnos se interesaron más en asistir a la escuela para poder luego trabajar en la fábrica.

Todos somos responsables por la gente que muere de hambre en el mundo. Tenemos que actuar para ayudarlos. Con un claro sentido de responsabilidad, hemos de encontrar la manera de alimentarlos y salvarlos. La gente que vive bien debe bajar a un nivel ligeramente inferior y elevar a los que viven en la pobreza, para construir un mundo donde todos vivan bien.

CAPÍTULO VIII

UN NUEVO SUEÑO
PARA LA JUVENTUD

Descubrir vuestra meta cambiará vuestra vida



Cuando nos encontramos con alguien por primera vez, siempre sentimos curiosidad para saber de quién se trata. Dios siente la misma curiosidad por cada ser humano. Tiene especial curiosidad por la gente joven, y le produce gran alegría cuando llega a conocerles íntimamente. ¿Por qué? Porque la juventud es la época más importante y más hermosa de nuestra vida. La juventud debe ser un tiempo de tranquilidad, de preparación para el futuro. Crecer a la madurez es un proceso fundamental, que abre camino a una nueva etapa.

En estos días, resulta más difícil encontrar jóvenes apasionados con sus vidas. Son cada vez más los jóvenes que vagan errantes, sin meta ni objetivos en la vida. Los grandes líderes de la historia, desde temprana edad, tenían bien claro cuál era el propósito de sus vidas. Alimentaron siempre el objetivo que desde niños albergaban sus corazones, y pusieron su máximo esfuerzo en alcanzarlo. Dormidos o despiertos, o jugando con los amigos, estos grandes líderes orientaron cada una de sus acciones de juventud, preparando el escenario en el que iban a estar en el futuro. ¿Estáis viviendo así?

Todos fuimos creados para ser grandes hombres y mujeres. Dios no nos envió a este mundo sin un propósito. Cuando Dios nos creó, lo hizo derramando todo Su amor en cada uno de

nosotros. Así que todos fuimos creados para alcanzar la grandeza. Con Dios, podemos lograr cualquier cosa.

Amando a Dios me convertí en una persona completamente diferente. Comencé a amar a la humanidad más que a mí mismo, a pensar en los problemas de todos antes que en los de mi familia o los míos. Amé todo lo que Dios creó. Amé profundamente los árboles del monte y los peces de las aguas. Mis sentidos espirituales se desarrollaron y descubrí la mano de Dios en todos los seres creados.

A la vez que cambiaba interiormente y sintonizaba mi corazón con el amor de Dios, me fortalecía físicamente para poder cumplir mi misión. Quería estar listo para ir a cualquier lugar, en cualquier momento en que Dios me llamase. Jugué al fútbol, practiqué boxeo, artes marciales coreanas y *wonhwado*, un arte marcial que yo mismo me inventé. En el *wonhwado* el deportista mueve su cuerpo en movimientos circulares suaves, casi como si danzase. Se basa en el principio de que mediante movimientos circulares se puede desarrollar una mayor fuerza que en línea recta.

Incluso ahora, comienzo el día con ejercicios de estiramiento de los músculos y las articulaciones, y ejercicios de respiración, que desarrollé personalmente. A veces, cuando estoy viajando y dando discursos por todo el mundo, no tengo tiempo de hacer estos ejercicios matutinos. Pero aún así encuentro tiempo, aunque sea mientras estoy sentado en el lavabo. Cuando era joven me bastaban treinta minutos diarios, pero ahora que soy mayor he incrementado el tiempo de hacer mis ejercicios a una hora diaria.

En el año 2008, el helicóptero en el que viajaba sufrió un accidente. El aparato se vio envuelto de repente en negras nubes cargadas de lluvia, y en un instante se estrelló en pleno monte. El helicóptero rodó y se dio la vuelta, y yo quedé colgado boca abajo gracias al cinturón de seguridad. Instintivamente me agarré con fuerza a los reposabrazos del asiento. Si hubiese desatendido mis ejercicios diarios, creo que me habría roto la cadera al quedarme colgado boca abajo. Un cuerpo sano es el recipiente de un espíritu sano. Es importante que seamos diligentes en ejercitar nuestros cuerpos.

Pocos estudiantes van a la escuela porque les guste estudiar. Si van, es porque sus padres les mandan ir, y no porque quieran. Sin embargo, si siguen estudiando, gradualmente aprenden a disfrutar haciéndolo. A partir de entonces, comenzarán a estudiar por propia voluntad y encontrarán su propio camino. Interesarse en aprender es un signo de madurez.

Los padres no pueden esperar a que sus hijos sean lo suficientemente maduros como para estudiar por su cuenta, por eso les dicen, «tienes que estudiar, por favor, concéntrate en estudiar», y les presionan. Lo hacen porque saben que sus hijos tienen que estudiar para prepararse para el futuro. Temen que si no estudian cuando tienen edad de hacerlo, se enfrentarán al futuro sin ninguna preparación.

Sin embargo, hay algo más importante que estudiar para el futuro. Antes de centrarse incondicionalmente y por entero en sus estudios, los jóvenes han de entender lo que quieren hacer en la vida. Han de determinarse a utilizar sus talentos para ayudar al mundo, más que a servirse a sí mismos. En estos días parece que la mayoría de los jóvenes estudian sólo por su propio beneficio. Si no tenéis una meta en la vida, a vuestros estudios les faltará la pasión que necesitáis para ser felices.

Un día me encontré un estudiante coreano muy dedicado al estudio del inglés, y le pregunté, «¿Por qué estudias tanto para aprender inglés?

«Para entrar en la universidad», respondió.

¿Cómo se puede ser tan miope? Ir a la universidad no es ninguna razón. A la universidad se va a estudiar asignaturas específicas, en aras a alcanzar un objetivo más amplio. No puede ser un objetivo en sí mismo.

Tampoco defináis vuestro objetivo en la vida en función del dinero que queréis ganar. Yo nunca he recibido un salario, pero me las he arreglado para comer y sobrevivir. El dinero es un medio para lograr algo, no el objetivo. Antes de ganar dinero, planead en qué lo usaréis. El dinero que se gana sin un propósito previo, desaparecerá rápidamente.

La elección de vuestra profesión no debe basarse solamente en vuestros talentos ni en vuestros intereses. Ser bomberos, agricultores, jugadores de fútbol o políticos, depende de vosotros. Yo me refiero a algo que va más allá de vuestra profesión. ¿Qué clase de vida pensáis llevar como jugadores de fútbol?, ¿cómo viviréis si sois campesinos?, ¿cuál es vuestra meta en la vida?

Fijar vuestra meta es darle sentido a la vida que vais a vivir. Si vais a ser campesinos, debéis poneros como meta probar nuevas formas de cultivo, crear mejores especies agrícolas y erradicar el hambre en el mundo. Si vais a ser jugadores de fútbol, entonces poneos una meta con sentido, como dejar bien alta la imagen de vuestro país, o abrir una escuela de fútbol que mantenga vivos los sueños de niños desfavorecidos económicamente.

Para ser un jugador de fútbol de nivel internacional se necesita muchísimo esfuerzo y trabajo. Si no tenéis una meta definida en vuestro corazón, no soportaréis el exigente entrenamiento necesario para llegar a lo más alto. Únicamente si os ponéis un objetivo, tendréis fuerzas para mantener vuestro curso, y hacer que vuestra vida sea mucho más extraordinaria que la de cualquiera.

Abarcad el mundo entero



Fijarse una meta en la vida es como plantar un árbol. Si plantáis un azufaifo en el jardín de vuestra casa, tendréis azufaios. Si plantáis un manzano en la colina detrás de vuestra casa, entonces tendréis manzanas. Pensad bien qué metas queréis alcanzar y dónde las sembraréis. Según la meta que sembréis y dónde la plantéis, os convertiréis en un azufaifo en Seúl, o en un manzano en África. O en una palmera en el Pacífico Sur. La meta que sembréis dará fruto en el futuro. Valorad cuidadosamente el mejor sitio para plantar vuestra meta, y así recogeréis el mejor fruto.

Cuando os fijéis vuestros objetivos, aseguraos de pensar en el mundo entero. Pensad en África, que sigue sufriendo en la pobreza y las enfermedades. Pensad en Israel y en Palestina, donde la gente continúa apuntándose con armas, luchando por asuntos de religión. Pensad en Afganistán, donde duras penas sobreviven cultivando amapolas que luego se utilizarán para fabricar drogas letales. Pensad en los Estados Unidos, donde la codicia y el egoísmo más extremos han propiciado la crisis económica mundial. Pensad en Indonesia, Haití y Chile, que han sufrido terremotos y maremotos. Imaginad que estáis en esos países, y pensad qué lugar y situación serán más apropiados para vosotros. Tal vez lo más adecuado para vosotros sea la India, donde puede estallar un nuevo conflicto religioso. O podría ser Ruanda, que languidece en medio de la sequía y el hambre.

Al fijarse un objetivo, los estudiantes no deben cometer el error de decidir que un país pequeño, como Corea, no es digno

de consideración. Según la actividad a la que os dediquéis, no hay límite a lo mucho que un pequeño país puede crecer. Hasta pueden desaparecer sus fronteras nacionales. Tanto si la buena labor que hacéis es en el vasto continente africano, o en un pequeño país como Corea, vuestras metas no deberían verse limitadas por el tamaño del lugar. Debéis fijar vuestros objetivos allí donde vuestros talentos tengan el mayor impacto.

Pensad en el mundo como vuestro escenario, mientras decidís lo que queréis hacer en la vida. Así, probablemente, descubriréis mucho más por hacer de lo que habíais soñado. No tenéis más que una sola vida: dedicadla a algo que el mundo necesite. No podéis encontrar el tesoro de la isla sin arriesgaros. Por favor, pensad más allá de vuestro propio país, y fijaros metas pensando en el mundo como vuestro campo de acción.

Durante la década de los ochenta envié muchos estudiantes universitarios a Japón y a los Estados Unidos. Quería que salieran de Corea, donde se lanzaban botes de gases lacrimógenos casi a diario, y que viesan un mundo más amplio y variado. Una rana que vive en el fondo de un pozo no sabe que fuera existe un mundo mayor.

Yo soñaba globalmente cuando ni siquiera se conocía esa palabra en coreano. Me fui a estudiar a Japón para conocer un mundo más amplio. Incluso antes de la independencia de Corea, quería trabajar para la Manchuria Electric Co. en Hailar, China, y aprender chino, ruso y mongol para vivir como un ciudadano global. Todavía hoy viajo en avión y recorro muchos países del mundo. Aunque visitara un país cada día, tardaría más de medio año en visitarlos todos.

En cualquier lugar hay gente viviendo, pero sus circunstancias son diversas. Hay lugares donde falta agua para cocinar el arroz, mientras que en otros tienen demasiada. Algunos lugares carecen de electricidad, mientras en otros no llegan a consumir todo el fluido eléctrico que producen. Es común que algo que falta en un lugar abunde en otro. El problema es que no hay suficiente gente enfocada en equilibrar la distribución.

Lo mismo sucede con las materias primas. En algunos países se apilan montañas de carbón y mineral de hierro. Ni siquiera tie-

nen necesidad de excavar la tierra. Sólo tienen que coger la pala y extraer el carbón y el hierro del montón al que tienen fácil acceso. Pero Corea tiene una grave escasez de reservas de carbón y mineral de hierro. Para extraer un poco de antracita debemos arriesgar nuestras vidas, cavando a centenares de metros bajo tierra.

En África hay muchos lugares donde los plataneros crecen naturalmente y en abundancia, y podrían evitar que la gente muriera de hambre. Pero hay una falta de tecnología y de acceso a suficientes terrenos cultivables, de forma que no se crean suficientes plantaciones plataneras. Corea no tiene un clima propicio para el plátano, y sin embargo los cultivamos. La tecnología de nuestro país podría ser de mucha ayuda en la solución al problema de la pobreza en África. Es algo similar a como la tecnología surcoreana para plantar maíz ha ayudado a aliviar la hambruna en Corea del Norte.

Una expresión que hoy está de moda en Corea es «líder global»²⁵. La gente dice que quiere llegar a hablar inglés con fluidez, y convertirse en líderes globales, pero la posibilidad de serlo no depende de la capacidad para manejar ese idioma. Poder comunicarse en inglés no es más que una herramienta. Un verdadero líder global es alguien capaz de abrazar al mundo en su corazón. Una persona que no tiene el menor interés en los problemas del mundo no podrá convertirse en líder global sólo porque se comunique bien en inglés.

Para ser un líder global hay que asumir como propios los problemas del mundo, y poseer el espíritu pionero necesario para encontrar soluciones difíciles. Una persona apegada a unos ingresos seguros y fijos, que sueña con la pensión y una tranquila vida familiar después de jubilarse, no puede ser un líder global. Para llegar a serlo necesita tomar conciencia de que el mundo entero es su país, y de que todos los habitantes del planeta son sus hermanos y hermanas, sin preocuparse demasiado por saber lo que le depara el futuro.

¿Qué es un hermano? ¿Por qué Dios nos ha dado hermanos y hermanas? Los hermanos representan a todos los seres huma-

25 Dirigente de nivel internacional.

nos del mundo. La experiencia de amar a nuestros hermanos y hermanas en la familia nos enseña a amar a nuestros compatriotas y a la humanidad. Eso amplía nuestro amor fraternal. La familia cuyos miembros se aman es un modelo de la humanidad conviviendo en armonía. Amor fraternal es estar dispuesto a pasar hambre si es necesario, para que el hermano o la hermana puedan comer. Un líder global es justamente quien ama a la humanidad como a su propia familia.

Ha pasado algún tiempo desde que empezó a utilizarse la expresión «aldea global». Sin embargo, la tierra ha sido siempre una única comunidad. Si la meta de una persona es graduarse en la universidad, obtener un empleo en una empresa que le pague un sueldo elevado y llevar una vida segura, su éxito será como el de un cachorro. Pero si dedica su vida a ayudar a los refugiados en África, tendrá el éxito de un león. La elección de uno u otro curso dependerá del corazón de cada uno.

Incluso a los noventa años, todavía sigo viajando por el mundo. Me niego a descansar de mi misión. El mundo es como un organismo vivo, que cambia constantemente y donde surgen siempre nuevos problemas. Yo voy a los rincones oscuros y aislados del mundo, donde existen esos problemas. No son sitios con bonitas vistas, ni grandes comodidades, pero me siento feliz en esos lugares oscuros, difíciles y solitarios porque allí cumplo con mi misión, mi propósito y mis objetivos.

Tengo la esperanza de que Corea produzca líderes globales en el verdadero sentido. Espero ver nuevos líderes políticos que conduzcan a las Naciones Unidas hacia el cumplimiento de su verdadero propósito, y nuevos líderes diplomáticos que detengan los combates en las zonas conflictivas. Espero ver personas como la Madre Teresa, que cuiden de los que vagan y mueren en las calles. Espero que surjan líderes de paz que continúen mi misión, como pioneros de nuevas soluciones en la tierra y en el mar.

El punto de partida es tener un sueño y una meta. Por favor, tened un espíritu aventurero y pionero. Soñad sueños que los demás no se atreven a imaginar. Proponed objetivos que tengan significado y convertíos en líderes globales en beneficio de la humanidad.

Todo lo que tenemos nos lo ha prestado el Cielo



La gente dice que soy una de las personas más ricas del mundo, pero no saben de qué hablan. He trabajado duramente toda mi vida, pero no tengo ni una casa a mi nombre. Todo lo que tengo es público. Prácticamente todo coreano adulto tiene un sello personal que se registra oficialmente, y que utiliza para firmar documentos legales, pero yo no tengo ni siquiera uno de esos sellos.

Os preguntaréis, entonces, qué beneficio he obtenido de trabajar duramente, y no dormir ni comer mientras otros comían y dormían. No he trabajado para ser rico. El dinero no significa nada para mí. Todo el dinero que no se usa por el bien de la humanidad, o por el bien de nuestro prójimo, que está muriendo en la pobreza, no es más que un trozo de papel. El dinero ganado con el duro esfuerzo debe usarse siempre para amar al mundo y para desarrollar proyectos que benefician al mundo.

Cuando envió misioneros al extranjero, no les doy mucho dinero. Sin embargo, sobreviven bien allá donde van. Para sobrevivir se necesita solamente lo más básico. Si tenemos un saco de dormir, es suficiente para dormir en cualquier parte. Lo importante no es cómo vivimos, sino la clase de vida que llevamos. La abundancia material no es una condición para la felicidad. Para mí, es triste que la expresión «vivir bien» haya llegado a significar riqueza material. Vivir bien es vivir una vida con sentido.

Me pongo corbata solamente en servicios de culto o acontecimientos especiales. Tampoco suelo vestir mucho con traje. Cuando estoy en casa llevo un jersey. A veces me imagino el dinero que se gasta la sociedad occidental en corbatas. Las agujas de corbata, las camisas de vestir o los gemelos son muy caros. Si todos dejáramos de comprar corbatas y usáramos ese dinero por el bien de nuestro prójimo hambriento, el mundo sería un lugar un poco mejor donde vivir.

Las cosas caras no son necesariamente lo mejor. Imaginad lo que pasaría si se declarase un incendio. ¿Quién saldría del edificio con mayor rapidez? ¿Yo, con mi jersey, o alguien con traje y corbata? Yo siempre estoy listo para salir.

Alguien podría pensar que soy ahorrador hasta el extremo. No estoy a favor de bañarse todos los días. Una vez cada tres días es suficiente. Ni tampoco lavo mis calcetines todos los días. Por la noche me los quito y los pongo en mi bolsillo trasero, para usarlos de nuevo al día siguiente. Cuando estoy en un hotel, sólo uso la toalla más pequeña de las que están colgadas en el baño. Sólo descargo la cisterna después de haber orinado tres veces. Además, sólo uso un pequeño trozo de papel higiénico, después de doblarlo tres veces. Podéis llamarme incivilizado o salvaje si queréis, no me importa.

También siento el mismo deseo de ahorrar con la comida. No tengo ningún interés en las comidas muy elaboradas. Puedo tener ante mí todo tipo de alimentos exquisitos, y diferentes clases de postres, pero todo eso no despierta mi interés. Tampoco lleno totalmente mi tazón de arroz. Con tres quintos es suficiente.

Mis zapatos preferidos sólo cuestan cuarenta y nueve mil *wones* (treinta Euros) en un almacén de rebajas en Corea. Los pantalones que visto a diario ya tienen más de cinco años. La comida que más disfruto en los Estados Unidos es la de McDonald's. Hay personas que la consideran «comida basura» y no la comen, pero a mí me gusta comer allí por dos razones: es barato y ahorra tiempo. Cuando salimos a comer con mis hijos y mis nietos, suelo llevarlos a McDonald's. No sé cómo llegó a saberse que voy allí a

comer a menudo, pero ahora el presidente de McDonald's cada Año Nuevo me envía una tarjeta de felicitación.

El mensaje que les doy a nuestros miembros todos los años es «gastad el dinero con cuidado, y ahorrad en todo». No se lo digo para que se hagan ricos ahorrando. Quiero que tengan una conciencia de ahorro para que puedan ayudar a su país y salvar a la humanidad. De todos modos, no nos llevaremos nada de este mundo. Todo el mundo lo sabe, pero por alguna razón la gente se desespera por poseer el máximo posible. Tengo la intención de repartir todo lo que he conseguido durante mi vida, antes de dejar este mundo. En el Reino de los Cielos hay abundantes tesoros, no hay necesidad de llevar ahí nada de este mundo. Cuando entendemos que vamos a un lugar mejor que donde estamos ahora, no hay necesidad de apegarse a las cosas de este mundo.

Hay una canción que me siempre me ha gustado cantar. Se trata de un viejo tema popular que muchos coreanos conocen. Cada vez que lo canto, me devuelve la paz al corazón y se me inundan los ojos de lágrimas. Me recuerda mi niñez, cuando solía echarme y descansar en los campos cercanos a nuestra casa.

*Aunque me dices una corona de platino y piedras preciosas,
No valdría más que una camisa con olor a tierra y sudor.
En mi joven pecho brota una fuente de pureza,
Puedo hacerme una flauta con hojas de sauce,
Y los gorriones cantan al ritmo de mi canción.*

*Aunque me dices tanto oro como para comprar el mundo,
No valdría más que el buey que ara los campos de cebada.
En mi pecho nacen brotes de esperanza,
Puedo conversar libremente con los conejos,
Y los días pasan al ritmo de mi canción.*

La felicidad siempre nos está esperando. Si no la podemos encontrar es porque nuestros propios deseos nos bloquean el camino. Mientras mantenemos la mirada fija en nuestros deseos,

no vemos el camino a seguir. Ocupados en recoger pequeñas motas de oro a nuestros pies, no vemos toda la montaña de oro macizo un poco más adelante en el camino. Estamos tan ocupados en llenarnos los bolsillos, que no nos damos cuenta de que están agujereados.

No he olvidado lo que viví en el campo de concentración de Heungnam. Hasta el lugar más terrible del mundo es más cómodo y con más abundancia material que esa prisión. Todo lo que existe le pertenece al Cielo. Nosotros sólo somos los cuidadores.

La felicidad está en vivir por los demás



Los hijos nacen de la carne y la sangre de sus padres. Sin padres no habría hijos. Aun así, la gente pregona el individualismo como si hubiese nacido por generación espontánea. Solamente alguien que no recibiera absolutamente ninguna ayuda de nadie podría pretender hablar de individualismo. No hay nada en este mundo que haya nacido por y para sí mismo. Todos los seres creados existen los unos por los otros. Yo existo para ti y tú existes para mí.

No hay persona más estúpida que la que vive egoístamente por su propio beneficio. Puede parecer que una vida egoísta beneficia al individuo, pero en última instancia es autodestructiva. El individuo tiene que vivir por la familia, la familia por su comunidad, la comunidad por el mundo y el mundo para Dios.

Todas las escuelas que he fundado tienen tres lemas. El primero es: «Vive una vida sin sombras, como si estuvieras bajo el sol del mediodía». Una vida sin sombras significa una vida con la conciencia limpia.

Cuando terminemos la vida aquí en la tierra y entremos en el mundo espiritual, toda nuestra vida se desplegará ante nosotros como si estuviésemos reproduciéndola en una grabación. Que vayamos al cielo o al infierno, quedará determinado por cómo hemos vivido. Así que debemos vivir vidas inmaculadas y limpias, que no proyecten la más mínima sombra.

El segundo lema es: «Vive derramando sudor por la tierra, lágrimas por la humanidad y sangre por el Cielo». En la sangre, el sudor y las lágrimas derramadas no hay mentiras, sólo verdad. Sin embargo, no tiene un gran sentido ni valor derramar sangre, sudor y lágrimas por uno mismo. Esta gran inversión debe ser ofrecida por el bien de los demás.

El último lema es: «¡Una familia bajo Dios!» Dios es uno, y todos los humanos somos hermanos y hermanas. Las diferencias de idioma, raza y cultura no representan ni el uno por ciento. Como seres humanos, somos iguales en más del noventa y nueve por ciento.

Hay catorce países insulares en el Pacífico Sur. Cuando visité las Islas Marshall y me reuní con su presidente, le pregunté: «Esta es una tierra verdaderamente hermosa, pero debe ser muy difícil dirigir el país, ¿no?»

El presidente suspiró y respondió: «Nuestra población es de apenas sesenta mil habitantes y la tierra se encuentra, de media, a unos dos metros sobre el nivel del mar. De manera que las olas altas, o una elevación de tan sólo un metro del nivel del mar podrían inundar gran parte del país. Nuestro problema más grave, sin embargo, es la educación. Los hijos de familias ricas se van a estudiar a Estados Unidos o a Europa y ya no regresan. Los de familias pobres no tienen escuelas donde formarse como es debido, de modo que, por inteligentes que sean, esos niños no pueden prepararse adecuadamente como líderes. La preocupación de un país insular como el nuestro es que no podemos formar dirigentes que nos conduzcan hacia el futuro».

Después de escuchar su lamento, fui a Kona, en Hawai, y fundé el instituto «*High School of the Pacific*», para niños de los países insulares. Esta escuela imparte educación secundaria a niños de diversos países del Pacífico, y les ayuda a acceder a la universidad. Proporcionamos transporte aéreo de ida y vuelta a Hawai, matrícula y mensualidades, hospedaje e incluso ordenadores para que puedan recibir la mejor educación. Todo con la única condición de que, cuando terminen sus estudios, regresen a su país y trabajen para servir a su pueblo y a su nación.

Vivir por los demás requiere sacrificios algunas veces. Hace algunos años, cuando uno de nuestros misioneros estaba de gira por América del Sur, la zona donde se encontraba se vio sacudida por un gran terremoto. La esposa del misionero vino corriendo hacia mi, con el rostro pálido como la nieve: «¿Qué debo hacer?», me preguntó llorando, «Estoy tan preocupada... ¡No sé qué hacer!».

Puede que mi respuesta os sorprenda. En vez de darle palmadas en el hombro y consolarla, le grité. «¿Lo que más te preocupa es la seguridad de tu marido?, ¿o te preocupan las vidas que podrá salvar en la zona del desastre?»

Era natural que se preocupara por la seguridad de su marido. Pero siendo la esposa de un misionero, sus preocupaciones debían estar a un nivel superior. En vez de orar solamente por la seguridad de su esposo, debió orar para que su esposo salvase el mayor número posible de vidas.

Nada en este mundo existe sólo para sí mismo. Así no es como Dios creó el mundo. El hombre existe para la mujer y la mujer para el hombre. La naturaleza existe para la humanidad, y la humanidad existe por el bien de la naturaleza. Todos los seres creados existen por el bien de sus contrapartes. Es un principio celestial que todo ser debe vivir por el bien de su pareja.

La felicidad sólo se da en relaciones recíprocas. Imaginaos que alguien que ha sido cantante toda su vida se va a una isla deshabitada y canta a pleno pulmón. Si no tiene a nadie que lo escuche no será feliz.

Darnos cuenta de que existimos para otros es un gran descubrimiento que cambia nuestras vidas. Cuando nos demos cuenta de que nuestra existencia no es sólo nuestra sino que fue concebida por el bien de otros, seguiremos un camino muy diferente al que hemos recorrido hasta ahora.

Igual que no puedes ser feliz cantando para ti mismo, no encontrarás la alegría sin un compañero. Incluso el acto más insignificante o trivial puede hacerte feliz cuando lo haces por otra persona.

Soñemos con un mundo en paz



Desde hace muchos años he venido proponiendo un mundo donde todas las religiones, las razas y las naciones convivan juntas y unidas. Sin embargo, durante miles de años, la historia ha visto aumentar incesantemente las divisiones. Cada vez que aparecía una nueva religión o que un nuevo régimen llegaba al poder, se trazaban nuevas fronteras y se libraban nuevas guerras. Sin embargo, ahora estamos en la era de la globalización. Debemos unirnos por el futuro.

Una de las formas con las que propongo facilitar esto es mediante la Autopista Internacional de la Paz, un proyecto de gran envergadura. Se unirá Corea y Japón con un túnel submarino, y se construirá un puente o túnel cruzando el estrecho de Bering que separa a Rusia de Norteamérica, conectando así a todo el planeta. Cuando la autopista esté terminada, se podrá viajar en automóvil desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Santiago de Chile, y desde Londres hasta Nueva York. El mundo entero quedará interconectado sin bloqueos, igual que actúan las arterias y las venas en el cuerpo.

El mundo será una comunidad integrada, y todos viajarán libremente cruzando las fronteras internacionales. Una frontera que permite el libre tránsito deja de tener sentido. Algo similar sucederá con la religión. A medida que sean más frecuentes los intercambios entre las diferentes religiones, surgirá un mayor

entendimiento mutuo, los conflictos desaparecerán y los muros que separan a las religiones se derrumbarán.

Cuando la diversidad humana conviva en una misma comunidad mundial, las barreras raciales también caerán. A pesar de las diferencias de aspecto y de idioma, se producirá la interacción interracial. Esta revolución cultural unificará el mundo.

La antigua ruta de la seda no fue simplemente una ruta comercial para vender y comprar seda y especias. Fue también un lugar de encuentro entre Oriente y Occidente y entre el budismo, el Islam y el cristianismo. Estas diferentes culturas se mezclaron y surgió una cultura nueva. Ahora, en el siglo XXI, la Autopista Internacional de la Paz cumplirá un papel similar.

Si Roma pudo prosperar fue porque todos los caminos conducían a ella. Es un buen ejemplo de la importancia de las carreteras. Cuando se construye una carretera, la gente la usa para viajar. Se utiliza para transportar la cultura y las ideas. Por eso, cuando se construye una carretera, el curso de la historia puede cambiar. Cuando terminemos de construir la Autopista Internacional de la Paz, el mundo podrá unirse físicamente. Lo hará gracias a esta carretera.

No puedo enfatizar suficientemente la importancia de unir al mundo. Algunos dirán que es una idea que está por delante de su tiempo. Sin embargo, la gente religiosa prevé el futuro y se prepara para él. Por eso es natural que vayamos por delante de nuestro tiempo. Puede que el mundo no nos entienda y nos haga sufrir, pero los creyentes religiosos debemos perseverar y guiar el camino al futuro.

Para llevar a buen término esta autopista se necesitará la cooperación de muchos países. China, que en el pasado fue víctima de la agresión japonesa, puede no estar a favor de estar conectada con Japón por una autopista. Japón y Corea, sin embargo, no pueden conectarse con el resto del mundo sin pasar por China, por lo que debemos esforzarnos en ganar la confianza de China.

¿Quién lo hará? Aquellos de nosotros que asumamos la responsabilidad espiritual de construir la Autopista Internacional

de la Paz en el siglo XXI, hemos de tomar la iniciativa en este trabajo.

¿Y qué os parece tender un puente sobre el estrecho de Bering? Costará una gran suma, pero no hay de qué preocuparse. La cifra que Estados Unidos ha gastado en Irak sería más que suficiente para construir el puente. Debemos dejar de librar guerras que provocan el sufrimiento de la gente. Las guerras, con su derroche de miles de millones de dólares, son algo perverso. Llegó el momento de convertir nuestras espadas en arados y nuestras lanzas en podaderas.

La Autopista Internacional de la Paz es un proyecto integral global para unir al mundo. Estar unidos significa algo más que conectar los continentes por medio de túneles y puentes. Significa equilibrar el nivel de vida en el mundo. Cuando alguien monopoliza una tecnología y se queda con todo el beneficio, se altera el equilibrio mundial.

La Autopista Internacional de la Paz corregirá la actual desigualdad, dando acceso a los recursos naturales y humanos. Con ello se conseguirá equilibrar la riqueza. Equilibrar significa coger algo de los sitios más altos, para dárselo a los que estás más bajos, hasta quedar ambos a la misma altura. Para ello se necesita el sacrificio de los que tienen mayores posesiones materiales y conocimiento. Construir un mundo pacífico no se logra con esporádicos actos de caridad, ni con donativos. Solamente con amor sincero y espíritu de sacrificio continuo se puede construir un mundo de paz. Tenemos que estar dispuestos a ofrecerlo todo.

La construcción de la Autopista Internacional de la Paz representa mucho más que simplemente proporcionarle al mundo un medio físico de comunicación. Los seres humanos están creados para que su mente y su cuerpo se lleguen a unir. Algo semejante ocurre con el mundo en el que vivimos. El mundo solamente podrá unirse completamente cuando alcancemos tanto la comunicación física como la comunicación de corazón.

Por este motivo, he estado trabajando durante muchos años para reformar y renovar las Naciones Unidas. Por supuesto que

las Naciones Unidas han hecho mucho por la paz mundial. Todos los coreanos agradecemos los esfuerzos de la ONU por mantener nuestra libertad durante la guerra de Corea. Sin embargo, en la actualidad, más de sesenta años después de su fundación, parecen estar perdiendo de vista su objetivo original y corren el peligro de convertirse en una organización que trabaja a favor de los intereses de unos cuantos países poderosos.

En el año 2005 fundé la Federación por la Paz Universal en Nueva York, e inmediatamente después inicié una gira mundial a cien ciudades para declarar un mensaje de paz sobre un nuevo futuro para las Naciones Unidas y para el mundo. La Organización de las Naciones Unidas, creada para resolver los conflictos que surgen en el mundo, debería anteponer los intereses mundiales a los de uno u otro bando. Cuando un país poderoso insiste en su punto de vista y utiliza la fuerza para imponerlo, sólo conduce a nuevos conflictos. Por desgracia, hoy la ONU no puede hacer mucho en esas situaciones.

A la luz de esto, he propuesto reestructurar las Naciones Unidas como una institución bicameral. Además de la Asamblea General, debería haber un Consejo o asamblea religiosa o cultural. Este organismo consistiría de respetados dirigentes espirituales procedentes de campos como la religión, la cultura y la educación. Los miembros de esta asamblea interreligiosa deberían demostrar su capacidad de trascender los intereses limitados de una religión o cultura en particular, y de defender los objetivos espirituales o morales de toda la humanidad. Sostengo que las dos cámaras, trabajando juntas en cooperación y respeto mutuo, serán capaces de dar grandes pasos para el advenimiento de un mundo de paz.

Algunos se opondrán, preguntándose: «¿Por qué deberían involucrarse las personas religiosas en los asuntos mundiales?» Mi respuesta es que hoy el mundo se encuentra en un período en el cual la participación de la gente religiosa es crucial. Aquellos que han alcanzado una profunda autoconsciencia a través de la práctica religiosa son ahora más necesarios que nunca.

Es la gente verdaderamente religiosa la que puede hacer frente, con la práctica del amor verdadero, a la injusticia y el mal en el mundo. Sólo cuando se combinen el conocimiento y la experiencia de los dirigentes políticos con la sabiduría de los dirigentes interreligiosos, el mundo encontrará el camino hacia la paz verdadera.

Cada día me pongo en camino con renovada determinación para alcanzar este objetivo. Oro para que cada persona sobre la tierra renazca como un ciudadano del mundo amante de la paz, trascendiendo las barreras religiosas, ideológicas y raciales.